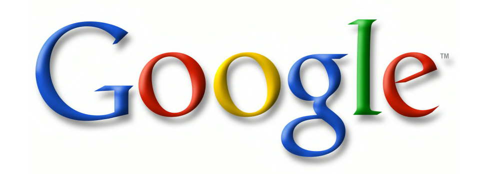
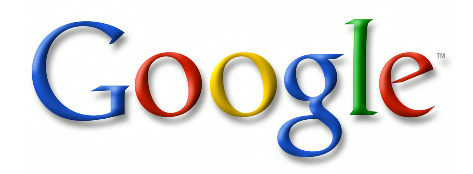
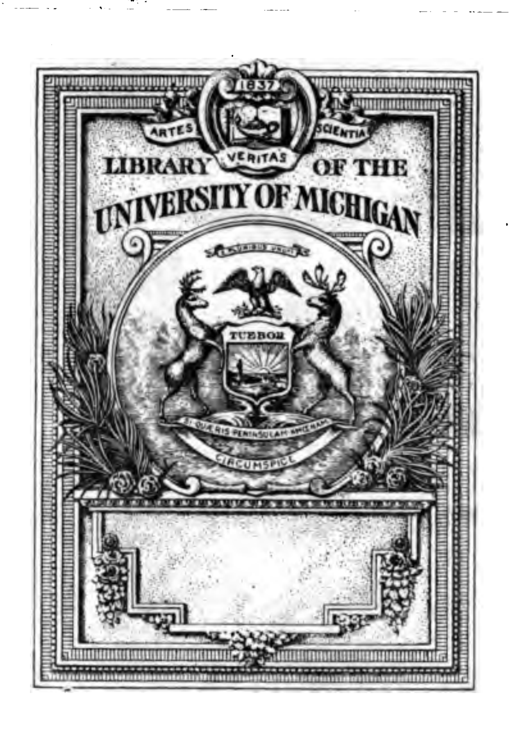





1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE





HISTORIA CRÍTICA

DE LA

POESÍA CASTELLANA

EN EL SIGLO XVIII

POR

D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO

MARQUÉS DE VALMAR

TERCERA EDICIÓN, CORREGIDA Y AUMENTADA

TOMO II



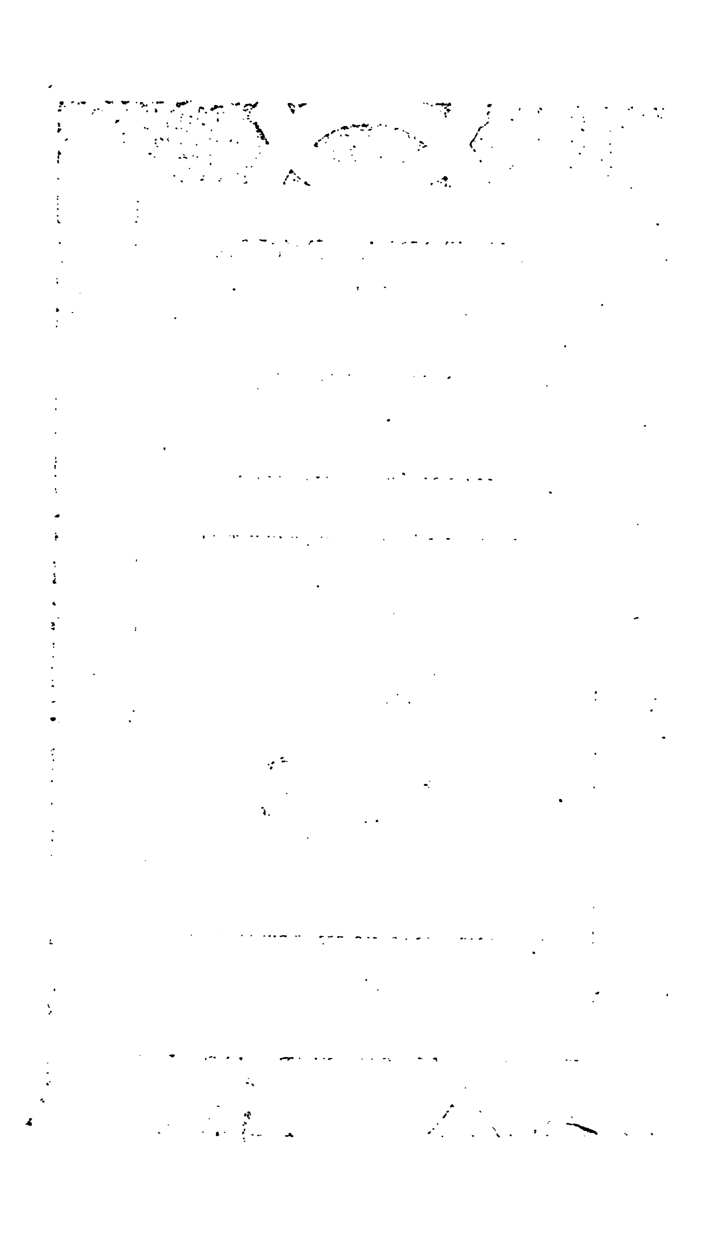
MADRID

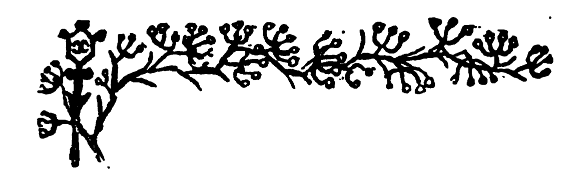
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

Paseo de San Vicente, núm. 20

1893







HISTORIA CRÍTICA
DE
LA POESÍA CASTELLANA
EN EL SIGLO XVIII.

CAPÍTULO XIV.

CONSECUENCIAS ANTIPOÉTICAS DE LA REFORMA DOCTRINAL.—PROSPERIDAD DEL PROSAÍSMO.—OLAVIDE.—SALAS.—SILVA BAZÁN.—MERÁS.—OLMEDA.—PICHÓ Y RIUS.—IMPERIO DE LA ÉGLOGA.—ARTIFICIO DE LA POESÍA CAMPESTRE.—SU DESNATURALIZACIÓN.—ABUSO DE LAS CLASIFICACIONES DOCTRINALES.—POESÍA DIDÁCTICA.—REJÓN DE SILVA.—MORENO DE TEJADA.—ENCISO.—PÉREZ DE CELIS.—EL PADRE VANIÉRE.—POESÍA FRUSLERA.—EL BACHILLER DUEÑAS.—EL MARQUÉS DE UREÑA.—EL MARQUÉS DE MÉRITOS.—REGIMIENTO DE LA POSMA.

La reforma doctrinal, ejercida por una crítica estrecha y meticulosa, á fuerza de encarecer la llaneza y la claridad, y de hacer estribar una parte muy principal del valor poético en el respeto á amaneradas formas y á clasifica-

COLECCION
DE
ESCRITORES CASTELLANOS.

TOMOS PUBLICADOS.

1.°—*Romancero espiritual* del Maestro Valdivielso, con retrato del autor grabado por Galbán, y un prólogo del Rdo. P. Mir, de la Real Academia Española. (Agotados los ejemplares de 4 pesetas, los hay de lujo de 6 en adelante.)

2.°—Obras de D. Adelardo López de Ayala: tomo I.—*Teatro:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura, y una advertencia de D. Manuel Tamayo y Baus.—Contiene: *Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*—5 pesetas.

3.°—Obras de Andrés Bello: tomo I.—*Poesías*, con retrato del autor grabado por Maura, y un estudio biográfico y crítico de D. Miguel Antonio Caro.—Contiene todos sus versos ya publicados, y algunos inéditos. (Agotada la edición de 4 pesetas, hay ejemplares de lujo de 6 en adelante.)

4.°—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo II.—*Teatro*: tomo II.—Contiene: *El tejado de vidrio.—El Conde de Castralla.*—4 pesetas.

5.°—Obras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo I.— *Odas, epístolas y tragedias*, con retrato del autor grabado por Maura, y un prólogo de D. Juan Valera.—4 pesetas.

6.°—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo I.—*Escenas andaluzas.*—4 pesetas.

7.°—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo III.—*Teatro:* tomo III.—Contiene: *Consuelo.—Los Comuneros.*—4 pesetas.

8.°—Obras de D. Antonio Cánovas del Castillo: tomo I.—*El solitario y su tiempo:* tomo I.—Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras, con retrato del mismo, grabado por Maura.—4 pesetas.

9.°—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo II.—*El solitario y su tiempo:* tomo II y último.—4 pesetas.

10.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo II.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo I.—5 pesetas.

10 bis.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo III.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo II.—5 pesetas.

ción había ya perdido su antiguo rigor y su desmedido poder, y tales procedimientos iban cobrando trazas de anacronismo. Nadie dudaba de que *Olavide,* llevado de la amistad que le unía con Voltaire, Rousseau y otros filósofos franceses, y arrastrado por su imaginación aventurera, había sido ganado por la secta incrédula de aquellos tiempos. Pero no tenía, en verdad, ni el ímpetu, ni la convicción, ni la obstinación implacable de los verdaderos revolucionarios. *Nunca he perdido la fe,* dijo muy conmovido ante el tribunal de la Inquisición.

Era, indudablemente, hombre de superior entendimiento. Lo demostraron sus varias y no comunes aptitudes, inclusa la de escritor aventajado; mas carecía su carácter de vigor y de asiento, y por ello faltan en sus principios, en sus empresas y en sus convicciones profundidad y consistencia. Su naturaleza ardiente y sensitiva se dejaba dominar fácilmente por las impresiones del momento; y nosotros creemos que tan sincera fué su admiración al falso brillo del filosofismo escéptico francés, como la aversión que le inspiró más adelante aquella glacial y perturbadora doctrina, cuando fué testigo en Francia de las monstruosidades morales y de los sangrientos horrores que en pocos años llegó á producir, y vió en el período del *Terror* (según la expresión de un escritor francés) *qu'il y avait sous le ciel quelque chose de plus terrible que l'Inquisition.*

La reacción en su ánimo fué vigorosa y defini-

ilustres: Moreno Nieto; Revilla.—Los oradores griegos y latinos.—Centenario de Sebastián del Cano.—Congreso geográfico de Madrid.—Ideas sobre el libre cambio.—5 pesetas.

19.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo III (siglos XVI y XVII).—4 pesetas.

20.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VI.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IV (siglos XVI y XVII).—4 pesetas.

21.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VII.—*Calderón y su teatro.*—Contiene: Calderón y sus críticos.—El hombre, la época y el arte.—Autos sacramentales.—Dramas religiosos.—Dramas filosóficos.—Dramas trágicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores.—Resumen y síntesis.—4 pesetas.

22.—OBRAS DE D. VICENTE DE LA FUENTE: tomo I.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* primera serie, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Sancho el Mayor.—El Ebro por frontera.—Matrimonio de Alfonso el Batallador.—Las Hervencias de Avila.—Fuero de Molina de Aragón.—Aventuras de Zafadola.—Panteones de los Reyes de Aragón.—4 pesetas.

23.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo V.—*Teatro:* tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento.*—*El agente de matrimonios.*—4 pesetas.

24.—*Estudios gramaticales.* Introducción á las obras filológicas de Don Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliográfica por D. Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.

25.—*Poesías de D. José Eusebio Caro,* precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D. José Joaquín Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor grabado por Maura.—4 pesetas.

26.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo VI.—*Teatro:* tomo VI y último.—Contiene: *Castigo y perdón* (inédita).—*El nuevo Don Juan.*—4 pts.

27.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VIII.—*Horacio en España.*—*Solaces bibliográficos,* segunda edición refundida: tomo I.—Contiene: traductores de Horacio.—Comentadores.—5 pesetas.

28.—OBRAS DE D. M. CAÑETE: tomo II.—*Teatro español del siglo* XVI.—*Estudios histórico-literarios.*—Contiene: Lucas Fernández.—Micael de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.

29.—OBRAS DE D. S. ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo II.—*De la conquista y pérdida de Portugal:* tomo I.—4 pesetas.

30.—*Las ruinas de Poblet,* por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.

31.—OBRAS DE D. S. ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo III.—

De la conquista y pérdida de Portugal: tomo II y último.—4 pesetas.

32.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VII y último.—*Poesías y proyectos de comedias.*—Contiene: Sonetos y poesías varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pesetas.

33.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IX.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos,* segunda edición refundida: tomo II y último.—Contiene: La poesía horaciana en Castilla.—La poesía horaciana en Portugal.—5 pesetas.

34.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo II.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señoríos en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático.—Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epílogo de este periodo.—4 pesetas.

35.—*Leyendas moriscas,* sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los Santones.—Salomón.—Moisés.—4 pesetas.

36.—*Cancionero de Gómez Manrique,* publicado por primera vez, con introducción y notas por D. Antonio Paz y Melia, tomo I.—4 pesetas.

37.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España,* por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. Eduardo de Mier: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.

38.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo X.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo V (siglo xviii).—4 pesetas.

39.—*Cancionero de Gómez Manrique,* publicado por primera vez, con introducción y notas por D. A. Paz y Melia: tomo II y último:—4 pesetas.

40.—Obras de D. Juan Valera: tomo I.—*Canciones, romances y poemas,* con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo y retrato del autor grabado por Maura.—5 pesetas.

41.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XI.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VI (siglo xviii).—5 pesetas.

42.—*Leyendas moriscas,* sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del Rey Tebín.—De una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalhal.—El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra

Mahoma.—El milagro de la Luna.—Ascensión de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati.—De Mahoma y Alharita.—Muerte de Mahoma. —4 pesetas.

43.—*Poesías de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D Pedro A. de Alarcón. — Contiene: Sonetos. — La pajarera. — Doloridas. — Por pelar la pava.—La gallomagia. — Lenguaje de las estaciones. — Galatea. —4 pesetas.

44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. A. Paz y Melia: tomo I.— 5 pesetas.

45.—*Poemas Dramáticos de Lord Byron*, traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. — Contiene: Caín. — Sardanápalo. — Manfredo. — 4 pts.

46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: la continuación del tomo anterior hasta la edad de oro del teatro español. — 5 pesetas.

47.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo III. — *Estudios críticos sobre la Historia y Derecho de Aragón:* tercera y última serie.— Contiene: Formación de la liga aristocrática. — Vísperas sicilianas. — Revoluciones desastrosas. — Reaparición de la Unión. — Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV. — Los reyes enfermizos. — Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe. — La dinastía castellana.— Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo xv.— D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales. — Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión. - 5 pesetas.

48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último. — Contiene: La conversión de Omar. —La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima. —Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar. —Los dos amigos devotos.— El Antecristo y el día del juicio.— 4 pts.

49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia: tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.— 5 pesetas.

50.— Obras de D. J. Valera: tomo II. — *Cuentos, diálogos y fantasías.* — Contiene: El pájaro verde. — Parsondes. — El bermejino pre-

y humilde, ni con acento más penetrante, la extensión de las faltas y la amargura de los remordimientos (1).

Desgraciadamente no puede contarse entre las lucidas prendas intelectuales de *Olavide*, el sentimiento estético de la poesía. En sus años venturosos había cultivado la musa dramática, traduciendo en verso algunas obras francesas, y entre ellas, las tragedias *Hypermnestre*, de Lemierre, y *Phèdre*, de Racine, de un modo poco afortunado, pues no tenía *Olavide* ni el estilo sobrio y concentrado, ni la

---

(1) Con respecto á su pasada impiedad y á sus mundanos extravíos, llevó á los últimos límites de la humildad su desnuda y franca confesión:

«La lectura de los libros filosóficos había pervertido enteramente mis ideas. Yo había concebido, no sólo el más alto desprecio, sino también la aversión más activa, contra todo lo que pertenecía á la Iglesia..... Todas sus sociedades me parecían cavernas de impostores; sus ceremonias, ridículas; sus ritos, irrisorios..... Nada deseaba más que verla atropellada y abatida.»

(*El Evangelio en triunfo*, carta II.)

«Yo no imaginé, cuando vi con tanta indiferencia la muerte de mi buena mujer, que presto lloraría su falta y conocería el bien que había perdido: tan ciego estaba entonces, que no supe distinguir el resplandor de sus altas virtudes.» (Vivía desdeñada y abandonada.) «¡Qué consuelo hubiera sido para ella verme volver á entrar en los caminos de la religión y de la virtud! ¡Qué dulzura fuera para mí pedirle perdón de mis iniquidades, y poder repararlas con el arrepentimiento y el amor!»

(*El Evangelio en triunfo*, carta XXXI.)

59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Últimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.

60.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo III.—*Nuevos estudios críticos*.—Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El Fausto de Goethe.—Shakspeare.—Psicología del amor.—Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa.—Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

61.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIV.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VII (siglo XIX).—5 pesetas.

62.—OBRAS DE D. SEVERO CATALINA: tomo I.—*La mujer*, con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: octava edición.—4 pesetas.

63.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo II.—*Fábulas*: primera edición completa.—5 pesetas.

64.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XV.—*La ciencia española*: tomo III y último.—Contiene: Réplica al Padre Fonseca.—Inventario de la ciencia española: Sagrada Escritura: Teología: Mística: Filosofía: Ciencias morales y políticas: Jurisprudencia: Filología: Estética: Ciencias históricas: Matemáticas: Ciencias militares: Ciencias físicas: 5 pesetas.

65.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo IV.—*Novelas*: tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez.*—*El Comendador Mendoza.*—5 pesetas.

66.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo V.—*Novelas*: tomo II.—Contiene: *Doña Luz.*—*Pasarse de listo.*—5 pesetas.

67.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexión.—Negociación y rompimiento con la República inglesa.—5 pesetas.

68.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo III.—*Teatro:* tomo I.—Contiene: *Los amantes de Teruel.*—*Doña Mencía.*—*La Redoma encantada.*—5 pesetas.

69.—OBRAS SUELTAS DE LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo I.—Contiene las de Lupercio: Prólogo.—Poesías líricas.—Epístolas y poesías varias.—Obras dramáticas.—Opúsculos y discursos literarios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

70.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella, y un prólogo de D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pts.

71.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VIII.—*Estudios del Reinado de Felipe IV:* tomo II. Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy.—Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pesetas.

72.—OBRAS DE D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN *(El Solitario)*: tomo IV.—*Poesías*.—4 pesetas.

73.—*Poesías* de D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas, con un prólogo de D. Manuel Cañete y retrato del autor, grabado por Maura: tomo único.—Contiene: Impresiones y fantasías.—Recuerdos.—Hojas de álbum.—Romances.—La hija de Alimenón.—Juramentos de amor. —4 pesetas.

74.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XVI.—*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo VIII (siglo XIX).—4 pesetas.

75.—OBRAS SUELTAS DE LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo II.—Contiene las de Bartolomé Leonardo: Poesías líricas.—Sátiras.—Poesías varias.—Diálogos satíricos.—Opúsculos varios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

76.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella: tomo II.—5 pesetas.

77.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo IV.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *La visionaria.—Los polvos de la madre Celestina.—Alfonso el Casto.—Primero yo.*—5 pesetas.

78.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo VI.—*Novelas*: tomo III.—Contiene: *Las Ilusiones del Doctor Faustino.*—5 pesetas.

79.—PIDAL (MARQUÉS DE).—*Estudios históricos y literarios:* tomo I. Con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: la lengua castellana en los códigos.—La poesía y la historia.—Poema, crónica y romancero del Cid.—Un poema inédito.—Vida del rey Apolonio y de Santa María Egipciaca.—La poesía castellana de los siglos XIV y XV.—4 pesetas.

80.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Melia.—Primera serie—5 pesetas.

81.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo IX.—*Problemas contemporáneos*: tomo III.—Contiene: Ejercicio de la soberanía en las democracias modernas.—Las revoluciones de la edad moderna.—Clasificación de los sistemas democráticos.—La democracia pura en Suiza.—La democracia del régimen mixto en los cantones suizos.—La sobera-

nía ejercida en Suiza por la confederación.—El régimen municipal.—La democracia de los Estados Unidos.—El conflicto de la soberanía en los Estados Unidos y en Suiza.—Principios teóricos de la democracia francesa.—Conclusiones.—El juicio por jurados y el partido liberal conservador.—La economía política y la democracia economista en España.—La producción de cereales en España y los actuales derechos arancelarios.—Necesidad de proteger, á la par que la de los cereales, la producción española en general.—De cómo he venido yo á ser doctrinalmente proteccionista. La cuestión obrera y su nuevo carácter.—De los resultados de la conferencia de Berlín y del estado oficial de la cuestión obrera.—Últimas consideraciones.—5 pesetas.

82.—OBRAS LITERARIAS DE D. MANUEL SILVELA.—5 pesetas.

83.—PIDAL (MARQUÉS DE).—*Estudios históricos y literarios:* tomo II.—Contiene: Vida del trovador Juan Rodríguez del Padrón.—D. Alonso de Cartagena.—El Centón epistolario.—Juan de Valdés y el *Diálogo de la lengua.*—Fr. Pedro Malon de Chaide.—¿Tomé de Burguillos y Lope de Vega son una misma persona?—Observaciones sobre la poesía dramática.—Viajes por Galicia en 1836.—Recuerdos de un viaje á Toledo en 1842.—Descubrimientos en América.—Poesías.—4 pesetas.

84.—OBRAS DE D. JUAN VALERA: tomo VII.—*Disertaciones y juicios literarios:* 5 pesetas.

85.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo I.—Contiene: Manojo de la poesía castellana, formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante los siglos XVI, XVII, XVIII, y XIX, por los poetas de los dos mundos.—Tomo I, 5 pesetas.

86.—OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo IV: *Opúsculos gramaticales:* tomo I.—Contiene: Ortología.—Arte métrica.—Apéndices.—4 pesetas.

87.—DUQUE DE BERWICK.—*Relación de la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia.—Viaje á Rusia:* 5 pesetas.

88.—Fernández Duro (D. Cesáreo).—ESTUDIOS HISTÓRICOS.—*Derrota de los Gelves.—Antonio Pérez en Inglaterra y Francia:* un tomo.—5 pesetas.

89.—OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo V.—*Opúsculos gramaticales:* tomo II.—Contiene: Análisis ideológica.—Compendio de gramática castellana.—Opúsculos.—4 pesetas.

90.—*Rimas de D. Vicente W. Querol:* un tomo, 4 pesetas.

91.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo II.—Contiene: *Manojo de la poesía castellana*, formado con las mejores

producciones líricas consagradas á la Reina de las flores durante el siglo XIX, por los poetas de los dos mundos.—Tomo II, 5 pesetas.

92.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XVII.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IX (siglo XIX).—5 pesetas.

93.—OBRAS DE D. J. E. HARTZEMBUSCH: tomo V.—*Teatro.*—Tomo III, 5 pesetas.

94.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde* 1654 *á* 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta, con la biografía del autor y algunas de sus obras poéticas y dramáticas: tomo I.—5 pesetas.

95.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XVIII.—*Ensayos de crítica filosófica,* un tomo, 4 pesetas.

96.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde* 1654 *á* 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo II.—5 pesetas.

97.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo* XVIII, por el Marqués de Valmar: tomo I.—5 pesetas.

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PREPARACION.

Memorias de D. José Pizarro.

Relaciones de sucesos de la Monarquía española, desde 1654 á 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta, tomo III.

Obras completas del Duque de Rivas.

Obras completas de Fernán Caballero.

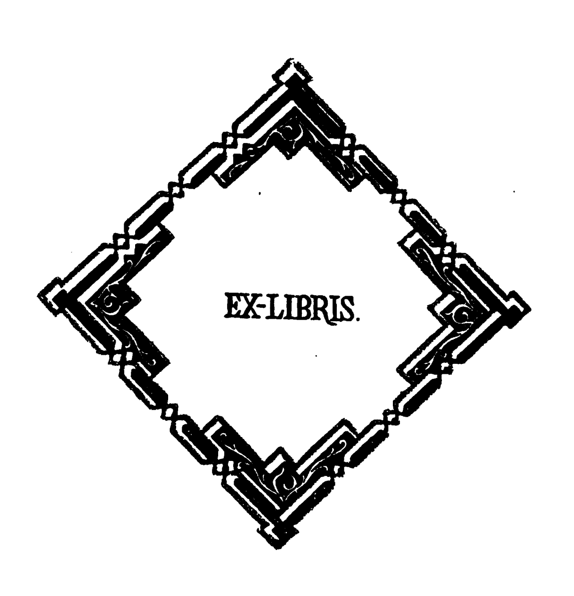
Obras de D. S. Estévanez Calderón, tomo V.—*Novelas.*

COLECCION

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

CRÍTICOS


EX-LIBRIS.

OBRAS LITERARIAS.

HISTORIA CRÍTICA

DE LA

POESÍA CASTELLANA EN EL SIGLO XVIII

aquí cómo empieza á hablar uno de los pastores de la égloga:

Salicio, no me es lícito quedarme;
Pues, en un año que dejé mi aldea,
Nada sé de mi madre
Ni de mi anciano padre,
Y esta noche es preciso que los vea,
Que ya sin duda deben aguardarme;
Porque yo, al ausentarme,
Les dije que á la siega volvería;
Y aunque no es culpa mía,
Las espigas doradas
Estarán en la era ya trilladas.....

La carta más descolorida no suele llegar, en su estilo, á este grado de insulsez y frialdad. Esto deja atrás á la desmayada frase de *Salas*, de *Olavide* y de *Montiano*, que también leyó una égloga semejante en la misma Academia de San Fernando, el año de 1754.

«La música (dicen las actas de la Academia) preparó la atención para oir con mayor deleite la égloga de D. Pedro de Silva.» El éxito fué completo, y tal el entusiasmo del concurso y de la Academia, que ésta nombró al poeta, en el acto y por aclamación, académico de honor.

Éste es uno de los muchos ejemplos que ofrece la historia literaria del imperio de la moda, y de los errores estéticos de cada edad. Ridícula era, ciertamente, la moda conceptuosa; pero al cabo en ella, si bien descaminado, se traslucía á veces el ingenio, en tanto que en el prosaísmo extremado de aquellos tiempos no cabían ni color, ni emoción, ni vuelo,

ni imágenes, ni el menor reflejo, en fin, de lo que constituye la belleza poética.

Sólo comparable, en falta de numen, con su contemporáneo y paisano el Conde de Toreno, autor de *La muerte de Abel*, de *Doña Blanca de Borbón* y otros perversos poemas, *D. Ignacio de Merás*, ayuda de cámara del rey Carlos IV, cultivaba la poesía con un inexplicable engreimiento, que contribuyó á que su nombre sonara, aunque sin gloria, entre los poetas de fines del último siglo (1). Este caballero asturiano, que escribió una oda contra *la vanidad*, y que se creía modesto, no dudó nunca, sin embargo, de que Dios le había concedido la llama de la inspiración y de que su nombre estaba destinado á la inmortalidad.

Tineo me dió el ser; filosofía,
Desengaños y honores debo á Mantua,
Y á mi trabajo eterna nombradía:

éste es el orgulloso epígrafe que estampó *Merás* al frente de sus *Obras poéticas*, provocando de este modo la risa de sus contemporáneos. Así empieza una composición que escribió en celebridad de los desposorios de los Infantes de España y Portugal:

Mi plectro humilde, que dichosamente
Logró la protección, logró el amparo
Del tutelar y padre prodigioso
De las nueve lumbreras del Parnaso.....

---

(1) Hubo en la familia de *Merás* otros poetas, entre ellos un ciego.

Bastan estos cuatro versos para dar idea de lo que era *Merás* como poeta y como versificador, y asimismo de la incorregible manía de infatuarse con un inocente descaro, de que hay pocos ejemplos en la historia literaria, donde han quedado tan abundantes rastros de desvanecimiento y soberbia. Escribió *Merás* obras dramáticas, odas, poemas heróicos; en todo es siempre insulso y vulgar hasta lo sumo. Dió alguna vez en escribir versos á la muerte de personas queridas ó admiradas. Compuso infelices sonetos, que llamó *Sonetos fúnebres*, á Federico II, á Catalina II, á Feijóo, al general Ricardos, á D. Ventura Rodríguez, al impresor Ibarra y á otros célebres personajes. Pero ¡qué mucho! Escribió versos á la muerte de tres de sus hijos y de su esposa, que aun no había cumplido veinticuatro años, y no se encuentra en ellos ni un acento conmovedor, ni un rayo de verdadera luz. La índole intelectual de *Merás*, como la de otros escritores de la escuela prosaica, es de carácter repulsivo para la poesía. Ni la gloria enciende su mente, ni la ternura hace palpitar su corazón.

Una composición de *Merás*, tan poco feliz como todas las suyas, obtuvo, entre la gente indocta, cierto aplauso pasajero, por referirse *al uso de las cotillas*, moda de aquel tiempo, extravagante por lo extremada, pero no más extraña ni censurable que algunas otras de nuestros días. Es una anacreóntica de más de doscientos versos, en la cual describe *Merás*

las zozobras y molestias que ocasionaba á las señoras el violento ajustador llamado *cotilla.*

El público no advirtió ni la insipidez de la invectiva, ni la extravagancia del poeta, que satirizaba ahora en *anacreónticas*, como ya lo había hecho en *odas.* Aplaudió entonces, porque sólo vió en *Merás* el censor de una costumbre de que el pueblo se reía y que la ciencia condenaba (1).

Don José de la Olmeda es otro de los que se atrevían á escribir versos porque imaginaban que la poesía consistía en la sensatez y en la llaneza. Tenía sin duda al vigor y al entusiasmo por cosas arriesgadas en las letras; así es que sus obras causan hastío y fatiga en vez de emoción ó deleite. Hay entre las poesías de *Olmeda* un romance endecasílabo, de más de quinientos versos, sembrado en verdad de ideas nobles, religiosas y patrióticas (2). Pero ¡qué desmayado estilo! La cordura sola no basta á animar los escritos, y el calor de la idea se desvanece con el hielo de la expresión. Así

---

(1) Un profesor de Medicina y Cirugía, *D. Mariano Martínez Galinsoga*, escribió una obra, encaminada á probar que la «compresión ocasionada por las *cotillas* pone en tormento las entrañas del vientre inferior, las estrangula, las hace perder el sitio y mudar de figura, y que así las operaciones de dichos órganos deben ser precisamente imperfectas y dolorosas, por cuya causa sobrevienen enfermedades», etc.

(2) En elogio de las discípulas de las cuatro escuelas patrióticas (1782).

habla *Olmeda* para ensalzar la industria española:

Ya puede competir Guadalajara
Con la fábrica inglesa de Lancáster,
Y las de Talavera, León, Toledo,
Se aumentan con vistosas variedades.....

Y ¿era esto *pulsar la lira*, según el lenguaje convencional de aquel tiempo? Esto es una usurpación de la prosa, es parodiarla; porque la asonancia y la medida no sirven aquí sino para hacer más visible la pobreza de la expresión y la desnudez de la frase.

Pongamos término á esta poco gloriosa reseña con el nombre del doctor *D. Pedro Pichó y Rius*, profesor de ciencias matemáticas en el Real Seminario de Nobles educandos de Valencia. Su prosaísmo supera al de los más desmayados versificadores, y llega en esta parte al último punto que puede concebir la imaginación. Inspiróle su extraviado gusto la idea singular de traducir en verso la *Introducción á la sabiduría*, breve tratado de moral, de educación y de higiene, que escribió en latín el insigne varón *Juan Luis Vives* (1). Ésta es una de aquellas obras recomendables por su sana moral, pero esencialmente reñidas con la poesía. *Francisco Cervantes Salazar* y *Diego de Astudillo* la habían traducido en prosa. *Pichó y Rius* imagina que, convertido aquel modesto y sencillo tratado en un poema, cobrarían mayor realce y valor las máxi-

(1) Esta traducción se publicó en Valencia el año de 1791.

mas de sana moral y cristiana virtud que contiene.

«He elegido (dice) la especie de verso comúnmente llamada *silva;* metro dulce, corriente, armonioso, lleno al mismo tiempo de *majestad* y *grandeza.*»

Majestad y grandeza hay en algunas máximas morales y filosóficas de *Vives;* pero por desgracia pierden lo uno y lo otro con la entonación trivial y helada de los versos de *Pichó.* Deja éste atrás el prosaísmo de *Montengón*, de *Silva* y de *Olavide.* He aquí una muestra del punto á que se atreve á descender *Pichó* en la entonación poética, que él intenta hacer *grande* y *majestuosa:*

Las manos, pues, y rostro tú procura
Lavar con agua fresca
Y enjugar con toalla blanca y pura.
Y también la cabeza,
Los oídos, nariz, ojos, sobacos,
Por do escoria despides,
De limpiar á menudo no te olvides.
Ten de lavar los pies igual cuidado,
Y mantenerlos con calor templado.
. . . .

Ejemplos de tan increíble ineptitud poética podrían presentarse á millares. Pongamos el último. Así empieza un poema descriptivo, en octavas, á la proclamación de Carlos IV en Toledo (1789):

Sabida la real orden de que el día
Diez y siete de Enero se aclamara
Á nuestro soberano, tu alegría
En tus disposiciones se declara.....

¡Para cuándo dejan la prosa estos profanadores de la poesía!

Á esta prosperidad del prosaísmo en el último tercio del siglo XVIII corresponde el ahinco con que los malos poetas cultivaban, sin tregua ni concierto, varios géneros de poesía artificial, prescritos en las poéticas con caracteres determinados. *Boileau*, comparando ingeniosamente el idilio y la égloga á una pastora que en los días de fiesta se engalana con flores, y no con rubíes ni diamantes, había aconsejado el estilo humilde en la poesía campestre (1). ¡Qué cómodo asidero para los copleros que no se sentían con aliento para subir á las alturas del estilo sublime! La poesía cayó bajo el imperio de la égloga, y se hizo de todo punto falsa y ridícula; pues lo extraño es que estos amigos de las clasificaciones doctrinales las desnaturalizaban á su sabor. La *anacreóntica*, por ejemplo, destinada por los preceptistas á cantar la dulce alegría del amor y de los placeres, es empleada por el *P. Báguena* para disertar sobre *El hombre con relación á la sociedad.* La moda de las églogas, especialmente, indujo hasta á los hombres de más claro talento á caer en impropiedades monstruosas. Para cantar las glorias de las artes, en la distribución de premios de la Academia

(1) . . . .

Telle, aimable en son air, mais humble dans son style,
Doit éclater sans pompe une élégante idylle.
Son tour simple et naïf n'a rien de fastueux,
Et n'aime point l'orgueil d'un vers présomptueux.

(*L'Art poétique*, canto II.)

de San Fernando, de 1754, escoge *Montiano* una égloga. ¡Qué ceguedad crítica la de aquel tiempo! *Montiano*, que se afana por hacer recobrar á las letras la cordura perdida, no ve cuán insensato es que rudos pastores se entretengan con sabias y elevadas pláticas, en que rivalizan la erudición y el tono elevado. Hay en esta égloga un pastor, *Menalcas*, diserto y erudito, que habla de las artes de Roma, Atenas y Palmira, y deja atrás en magisterio estético á los mismos académicos de San Fernando.

Huerta quiere celebrar asimismo la distribución de premios de la Academia de San Fernando (1), y tampoco le ocurre forma más adecuada para este objeto que una égloga. Humildes pescadores, aterrados por una tempestad que ha destrozado la barquilla de uno de ellos, serenados de improviso y llenos de intempestivo gozo, empiezan á cantar en primoroso estilo, acompañados del caracol marino, no las emociones del mar ni los hechizos de la ribera, sino ¡quién lo diría! las excelencias de las nobles artes y los títulos de Carlos III á los aplausos de la historia. Aquellos toscos pescadores hablan de Trajano y discurren doctamente sobre la arquitectura, el grabado, la pintura y la escultura, como quienes se hallan familiarizados con sus procedimientos mecánicos, con su trascendencia histórica, con su objeto útil ó glorioso. ¡Pobre literatura la

(1) Actas de la Academia (1760).

que trastorna ridículamente las ideas, la que desconoce la sana inspiración de la verdad, la que llega hasta lo absurdo, subyugada por el poder de la rutina!

Como el tono *humilde* de la égloga y su llanísima estructura ponían la poesía al alcance de todo el mundo, resultó de aquí que cualquiera se metía á poeta, y que todo se cantaba en églogas, hasta las cosas más apartadas del campo y de sus apacibles y risueños deleites. Las bellas artes, un casamiento aristocrático (1), la muerte (2), la guerra (3), ¿qué cosa no se creyó entonces adecuada á la poesía campestre? Verdad es que de la impropiedad de pastores cultos, sabios y disertos, Virgilio mismo les había dado ejemplo. En la égloga IV, *Polion*, levanta el tono hasta la profecía histórica; la égloga V, *Dafnis*, es una apoteosis figurada de César; la égloga VI, *Sileno*, es un cuadro bellísimo de la filo-

---

(1) *Manzanares*. Égloga epitalámica, con motivo de los desposorios de D.ª María del Pilar Silva y Palafox, hija del Duque de Híjar, con el Conde de Aranda, por D. Miguel García Asensio.

(2) *Los Pastores de Macharavialla*. Égloga á la muerte del Excmo. Sr. Marqués de la Sonora, por D. José García de Segovia.

El Albino. Égloga á la muerte del Duque de Alba, por D. Pedro de Salanova.

(3) *Títiro*. Égloga epinicia ó poema triunfal en elogio del bombardeo ejecutado contra Argel por el excelentísimo Sr. D. Antonio Barceló, Teniente general de la Real Armada, en 1783, por D. Pedro de Salanova.

sofía de Epicuro. ¡Qué asuntos para la candorosa ignorancia de los rabadanes y de los pastores! Y por cierto que el poeta latino dice, al principio de la última égloga citada, que, al ir á cantar reyes y combates, Apolo le tiró de la oreja, diciéndole: «Títiro, cuadra al pastor apacentar rollizas ovejas y recitar sencillos versos.» Y ¿de qué manera atiende Virgilio la advertencia del dios? Componiendo una de las églogas de más exquisita estructura, de más recóndito sentido, de versificación más esmerada, y, por decirlo así, más *académica*, que ha producido literatura alguna. Boileau no advertía sin duda que recomendar, como lo hizo, por una parte, las bellas églogas de Virgilio como el gran modelo de la poesía campestre, y prescribir, por otra, en ellas el estilo *llano, humilde* y *candoroso*, era incurrir en una contradicción de doctrina. Pero no debe extrañarse mucho que los poetas del siglo XVIII, cuyo dogma de la imitación en las artes venía á parar en que imitaban, antes que á la naturaleza, á los modelos consagrados del arte mismo, adoptasen la égloga como un medio fácil, aunque impropio, de cantar cuanto venía á sus mientes.

En lo que ni Virgilio ni Boileau podían servirles de escudo ó de disculpa es en la insulsa metafísica de amor que emplean los amartelados zagales de las églogas italianas, francesas y españolas. *Garcilaso,* por un privilegio del cielo, sabía hermanar, ó, mejor dicho, amalgamar, con habilidad peregrina en sus

églogas el artificio de visibles imitaciones de la poesía latina é italiana con los deliciosos y sencillos acentos de la ternura verdadera, mientras que los poetas bucólicos del siglo XVIII no aciertan á cantar sino los *fríos ardores* de un amor falso, prolijo y enmarañado, que no tiene ni sensibilidad ni gracia.

Más aceptables son, como más verdaderas, las groseras imágenes, hijas de una civilización materialista, que constituyen los requiebros que los pastores dicen á las zagalas en las églogas del paganismo. En las obras de Teócrito, de Virgilio y de otros poetas bucólicos de la antigüedad, las *Galateas* y las *Amarilis* son más dulces que el tomillo hibleo, más blancas que la leche y el queso, más hermosas que la hiedra blanca, más delicadas que un cordero, más altivas que una ternera, y sus carnes más lisas y apretadas que el agraz. No pudiendo un galán moderno decir piropos de esta laya á falsas pastoras, que se pagaban más de un madrigal que de un elogio natural y sencillo, forzoso era apelar al ingenio, ponerlo en prensa y decir cosas extravagantes y alambicadas. El mismo *Boileau*, en uno de los felices instantes, que solía hallar en la sátira, en los cuales no ofuscaban su elevado talento las preocupaciones seudo-clásicas del preceptista, se burla con sal ática de las églogas cortesanas y de su bucólica ternura:

Viendrai-je en une églogue, entouré de troupeaux,
Au milieu de Paris enfler mes chalumeaux,
Et dans mon cabinet, assis au pied des hêtres,

Faire dire aux échos des sottises champêtres?
Faudra-t-il de sang-froid et sans être amoureux,
Pour quelque Iris *en l'air, faire le langoureux,*
Lui prodiguer les noms de Soleil *et d'*Aurore,
Et toujours bien mangeant, mourir par métaphore? (1).

No bastaban estas lecciones. La moda era más poderosa que el buen sentido. Continuaban gimiendo con místico primor, en las églogas, los enamorados zagales, dando á los lectores tentación de exclamar, como el cura de Cervantes al topar con *el pastor de Fílida* en el *donoso escrutinio:* «No es ése pastor, sino muy discreto cortesano.»

Las clasificaciones doctrinales han sido, por lo común, manantial de poesía enfadosa y amanerada, y es triste ver á un *Quintana,* que no quiso poner nombre á sus magníficas composiciones líricas, enredado en estudiar si hay ó no diferencia entre la égloga y el idilio (2).

Uno de los géneros de poesía más autorizados por ilustres ejemplos, y menos defendibles ante la razón y el buen gusto, como contrario á la índole de la verdadera poesía, es el género didáctico. *Pintar, sentir, soñar;* esa es la poesía; pero *¡enseñar!* Nada hay en el mundo más laudable y meritorio; mas al propio tiempo nada de más prosaico y enfadoso linaje. Lucrecio, tan admirable y vigoroso,

---

(1) Sátira IX.

(2) *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, t. III; Madrid, 1804.

desciende á la tierra, del cielo poético en que vive, cuando analiza y explica con el minucioso, inflexible, descarado y hasta repugnante *realismo*, como se dice ahora, las causas y fenómenos de la reproducción de las razas (1). Aquí la poesía está subordinada á la ciencia, y la poesía se degrada cuando, desmintiendo su noble esencia, llega á ser un mero arreo con que la prosa se encubre y se engalana. *Virgilio* mismo, en sus incomparables *Geórgicas*, no es más que un versificador brillante y esmerado cuando habla de la cría caballar, de las enfermedades de los animales y de otras cosas útiles, pero de carácter absolutamente rastrero. Y si *Lucrecio* y *Virgilio* son poetas de alta ley en sus obras didácticas, es porque á cada paso sus versos dejan de ser *didácticos* y adquieren el arranque lírico, la conmoción moral que les inspira la contemplación de las bellezas de la naturaleza, sus misteriosas leyes, su inefable armonía. Cuando mueve su espíritu la hermosura de algún objeto, no describen como sabios; pintan como poetas. Recuérdese, por ejemplo, la viva y valiente descripción que hace *Virgilio* del caballo (2), parafraseada con tanta elegancia y gallardía por *Pablo de Céspedes* en su poema de *La Pintura*.

Pero ¿qué es la poesía didáctica en manos de

(1) *De rerum natura*, lib. IV.
(2) *Geórgicas*, lib. III.

aquellos que carecen del numen soberano que se sobrepone involuntariamente á las prescripciones de las poéticas? Ya lo hemos visto en el poema de *La Música*, de *Iriarte*.

Este á la sazón ruidoso ejemplo alentó á escribir enfadosos poemas didácticos á hombres que ni siquiera tenían la facilidad, la cultura, la instrucción y el ingenio de aquel ilustre fabulista.

Don Diego Rejón de Silva, caballero murciano, oficial de la primera Secretaría de Estado, hombre estimable y laborioso, cultivador perseverante de las artes y de las letras, dió á luz, en 1786, *La Pintura*, poema didáctico, de aquellos que ni enseñan ni deleitan (1). La poesía y la pintura constituían el re creo de su vida. Dos años antes había publicado en la Imprenta Real una traducción anotada del *Tratado de la Pintura*, por Leonardo de Vinci, y de los tres libros que sobre el mismo arte escribió León Bautista Alberti.—En 1788 dió á luz en Segovia un *Diccionario de las Nobles Artes*, obra enteramente original y de no escasa importancia, por hallarse autorizadas las voces técnicas con textos españoles.

Menos desmayada que el poema *La Pintura* es su fábula *Céfalo y Procris*, en octavas jocoserias, escrita en las mocedades del autor (1763); obra desali-

(1) Llegó á ser *Rejón de Silva* individuo de la Academia Española. Murió en 1796. Había publicado *Aventuras de Juan Luis, historia divertida*, etc. Ibarra (1781).

ñada y conceptuosa, pero no exenta de desenvoltura y donaire. No es de presumir que intentase *Rejón de Silva* emular en su *fábula*, ni la célebre comedia burlesca de Calderón, *Céfalo y Procris*, ni el poema que con el mismo título publicó en 1639, entre sus *Rimas varias*, el licenciado de Antequera Jerónimo de Porras. La fábula escrita por *Rejón de Silva*, aunque amena, no es más que el desahogo de la musa atrevida y juguetona de un mancebo, y no merece que la posteridad pare su atención en esta obra, que sólo tiene mérito escaso y relativo.

Una de las señales más patentes del gran impulso civilizador que recibió la nación española en el reinado de Carlos III, es el ardor y el espíritu analítico con que se cultivaron entonces la pintura, la escultura y la arquitectura. No bastaba la crítica elevada de los *Mengs*, de los *Pons*, de los *Cean* y de los *Jovellanos;* la poesía aspiraba á tomar parte en la propaganda doctrinal de las artes, y si bien rendía con ello á estas mismas artes un homenaje de admiración y de entusiasmo, caía en un error poético fundamental.

Don Juan Moreno de Tejada, grabador de cámara, otro poeta que se hallaba todavía más distante que *Rejón de Silva* del vigoroso sentimiento poético de las artes que había animado las hermosas octavas de *Pablo de Céspedes*, en vez de emplear su voz cantando en versos líricos las maravillas de la pintura, se dejó llevar de la general manía de las composi-

ciones didácticas, y escribió un poema erudito, pero glacial, *Excelencias del pincel y del buril*, con el cual nada ganaron el arte y la poesía (1).

Toda la ambición de estos poetas sin poesía se cifraba en imitar á *Iriarte*, tomando por dechado una de sus obras menos afortunadas. Pero ninguno blasonó de ello con tanta claridad como *D. Félix Enciso*, autor del poema didáctico *La Poesía*. «La música, exclama, ha tenido un *Iriarte*. ¿Por qué su hermana, la poesía, no logrará igual suerte?» Mientras más noble y poético era el asunto, más triste era el fruto que de él sacaban estos menguados versificadores. ¡No fué esta vez la mala suerte de la *poesía* no encontrar un *Iriarte*, sino dar con un *Enciso!*

Otro poema de aquellos tiempos, tan lleno de presunción como falto del estro lírico que anima á veces estas obras didácticas, es la *Filosofía de las costumbres*, del *P. Pérez de Celis*, especie de tratado de moral, en veinte silvas, con más de diez mil quinientos versos, escritos en el más trivial y humilde estilo. Pero ¿á qué cansarnos en una enumeración que sería interminable? Ni *Los Aires fijos*, del arcediano *Viera y Clavijo* (2); ni *Las Termas de Ar-*

---

(1) Publicó también una composición poética *Al mérito de Alfonso Giraldo y Bergaz*, escultor de cámara de S. M. y Director de la Academia de San Fernando.

(2) D. José de Viera y Clavijo, Arcediano de Fuenteventura (Canarias), individuo de la Academia de la His-

chena, poema físico de *Ayala;* ni ninguno de los poemas de esta especie, inspirados por espíritu de rutinaria imitación, pertenecen, en verdad, á la poesía que sabe idealizar las impresiones de la naturaleza.

El género didáctico, lo repetimos, si alguna vez, á pesar de su prosaica índole, ha producido bellezas de pormenor, como acontece, por ejemplo, en las *Geórgicas portuguesas* de Luis da Silva Mozinho d'Albuquerque, fácilmente degenera en monstruosidad poética cuando cae en manos de la medianía. Aquellos que no saben comprender ni sentir la noble y espiritual esencia de la poesía, atropellan, sin caer en ello, las leyes eternas del buen gusto, escudados con los fueros de la didáctica. ¿Qué mayor prueba que el carácter irremediablemente antipoético de los asuntos de muchos poemas didácticos? *El Arte de preservar la salud* (1); *El Ajedrez; El Gusano de seda* (2); *El Anfiteatro médico* (3); *Las Aguas*

---

toria, escribió otros poemas didácticos; entre ellos un canto en octavas *Las Bodas de las plantas*, que dejó inédito, y ha sido publicado en Barcelona en 1873. Es de presumir que esta obra fué inspirada por el entonces célebre poema inglés *El Jardín Botánico* de Erasmo Darwin (abuelo del famoso naturalista de nuestro tiempo Carlos Roberto Darwin). La segunda parte de este poema se titula *Los Amores de las plantas*.

(1) De *Amstrong.*

(2) Estos dos poemas son del célebre preceptista *Marco Jerónimo Vida.*

(3) De *Le Camus.*

minerales (1); *Los veinte concilios generales* (2); *El Arte de confitar* (3): *La Fabricación del azúcar* (4): estas y otras materias de prosáica enseñanza han sido vanamente vestidas con los atavíos exteriores de la poesía. Si *Virgilio* mismo tiene que descender de su divina esfera para explicar en verso circunstancias vulgares de la vida rústica, ¿cuánto no ha de repugnarnos el jesuita francés *Jacques Vanière* detallando en su poema *La Casa de campo*, especie de cartilla agraria, admirada en el último siglo casi al igual de las *Geórgicas* del poeta romano, los requisitos de los estercoleros, y el modo de salar el tocino y de curar los tumores y la sarna de los bueyes y de los cerdos? (5). Esto es hacer agravio á la poesía verdadera, y á tales desvíos del sentimiento poético conduce el abuso de las clasificaciones.

Todavía cabe descender en la escala de la poesía. Estos antipoéticos poemas didascálicos llevaban al cabo un fin provechoso. Pero hubo algunos hombres de ingenio que, sin elevación de miras, sin es-

---

(1) De *Ségault.*

(2) De *Salanova.*

(3) De *Lebrun.*

(4) *De Opificio Sacchario*, poema heróico, latino, de Prudencio de Amarral, poeta brasileño del siglo XVII.

(5) Véanse los libros II, III y IV del *Prædium rusticum* del *P. Vanière*, que murió en 1739. Este pesadísimo poema latino, en diez y seis libros, fué traducido al castellano y á otras lenguas modernas.

tro y sin entusiasmo, escribían fútiles versos, que, aunque desprovistos de intención, de gala y de fuego, eran aplaudidos por una parte de la sociedad, indiferente ó frívola. Á esta literatura pueril y chusca, que podría llamarse literatura de la fruslería, pertenecen algunos de los escritos de *Nieto Molina*, de quien ya hemos hablado, y del *bachiller Alejo de Dueñas*. Fué el nombre completo de este semiencubierto poeta, *D. Juan Manuel Alejo Manzano, Trigueros, Dueñas y Luján*. Nació en Madrid, por los años de 1740. Estudió gramática y retórica en el colegio de jesuítas de Ocaña, filosofía en Sigüenza, leyes y cánones en Alcalá de Henares, donde se graduó de bachiller. Vivía en 1790. Residió en Madrid, dedicándose exclusivamente á la literatura, con el auxilio de la excelente librería que le dejó su padre D. Manuel, curioso en esto, como en reunir pinturas y otros objetos preciosos. Encubierto con esta especie de seudónimo, compuesto de su tercer nombre y de su tercer apellido, gozó de cierta fama. Pocas obras serias conocemos de este festivo poeta, y éstas nos parecen amaneradas y triviales. En la poesía burlesca y satírica demostró facilidad y cierto donaire. Publicó varias poesías sueltas en las revistas y periódicos de su época (1).

---

(1) Además, *Rasgo épico en obsequio del excelentísimo Sr. D. Bernardo Gálvez por la conquista de Panzacola.—Elegía en obsequio del Excmo. Sr. D. Martín de Gálvez,*

Un cuento suyo, escrito con gracia y naturalidad, y con la pretensión de imitar á Lope de Vega, se insertó en el *Memorial Literario* (1).

La obra del *bachiller Dueñas* que alcanzó mayor éxito, es el poema *Dánae, ó la crianza mujeril al uso*. Lo publicó en Pamplona, el año 1787, llamándose *semipoeta*, lo cual cayó al público en gracia. Su objeto es moral, y se columbra que intentó imitar el estilo de las obras jacosas de *Quevedo*.

Presidente de Goatemala, por la conquista de Roatan. Madrid, 1783; en 4.° (*Álvarez* y *Baena*, t. III, pág. 323).

(1) Marzo de 1788. No reimprimimos este cuento en la BIBLIOTECA de Rivadeneyra, porque no lo consiente lo poco limpio del asunto.

He aquí una muestra de la poesía del *bachiller Dueñas:*

Á LA FORTUNA.

Soneto.

AMO.—CRIADO.

A.— Lesmes, ¿no oyes llamar? ¿Estás difunto?
Mira quién es, que así nos importuna.
C.—¡Válgame Dios! Señor, doña Fortuna.
A.—¡Su excelencia en mi casa! Que entre al punto;
Pero aguarda un poquito, que barrunto
Que nos viene á engañar sin duda alguna,
Pues poner en los cuernos de la luna
A un pícaro y soltero es mucho asunto.
C.— No señor; que trae mandos, dignidades,
Empleos, bodas, brillantez y gala.
A.—Dila si trae quietud, si trae verdades.
C.— Me ha dicho que de balde no regala;
Que con las dichas trae penalidades.
A.—Pues vaya su excelencia enhoramala.

Con mayor razón que estos dos ingeniosos escritores que acabamos de mencionar, merecen ser contados entre los poetas frusleros, por el poco trascendental sentido de sus versos, otros dos hombres de valía: el *Marqués de Ureña* y el *Marqués de Méritos.*

Ilustradísimo, respetable y simpático, distinguíase notablemente por aquellos tiempos el de *Ureña.* No había nacido poeta, pero escribía versos, porque estaba dotado de uno de los entendimientos flexibles é incansables que todo lo abarcan y comprenden, y que no pueden vivir sin tomar parte en todas las manifestaciones del progreso humano. Pintor, poeta, músico, astrónomo, físico, arquitecto, mecánico, hombre industrioso en grado eminente, con igual diligencia y acierto se ocupaba en disecar legumbres y pastillas de carne para la navegación, en dirigir la construcción de un edificio público, ó en labrar un órgano con sus propias manos (1), que en pintar un cuadro, ó en componer una sinfonía ó un poema. Á falta de numen puro y elevado, que en verdad no le había otorgado la Providencia, servía á *Ureña* de inspiración el genial desembarazo y donaire de los andaluces. Sus poemas impresos son de índole burlesca y no poco vulgar, y si la posteridad los recuerda, no es como obras dignas, por título

(1) *Diccionario de personas célebres de Cádiz*, por don Nicolás María de Cambiaso.

alguno, de aplauso y de renombre, sino meramente como curiosidades literarias, que caracterizan al poeta y á su época. Uno de estos poemas festivos del *Marqués de Ureña* fué publicado en Sevilla en 1784, encubriéndose el autor con el supuesto nombre de *D. Severino Amaro.* Está escrito en los versos llamados alejandrinos. El título es por demás peregrino y extravagante: *El Imperio del piojo recuperado.* El desenfado poco ático del asunto y de las ideas, y lo premioso y monótono de la versificación, no alcanzan á ahogar del todo en este singular poema el ingenio vivo y satírico del *Marqués de Ureña.*

El otro poema es *La Posmodia, en cuatro cantos, por uno que lo escribió.* Es una composición burlesca, en que siguiendo la chanza literaria del *Regimiento de la Posma,* que inventó el *Marqués de Méritos*, coronel de este regimiento imaginario (1), hace un elogio satírico de la gente cachazuda y perezosa. En la portada hay, á manera de empresa, un elefante enjaulado, con este mote: *No sea que vuele.* El poema vale muy poco, y diríase que el poeta ha seguido al pie de la letra el propósito, que en tono zumbón

---

(1) «El *Marqués de Méritos*, para acreditar la legitimidad del título de *coronel del regimiento de la Posma*, ideó hacer un viaje de Cádiz á Sevilla, invirtiendo en él un año, pues se iba deteniendo en el tránsito cuanto podía; hoy en la hacienda de un amigo, mañana en una población, etc., etc.»—(*Nota del Sr. D. Adolfo de Castro.*)

expresa en el prólogo, de no enardecer su fantasía á fin de que el asunto y el estilo caminen de consuno. «Si tal vez, dice, me acometía un asomo de lo que llaman calor poético, me santiguaba, como si fuera tentación, soltaba la pluma, y me abanicaba un tanto cuanto.»

La Posmodia está dedicada al citado *Marquès de Mèritos*, como *coronel de la Posma,* en un soneto que termina de este modo:

Bien se encrespen del mar las bravas ondas,
Ó ya tiemble la tierra, ó ya por luengas
Grietas de fuego arroje hediondas lavas,

Estos mis votos son, sin más arengas:
Tú mantente lo mismo que te estabas;
Coronel, ni te vayas ni te vengas.

En un manuscrito, que tenemos á la vista, de este mismo poema, la dedicatoria está escrita en prosa. En ella apellida *Ureña* al *Marquès de Mèritos* «serenísimo y tranquilísimo señor».

En cuanto á poesía grave y elevada, poco conocemos del *Marquès de Ureña.* Á juzgar por las prosaicas *Estancias* que leyó en la Academia de San Fernando, con motivo de la distribución de premios celebrada en 1787, no había nacido el Marqués para cantar asuntos que requieren vuelo y entonación. En las estancias se trasluce el hombre sensato y erudito, pero no el poeta. ¡Cuán pálidas hubieron de parecer en aquel acto solemne, en el cual con

sorpresa y admiración fué leída la célebre composición de *Meléndez* que empieza:

Don grande es la alta fama....,

y en el cual asimismo, para que la ocasión fuese más memorable, se presentó *Quintana*, de edad de quince años, á leer una oda, primicias de su noble ingenio!

Paisano y amigo del de *Ureña*, y como él, músico aventajado, fué el *Marqués de Méritos* uno de los hombres más dignos é ilustrados de su tiempo (1). Llegó á ser notable hablista, pero apenas merece ser citado entre los poetas, pues escribió pocos versos originales. Tampoco puede darse su nombre al olvido, porque contribuyó, con su amor á las letras y con su sano criterio, á desterrar de la poesía la obscuridad y el amaneramiento. En su viaje á Italia aprendió con tal perfección el italiano, que acabó por versificar en este idioma con la misma facilidad que en castellano. Así lo demuestra la traducción italiana que, á ruegos de la Duquesa de Alba, hizo del poema de Arriaza, *La Compasión*. Su ingenio era

(1) Nació en Cádiz, en el seno de la prosperidad, el 15 de Noviembre de 1735. Perlático, casi ciego, viviendo de oculto para esquivar las pesquisas de la policía francesa, que le perseguía, y privado de sus rentas, murió en Madrid, el 9 de Junio de 1811. Fué enterrado pobrísimamente, y quedó confundido su cadáver entre otros muchos, en el cementerio público.

Mantuvo larga correspondencia epistolar con el célebre compositor alemán José Haydn.

pronto y agudo, y tal vez se habría dedicado el Marqués con mayor gloria al cultivo de la poesía, á no hallarse engolfado de continuo en polémicas científicas y literarias, que absorbían y recreaban su ánimo. El *Marquès de Mèritos* fué quien hizo aquella natural y feliz traducción del famoso epitafio burlesco:

Ci git Pyron, qui ne fut rien,
Pas même académicien.
Aquí yace Pirón, que nada era,
Ni académico siquiera.

Y lo recordamos aquí, no por el valor de obra tan insignificante, sino porque fué muy celebrada, y atribuída equivocadamente á Vargas Ponce.

La anécdota siguiente, referida por Cambiaso, puede dar alguna idea del ingenio vivo y desembarazado del *Marquès de Mèritos:*

«En 1787 se dignaron los Príncipes de Asturias indicarle el deseo de que asistiese á las lecciones de su hija la señora infanta D.ª Carlota. Finalizados unos exámenes que delante de toda la corte y del Cuerpo diplomático sufrió la Infanta, se hicieron unos juegos de prendas, y Méritos se halló, por sentencia dada contra él, en el duro caso de decir un favor y un disfavor á la Princesa de Asturias, y de repente dijo:

Cuando habla Vuestra Alteza,
Tiene una falta,
Que aunque sensible á todos,
No la reparan.

¿Qué falta es esa?
Es que acaba más presto
Que ellos quisieran.»

La Princesa, muy satisfecha, y queriendo sin duda poner en apuro el ingenio de *Méritos*, le mandó cumplir la sentencia tres veces más. *Méritos*, lejos de arredrarse, siguió diciendo, sin detenerse:

Tienes, yo lo confieso,
Mucho agasajo;
Mas con él esclavizas
Á los vasallos;
¡Cosa es de hechizo
Hacer de tantos libres
Tantos cautivos!

Que se guarde justicia
Quieres, señora,
Y luego con gran gracia
Tú á todos robas:
Robas afectos,
Atenciones..... y arrobas
Á todos ellos.

De disponer de haciendas
Y aun de las vidas,
Con arreglo á las leyes,
Eres muy digna;
Mas ¡de albedríos!.....
Señora, eso ya pasa
De despotismo.

Se dejaba arrastrar por el espíritu controversista de la época, malgastando en insustanciales contiendas la fuerza y el calor de su entendimiento elevado. Yerros de *D. Juan Maruján* en su traducción de la

Dido de Metastasio (1); una traducción del conocido soneto, compuesto para una iluminación de Luca, que empieza:

Era di notte, e non ci si vedea,

y el singular problema de si comieron ó no carne los hombres antediluvianos, fueron tres cuestiones vigorosamente empeñadas y debatidas por *Mèritos*, que llegaron á llamar la atención del público, y que pueden dar idea de la candorosa vehemencia con que en el siglo último fueron cultivadas las ciencias y las letras.

La festiva broma andaluza del *Regimiento de la Posma* fué imaginada para satirizar libremente la apatía y cachaza de algunas personas que, con la cantinela perpetua de *Mañana veremos*, dejan pasar los meses y los años en *procrastinaciones* continuas, sin llegar nunca al término que apetecen. Por fútil que parezca esta especie de juego literario, merece

---

(1) Esta controversia fué sostenida en Cádiz por el *Marqués de Méritos*, disfrazándose con el seudónimo de *D. Eugenio Sarmiento*. Publicó con este motivo dos opúsculos en verso, titulados, el uno, *Impugnación á don Juan Maruján*, y el otro, *Vindicación del célebre poeta Metastasio, y Apología de la Impugnación;* Cádiz, 1762. La ira con que sostuvo *Maruján* sus opiniones llegó á hacer ruidosa esta pugna. Tomaron parte en ella, en favor de *Méritos*, muchos literatos insignes, entre ellos *D. Diego de Torres*, *D. Pedro Rodríguez de Campomanes*, *D. Agustín de Montiano* y *D. Luis José Velázquez*.

ser recordado cuando se trata de desentrañar la vida intelectual del siglo XVIII, por el éxito singular é inesperado que tuvo la chanza del *Marqués de Méritos;* chanza que duró más de medio siglo, que tuvo eco hasta en el palacio de los monarcas españoles, y en la cual tomaron parte personajes graves del Estado. Fué uno de ellos el Capitán general de los Reales ejércitos D. Antonio Ricardos. Cuando se hallaba éste al frente del ejército español que invadió el Rosellón, después de declarada la guerra á la República francesa, el *Marqués de Méritos*, siempre jovial y donairoso, ofreció á Ricardos un refuerzo de las pesadas tropas de la *Posma.* Cayó de tal modo en gracia esta humorada al esclarecido y agudo General, que contestó á *Méritos* enviándole unas instrucciones chistosísimas para el servicio de los soldados auxiliares, parodiando las Reales Ordenanzas, como era indispensable para adaptarlas á la índole peculiar de la *Posma.*

Entre los papeles de *Jovellanos* (1) hemos visto una donosa carta del *Marqués de Méritos*, en la cual copia un soneto italiano *en cuatro versos*, obra de D. Nicolás Puccini, cadete de Guardias de Corps, y se regocija con la *poderosa* razón que da este digno prosélito de la institución de la *Posma* para que su soneto no conste de mayor número de versos.

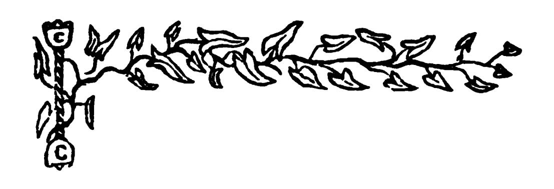
---

(1) Manuscritos de la colección del Sr. Marqués de Pidal.

He aquí el soneto:

Santa poltroneria, nume gradito,
Degl'uomini piacer, gioja e diletto,
Io ti consacro questo mio soneto,
Che per poltroneria non ho finito.....





CAPÍTULO XV.

EL PROSAÍSMO DESCIENDE DE SU APOGEO.—EL CANÓNIGO HUARTE.—RODRÍGUEZ DE ARELLANO.—DON RAMÓN DE LA CRUZ.—CONZÁLEZ DEL CASTILLO.—POESÍA ENFÁTICA.—NOROÑA.—SÁNCHEZ BARBERO.—CIENFUEGOS.—MORATÍN (LEANDRO).—QUINTANA.

YA cercano á su término el siglo XVIII, aquella calamidad del *prosaismo*, que no fué menos implacable enemiga de la buena poesía que lo había sido en otros tiempos su antítesis, el *gongorismo*, empezó á descender del apogeo en que se había encontrado en los últimos años del reinado de Carlos III y en los primeros del de Carlos IV. La crítica no se hizo más libre y desembarazada, pero sí más severa y exigente. Entonces, como siempre, la audacia hacía escribir poesías á muchos que no habían recibido del cielo misión tan delicada; pero ya no se granjeaban fácilmente celebridad gloriosa sino aquellos que estaban dotados cuando menos de ingenio ó de buen gusto. Algunos, aunque están lejos de ser grandes líricos, merecen recordación honrosa.

Distinguióse por aquellos tiempos, como prosador y como poeta, *D. Cayetano María de Huarte*, canónigo penitenciario de la catedral de Cádiz. Le señalaron especialmente á la atención pública las cartas satíricas que escribió sobre la comedia *Sancho Ortiz de las Roelas*, en las cuales demostró, cuando no sentido crítico profundo y vigoroso, viva perspicacia y no vulgar agudeza. Sus sermones fueron muy admirados. Algunos tenemos á la vista, escritos con fervoroso estilo y con espíritu evangélico. Era *Huarte* mejor prosador que poeta. Sus versos, todavía inéditos, si bien con frecuencia insonoros y lánguidos, denotan á veces intención poética y desembarazado ingenio.

Fué *Huarte* maestro de nuestro difunto amigo el insigne académico D. José Joaquín de Mora, el cual recordaba con especial complacencia algunas poesías de aquel ilustrado sacerdote, y entre ellas la paráfrasis de un salmo, escrita para implorar el favor del cielo con motivo de la salida de la bahía de Cádiz de la escuadra que fué á combatir al cabo de San Vicente, y una punzante sátira contra el sangriento y bárbaro espectáculo de las corridas de toros.

La Dulciada, poema burlesco, juguete inspirado por la edad juvenil, es una obra agradable, pero harto escasa de intención y de galas poéticas. Alcanzó en vida de *Huarte* bastante aceptación, á pesar del extremado desaliño con que está versificada,

y mereció que el *Marqués de Méritos* la diera á la estampa, un año después del fallecimiento del autor (1).

También resplandecía entonces en la esfera de las letras, si bien con la luz tenue y fugaz de un fuego fatuo, *D. Vicente Rodríguez de Arellano*. Escribió muchas comedias y algunos versos líricos. En todo fué mediano. Brillante entonces y olvidado ahora, la historia literaria debe un recuerdo á su nombre, sin detenerse á examinar sus obras. Otros poetas poco inspirados, del mismo siglo, cuya gloria resuena todavía, no le aventajan ni en la entonación ni en el ingenio. Las celebradas décimas de su *Memorial burlesco*, en las cuales el tono chancero dis-

---

(1) Don Bartolomé José Gallardo dice en una lista de los manuscritos de Huarte, escrita de su puño, que *La Dulciada* fue compuesta «para D. Jerónimo de Luque, maestrescuela de Cádiz, golosísimo». Más creíble es lo que se afirma en una nota impresa con el poema, esto es, que «dió motivo á *La Dulciada* D.ª María Amoroso». Á esta señora alude el mismo Huarte en estos versos de la octava VIII del canto primero:

Allí hallarás un numen soberano,
Una diosa de todos venerada
Por su carácter dulce y *amoroso;*
Ésta es la que preside en lo goloso.

Nació este ilustrado canónigo el 21 de Julio de 1741. Murió en Cádiz el 5 de Enero de 1806. Cambiaso, en su *Diccionario de personas célebres de Cádiz*, publicó la lista de las obras más conocidas, manuscritas é impresas, de Huarte.

culpa el alambicamiento de las ideas, no son verdadera poesía, pero son poesía ingeniosa, y tan aguda, aunque chabacana, que no la habría ciertamente desdeñado el mismo *Arriaza*, consumado maestro en la poesía familiar festiva.

Rodriguez de Arellano es uno de los poetas que, como Mor de Fuentes, Beña, Narganes y otros poco afortunados, dejan un eco casi perdido de su nombre á la posteridad. Se advierte desde luego, en las composiciones de elevado estilo de *Rodriguez de Arellano*, que mueven su pluma costumbre y facilidad natural, más bien que entusiasmo é inspiración. Algunas veces en los versos cortos no carece enteramente de gracia y de dulzura. Vivía en época en que las gentes se prendaban más de la agudeza que de la sensibilidad ó de la elevación. Por eso tuvieron tan brillante éxito sus décimas del *Memorial bulesco.*—Se hicieron copias innumerables, y aquella chistosa, pero trivial poesía, corría de mano en mano con inusitado aplauso.

Su pobre imitación de la célebre canción de Mira de Amescúa prueba cuán lejos estaba *Rodriguez de Arellano* de aquel dulce y hechicero hablar que tanto embelesa en las obras de nuestros antiguos poetas. Entre sus escritos en prosa merece recordarse, por su fácil estilo narrativo, *El Decamerón español*, *ó Colección de hechos históricos*, *raros y divertidos.*

Dos sainetistas famosos, *D. Ramón de la Cruz* y *Juan Ignacio Gonzàlez del Castillo*, deben ser aquí

honrosamente conmemorados, pues si bien se dedicaron principalmente al teatro, al cual les llamaba especial vocación, no carecían el uno ni el otro de cierto numen lírico.

Como autor de sainetes, zarzuelas y otras obras dramáticas, fué *D. Ramón de la Cruz* el poeta más popular del último tercio del siglo XVIII. Acaso nadie como él lo merecía, porque era quien retrataba más fielmente las costumbres, y quien con más chiste y en forma más amena y ligera satirizaba los abusos y los errores de su tiempo. Sólo es comparable con el fecundo, florido y agudo ingenio el *Licenciado Luis de Benavente*, el más famoso y popular de los entremesistas del siglo XVII. *Somoza* ha dicho con razón: «El que quiera conocer á fondo las costumbres españolas en el siglo XVIII, estudie el teatro de *D. Ramón de la Cruz*, las poesías de *Iglesias* y los *Caprichos* de *Goya*.»

El lenguaje de este célebre escritor no resplandecía siempre por lo acendrado y lo elegante; pero era, ...io, fácil, natural y animado; su invención fe... ...nque de limitado alcance. Los vicios de la ... en que vivía, especialmente los de la clase ... daban inagotable asunto para sus fábulas ...icas; mas nunca se detenía á analizarlos y á ... con la pintura de los caracteres y de los sen...entos morales un cuadro profundo y acabado. Le ...draban sin duda el desarrollo sucesivo, el enlace ...gico de una trama escénica de cierta extensión, y

se limitaba por instinto á hacer bosquejos, y no cuadros. Acaso en este defecto de su imaginación esté en alguna parte el secreto de su popularidad. Observador agudo y perspicaz, si no profundo y analizador, presentaba á la sociedad el espejo de sus ridiculeces y de sus extravíos, esto es, una imagen segura y verdadera, pero en forma festiva y fugaz, que provocaba más la risa que la reflexión. En representaciones que no duraban media hora, donde no se exponían los vicios sociales con riguroso encadenamiento, como acontece en las obras de los poetas filósofos, las clases satirizadas, embebecidas con la prisa, con la verdad y con el donaire, no tenían tiempo ni voluntad para sentir la amargura de la lección moral.

No hay que decir que un ingenio de esta índole no estaba en su natural esfera cuando cultivaba la poesía lírica elevada. Así es que escribió pocas poesías sueltas, y por lo común en tono festivo y familiar. Quiso, sin embargo, entrar en la academia de los *Árcades*, en la cual tomó el nombre de *Larisio*.

Castillo, apuntador del teatro de Cádiz, fué, como sainetista, menos fecundo y espontáneo, pero no menos observador de las costumbres de su época, ni menos donairoso que *D. Ramón de la Cruz*. Como poeta lírico le aventaja, porque tenía acaso más ardorosa el alma. Los sangrientos horrores de la Francia de su época le causaron indecible aversión, y la indignación política le inspiró una *Elegía* á la

muerte de la reina María Antonieta, esposa de Luis XVI; imprecación vehemente contra los asesinos de la revolución francesa. Con qué sencilla y noble entonación exclama:

Sí; porque de otro modo, ¿cómo hubieran
Puesto esos monstruos sus nefarias manos
En su Reina infeliz? ¿Cómo pudieran
Marchitar, ¡oh gran Dios! esos tiranos
Aquella rosa, honor del galo suelo,
Aquella estrella de su antiguo cielo?.....

. . . .

¡Qué pueblo, santo Dios! ¿A quién no asusta
Ese grupo de fieras que rodea
El suplicio fatal?.....

. . . .

..... ¡La Real matrona
En el alto cadalso! Almas crueles,
¿Es ésa á quien ceñisteis la corona?
¿A esos pies ofrecisteis los laureles?

. . . .

¿Quién hizo á una gavilla de asesinos
Arbitros de la ley, jueces del trono?
¿Quién formó un tribunal de libertinos,
Do vota la impiedad, dicta el encono?

En esta obra, de estilo desigual y alguna vez declamatorio, hay algo que denota el impulso y la pasión elocuente que arrebata el ánimo de los verdaderos poetas. Tal vez habría escrito *Castillo* obras de encendido y vigoroso aliento; pero le sorprendió la muerte á los treinta y siete años (1800), cabalmente á los principios de la madurez de su talento.

Algunos poetas, no sólo se apartaron de la escuela prosaica, sino que dieron en aficionarse á un

estilo por demás artificial y encopetado. *El Conde de Noroña* fué uno de los principales cultivadores de esta poesía, que solía pecar de enfática, y de la cual llegó á ser *Cienfuegos* tipo muy señalado. Criado al arrimo de la corte de Carlos III, soldado muy distinguido por su arrojo y su ilustración, general vencedor de los franceses en el combate del puente de San Payo, llegó *Noroña* á muy elevada jerarquía en la milicia y en la diplomacia. Pero ni los afanes de la guerra ni el cuidado de las negociaciones llegaron á entibiar el amor á las letras, que acarició su ánimo constantemente.

El mismo errado espíritu literario que produjo en el siglo XVIII tantos perversos poemas épicos, y que había inspirado á *Escóiquiz* su insípido y fatigoso *Méjico conquistado*, indujo al *Conde de Noroña* á componer la *Ommiada*, poema destinado á cantar la separación de la monarquía árabe española del dominio de los califas de Oriente. No hay en el día voluntad bastante obstinada para leer de seguida veinticuatro cantos interminables, en que nada cautiva, ni la entonación, ni los afectos, ni la variedad, ni la armonía. Pocas cosas hay menos épicas que esos fárragos de relaciones amaneradas y monótonas, en que el poeta no cuenta lo que siente y conoce, sino lo que le sugieren las prescripciones de falsas poéticas. Algunos trozos descriptivos, agradables, no salvarán nunca á la *Ommiada* del olvido en que yace en el polvo de las bibliotecas. La *Qui-*

caida, poema frívolo y festivo, puede leerse todavía sin fatiga, por la soltura de la narración y á veces por la facilidad y el donaire de los versos. El poema *La Muerte* está escrito con los alardes filosóficos que constituían una de las especies de afectación propias de aquella era.

En las anacreónticas, si bien á veces describe con propiedad, como en la que titula *Un borracho*, otras es insulso y vulgar, como en *Á una mosca*, y carece por lo común de originalidad, de gentileza y de ternura. Una de sus mejores composiciones es la canción *Dichas soñadas*. Hay en ella gala, fluidez y cierto agradable sabor castellano. La deslucen, no obstante, el amaneramiento clásico y el licencioso espíritu de la poesía pagana. Campea su principal talento poético en los asuntos graves y elevados. En ellos, singularmente en su *Oda á la paz* de 1795, se encuentran los pocos acentos de alto numen que sus contemporáneos admiraban tanto en sus versos. Si la poesía del *Conde de Noroña* es á menudo hinchada y ampulosa; si carece por lo común de halago y de ternura, no puede negarse que á veces encierra elevación y entusiasmo, y que por su estilo, ya natural, ya brioso, se distingue de la poesía desmayada y trivial que había preponderado en el Parnaso del siglo XVIII.

Como en el reinado de Carlos IV la poesía era una de las manifestaciones más importantes y reconocidas de la cultura intelectual, algunos hombres

de superior talento, que en otras épocas se habrían consagrado exclusivamente á estudios graves y profundos, se dedicaban á escribir versos, y si no llegaban á los triunfos espléndidos y duraderos que sólo alcanzan la inspiración y el genio, demostraban en sus obras que eran al menos entendimientos privilegiados. Uno de estos hombres, y por cierto de los más insignes, fué el célebre *D. Francisco Sánchez Barbero*, una de las más brillantes lumbreras de la moderna Salamanca. Su fama principal fué la de poeta. Hoy, que se han desvanecido los prestigios y las ilusiones peculiares de aquel tiempo, es forzoso reconocer que la gloria principal de *Sánchez Barbero* no estriba en su numen poético, sino en sus profundos conocimientos filológicos. Escribía versos latinos con más gusto, primor y abundancia, que versos españoles, y esto, que era objeto de justa admiración en aquella época en que se estudiaba de veras, es al propio tiempo claro indicio de que en *Sánchez Barbero* el humanista eclipsaba al poeta. Y no es esto decir que carecía de talento poético. Ya muy pocos recuerdan su oda *A la expedición de Colón*, que admiraba *Quintana;* sus tres largas composiciones *Al combate de Trafalgar* (1); su oda *A Wellington, cuando llegó á Cádiz la*

---

(1) La oda de *Quintana* al mismo asunto contribuyó tal vez á que el estilo de las de *Sánchez* pareciese más di-

noticia de la victoria de Arapiles; su oda patriótica *A la apertura de la cátedra de Constitución en* 1814, inspirada por el ardor político de la época, y otras poesías de elevados asuntos, que, en sentido favorable ó adverso, causaron notable impresión en el tiempo en que fueron publicadas. Aun son menos los que conocen los versos, ya serios, ya tiernos, ya festivos, que compuso en los últimos años de su vida (1). Leídas ahora estas poesías, á tanta distancia de aquellos tiempos, en que, ya las ilusiones pa-

---

fuso y exagerado de lo que es en realidad. El público estaba cansado, por otra parte, de las infinitas poesías que se escribieron á la batalla naval del 21 de Octubre de 1805. Un periódico crítico acreditado de aquel tiempo, *Minerva ó el Revisor*, dijo, al dar noticia de las *composiciones de Sánchez* (1806):

«Ha caído estos días sobre todos nosotros tal lluvia de odas y canciones (al combate de Trafalgar), que, por buenas que ellas sean, ya deben de ir causando fastidio..... Abrí este cuadernito por entretenimiento, y felizmente me hallé con la siguiente estrofa, no del todo mala:

Del piélago profundo
El sol con majestad su hermosa frente
Va poco á poco alzando.....

»Pero á poco vi unos *cadáveres que se andaban meciendo en una margen espumosa, y doce mil muertes dando el brazo á doce mil orfandades;* con lo cual bastó para que, atemorizado yo de tantos endriagos y vestiglos, dejase, apresurado, el libro.»

(1) Por primera vez fueron publicados por el autor de la presente Historia en la *Biblioteca* de Rivadeneyra.

trióticas, ya la simpatía que inspiraba el infortunio del autor, ya el gusto literario que reinaba entonces, daban un interés particular á las obras de *Sánchez Barbero*, es imposible sentir con ellas la emoción que causan las bellezas líricas de carácter sublime y universal que sólo brotan del corazón ó de la fantasía de los grandes poetas. Tiene *Sánchez Barbero* lenguaje limpio y claro, frase desembarazada, y en algunos momentos cierto calor de afectos; pero suele ser su estilo desigual y prolijo, y le faltan imágenes nuevas y atrevidas, y la expresión rápida y concentrada, pintoresca ó vigorosa, que subyuga el alma de los lectores y provoca su admiración y su entusiasmo. Verdad es que son muy contados en todas las naciones los poetas que tienen la facultad intuitiva de descubrir dentro de su alma y fuera de ella el poder mágico de la verdadera belleza, que sobrevive á las transformaciones históricas de los sentimientos y de las ideas.

Era *Sánchez* muy dado á la poesía encumbrada, y además del drama lírico *Saul* y de la tragedia *Coriolano*, escribió siete tragedias, una comedia y un poema, *Las cuatro edades del hombre*, que, según él mismo refiere, perdió huyendo de los franceses desde Pamplona á Cádiz. Pero donde descuellan sus mejores prendas poéticas es en los asuntos alegres y satíricos. En este aspecto es *Sánchez Barbero* apenas conocido. Para convencerse de la exactitud de esta observación, basta leer su diálogo satírico *Los Via-*

jerillos (1). Es una burla chistosísima y magistral de ciertos frívolos viajeros, que vuelven á su patria llenos de orgullo y pedantería, admirando sin discernimiento usos y costumbres de países extranjeros, y desconociendo ó desdeñando los propios. Nada ha escrito *Sánchez* con más donaire, con mayor soltura, con más aguda intención.

La vida de *Sánchez* fué casi siempre inquieta y azarosa. Dotado de carácter honrado y fogoso, no le era dable mirar con indiferencia las desventuras públicas, y no podía menos de tomar parte en el movimiento innovador que iba desquiciando la sociedad antigua; inclinándose por naturaleza á lo más ardiente y á lo más arriesgado. Otro de los indicios de su impresionable temperamento es el dolor que le causaban las heridas del amor propio. Sabida es la aversión que tomó á su segundo apellido *Barbero*, que no volvió á usar en sus escritos, á consecuencia del soneto burlesco de *Arriaza* contra la tragedia *Coriolano*, el cual, aludiendo al desenlace sangriento de la obra, termina así, con un equívoco que llegó al alma al quisquilloso poeta:

> Se hace junto á la tienda una sangría,
> Y ésta sí que es tragedia de *barbero*.

Desventurada fué en extremo la suerte de este humanista insigne. En la cárcel de Corte, donde

---

(1) Fué por nosotros publicado en la BIBLIOTECA de Rivadeneyra.

pasó cerca de dos años por motivos políticos, escribió su *Gramática latina*. En el presidio de Melilla, adonde fué conducido en Diciembre de 1814, compuso sus mejores poesias latinas y castellanas. Cinco años después, ya cercano el momento de recobrar la libertad, no pudiendo sobrellevar el tedio y las penalidades de aquella vida, expiró, en Octubre de 1819, á los cincuenta y cinco años de edad; realizándose el triste vaticinio que él mismo formó, al entrar en presidio, en este bello dístico latino:

Hic ego sum clausus. Pro te tibi natus oportet
Oh patria! an peream? Victima cæsa cadam (1).

Su *Epístola á Ovidio* ofrece el más vigoroso contraste entre los caracteres de los dos poetas deportados, el uno á Tomi en el Ponto Euxino, el otro á un presidio de África. Raya en paroxismo el implacable desprecio con que trata el vate castellano al latino, por las humillantes lisonjas que éste prodiga

(1) Asoma en varias poesías suyas, aun en las festivas, el triste presentimiento de que había de morir en aquel horrible destierro.

En unas coplas familiares dirigidas á una señora, después de pintar su extenuación y los tormentos de su vida de presidiario, termina así:

«Si tan indómita suerte
Brazo hercúleo no derrumba,
Ni la humilla,
Al primer levante fuerte
Cata tu amigo en la tumba
De Melilla.»

á Augusto. En esta y en otras composiciones de Sánchez Barbero resalta toda la altiva vehemencia de su encono político y el martirio de su dolorosa situación. Acaba su epístola con esta exaltada imprecación:

«.......... Si ahora mismo
Dado me fuera castigar tu culpa,
¡Rastrero adulador! mientras el aura
Tu espíritu servil vivificase,
Para escarmiento de poetas patrios
Tan viles como tú, yo te mandara,
Publio Nasón, con triplicados hierros,
Atado el pie, desnuda la rodilla,
Morar en el presidio de Melilla.»

El mismo año en que nació *Sánchez Barbero* (1764), había nacido otro poeta de más fogoso aliento, *D. Nicasio Álvarez de Cienfuegos.*

«Señalo de lejos con mis obras la senda que deben seguir un *D. Leandro Moratín*, un *D. Nicasio Cienfuegos*, un *D. Manuel Quintana* y otros pocos jóvenes, que serán la gloria de nuestro Parnaso y el encanto de toda la nación..... He concurrido con mis avisos y exhortaciones á formar los dos últimos.»

Esto escribía *D. Juan Meléndez Valdés* en 1797. Y en verdad que pocas veces ha sido menos confirmada por el resultado esta ilusión de maestro y de amigo. Acaso no sea dable hallar en los anales literarios de España dos naturalezas poéticas menos semejantes á la del dulce *Meléndez*, que las de *Cienfuegos* y *Quintana*. En aquél todo es blandura, halago y flexibilidad; en éstos, incapaces ambos de

transacciones morales y literarias, todo es ímpetu, rigidez y energía.

De *Cienfuegos* se ha dicho, como donaire, pero no sin razón, que su índole está definida en su nombre. La vehemencia de su carácter entero y levantado, de que dió tan nobles muestras en su vida, se refleja en sus versos. Cuanto sujeta y reprime es molesto á su ánimo libre é impetuoso. Aunque individuo de la Academia Española, hasta el idioma le embaraza, y rompe á menudo con las leyes de la elocución castiza y propia, inventa frases y palabras, y habla, en fin, una lengua atrevida y extraña, exclusivamente suya. Pudo decir *Marchena* con graciosa exageración: «El castellano de *Cienfuegos* más se asemeja á la *lengua franca* de los arraeces de Argel, que al idioma de los Argensolas y Riojas.»

Han podido ser tachadas de algunos defectos la disposición del plan y la propiedad de los caracteres de sus tragedias (1); han podido censurarse igual-

---

(1) Véase un ejemplo de la diversidad que se advierte entre los juicios que se formaron de las tragedias de *Cienfuegos. El abate Marchena* dice: «El *Idomeneo* es una desatinada mezcolanza de máximas filosóficas, de escenas de pantomima, de disparates del protagonista, que por remate sacrifica los dioses á su hijo, y se va por los mares sin decir á dónde; acaso á la Tebaida, á hacer penitencia por haber dado pie á tal hato de desvaríos del poeta moderno.»

Quintana dice: «El *Idomeneo* presenta un conjunto grande y majestuoso.»

mente el sentimentalismo enfático y declamatorio que en él brotaba naturalmente del generoso y exaltado espíritu de sus filosóficas ilusiones; la falta de discernimiento crítico, que le hacía colocar á un nivel nobles imágenes y otras monstruosas ó pueriles; pero lo que nadie puede negarle es que había nacido poeta, que le animaba el fuego de un sentimiento arrebatado, que en sus detractores no se infundía; y que los más de sus defectos nacieron del afán que ponía en forzar su sensibilidad, que era grande, y su fantasía, que no era poderosa; de la lucha de su ingenio libre y ardoroso con las trabas del gusto reinante, y de la falta de madurez y de dirección clara y segura, que, en las épocas de transición, es el escollo donde se estrellan las más nobles fuerzas del entendimiento. *Jovellanos*, *Lista* y *Quintana*, ya porque llegaba á su alma la llama de aquel fuego, ya porque comprendían la elevación de instinto que movía la pluma de *Cienfuegos*, lo aprecian y lo aplauden. *Quintana* principalmente, que, con mayor talento, tenía mucho de su enérgico temple, lo defiende con calor y elocuencia del encarnizamiento de los *humanistas*.

El valor verdadero de *Cienfuegos* consiste en que, en medio de aquella glacial atmósfera de amaneramiento y de artificio que habían creado los poetas reformadores, escribe lo que siente, y siente con ímpetu y firmeza. Sus tragedias *La Zoraida* y *La Condesa de Castilla* están sembradas de magníficos

rasgos, no exclusivamente líricos, como generalmente se ha dicho, sino llenos también de vigor dramático. Tal carácter tiene, por ejemplo, aquella réplica generosa de Rodrigo en *La Condesa de Castilla,* cuando dice, defendiendo á sus parciales:

Levantad al instante tres cadalsos,
Y yo también pereceré con ellos.

En la poesía lírica de *Cienfuegos,* donde campea con mayor desembarazo su independiente musa, trozos se encuentran á cada paso, en los cuales, unas veces enérgico, otras delicado y afectuoso, da muestras de alma sincera y conmovida; y este mérito, en cualquier tiempo de valor muy subido, es mayor todavía cuando la poesía vive subyugada por formas y espíritu convencionales. En sus composiciones *La Escuela del sepulcro, Á Bonaparte, Á un carpintero, Al Otoño, Á la Primavera, Á un amante al partir su amada,* llenas de bellezas y de extravagancias confusamente amalgamadas; en sus epístolas morales y en algunas otras poesías, hay, ya varonil aliento, ya falsas é ilusorias ideas, sofismas de una imaginación que se acalora con violencia, ya dulce y verdadera melancolía; siempre admiración á la humanidad generosa ó brillante, siempre amor profundo á la humanidad menesterosa. Asuntos, formas poéticas, locuciones, palabras, todo lo toma arrojadamente á su antojo, si juzga que conviene á la expresión de los sentimientos que enardecen su alma. Á veces se equivoca, y no sabe

hermanar la libertad con el buen gusto; pero así y todo, ¡cuán distante se halla de aquellos melindrosos *pastores* de la escuela seudo-clásica, que, en medio de su bucólica llaneza, no se atreven á llamar las cosas por su nombre! La imaginación de *Cienfuegos*, así como la de *Vaca de Guzmán*, era de aquellas que propenden á desmandarse. En otro siglo, ambos habrían sido poetas francamente *románticos*. El imperio que en su tiempo ejercía la disciplina doctrinal embargó sin provecho alguno el vuelo de su fantasía.

Cuando las vicisitudes de la nación pusieron á prueba el alma de *Cienfuegos*, se vió bien claro hasta qué punto era su temple noble y robusto. Reconvenido ásperamente por Murat porque no ayudaba al triunfo de la dominación francesa, le contestó con la heroica entereza de quien antepone á todo su lealtad y su patriotismo. El 4 de Mayo de 1808, esto es, en momentos en que hasta la tibieza para con los franceses era un crimen, hizo dimisión de su empleo de oficial de la primera Secretaría de Estado, en un oficio dirigido á la Junta de gobierno, escrito con suma valentía. En él declara que «no continuaría sirviendo aunque hubiera de costarle la vida» (1). Condenado después á muerte, estuvo á pique de ser fusilado, y se negó á hacer gestión

(1) Expediente personal de *Cienfuegos*, en el archivo del Ministerio de Estado.

alguna para conjurar el peligro. Sus amigos le salvaron del suplicio, pero no de la deportación. Muy enfermo, y con el corazón abrasado por la indignación y la pena, fué llevado á Francia. Murió á pocos días de su llegada á Ortez (1809),

Donde la ninfa del Adur vencido
Quiere aplacar con ruegos
La inexorable sombra de Cienfuegos (1).

Á continuación de *Cienfuegos*, y también por vía de contraste, mencionaremos el nombre de *D. Leandro Fernández de Moratín.* No cabe hallar dos escritores insignes de más opuesta y divergente naturaleza. *Cienfuegos* todo pasión, audacia y arrebato; *Moratín* todo mesura, serenidad y atildamiento; aquél censurable por la extravagancia y la impureza de la dicción y por el artificio del estilo; éste admirable por la pureza, por la propiedad, por el esmero. Como poeta lírico, tiene *Cienfuegos* más alma y más alcance. Pero las poesías de *Moratín*, un tanto frías por lo general, suelen ser modelos de elegancia, de claridad, de limpio y terso estilo, y muy á menudo de intención moral. Cuando son sus versos de índole satírica, suelen encerrar el espíritu observador y la penetrante censura que son propios del poeta cómico. Á veces toma esta censura el recio carácter del anatema filosófico, como cuando exclama:

---

(1) *Lista.*

Yo vi del polvo levantarse audaces,
Á dominar y perecer, tiranos,
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.....

Nada hace presumir, al estudiar la vida de *Moratín* (1), que no estuviese dotado de sensibilidad verdadera; pero el hecho es que de esta preciosa cualidad da pocas señales en sus poesías líricas, como tampoco las da muy claras en sus obras dramáticas. Tal vez procedía esto, en parte, del apremio que *Moratín* ejercía sobre sus facultades naturales por el afán de no desviarse un ápice de la estrecha senda de regularidad y de cordura que imperiosamente le trazaban los preceptistas romanos y los franceses de la escuela del siglo de Luis XIV. *Moratín* comprimía sin saberlo su sensibilidad, así como *Cienfuegos* sacaba de quicio la suya, falseando ambos en sentido inverso las prendas reales y positivas de su alma. Tenemos de ello un testimonio inequívoco en la oda que escribió *Moratín* á la memoria de su padre. En todas las obras en prosa de *D. Leandro*, en que tuvo ocasión de hablar de su padre, singularmente en la *Vida* que de él escribió, resplandecen los sentimientos de respeto, de ternura, de admiración. Y

---

(1) Véase la excelente *Vida de D. Leandro Fernández de Moratín*, por D. Manuel Silvela, la más fidedigna, y, por decirlo así, la más *íntima* de cuantas se han escrito del insigne poeta cómico.

sin embargo, cuando quiere cantar su gloria, le ocurre una *oda anacreóntica,* en que no hay un acento del alma, en que todo es trivial, y lo que es más, pagano:

Llora, Venus hermosa,
Llorad, dulces amores.
Del seno de su madre
El niño de los dioses
Batió veloz las alas,
Fugitivo se esconde.....
Ninfas, la queja es vana
Si dió la Parca el golpe.
No vuelve lo que usurpa
El avaro Aqueronte.
Alzad un monumento
Con mirtos de Dïone,
Ornado de laureles,
Guirnaldas y festones.....

¿Es este el tono digno, sincero y elevado que conviene á la expresión de dolor filial? La cordura *clásica* no era siempre cordura, y *Moratín*, por evitar yerros de la musa libre, caía en otros, no menos reparables, en que incurre la musa encadenada.

Moratín, como poeta, carece de fantasía, de inventiva, de pasión intensa, de arrebato lírico. Sus imágenes no son valientes ó inesperadas como las de los grandes poetas. Apenas se encuentra en sus versos, como en los Lopes, en los Leones y en los Góngoras, un período de aquellos que fascinan por el vigor de la expresión ó por el hechizo misterioso del sentimiento poético. Y sin embargo, las poesías

de *Moratín* se leen con cierto deleite, con aquel que causan siempre la firmeza del pensamiento, la pureza de la dicción, la propiedad del estilo, la versificación llena y correcta, y el fácil manejo del idioma.

En estas dos últimas cualidades nadie aventaja, entre los modernos, á *Moratín*. Permítasenos reproducir aquí, como ameno recuerdo de su estilo íntimo y familiar, la interesante carta que escribió á *D. Juan Pablo Forner*, dándole noticia de la primera representación de *La Comedia nueva*, ó *El Café*, carta interesante en sí misma, y mucho, además, para la historia del teatro español:

«Ahí te envío esa comedia para que, si quieres, la leas, y si quieres también me digas lo bueno y lo malo que hallas en ella. Yo la tenía concluída dos meses ha, pero no pensaba en dar paso alguno para que la representasen, persuadido de que no era posible que los cómicos se atreviesen á echarla; cuando, cátate que las trompetas de mi fama, los Loches, los Texajas, etc., etc., comienzan á trompetear y á decir por esas esquinas que yo había compuesto la comedia más exorbitante que jamás se ha visto, y vieras venir á porfía los Queroles, los Garcigüelas, los Valleses, los Riberas y las dulces Juanas, pidiéndome comedia, de finojos y desmelenado el cabello. Leísela, y quedaron despatarrados; la estudiaron con ansia; los molí á ensayos, y saqué de ellos todo el partido que sacarse puede.

Tu cliente Comella, luego que supo que se trataba de echarla, empezó á tramar y alborotar como un desesperado, diciendo que la comedia era un libelo infamatorio contra él y su mujer y su hija la tuerta, y que yo merecía azotes, presidios y galeras. Presentó un pedimento al

Presidente, otro al Corregidor, otro al Juez de imprentas y otro al Vicario, para estorbar la representación é impresión de ella; pidiendo se me castigase con todo el rigor de las leyes, por ser justicia, y para ello, etc. El Presidente cometió el encargo al Corregidor, y éste nombró por censores á D. Santos y á D. Miguel de Manuel; ambos dieron sus informes separadamente, y, según ellos, era menester canonizarme; al mismo tiempo el Consejo envió la comedia á Valbuena, que también la aprobó redondamente; y entretanto el Vicario, mi señor (mal informado de escribientes y pajezuelos ganados por Comella), se obstinó en no dar el pase y detenerla, no obstante que era ya precisamente la víspera del día en que debía representarse. No es posible decirte cuánto me hicieron rechinar estas picardías; pero, en fin,

El día se vió distinto,
Y al fin triunfó Carlos Quinto
Del poder de Barbarroja.

El Corregidor la despachó bien, el Vicario se vió precisado á soltarla, el Consejo permitió la impresión, y se representó el día 7 (Febrero de 1792, en el *Teatro del Príncipe*).

La turbamulta de los *chorizos* (1), los pedantes, los críticos de esquina, los autorcillos famélicos y sus partidarios,

---

(1) Sabido es que en el siglo último los entusiastas del *Corral* ó *Teatro del Príncipe* se llamaban CHORIZOS, y se distinguían con una cinta color de oro en el sombrero; los del *Teatro de la Cruz*, POLACOS, y llevaban una cinta azul celeste. Á aquella denominación dieron origen, en 1742, unos chorizos que comía en un entremés un gracioso de la compañía de Manuel Palomino; á ésta un fraile trinitario descalzo, el P. Polaco, incansable y furibundo voceador, que acaudillaba la parcialidad enemiga del *Corral del Príncipe*. Estos bandos se hacían encarnizada guerra, y Huerta, que los defiende de las acusaciones

ocuparon una gran parte del patio y los extremos de las gradas. Todo fué bien; el público no perdió golpe ninguno, y aplaudió donde era menester; pero cuando en el segundo acto habla D. Serapio de los pimientos en vinagre, fué tal la conmoción de la plebe *choriza* y el rumor que empezó á levantarse, que yo temí que daban con la comedia y conmigo en los infiernos. Pero los que no comen pimientos los hicieron callar y sufrir, y se acabó la representación con un aplauso general, que bastó á vengarme de los trabajos padecidos.

No obstante, como se desató tanto demonio por calles y rincones diciendo pestes de ella, quedó incierto su crédito en el primer día; pero el éxito del segundo, como el de los siete que duró, fué tan completo, que excedió á las esperanzas que todos teníamos, y fué superior, sin duda, al que tuvo D. Roque (1).

La ejecución fué bastante buena; y la Juana, la frigidísima y yerta Juana, hizo maravillas; admiró en su papel á cuantos la oyeron, y á cada instante la interrumpían con aplausos (2).

---

de Signorelli (*Storia critica dei teatri*), dice de ellos candorosamente: «De esto no ha resultado nunca más perjuicio que el de haberse dado alternativamente algunas puñadas tal cual vez.»

Los partidarios del *Teatro de los Caños* se llamaron PANDUROS.

(1) Alude á la comedia *El Viejo y la Niña*, representada el 22 de Mayo de 1790, que fué la primera que Moratín dió al teatro.

(2) Esta Juana, á quien llama Moratín *frigidísima*, y que desempeñó con tanto acierto el papel de *D.ª Mariquita*, es Juana García, que, á pesar de su falta de animación, gustaba al público por su juventud, por su belleza, por su simpática entonación y por la nobleza y compostura de sus modales. Los demás papeles fueron desempe-

Esto es cuanto hay que decir acerca de la tal comedia, puesto que los delirios y vaciedades que se oyen por ahí en boca del pestilente Nifo, el pálido Higuera, Concha, Zavala y la demás garulla de insensatos, son buenos para oídos, pero fastidiosos de escribirse. Lo restante del público la ha recibido con mucho entusiasmo; la gente bien intencionada piensa que una obra como ésta debía causar la reforma del teatro; pero yo creo que seguirá como hasta aquí, y que Comella gozará en paz de su corona dramática.

Ayer fuí á un baile que tuvo la madre Mariana. *Arbuxec* fué bastonero: estuvo D. Agustinito, Cordero, los Mayorgas, *Vinagrillo*, etc., etc., toda la canalla *polaca*, y me divertí hasta las once, que viendo que no estabais tú ni Bernabeu, sentí la falta y me vine á dormir.

Pásalo bien; no ahorques á nadie, y haz hijos, que es lo mejor que puede hacer un fiscal. Adiós.

Hoy 22 (Febrero de 1792).—LEANDRO (1).»

Á *Cienfuegos* corresponde la gloria de haber abierto el camino á la briosa y elevada poesía de *Quintana*, que por la majestad de la entonación, por la energía de los sentimientos y por la grandeza moral, no tenía ejemplo entre nosotros. No entraremos aquí en el examen de este eminente poeta. Hemos tenido honrosa ocasión de consignar ampliamente

---

ñados: el de *D.ª Agustina*, por Polonia Rochel; el de *don Eleuterio*, por Manuel García Parra; el de *D. Hermógenes*, por Mariano Querol; el de *D. Pedro*, por Manuel Torres.

(1) Esta carta está fielmente copiada del autógrafo que se conserva entre los papeles de *Forner*. No ha sido incluída en las *Obras póstumas* de Moratín, recientemente publicadas de orden y á expensas del Gobierno.

nuestro juicio sobre *Quintana* en un escrito á él especialmente consagrado (1). Bástenos decir aquí que el autor de la oda *Á la invención de la Imprenta,* la cual eclipsa á todos los cantos de los poetas europeos al mismo asunto; el cantor de la *propagación de la vacuna*, del *armamento de las provincias españolas,* del *combate de Trafalgar* y de otros objetos grandes y poéticos, ocupa el primer lugar en la lírica elevada de España. Y ¿quién pudiera disputárselo? *Herrera* tiene, sin duda, entonación grandilocuente; pero es su estilo uniforme y retumbante, y harto visible el artificio de sus líricos arrebatos; en tanto que el entusiasmo de *Quintana* es más vario, más sincero, más conmovedor y más simpático.

Quintana tiene además la gloria de representar en la historia de las letras de su tiempo cierta relajación del rigor de las formas y de las rutinas seudo clásicas, que su educación literaria había imbuído en su ánimo. Escribe doctrinalmente acerca de las églogas, pero jamás las cultiva. Eran contrarias á su brioso instinto poético. Ni aun quiere llamar *odas* á sus magníficos cantos. ¿Qué le importa el nombre? No cuadran á su índole las clasificaciones que comprometen y embarazan. Sus cantos son los ecos de su alma. ¿Qué más necesita? Juzgábase, no

---

(1) El autor de la presente *Historia* escogió para asunto de su Discurso de entrada en la Academia Española, el Juicio crítico de *Quintana* como poeta lírico.

obstante, fiel sectario de la escuela *clásica*, y aun de ello blasona, y por eso escoge con tan meticuloso espíritu los modelos de su *Tesoro del Parnaso español*. Pero era *clásico* al modo de *André Chénier*, que, llevado por el impulso irresistible de su inspiración sincera y vigorosa, más que á las artificiales lumbreras del Parnaso francés, se asemeja á los grandes poetas de la antigua Grecia. Á *Quintana* puede aplicarse lo que decía de Alfieri madame de Staël: *C'est un homme transplanté de l'antiquité dans les temps modernes.*

No pudiendo copiar aquí, completo, nuestro extenso examen de las brillantes prendas poéticas de *Quintana*, creemos oportuno publicar una parte de la carta literaria que, acerca de aquel estudio, tuvo la bondad de dirigirnos el ilustre escritor *Marqués de Pidal.* Esta carta contiene un juicio del esclarecido poeta; juicio lleno de alta imparcialidad y sano criterio, que hasta por haber sido escrito con la rapidez y lisura de quien no se dirige al público, ofrece especial interés, como obra de aquella docta, honrada y competente pluma:

Roma, 17 *de Abril de* 1858.

. . . .

Leí su Discurso de V. con grandísima satisfacción..... Usted ha juzgado á *Quintana* como yo le he juzgado siempre, y por lo mismo es natural que el juicio de usted me haya parecido muy acertado. En cuanto á la forma, á la elocución, al estilo de *Quintana*, tendrá, si se quiere, todos los defectos que sus impugnadores le achacan; pero

en cambio nadie negará que tiene un aliento, un calor, un ímpetu que arrastra y arrebata con tanta rapidez el ánimo, que no deja percibir siquiera estos defectos. Por eso es el poeta de la juventud; por eso, cuando yo formaba parte de ella, sabía todos sus versos de memoria, y reconciliaba con las Musas á los enemigos de la poesía con sólo leerles ó recitarles algunas de sus composiciones. Pero V. tiene completa razón. *Quintana* era el eco del entusiasmo, de las ilusiones y hasta de los rencores que inspiraban la filosofía y el sentimentalismo del siglo pasado. Yo alcancé esa época de ilusiones de buena fe, de esos odios patrióticos, de esas apreciaciones históricas absurdas; y aunque ya debilitadas aquellas ideas por otras que comenzaban á difundirse, y que han prevalecido después, reconozco ahora que si yo hubiera sido entonces poeta, hubiera escrito como *Quintana*. Fuí injusto con él en algunas cosas que escribí en contra suya, no haciéndome cargo de que, si yo pude, como joven, abrir mi corazón y mi cabeza á otras afecciones, á otras ideas, él era demasiado viejo ya para renunciar á lo que había sido el alma de sus sentimientos y el principio de sus relaciones como hombre de partido; á lo que le había hecho sufrir, á lo que había formado el principio de su gloria. Fuimos, á lo último, amigos, como pueden serlo dos personas que sobre el fondo de las cosas pensaban de tan distinto modo, y vi entonces que *Quintana* no era ni podía ser otra cosa que lo que ha sido; porque aquellas ideas, y las formas mismas en que las expresaba, eran su carne y sangre.

¡Qué lástima que el cantor de Juan de Padilla y de los misterios que encierra El Escorial no hubiera pensado de otro modo, no hubiera juzgado de otra manera acerca de nuestros grandes hombres, acerca de nuestra misión civilizadora en una gran parte del mundo antiguo y moderno, y conservadora en Europa contra la invasión de los turcos y contra la anarquía moral y destructora que llevaban en su seno las sectas protestantes! ¡Cuánto no hubiera contribuído á restaurar nuestra gloria nacional,

tan obscurecida hoy por los escritores de su escuela, nacionales y extranjeros, y tan vilipendiada por el mismo *Quintana* en algunos de sus versos! ¿Cómo, decía yo en la impugnación á que he aludido arriba, pueden amar á su patria los que se la representan como el *vivero* de *hombres feroces*, *colosos para el mal*, y no ven más hombres dignos de alabanza en su patria que al *solo* Padilla?.....

En fin, su discurso académico de V. sobre las obras de *Quintana*, pasa á ser algo más que un discurso de crítica literaria. Usted tiene razón en su juicio, y ha sido una buena acción el osar decirlo públicamente en el tiempo de la pasión que hácia sus ya algo olvidados versos ha vuelto á renacer en esta sociedad, que ya no se entusiasma por nada.

Aproveche V. el buen tiempo para irse á Viena, etcétera..... (1).

Juzgamos deber reproducir ahora algunos párrafos de nuestro juicio sobre *Quintana*, escritor que tan alto se levanta sobre las medianías, más ó menos estimables, de los últimos años del siglo XVIII:

«La imagen de la libertad política, cebo natural de imaginaciones ardorosas y juveniles, perseguía á *Quintana* como un fantasma seductor. Una especie de apoteosis *A Juan de Padilla* fué el primer canto de su musa patriótica. Muy censuradas han sido en esta composición las tendencias irreflexivas, la falta de sentido histórico y las exageraciones pomposas contra tiranías en no escasa parte imaginarias. Ver-

---

(1) El Marqués de Pidal, cuando esto escribía, se hallaba en Roma de embajador. Pasados algunos años volvió á leer su carta en Madrid, y nos autorizó á publicarla cuando hubiese ocasión para ello.

dad es que cuando *Quintana* escribía su magnífico canto, ciego y desalumbrado con la pasión que le inspiraba, ponía más alto el nombre de Padilla que la augusta fama de Carlos V, á quien no titubea en agregar

Al odioso tropel de hombres feroces,
Colosos para el mal.....;

añadiendo después:

¡Y sus nombres aun viven! y su frente
Pudo orlar, impudente,
La vil posteridad con lauros de oro.

»Ya veis cuán amargamente deplora que la fama haya llegado á iluminar con sus gloriosos resplandores la memoria de Carlos V y de otros grandes hombres.

»Intolerancia sería de parte de la crítica ensañarse contra estos extravíos poéticos de una imaginación acalorada é inexperta. Transportaos, señores, mentalmente á los últimos años del siglo XVIII; tened en cuenta la influencia dominadora de las nuevas ideas, que á la sazón estremecían y transformaban el mundo moral; el humillante cuadro que ofrecía entonces el Gobierno de España, y los arrebatos, los delirios, las quimeras de un corazón de veinticinco años, ansioso de renovación y de libertad, y comprenderéis, y disculparéis, y acaso en voz baja aplaudiréis en el aspecto poético, el generoso espíritu que dictaba á *Quintana* la glorificación de Padilla, triste recuerdo y emblema de contiendas civiles.

»Y ¿cómo no admirar las prendas literarias que resplandecen en el canto á Padilla? Desde los tiempos dorados de nuestra literatura no había sonado la lira castellana con majestad tan alta, con tan noble soltura, con entonación tan robusta. A la trivialidad de los asuntos, á la languidez de las formas, han sucedido animada elegancia, sentimientos de fuego, arrebatos de indignación. Ved cómo habla á los castellanos la sombra de Padilla:

Indignamente hollada
Gimió la dulce Italia; arder el Sena
En discordias se vió; la África esclava;
El bátavo industrioso
Al hierro dado y devorante fuego.
¿De vuestro orgullo, en su insolencia ciego,
Quién salvarse logró? Ni al indio pudo
Guardar un ponto inmenso, borrascoso,
De sus sencillos lares
Inútil valladar; de horror cubierto,
Nuestro genio feroz hiende los mares,
Y es la inocente América un desierto.

»¡Cuán bellos versos! ¡Cuánta seducción sabe dar el poeta á esa inconsiderada filantropía, que está á punto de tomar por iniquidades el sobrehumano descubrimiento de Colón y las portentosas proezas de los civilizadores de América! Bien mirada, esa inocencia de América, que *Quintana* no cesó de proclamar después, y que consignó especialmente en aquel tan aplaudido verso:

Virgen del mundo, América inocente.....,

no pasa de ser una ilusión obstinada de poeta y un deslumbramiento de filósofo. América no era aquella fantástica isla de Pancaya, de que nos habla Diodoro, prodigiosa mansión de inocencia, de paz y de ventura. Las mejores razas americanas se hallaban poco distantes del estado salvaje, y no eran en verdad dechados de inocencia los caribes antropófagos, con quienes tropezó muy luego el descubridor del Nuevc Mundo.

»*Quintana*, y sea dicho sin mengua de su gloria, llevaba, como todos los grandes poetas, el raudal de su inspiración por el cauce genuino y privativo de su alma, más inclinada á los sentimientos enérgicos y varoniles, que á las meditaciones místicas y á las blandas emociones de la melancolía y de la ternura. El amor á Dios y el amor á la mujer mueven poco el corazón de *Quintana*..... Había templado harto reciamente sus ideas en el confuso torbellino de errores y verdades desencadenado por el impulso de las revoluciones, que, semejante al torbellino del mundo físico, arrasa y trastorna más que despeja y purifica..... *Quintana* se conmueve ante la imagen de lo bello y lo grande, y su alma se estremece al aspecto de la opresión y de la injusticia. Dios estaba en el fondo de su corazón. Pero, ¡cosa extraña! ¡Singular poder de las preocupaciones! Una sola vez, y como por acaso, suena en la poesía lírica de *Quintana* el nombre de Dios; y ni una vez siquiera levanta su musa á los sublimes ámbitos del mundo invisible; ni una

vez responde su alma á las voces místicas del cielo con cánticos de adoración, que están sin cesar resonando en la lira de los poetas cristianos.....

»Como se ve, la musa de *Quintana* no es la ninfa vaporosa y ligera que acaricia y deleita; es la matrona grave é inexorable, que sólo sabe amar sus encumbrados ídolos: el heroísmo, la ciencia, la patria, la libertad. Pedidle ardientes sentimientos, gritos de indignación, himnos de gloria; pero no le pidáis dulces engaños, ni ilusiones doradas.

»El amor á la humanidad es uno de los más puros y nobles manantiales de la poesía de *Quintana*..... A este linaje de emoción moral pertenece, si bien mezclada con la emoción política, la admirable oda *A la invención de la Imprenta*. En casi todas las naciones civilizadas ha habido escritores que entonen himnos á la imprenta; pero ninguno, podemos decirlo sin que se nos tache de engreimiento nacional, ha sabido hallar tonos tan altos, miras tan trascendentales y acentos tan grandilocuentes. A la luz del progreso humano, la mente de *Quintana* se conmueve y se inflama, y aquí se juntan en su ánimo el amor á la gloria, el amor á la ciencia y el amor á la libertad.

»Deslustran alguna vez el eminente canto *A la invención de la Imprenta* y la poética fantasía *El Panteón de El Escorial*, preocupaciones y arrebatos inspirados por la especie de frenesí que infundieron, á fines del siglo último, en imaginaciones vehe-

mentes las doctrinas escépticas..... El noble horror de *Quintana* al despotismo, exagerado y desquiciado con sus fantasmas de opresión, le lleva á desatender las condiciones y las influencias históricas, á olvidar los móviles morales de los tiempos pasados y hasta á calumniar los caracteres. Su apasionada musa convierte á Felipe II en un vulgar tirano, y á Carlos V en un conquistador arrepentido..... El príncipe don Carlos, llamando *hipócrita*, *supersticioso* y *fanático* á su padre en un diálogo lleno de rencorosas acriminaciones, es un cuadro repugnante al buen gusto y al sentido moral, que no alcanzan á hacer simpático todo el encanto y toda la fuerza poética de la imaginación de *Quintana*..... Pero olvidemos, en gracia de las inspiraciones del poeta sublime, los arrebatos del filósofo extraviado; y con tanto mejor voluntad, cuanto que la filosofía de Quintana, *crimen fué de su tiempo*, y no suyo. Aquellos versos, tan censurados porque encierran un duro ataque á la veneranda Iglesia católica,

»¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el dios del mal, y que insolente,
Sobre el despedazado Capitolio,
A devorar el mundo impunemente,
Osó fundar su abominable solio?
»Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.....,

son reflejo de algunas palabras del rey Federico II. Esos alardes de incredulidad desenfadada, esos de-

clamatorios vaticinios, esos desmandados ataques á la majestad de la religión, son achaque inevitable y universal de las grandes turbaciones sociales, que enflaquecen y quebrantan los principios fundamentales en que descansa la conciencia humana. Pero estas crisis pasan al cabo, como las tormentas de los mares; los santos instintos que Dios depositó en nuestra alma, prevalecen sobre las discordias y deleznables creencias que en su seno atesoran las revoluciones, y tarde ó temprano triunfa del entusiasmo del error el entusiasmo de la verdad.....

»La patria, la gloria, la libertad: aquí está *Quintana* en su esfera propia y nativa; aquí explaya libremente los tesoros de su elocuencia y el fuego de su fantasía; aquí se presenta clara y resplandeciente la individualidad del autor, sin la cual no son las artes más que pálidos reflejos de las inspiraciones ajenas. *Guzmán el Bueno* y el *Combate de Trafalgar* despiertan en la imaginación del poeta la espléndida imagen del heroísmo de los españoles, y su alma se templa y se levanta al nivel de las grandes acciones que describe.

»En las odas *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*, y *Á España, después de la revolución de Marzo*, sube la inspiración á las regiones más altas y más encendidas del entusiasmo patrio. El cuadro de la antigua grandeza nacional con que empieza esta última obra, amargo contraste del esplendor pasado y de la decadencia presente, es

uno de los períodos más elocuentes que se han escrito en verso castellano. Vibran en el corazón de *Quintana* las cuerdas de su impetuoso patriotismo al ver ruinoso y desdorado el magnífico edificio del poder y de la gloria de la nación. ¡Con qué varonil entusiasmo, con qué estoica entereza exalta, concitando á la guerra, la fiera independencia de los españoles!.....

»Para encontrar acentos tan vigorosos tenemos que acudir á la musa libre y denodada de la Grecia. Tirteo, templado por el espíritu espartano, no pintaba con mayor vehemencia la gloria de morir por la patria en las sangrientas guerras de Mesenia; no cantaba Simónides con estro más arrebatado el sublime desastre de las Termópilas y las hazañas de Maratón, de Salamina y de Artemisio; no ensalzaba Píndaro con más independencia ni con más entusiasmo á los héroes de Olimpia, de Nemea y de Corinto. La musa lírica latina no nos ofrece nada que en elevación, en majestad y en brío pueda compararse con las fogosas inspiraciones de *Quintana*. Horacio es sin duda más correcto, más conciso, más puro, y, por decirlo así, más atildado; pero no tiene ni su fuego, ni su espontaneidad, ni su fuerza. Horacio reflejaba la sociedad epicúrea en que vivía: seguía en sus versos la filosofía superficial y condescendiente que cuadraba á su vida alegre y regalada, y cantaba la fortaleza estoica (*Justum ac tenacem*) al son de los halagos de Mecenas, como

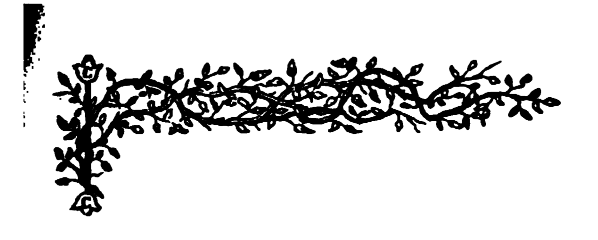
Cicerón escribía su paradoja sobre la economía en una mesa que le había costado doscientos mil sestercios.

»Todo esto dista mucho de la musa austera de *Quintana*, que, si no tiene, para volar al cielo, las alas de Klopstock ó de Lamartine, ni hace brotar del alma delicadas flores de ternura al influjo de una mirada, de una lágrima ó de un suspiro, tiene afrentas para los sentimientos viles, anatemas para la opresión, palmas para las acciones nobles ó heroicas, coronas de gloria para las virtudes de la patria. A este entusiasmo por la belleza moral, que hace subir el pensamiento á Dios, centro de donde viene y adonde va toda belleza, allega *Quintana* el culto de la forma hasta el punto de competir con los modelos más nobles de la poesía del gentilismo. Para convencerse de ello basta leer su canto *A la Danza*, tan lleno de imágenes, de lozanas galas, de elegantes giros, de amor á la hermosura plástica. No os hablo de su admirable canto *Al Mar*, alianza feliz de la musa antigua y de la musa moderna. En él ha hecho *Quintana* lo que debe hacer todo poeta que aspire á unir la pompa, la animación y los colores del mundo de la materia, con las abstracciones, los éxtasis y los sentimientos del mundo del espíritu: hermanar el cielo con la tierra, modelar con manos cristianas el mármol de la antigüedad.

»*Quintana*, si no sabe sostener siempre la unidad limpia y tersa del lenguaje, es, por su temple, su

elevación y su nobleza, digno alumno y rival de la musa antigua. No ha producido con sus obras el rumor fugitivo que tomamos por gloria, y que á veces no es más que el eco de nuestras pasiones y de nuestros entusiasmos de un momento. Ha grabado su alma en su poesía, y en ella ha dejado estampado el sello de la inmortalidad. Su nombre vivirá mientras viva el habla castellana, mientras alienten corazones españoles que sepan palpitar al recuerdo de la gloria y de la grandeza de la patria.»





CAPÍTULO XVI.

COPLEROS ANDALUCES.—MUÑOZ DE LEÓN.—LÓPEZ DE PALMA.—GONZÁLEZ DE LEÓN.—REPISO HURTADO.—JAÉN.—ESCUELA POÉTICA SEVILLANA.—SU CARÁCTER METICULOSO É IMITADOR.—SU GRAN MÉRITO RELATIVO.—MIEMBROS DISTINGUIDOS DE LA ESCUELA.—PLÉYADE POÉTICA.—NÚÑEZ.—CASTRO.—ROLDÁN.—ARJONA.—REINOSO.—LISTA.—MATUTE.—MÁRMOL.—ESCUELA GRANADINA.—ALONSO.—ESCUELA VALENCIANA.—MARTÍNEZ COLOMER.

SEVILLA, la patria de los *Herreras*, de los *Riojas* y de los *Arguijos*, es decir, uno de los centros más gloriosos de noble, limpia y elevada poesía, había caído, en el siglo XVIII, en un abismo de vulgaridad y de afectación literaria, que dejaba atrás, si cabe, los delirios *cultos* y *conceptuosos* y las insulseces *prosaicas* de Madrid, de Zaragoza, de Valencia y de Salamanca. El contagio del estragado gusto de los *Montoros* y de los *Benegasis*, que allí también eran mirados como lumbreras del Parnaso, no sólo fué grande en las ciudades literarias de An-

dalucía, sino que acabó por paralizar toda inspiración y hasta el amor á la poesía, que había sido en todos tiempos cualidad peculiar de la imaginación amena de los pueblos meridionales de España. Ni un *Gerardo Lobo* siquiera se presentó á alumbrar con tibia luz aquel anublado cielo del estro antiguo de Andalucía. La conmoción civilizadora que produjeron en la nación entera los reinados de Fernando VI y Carlos III dió algún impulso á los adelantamientos intelectuales. En 1751 se fundó la *Academia Sevillana de Buenas Letras;* pero este instituto se consagró principalmente á estudios arqueológicos y á otras graves investigaciones científicas, y las letras amenas continuaron inertes ó envilecidas por el mal gusto y por la pública indiferencia. Coplas chocarreras, sembradas de equívocos y de chuscadas de ruín linaje, en que salían por lo común tan malparados el gusto como la decencia, constituían la poesía andaluza.

Uno de los poetas sevillanos menos conocidos, y no de los peores de la extrema decadencia á que llegó la poesía andaluza durante el siglo XVIII, es *don Luis José Muñoz de León y Ocaña.* Había escrito en sus juveniles años varias vidas de santos en verso, alguna en octavas, las más en romance endecasílabo, y tales eran su afición á la poesía y su religioso espíritu, que todavía en 1771, á los setenta y cinco años de su edad, «baldado de un brazo, trémulo de cuerpo y casi ciego», escribió un prolijo

poema *A Santa Catalina de Sena* (1). Estas obras y otras, puramente líricas, de *Muñoz de León* se resienten por lo común del discreteo, del equívoco, del alambicamiento, que estragaban las letras en aquel triste período de transición. La menos incorrecta de sus poesías es una paráfrasis del salmo L de David, en ciento cincuenta estrofas. Algunas de ellas, aunque poco esmeradas en la dicción y no del todo limpias de los resabios de la época, se acercan algo á la noble sencillez que debe reinar en la poesía sagrada. Sirvan de muestra las siguientes del exordio, en verdad de escaso valor:

Pan de lágrimas sea
El continuo alimento que yo use,
Porque en su gusto vea
Á qué sabe el dolor, no lo rehuse;
Que aunque lo amargo abarca,
Alimento también fué de un monarca.
. . . .
Del dolor la vehemencia
Rompa mi corazón, y en este giro,
Con tu sacra asistencia,
También rompa el silencio mi suspiro;

(1) El autor mismo lo refiere en el prólogo del poema. Tiene éste el siguiente título: *Rasgo aonio y poema heroico en que se describe la vida de la seráfica virgen Santa Catalina de Sena* (códice en 4.°, 355 fojas). Este poema y las demás obras poéticas de Muñoz de León se hallan manuscritas en la biblioteca provincial de Cádiz. Debemos el conocimiento de este poeta á la bondad y diligencia de nuestro amigo el Sr. D. Adolfo de Castro.

Y puesto que á vos llego,
Lo que os pide, Señor, logre mi ruego.
. . . .
Y pues la voz sonora
Que amorosa expresó tu labio amante
Á aquella pecadora
Magdalena, contrita, fué bastante
Á eximirla de agravios,
Oiga yo la voz misma de tus labios.....

Otro de los menos insulsos, entre aquellos copleros, fué el médico sevillano *D. Antonio López de Palma*, muy dado al estudio de las *humanidades;* hombre de claro ingenio, pero que siguió la corriente de su tiempo y de su país, y malogró, como tantos otros, sus prendas naturales (1). Compuso varios escritos satíricos, entre ellos dos que cautivaron la atención pública por el desenfado y la intención de sus chistes: *Romances contra los tomistas*, y *Pantomimaquia patética, ó Títeres fantásticos*. Publicó esta última sátira en Málaga, con el seudónimo de *D. Anónimo Chacota*. El instinto satírico de *López de Palma* era grande. *Lista*, adolescente todavía, conoció á este popular poeta, y nunca olvidó su desembarazo y su donaire. *Matute* lo coloca entre los hijos insignes de Sevilla. *Gallardo* dice de él que «sin exageración puede afirmarse que fué el *Isla sevillano*» (2). *Gallardo* exagera. *López de Palma*, aun-

(1) Murió en Abril de 1792.

(2) Apuntes autógrafos de *D. Bartolomé José Gallardo*.

que zumbón y agudo, no tiene ni la abundancia, ni el alcance, ni el rico lenguaje, ni la intensa ironía del jesuita leonés.

Merece igualmente ser mencionado en estos históricos recuerdos otro coplero sevillano, que también conmemora *Matute* y alaban *Lista* y *Gallardo: don Antonio González de León*, que desempeñó, entre otros cargos, el de oficial del Archivo general de Indias, y fué individuo de la Academia de Buenas Letras de Sevilla. Este escritor es una verdadera antítesis de su contemporáneo y paisano *López de Palma*. Éste, dado á la sátira vulgar y chocarrera, se consagraba con ahinco y respeto á las humanidades; *González de León*, que con predilección cultivaba la lírica, desdeñaba el estudio de las humanidades y «no perdía ocasión alguna de ridiculizarlo» (1). Como se ve, había algo anómalo y singular en la índole poética de ambos escritores. *González de León* leyó en la Academia de Buenas Letras un estudio titulado *Reflexiones sobre las obras de ingenio y de elocuencia*. Era hombre de pensamientos levantados, y habría podido acaso ser buen poeta en mejores tiempos y en esfera más literaria (2). También escribió versos festivos, entre ellos, *Romances descrip-*

---

(1) Palabras de *Lista*.

(2) Creemos conveniente poner aquí algún ejemplo del estilo poético de *González de León*, para que se forme idea de lo que eran los mejores poetas de Sevilla en el

tivos de la vida de Olivares (MS.), y obras ligeras para el teatro, como la zarzuela *El Hijo de Ulises* (impresa en 1768), y los sainetes *El Poeta cómico* (1768), sátira contra los vicios del teatro, así de autores como de comediantes, y *El Francès por devoción* (MS.), sátira contra los jóvenes infatuados con las ideas y costumbres francesas; pensamiento bur-

---

reinado de Carlos III. Tomamos el ejemplo de un drama alegórico relativo á este reinado:

LA SABIDURÍA.

(Recuerda el restablecimiento de la universidad de Sevilla por Carlos III, y caracteriza las ciencias, las artes y la industria.)

Tú, grande *Teología*, santo estudio,
Que la ciencia de Dios tratas y enseñas,
Y su dogma y misterios revelados
Prestas á la observancia y la creencia;
Tú, oh *Ciencia del Derecho*, que derivas
Tu justicia del que es Justicia eterna,
De cuya potestad las potestades
Han el poder de que usan en la tierra;
Tú, *Medicina*, criada del muy Alto
Para ocurrir del hombre á las dolencias;
Filosofía, que al conocimiento
De la Causa de causas, fiel nos llevas;
Tú, oh gran *Matesis* (*a*), que los senos hondos
De la madre común nos manifiestas,
Y en proporción, en número y medida,
A ejemplo del gran Dios, fijas tus reglas;
Vos, *Nobles Artes*, que imitáis las obras
Del Hacedor de la naturaleza;
Y tú, *Industria*, bosquejo, sombra, indicio
De la sabia y sublime Providencia;
Vosotras todas vuestro ensalzamiento
Debéis á los Borbones.....

(*a*) Matemática.

lesco, que más adelante reprodujeron, en diferente forma, D.ª Rosa Gálvez en la comedia *Un loco hace ciento*, y Sánchez Barbero en la sátira *Los Viajerillos*.

Al terminar el reinado de Carlos III, el presbítero *D. Francisco Buendía y Ponce*, de escasísimo numen, compartía la gloria poética con *González de León*, y ambos pasaban en Sevilla por los mejores representantes de los inmortales poetas que en venturosos tiempos había inspirado el privilegiado cielo de Andalucía. Ambos fueron designados por aquella ciudad ilustre para celebrar el advenimiento al trono de Carlos IV (1).

Otro presbítero ilustrado y laborioso, *D. Luis Repiso Hurtado*, cura beneficiado de Lucena, individuo también, aunque honorario, de la Academia de

---

La *Jurisprudencia*, después de manifestar sus altos oficios de conservar en paz y justicia los estados y velar sobre las costumbres, exclama:

¡Oh dulce humanidad, cuán más segura
Estás en esta edad que no en aquella
De confusión, de estrépito y desorden,
En que acalló á la ley la prepotencia,
El bando y el partido!..... ¡Siglos tristes
De la desolación y la miseria
Del humano linaje!.....

(1) El P. Manuel Gil levanta á las nubes el estro de estos infelices poetas.—*Relación de la proclamación del rey D. Carlos IV, y fiestas con que la celebró la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla.*—Madrid, imprenta de Ibarra, 1790; en folio.

Buenas Letras de Sevilla, y grande amigo del Conde de Noroña, gozaba en Córdoba de cierta nombradía de poeta en la segunda mitad del siglo XVIII. Escribió obras líricas y dramáticas. Pero era temerario su empeño. No hay en sus versos, impresos ó inéditos, destello alguno del fuego de los verdaderos poetas. Sus poesías son triviales é insulsas, y con razón la posteridad las ha olvidado para siempre.

En Cádiz había logrado asimismo cierta fama, y tenía por Mecenas al esclarecido Marqués de la Victoria, *D. Alonso Jaén y Castillo*, zurcidor de cantos épicos de la más perversa índole que puede imaginarse. Á los vicios literarios de la época, unía *Jaén* falta de imaginación y sentido poético, y falta mayor todavía de sentido armónico. Así acaba una de las octavas del *poema heroico* que escribió *A la vida y virtudes de la reina D.ª María Amalia de Sajonia, esposa de Carlos III:*

Y el que teme insulto ó el que juzga amago,
Lo siente golpe y lo llora estrago.....

¡Qué idea tendría este descaminado versificador del acento y de la cesura en los versos endecasílabos! Y lo más peregrino es que el poeta que tan absolutamente ignoraba las circunstancias elementales de la métrica, era ¡quién podría presumirlo! *profesor de bellas letras* en la ciudad de Cádiz.

Ocioso sería añadir nuevos testimonios al deplorable cuadro de la poesía andaluza en el período de

la decadencia. Hombres verdaderamente ilustrados, y todos ellos poetas más ó menos aventajados, pero libres ya del vulgar ó pedantesco espíritu que allí subyugaba las letras, hicieron cuanto estuvo á su alcance para introducir en Sevilla la reforma del gusto, que tan rápidos progresos había hecho en Salamanca y en Madrid: *Trigueros*, *Olavide*, *Jovellanos*, el padre *Miras*, *Vaca de Guzmán*, *Forner*: éstos fueron, ya con el ejemplo, ya con la doctrina, los más activos promovedores de la depuración de las letras en aquella tierra privilegiada de la gracia y de la inspiración. *Don Pablo de Olavide*, Asistente de Sevilla, no se contentaba con satisfacer para sí propio su ferviente afición á las ciencias graves y á las letras amenas. Reunía en su palacio á los hombres más doctos y brillantes que encerraba Sevilla, y todos tenían por dulce solaz rendir culto á las letras útiles ó amenas que civilizan y ennoblecen los estados. *Jovellanos*, el religioso murciano *Fray Miguel de Miras*, y más adelante *Forner*, fueron allí los primeros propagadores de las poesías de *Fr. Diego González*, y los que dieron á conocer las sabrosas primicias del ingenio poético de *Meléndez*, de *Iglesias* y de otros poetas de Salamanca, ciudad á la cual cupo la gloria de anticiparse á todas las demás en la restauración de la sensatez literaria (1).

---

(1) El malogrado caballero D. Eustaquio Fernández de Navarrete oyó referir, en su mocedad, á su sabio abuelo

Estos laudables esfuerzos parecían estériles. La nueva doctrina no cundía. Sólo la encomiaba y aplicaba un limitado grupo de personas doctas, que, en su aislamiento, tenían trazas de antiguos sacerdotes iniciados en un misterio que había de quedar fuera del alcance popular. Las reglas doctrinales no eran simpáticas, porque allí, aun más que en otras provincias, parecían cadenas del ingenio. Los reformadores escarnecían en sus sátiras á los copleros, y los

---

D. Martín la anécdota del origen de las relaciones literarias entabladas, por los años de 1775 y 1776, entre Jovellanos y los poetas salmantinos Fr. Diego González y Meléndez Valdés. El Sr. Navarrete nos la transmitió por escrito en los términos siguientes:

«Amigo siempre Jovellanos de todo lo que valía, mientras estuvo de oidor en Sevilla trataba mucho á Fr. Miguel de Miras, cuyas poesías no conozco, aunque se sabe por Meléndez y Fr. Diego González que celebraba en verso una belleza imaginaria ó real con el nombre de *Trudina*. Hablando un día este religioso con D. Gaspar, le dijo, no sin alguna presunción: «Yo tengo un fraile allá »en Castilla que deja chiquitos á todos los poetas de nues»tro tiempo.»—Aludía á Fr. Diego González, á quien el P. Miras había conocido cuando aquél estuvo de visitador en la provincia de Andalucía, y con el cual había trabado amistad estrecha. Jovellanos, manifestando incredulidad, le pidió muestra de sus versos, y el P. Miras escribió á González rogándole que enviase algunos, los cuales sorprendieron agradablemente á Jovellanos, y con razón, pues si la poesía del Padre González no es de las más ricas, tiene siempre una pureza de estilo y una elegancia de lenguaje que no era fácil hallar entonces. Deseó, pues, Jovellanos, entrar en correspondencia con el exce-

copleros se burlaban á su sabor de los reformadores. Forzoso es confesarlo: el campo quedó, en los primeros tiempos, por las coplas desenfadadas, por los chistes vulgares, por el gusto popular desencadenado y pervertido. Pero éste era el triunfo pasajero del atraso y de la rutina. La sociedad española había entrado en un período histórico de transformación y de adelantamiento, y aquellas semillas de buen gusto, que antes parecían infructíferas, calladamente habían fermentado en el entendimiento de

---

lente poeta, y así lo hizo. El P. González, cuyo nombre poético era *Delio*, le contestó que no era él solo quien cultivaba las Musas en Salamanca, y le envió copia de los ensayos poéticos de Meléndez (*Batilo*) y del padre Juan Fernández de Rojas (*Liseno*), hombre de ameno ingenio, como lo demuestran la égloga y canción á la muerte de *Delio*, únicas obras poéticas que conozco del P. Fernández, y su *Crotalogía, ó ciencia nueva de tocar las castañuelas*, en que se burla de la pedantería científica de los modernos.

»Con este motivo dirigió Jovellanos su epístola ó idilio á los salmantinos, pidiéndoles noticias de su vida y estudios; á que contestaron: Meléndez, con su pobrísima oda

»La historia de Jovino
Y el aurífero verso y tan sonoro, etc.;

y el padre González, con la hermosa y castiza composición que empieza:

»Jovino, descendido
De claros y altos reyes, etc.

»Ni Jovellanos ni Meléndez eran capaces entonces de hacer versos como los de esta composición.»

E. F. de N.

la generación naciente, á quien el porvenir pertenecía.

Ya cercano el término del siglo, unos cuantos estudiantes, obscuros sí, pero animosos y sedientos de gloria, realizaron casi de repente lo que no habían podido llevar á cabo los *Olavides* y los *Jovellanos*. No hablaremos aquí de la *Academia Horaciana*, establecida por *Arjona* y *Matute*, efímero ensayo de una asociación literaria que pusiese coto en Sevilla á los delirios del mal gusto. Este laudable intento, frustrado en manos de aquellos dos mozos sin autoridad y sin influencia, tomó poco después vida y consistencia con la creación de la *Academia particular de Letras Humanas*. Tropiezos y amarguras tuvo alguna vez esta Academia, á causa de la envidia que despertaba en los ignorantes ó en los apegados á las ideas antiguas. Pero, primero la protección de *Forner*, que era poderosa y resuelta, y más adelante el ascendiente mismo que iban cobrando en la opinión los académicos, por su talento, su saber, su entusiasmo y su perseverancia, hicieron triunfar á la Academia de todos los obstáculos, y en pocos años llegó á constituir lo que se ha llamado la *moderna escuela poética sevillana*. Dos insignes escritores andaluces, *Lista* y *Galiano*, han consignado en sus obras la historia y el juicio crítico de esta Academia. *Lista*, uno de los creadores de ella, al referir las vicisitudes, los principios doctrinales, el orden de tareas, y hasta las impresiones íntimas y amistosas

de aquella interesante sociedad, da á su narración el color simpático de los recuerdos de la juventud, el sello precioso y animado de la verdad y de la emoción (1). Pero juzga en causa propia; le embaraza el exorbitante y meticuloso amor á las formas, propio y peculiar de las doctrinas que profesó en su juventud, de las cuales, á pesar de su firme criterio, no acierta á desprenderse, y viene á ser por ello, para tasar el valor absoluto de la escuela poética sevillana, un juez menos abonado, menos imparcial, menos libre que *D. Antonio Alcalá Galiano.* Imbuído éste, más profundamente que *Lista,* en la literatura general de Europa, y con especialidad en la inglesa; más convencido asimismo de la superioridad de la moderna crítica, que, dando alta importancia á la nitidez y á la corrección de la forma, antepone lo espontáneo y lo grande á lo convencional y á lo atildado, y dotado, por último, de una perspicacia

---

(1) *De la moderna escuela sevillana de literatura.* Artículo publicado por D. Alberto Lista en el tomo I de la *Revista de Madrid* (1838). Puede juzgarse del entusiasmo con que recordaba Lista, en la ancianidad, las nobles tareas y las desinteresadas amistades de la edad temprana, por estas palabras del citado artículo:

Muchos años y revoluciones han pasado desde aquella época; pero en cualesquiera partes donde aun existen individuos de la *Academia de Letras Humanas,* saben que son amigos, y sin necesidad de juramentos ni de ceremonias misteriosas, cuentan con un vínculo que sólo romperá la muerte. ¡Venturosa época de la vida, que no volverá!

analítica de primer orden, *Galiano* tenía en el presente caso una competencia eminente. Su juicio relativo no llega, ni en movimiento, ni en fuerza, al juicio de *Lista*, que recorre amorosamente las interesantes vicisitudes históricas de aquella meritoria escuela. Pero su juicio absoluto es, en cambio, magistral y decisivo. Sustituirlo con el nuestro propio, fuera vana arrogancia y estéril propósito. Copiar aquí algunos breves pasajes en que *Galiano* encierra la esencia de sus opiniones, es lo que dictan ahora el buen gusto y el buen sentido:

«Casi con la llegada de *Forner* á Sevilla coincidió el formarse allí una asociación literaria con el título de *Academia de Buenas Letras* (que hubo de ser hacia 1793), y los que la componían, dedicados especialmente á la poesía, y apenas á la prosa, salvo en lo referente á la composición poética, ó á la crítica sobre esta misma, desde luego aparecieron con el carácter de lo que es común llamar *escuela*, esto es, una congregación de hombres que, si difieren, como es forzoso que suceda, en calidades intelectuales, tienen una doctrina común para guía en sus trabajos y para regla en el juicio de los ajenos, y hasta cierta uniformidad de estilo.....

Los principales de aquella Academia, ó del gremio literario que en torno de ella se formó en la capital de Andalucía, han desaparecido ya todos del teatro del mundo, en el cual han llegado algunos, en época de la nuestra muy poco distante, á representar importantísimos papeles. Si con el transcurso de los años variaron un tanto su estilo, siempre conservaron entre sí alguna y no corta semejanza. Verdad es que posteriores y graves sucesos de naturaleza política, de los que tanto han influído en la suerte de nuestros literatos en el presente siglo, vinieron

á ligar á varios de ellos con un lazo más sobre los que antes los unía; lazo que apretó la desgracia, no llevada, doloroso es decirlo, con la debida firmeza y dignidad..... La escuela sevillana, en los últimos días de los que de ella fueron lumbreras, vino á ser la de los apodados *afrancesados*, por haber servido con la pluma á los franceses, enemigos de su patria; porque dos de los miembros más distinguidos de aquel antiguo y ya acabado cuerpo, juntos con algún otro literato de la misma ciudad y época, llegaron á ser los corifeos y casi los únicos cultivadores de la literatura española en tiempo en que un gobierno duro, y por las circunstancias perseguidor de los más de los escritores de otras eseuelas que le habían sido contrarios, les dió, no sólo amparo, sino patrocinio declarado, lo cual equivalía á darles un monopolio de poder é influjo.....

El intento del que esto escribe es dar á conocer la naturaleza de la escuela literaria de Andalucía de fines del siglo último y de los primeros años del presente, y á los literatos más notables que de ella y de la ciudad donde se formó, y también de toda España, fueron ornamento; hombres no ciertamente eminentísimos, pero que sobresalían bastante en el, por desdicha, poco alto nivel de la ilustración española.....

Los sevillanos aspiraban á reproducir, á fines del siglo XVIII, la poesía del XVI y años primeros del siguiente, y á reproducirla casi tal cual era, y sobre todo á renovar la dicción de Fernando de Herrera, su ídolo, y de los que del, á su entender, tan perfecto modelo habían sido principales secuaces é imitadores. De ello se desprende haber sido la nueva escuela sevillana tan artificial cuanto serlo cabe. La añeja costumbre de figurarse los poetas pastores, fué puntualmente por ellos seguida..... Los sevillanos, al pintarse apacentando ovejas cuando, si ya no estaban ejerciendo su santo ministerio en el altar ó en el púlpito, trabajaban con la pluma en un aposento bien techado, tomaron nombres de los que eran llamados poéticos en aquella época, en que el nombre propio parecía digno

sólo de la humilde prosa. *Blanco*, latinizándose el apellido para transmutarle después en nombre pastoril, pasó á ser *Albino; Reinoso*, de su nombre de pila Félix, sacó el de *Fileno; Lista*, de Alberto se volvió *Anfriso*, y con este nombre tomó el supuesto oficio de pescador, aunque hubo también de ser *Licio*, por su apellido..... Los argumentos de las poesías solían corresponder al disfraz de los poetas. Siendo casi todos ellos eclesiásticos, no por esto dejaban de componer y publicar versos amatorios, sin escrúpulo ni recelo de faltar al decoro; en lo cual se repara aquí, no para reprender en ellos una conducta impropia del carácter de que estaban revestidos, pues sin duda no hubo de pasarles por la imaginación hacer gala de faltar á lo que era una de sus primeras obligaciones, sino para mostrar que el arte con reglas engañosas, y no la naturaleza, los inspiraba, siendo fingidos sus amores, y no disimulándose la ficción, pues los enamorados pastores *Albino*, *Fileno* y *Licio* eran quienes declaraban sus tiernos y apasionados afectos á las imaginarias *Dorilas*, *Cloris* ó *Filis*, sin que de tales galanteos y amoríos pudiese resultar tacha á los presbíteros Blanco, Reinoso ó Lista. De aquí se seguía ser fingidas las pasiones que expresaban, y que, como figuradas y no sentidas, apareciesen artificiosas, tibias ó vagas y comunes, en lugar de ser vehementes ó intensas, mero producto de las reglas de su doctrina, que les mandaban tener amores y cantarlos, indudablemente porque, como de los andantes decía el caballero de la Mancha, su famoso imitador, pensaban de los pastores imaginados que uno sin amores era «árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma».

Pero á una con las poesías amatorias, las escribían los nuevos poetas sevillanos de las llamadas sagradas, ó digamos sobre asuntos religiosos, propio argumento para hombres de su santa profesión, y tal, que no sólo les consentía expresarse en obediencia á una inspiración espontánea y genuina, sino que parecía en ellos natural desahogo de sus almas la concepción y expresión de tales pensamien-

tos. Sin embargo, las mismas poesías sagradas de aquellos ingenios, ciertamente no faltos ni de imaginación ni de pasión, se resentían en gran manera del vicio radical de la fe literaria que habían abrazado. En vez de entregarse á los naturales ímpetus de una devoción sencilla, sincera y bien sentida, como aquella que inspiraba á Fr. Luis de León los magníficos trozos de su *Noche serena* ó el bellísimo principio y fin de la oda *Á la Ascensión*, los sevillanos del siglo XVIII, sin duda piadosos, seguramente doctos, contenían su piedad para darle dirección, ó, lo que es lo mismo, antes de dar natural suelta á sus afectos, buscaban en los libros ó en la memoria los términos en que debían expresarlos.

Contribuía á este modo de pensar y proceder la idea que se habían formado del lenguaje poético, que llegaron á considerar como la parte principal en la poesía. Ahora, pues, aun cuando en los escritos, así en verso como en prosa, y tal vez más en la composición en verso, sea de grandísima importancia la belleza de la forma, conviene considerar que, buscándola por remedo ó mero estudio, suele desatenderse la inspiración que lleva á encontrarla, y también que la belleza de la forma, lejos de estar reñida con la sencillez y naturalidad, la quiere por consorte, sin lo cual se cae en lo que llaman los pintores amaneramiento, defecto que existe tanto cuanto en los productos artísticos, en los literarios. Que en poesía pueden y deben usarse algunos vocablos y giros que no consiente la prosa, ni aun la más entonada, es muy cierto, y tiene en su favor la respetable autoridad del príncipe de los oradores romanos, grande escritor, además, en prosa, y mediano en verso, el cual, comparando con el orador al poeta, declaró á éste último *verborum licentia liberior;* pero en la pasión ciega al lenguaje poético, es común tropezar con más de un escollo, siendo de éstos uno tomar lo extravagante por lo bello y exquisito, y otro, si no mayor, más peligroso, figurarse que con el uso de frases y voces rebuscadas y peregrinas un pen-

samiento trivial adquiere el valor más subido. En este último yerro, y aun en parte en el primero, incurrieron los poetas de que este artículo trata, ya al producir sus obras, ya al juzgar las ajenas.....

De lo hasta ahora dicho en este artículo sobre la escuela novel sevillana, posible es, y aun probable, que se suponga que quien le escribe es de ella enteramente contrario. Pero, en verdad, si lo es, lo es sólo hasta cierto punto y mirándola bajo un aspecto, mientras, considerándola por otro, se le declara completamente favorable. Al lado de la poesía natural, espontánea, inventora, sencilla, debe ponerse, aunque en lugar inferior, la poesía artificial, correcta, imitadora, elegante. Buscando eminencia en la primera, cuando faltan las condiciones necesarias para acertar, es común caer en lo humilde, en lo extravagante, en lo insulso, hasta en lo pueril muchas veces. Dedicándose á la segunda, no puede haber fundada esperanza de llegar á grande elevación; pero hay menos peligro de caídas, y cuando éstas suceden, no son muy graves. Mucho hay que admirar en la poesía latina, y, con todo, la poesía latina es de la clase artificial, con algunas raras excepciones. La escuela sevillana conservaba ó renovaba buenas tradiciones en buenos ejemplos. No era de la poesía más alta, pero lo era de una elegante y pura, y los que de la misma escuela fueron principal ornamento, merecen ser calificados, si sólo de medianos poetas, de más que medianos escritores. Aun su crítica era de lo mejor para su época: no exenta por cierto de preocupaciones, enteramente externa, de reglas aplicables igualmente á todos los tiempos, y mal enterada del espíritu de algunos períodos de la historia del entendimiento humano y de las sociedades pasadas; pero en general, sana, clásica, según se entendía á la sazón lo clásico, y estaba apoyada en una buena y bastante extensa erudición, que abrazaba desde las letras griegas interpretadas á la latina, hasta la literatura moderna de los pueblos más ilustrados; crítica parecida á la de *La Harpe* ó

á la de *Blair*, y á la cual daba realce el buen estilo y dicción correcta, y bastante, si no del todo, castiza de los escritores. En suma, la escuela sevillana, puesta en cotejo con la salmantina y la que vino á formarse en la capital de España, no aparecía desairada, y además tenía el mérito de no ser á ellas completamente semejante, pues mostraba ciertas diferencias que en gran parte la caracterizaban» (1).

Este examen, tan cuerdo y seguro, de la moderna escuela poética sevillana, cuya reproducción nos agradecerán sin duda los lectores del presente estudio histórico-crítico, nos dispensa de manifestar detenidamente nuestro propio juicio acerca de la misma escuela, que no sería, de cierto, ni tan luminoso ni tan autorizado como el del Sr. Alcalá Galiano. La opinión de este insigne crítico acerca de la estrechez convencional de los poetas reformadores sevillanos del último siglo es fundadísima; pero hay que tener en cuenta que el disfraz pastoril, los emblemas mitológicos, y otras afectaciones y trabas de la rutina seudo-clásica, eran en aquellos días achaque general de la España entera, si bien los poetas sevillanos, aun los más ingeniosos y delicados, no tenían, como Quintana y algún otro, instinto poético bastante poderoso para salir, sin extraviarse, del carril trillado y convenido. El pecado grave de la escuela sevillana, en que no había in-

---

(1) Artículo del Sr. D. Antonio Alcalá Galiano. (*Crónica de Ambos Mundos.*)

currido la de Salamanca, fué el ser demasiado *escuela*, extremando la tendencia imitadora, funesta condición del clasicismo mal entendido, y dando á la entonación y á las formas del lenguaje cierta uniformidad palabrera y monótona. En la *Academia de Letras Humanas* se leyó con aplauso un discurso donde se clasifican los poetas por escuelas; y *Lista*, acaso el crítico de más sano instinto entre todos los académicos, tacha á Lope de Vega, en otro discurso leído igualmente en la misma academia, por haberse abandonado á la facilidad de su ingenio, y declara *malos, malísimos sus versos por la mayor parte* (1). ¡Á tal punto cegaban á *Lista*, en su mocedad, las preocupaciones de la escuela de que era firme sustentador! Anteponía entonces á todo, en la poesía, la forma artificial y estudiada. Fervoroso admirador de Herrera, decía de él que había cultivado la *poesía de dicción*. Á la luz de la crítica del tiempo presente, *poesía de dicción* suena como una paradoja ó como el error de quien toma la vestidura y el ornato por la esencia de la belleza. Algo más que dicción limpia y lenguaje entonado, robusto y peregrino, hay en el lirismo elevado de Herrera. Y es lo singular

(1) Examen de *El Bernardo*, de Balbuena. Estudio crítico leído por *Lista* en la Academia de Letras Humanas el 15 de Septiembre de 1799. Aunque escrito bajo el influjo de las preocupaciones doctrinales de la época, es obra notable, llena de excelentes y agudas reflexiones.

que el mismo *Lista*, que acusa á Lope de *no trabajar y corregir* sus versos, de dejarse llevar de su *imaginación fecunda y de su admirable facilidad*, y de *no buscar modelos que imitar*, juzga que *acertó Balbuena en no haber sacrificado su abundante y noble facilidad* al trabajo y artificio de los herreristas, *que es incompatible con la soltura y la amenidad* (1). No hay que admirarse de esta contradicción. La crítica de aquella época era imperiosa, á par que insegura. *Lista* estaba dotado de gran discernimiento, y pugnaban necesariamente en su ánimo su noble instinto y la fe de su escuela. Andando el tiempo comprendió que Lope de Vega era tan consumado maestro en la versificación como en el idioma, y que si se hubiese dado á *buscar modelos que imitar*, en vez de abandonarse á la impetuosa é inagotable vena de su ingenio, no habría sido Lope de Vega, esto es, el poeta más espontáneo, más sincero, más español que ha producido nuestra patria.

Mas si del juicio absoluto pasamos al juicio relativo de la escuela sevillana, fuerza es reconocer el eminente valor intelectual de aquellos hombres animosos y entusiasmados, que arrostrando innumerables obstáculos y contrariedades, acometieron con éxito la empresa de dar lustre, elevación y pureza á las letras andaluzas, que tan desmayadas y envilecidas se hallaban en manos de gentes de gusto estra-

(1) Examen de *El Bernardo*.

gado y baladí. En esta parte los gloriosos esfuerzos de los reformadores sevillanos fueron más meritorios que los de los poetas de la escuela salmantina. Éstos encontraron la opinión favorablemente dispuesta, y más inmediatamente preparado el terreno por un *Cadalso* y por un *D. Nicolás de Moratín*. Los literatos andaluces tropezaron con un espíritu público, chabacano é incorregible, que combatía con ruidosas manifestaciones la introducción del buen gusto. De este deplorable estado de la civilización literaria de Sevilla en los últimos años del siglo XVIII, nos ha dejado un autorizado testimonio el célebre *Blanco*, testigo presencial, y uno de los más ilustres individuos de la escuela sevillana.

«Yo me acuerdo (dice) que en mi juventud se miraba como cosa ridícula el atreverse á publicar obras de esta clase (de amenidad), y que una *Academia de poesía* que se trató de establecer, cosa de treinta años ha (1794), en la biblioteca pública de San Acasio de Sevilla, dió motivo de diversión y burla á la ciudad entera, y atrajo bandadas de estudiantes que con silbos y alborotos impedían la lectura, y aun seguían á los académicos por la calle con insultos.»

No arredró tanta y tan desmandada impopularidad á los campeones del gusto nuevo y depurado. Había sonado en Sevilla, como en el resto de la nación, la hora de la transformación intelectual, y en breve la superioridad de la doctrina acalló el vulgar clamoreo, y el triunfo coronó la perseverancia y el noble y civilizador intento de aquellos jóvenes ilus-

trados. El eco de las primeras glorias de la escuela de Salamanca y de Madrid fué uno de los despertadores del genio poético de los andaluces. *Lista* dice que «la escuela sevillana no hizo más que imitar el espíritu de las de Cadalso y de Luzán», y que los jóvenes académicos descubrieron en el primer tomo de las *Poesías de Meléndez* «las centellas del genio que animara á los Horacios, Tibulos y Herreras». Y por cierto que esta amalgama de poetas entre sí tan diferentes, y tan diferentes también de Meléndez, denota la confusa ilusión con que veían los poetas reformadores de Sevilla el carácter de la nueva poesía. La escuela moderna sevillana no logró, á pesar de las quiméricas creencias de algunos de sus individuos, el objeto que se propuso, que fué, según afirma *Lista,* «resucitar la antigua de los Herreras, Riojas y Jáureguis». Esto era aspirar á un imposible. La poesía verdadera no resucita nunca el espíritu genuino, ni siquiera el lenguaje espontáneo de las civilizaciones pasadas. Pero no por eso fué su gloria menos grande. En su efímera vida, puso en lugar muy alto la cultura literaria de Andalucía, y con sus obras y principios hizo recobrar á la poesía sevillana su dignidad perdida y alguna parte de su esplendor antiguo.

Á los cursantes de teología, que en un principio constituyeron por la mayor parte la escuela sevillana, se agregaron otros jóvenes entendidos pertenecientes á diversas profesiones literarias; entre

ellos, *D. Joaquin María Sotelo*, jurisconsulto distinguido; el médico *Matute*, más investigador que poeta, director del *Correo literario de Sevilla*, órgano de la nueva escuela; *D. Santiago Key*, uno de los filósofos de la propia escuela; *D. José Manuel Vadillo*, erudito, prosador poco ameno, ministro en 1822 y 1823; *D. Manuel López Cepero*, diputado á Cortes en dos distintas épocas, entendidísimo en materia de pintura, especialmente de la escuela andaluza. Hombres de autoridad ya sancionada por la posición social ó por la fama, entraron también gustosos en aquel gremio juvenil. Fué uno de ellos el señor Alvarez Santullano, que había sido rector de la universidad. El que más halagó y favoreció á la *Academia de Letras Humanas* fué D. Juan Pablo Forner, Fiscal á la sazón de la Audiencia de Sevilla, al cual confió la academia el honroso cargo de *juez* de los certámenes.

Pero quien dió mayor lustre y vida á la escuela sevillana fué la *pléyade poética*, esto es, la reunión de siete poetas, que aunque con diverso numen y fortuna, y á manera de la famosa pléyade británica, contemporánea, de los *Lakistas*, que caminaba por muy diferente senda y con mayor arrojo, cautivó desde luego la atención general. Fueron estos siete poetas: *Arjona*, *Blanco*, *Reinoso*, *Lista*, *Roldán*, *Castro*, *Núñez*. De este último, que desesperaba á los académicos por el incorregible desaliño de su elocución, así como los sorprendía por las imágenes

nuevas y atrevidas de sus poesías, decía *Lista*, con evidente exageración, que en él «hubiera tenido España el Píndaro del Cristianismo, si su genio sublime y vehemente hubiese podido sujetarse al fastidioso, pero necesario trabajo de la corrección» (1). *Roldán* y *Castro* se distinguieron en la academia por algunas poesías estimables, de artificial, pero elegante estilo, de dicción bastante pura, de inspiración escasa y harto trabajada, especialmente en la expresión de los afectos. Ambos aspiraban á la sublimidad, pero sin dar con ella. No hallando imágenes nuevas y atrevidas, obscurecían la frase cuando intentaban remontarse á mayor altura que aquella que consentía la poco encendida llama de su imaginación. La atención de los literatos se fijó por un momento, de un modo especial, en *Roldán*, con motivo de su oda *A la Resurrección del Señor*, que dió ocasión á que en la misma Sevilla fuese atacada la escuela sevillana, no ya, como antes, por el espíritu de vulgaridad y de rutina, sino por la crítica, no mal encaminada, de un hablista de primer orden, de un literato consumado, *D. Tomás González Carvajal*, el célebre traductor de los salmos. Apasionado admirador de la noble y fervorosa sencillez de Fr. Luis de León, no le era simpática la afectación elegante de la nueva escuela andaluza. Censuró la pretensión de escribir *á lo He-*

---

(1) *De la moderna escuela sevillana de literatura.*

rrera, y no le faltaron, para fundar su censura, razones de sano criterio. Pero no tuvo en cuenta que si remedar á Herrera era intento desacordado, no lo era menos el que él abrigaba de imitar á Fr. Luis de León. Imitar á los poetas esclarecidos es siempre yerro; éste se agrava cuando los poetas son, por ejemplo, Garcilaso, Góngora ó León. Hallar la poesía intensa, sublime y animada, en frase completamente natural y sencilla, es privilegio de los verdaderos poetas. Los que, como *Carvajal*, no llegan ni con mucho á ese inefable sentimiento poético, cuando quieren seguir las huellas de los grandes modelos, escriben, en vez de poesía, prosa versificada. La entonación levantada y artificial de Herrera se imita mal; la sencillez poética de Fr. Luis de León no se imita nunca: brota del alma, y ni se cultiva ni se aprende.

Reinoso, uno de los más briosos escritores de la flamante escuela, defendió á *Roldán*, y por consiguiente, el espíritu y la doctrina que constituían el alma, por decirlo así, de la Academia de Letras Humanas. Esta controversia, sostenida por ambas partes con fuego y con ingenio, no dió más resultado que el común de estas contiendas críticas; cada uno quedó más tenazmente aferrado á sus opiniones, y siguió escribiendo según el tono y el estilo que preconizaba (1).

---

(1) Alcalá Galiano, *De la escuela literaria formada en Sevilla á fines del siglo próximo pasado.*

El más glorioso timbre poético de *Roldán*, en sentir de sus compañeros de academia, fué un poema titulado *Danilo*. *Lista*, principalmente, hacía de esta obra los más encarecidos elogios (1).

Entre los siete escritores de la pléyade poética, resaltaban notablemente los cuatro primeros que hemos nombrado. A decir verdad, sólo dos de estos cuatro, *Arjona* y *Lista*, eran poetas, esto es, poetas espontáneos, en quienes la naturaleza y el arte se mostraban unidos, ayudándose mutuamente en igual proporción. *Reinoso* y *Blanco* eran poetas de estudio más que de inspiración, y el arte sobrepujaba en ellos visiblemente á la naturaleza. De *Blanco* hablaremos en el capítulo siguiente, consagrado á recordar algunos poetas en cuyas creencias y sentimientos dejó profunda y lastimosa huella la conmoción moral y política que recibió el mundo por aquellos

---

(1) El original de este poema estuvo, muchos años ha, en el archivo de la *Academia de Letras Humanas*. Pasó después sucesivamente á manos de los Sres. Reinoso, D. Juan Gualberto González, D. José Pérez de Anaya y D. José del Castillo y Ayensa. A la muerte de este último se ha extraviado el manuscrito. En Sevilla, adonde fueron á parar los papeles del Sr. Castillo, fueron buscados con empeño por nuestros amigos los distinguidos literatos señores Martín Villa, Fernández Espino y Bueno, así este poema como otro titulado *La Belleza*, obra de Blanco, también muy encomiada, que corrió las mismas vicisitudes que el *Danilo*. Todo infructuosamente. Hemos perdido la esperanza de leer estos celebrados poemas.

días. Dedicaremos ahora algunos renglones á calificar someramente, cual conviene al presente estudio, el valor poético de *Arjona*, de *Reinoso* y de *Lista*.

Don Manuel María de Arjona, aunque muy aficionado al cultivo de las letras amenas, lo era mucho más á los estudios graves, que requieren meditación y prolijas investigaciones. No le arredraba la fatigosa exploración de archivos y de bibliotecas, y dejó varios escritos sobre la historia eclesiástica, especialmente una *Historia de la Iglesia bética*, y una defensa é ilustración latina del Concilio Iliberitano. En unión con otros estudiosos jóvenes, logró, venciendo estorbos poderosos, establecer en Sevilla una academia de historia eclesiástica (1). Fué además consumado helenista; pero, como todos los helenistas de aquel tiempo, á excepción de los alemanes, no vió la literatura griega sino al través del prisma romano, que la desnaturalizaba con su propia fuerza, y no comprendió el espontáneo y desembarazado espíritu que la animaba. Su viaje á Roma, en 1797, hecho en compañía del arzobispo de Sevilla, D. An-

---

(1) *Sotelo* escribía desde Sevilla á *D. Martín Fernández Navarrete*, el 22 de Marzo de 1794, lo siguiente:

«*Arjona* y yo no hacemos en el día más que revolver concilios y padres, para fomentar una academia de historia eclesiástica que hemos establecido en el colegio, y que creemos florecerá, á pesar de los increíbles esfuerzos que ha hecho, para impedirlo, el sabio claustro de esta universidad literaria. Ambos hemos abandonado á las Musas.» (Carta autógrafa de Sotelo.—Papeles de Forner.)

tonio Despuig, contribuyó á dar mayor ensanche y madurez á sus ideas literarias. Sus afanosas tareas de historia eclesiástica y de derecho canónico no embotaron en su entendimiento la facultad poética, pero dieron á sus versos cierto carácter sentencioso, que no desdice de la poesía austera y elevada. Era, entre sus compañeros de la escuela sevillana, el que tenía estro más fácil y espontáneo. Ellos mismos reconocían y proclamaban el talento poético de *Arjona*. Muchos años después, *Blanco*, evocando en Londres los sabrosos recuerdos de la mocedad, escribía estas palabras: «Por desgracia de sus amigos y de la literatura española, ha fallecido *D. Manuel María de Arjona*, poeta de tan fecundo y elegante ingenio, que ninguno le excedía en aquella época.» *Lista* admiraba á *Arjona* no menos que *Blanco*, y solía decir, cuando de él hablaba, que «sus poesías eran tan delicadas como las más célebres de Grecia».

Prescindiendo de estos exorbitantes juicios, inspirados en no pequeña parte por la justicia, y en mayor parte todavía por el entusiasmo de la amistad apasionada, no es dable negar que el famoso canónigo penitenciario de la catedral de Córdoba estaba dotado de no común instinto poético. Pero, así como todos aquellos que siguieron las escuelas imitadoras, embargaba su numen por no apartarse un punto de la sujeción doctrinal, y enredaba y comprimía con frecuencia su estilo bajo el peso de la

balumba mitológica. El estro de *Arjona*, si bien firme y encumbrado, no se prestaba fácilmente á la entonación rígida y solemne de Herrera, ídolo de la pléyade sevillana. Las formas espléndidas cautivan á las escuelas literarias, que se pagan siempre sobradamente del artificio artístico, y no es maravilla que el bíblico cantor de la batalla de Lepanto fuese preferido como dechado á otros poetas de más llano y natural estilo. Nos parece, sin embargo, que á la índole de *Arjona*, como á la de los demás insignes poetas de la escuela sevillana, con la única excepción acaso de *Reinoso*, el más artificial de todos ellos, habría cuadrado mejor un estilo juntamente noble y sencillo, semejante al de León y al de Rioja. Se advierte esto claramente en las poesías de *Arjona*, aun en las inspiradas por asuntos elevados, como *Las Ruinas de Roma*, una de las más celebradas. Ignoramos si quiso imitar la poesía de carácter artificial, de Mr. Dyer, titulada *The ruins of Rome*, obra muy aplaudida en tiempo de *Arjona*. La composición española es, á decir verdad, bastante inferior en claridad, en fuerza, en fantasía histórica, á la poesía del escritor inglés; pero hay en ella trozos de alto sentido, de inspiración severa, y el estilo, aunque amanerado, como estilo de escuela poética, tiene nobleza y energía, sin acercarse en nada á la frase insólita, al subido tono, también amanerado, de Fernando de Herrera.

Cuando *Arjona* no habla el lenguaje convencional

aprendido, sino el lenguaje de la naturaleza; cuando no se vale de rodeos emblemáticos para expresar afectos é ideas, sino del estilo llano, directo y noble que brota del corazón mismo, entonces su poesía es mucho más simpática, y por decirlo así, más *poética*. La canción *El Desengaño*, por ejemplo, tan sencilla, tan modesta en su forma y lenguaje, vale, á pesar del descuido con que está escrita, más que la mayor parte de las composiciones elevadas y *doctas* de Arjona. ¡Cuánta verdad y cuánta sensibilidad hay en esta estrofa!

Gozando vuestros halagos,
A mí mismo me decía:
Ya no soy de aquella impía;
Ya está libre mi razón.
Ésta, sí, es amante dulce.....
Pero Dorila no es ésta,
Era toda la respuesta
Que me daba el corazón.

En una carta que desde Roma escribió á un amigo suyo, dice *Arjona:* «Tú me dices y encargas que escriba canciones y sonetos en alabanza de reyes y de roques, y yo no soy capaz de formar un verso si algún particular motivo ó afecto no me estimula á hacerlo con un verdadero é íntimo sentimiento del corazón.» Cuando *Arjona* seguía, en efecto, esta sana y sincera tendencia, que era la natural de su numen, escribia, si no con viva fantasía, con ingenio y á veces con vigor y profundidad. La dicción en sus poesías es poco acendrada, y á menudo desali-

ñada la versificación. Pero algunas de sus obras se leen con gusto todavía, porque las anima la sinceridad de los sentimientos ó la fuerza de la intención moral (1).

De *D. Félix José Reinoso*, tan notable como escritor en prosa, no hay en verdad, como poeta, mucho que decir en el presente estudio. Su poesía no es ni abundante, ni fácil, ni natural, ni inspirada. Es demasiado docta, demasiado reflexiva, demasiado hábilmente concertada, acaso demasiado elegante. Todas estas nobles prendas son insuficientes en la poesía, si no andan hermanadas con la espontaneidad, la viveza, el fuego que brotan por natural impulso del estro verdaderamente poético. La poesía de *Reinoso* es la que se forma diestramente con el talento y el estudio. Por lo visible y lo extremado de sus prendas artificiales, puede de ella decirse, como se dice de algunas personas, que tiene los defectos de sus cualidades. El arte, en las obras de imaginación, no basta por sí solo á producir verdadero hechizo; y además, el arte no es perfecto y poderoso sino cuando sabe esconderse á sí mismo.

(1) La familia de *Arjona* tuvo la bondad de franquearnos las poesías autógrafas de este ilustre escritor, que en balde habían buscado, con el objeto de darlas á la estampa, sus admiradores de Córdoba y Sevilla. Hay entre estos papeles, largos trozos de la traducción que hizo *Arjona*, en asonante endecasílabo, de la *Andrómaca* de Racine.

Un solo acento espontáneo del corazón ó de la fantasía vale más que todos los primores de la corrección y de la ciencia. Desgraciadamente, estas centellas del alma no se encuentran en las obras poéticas de *Reinoso*. Por eso sus brillantes odas *Á las artes* y *Á la creación*, á pesar del entendimiento que resplandece en ellas, están hoy olvidadas. Una de sus obras más admiradas fué la *Oda á la muerte de Cean-Bermúdez.* No puede negarse que está esmeradamente concebida y escrita, y se lee con gusto por la firmeza del estilo y la nobleza de la entonación. Pero ¿dónde está la novedad de imágenes, la frase conmovida, la fuerza de sentimiento que el asunto requiere? El descontentadizo *Gallardo* se burló ásperamente de esta oda, en general con poco acierto y justicia. Pero tiene razón cuando dice: «La afectación de sensibilidad es la más fastidiosa de todas las afectaciones. Este no es el idioma del dolor; el dolor no se explica con tan filatera retrechería» (1).

---

(1) *El Criticón*, núm. 2, 1835.

También se burla *Gallardo* de la supuesta perfección métrica de *Reinoso*, citando las siguientes estrofas, que copiamos aquí como muestra del estilo poético de este escritor:

Vuelve á mis manos, olvidada lira;
Y si al fugaz contento
Ya no responde tu cansado acento,
Sostén mi flaca voz cuando suspira:
Ministra un tiempo del alegre canto,
Ora templa mi llanto;

Gallardo, que nada perdona, censura fundadamente, como insonoro, el siguiente verso de *Reinoso:*

Eterno vive do no agravia el hado;

pero, á pesar de este desliz métrico y de algunos otros muy contados, puede afirmarse que los versos de *Reinoso*, si escasos de encanto rítmico, como nacidos de inspiración forzada, son casi siempre llenos y numerosos. Prueba de ello son las octavas de *La Inocencia perdida*, que es la obra principal que dió á su autor fama de poeta. Con el entusiasmo propio de neófitos de la naciente escuela, dieron los literatos sevillanos á este poema desmedida importancia. El renombre de *Reinoso* la acrecentó después durante algún tiempo. Juzgando hoy con la imparcialidad severa que á la posteridad corresponde para avalorar las obras humanas, forzoso es reconocer

---

Llanto debido á la virtud severa,
Debido á la fe pura,
Y á los talentos que en la tumba obscura
Con *Bermudo* lanzó la parca fiera.
¡Ay! llanto inútil para dar la vida
A la sombra querida.....

Aludiendo á estos versos, dice Gallardo: «Tras este flauteado de rimas, que van en escalerilla, como cuando se teclean, para probarle, los registros de un órgano nuevo, de la primera á la segunda estrofa, *ira-ira*, *era-era*, *ura-ura*, *ento-ento*, *anto-anto*, nos anda el cantor en discantes sobre si el discreto muere ó no muere como el necio, y el bueno como el malo: que sí, que no.»

que *La Inocencia perdida*, sin embargo de algunas incontestables prendas que en ella resaltan, no pasa de una estimable medianía entre las producciones poéticas de cierta extensión y de elevado objeto.

Temeridad, disculpable sólo por la inexperiencia literaria, fué sin duda, en la Academia de Letras Humanas, dar por argumento de un certamen «la caída de nuestros primeros padres», habiéndose de reducir la obra á las dimensiones de un poemita. El asunto, harto ambicioso y grande para el exiguo espacio á que se le sujetaba; la falta de grandiosa sencillez, que era como dogma implícito de aquella atildada escuela, y hasta la competencia insensata que el argumento imponía de suyo con la obra inmortal de Milton, *El Paraíso perdido*, eran graves y escabrosos obstáculos, con los cuales habían de tropezar necesariamente los poetas competidores. *Reinoso y Lista*, rivales en tan arduo empeño, dieron señales patentes, de vigor y elegancia el uno, de fluidez y facilidad descriptiva, algo fría, el otro. Ninguno de los dos pudo ni supo elevarse á la grandeza bíblica, ni crear caracteres semejantes al *Satanás* y á la *Eva* de Milton, ni infundir á la fantasía el arranque fantástico adecuado al peregrino cuadro, ni hallar siquiera la entonación que el asunto requiere. La Academia no pedía tanto, y por consiguiente, con razón admiró y premió *La Inocencia perdida*, de *Reinoso*, poema más robusto y mejor concertado que el de *Lista*, y en el cual hay hermosas

octavas, si bien labradas todas, por decirlo así, con cincel rígido y cuidadosamente guiado (1). *Galiano* ha pintado el artificial estilo de *Reinoso* con esta imagen donosa y expresiva: «No es aquella poesía un raudal, que con ímpetu brota, copioso, fresco y cristalino, de las entrañas de la tierra; es el juego de aguas artificioso de una fuente, á que da salida el fontanero, y no sin conocerse que la llave del conducto está un tanto premiosa.»

Quintana censuró el argumento elegido por la Academia, pero no por razones de sana crítica, sino reproduciendo la errada doctrina de Boileau de que los asuntos de la religión cristiana no son propios para la poesía. Su juicio sobre *La Inocencia perdida* está inspirado por el más benévolo espíritu, colma el poema de alabanzas, y sin embargo, advierte con harta razón que la parte dramática es inferior á la descriptiva. Otra observación de gran sentido hace Quintana, comparando *La Inocencia perdida* con *El Paraíso perdido*, que no podemos menos de reproducir, así porque contribuye á tasar debidamente el valor absoluto del poema de *Reinoso*, como porque da idea de la perspicacia crítica del gran lírico moderno. Descubre éste una especie de contrasentido respecto del carácter de Eva, y lo explica de esta manera:

---

(1) Fué adjudicado el premio en junta pública, el 8 de Diciembre de 1799.

«La serpiente en Milton llama la atención de Eva, no por su terribilidad, sino por lo bello y vistoso de sus formas y de sus colores. La atención se convierte luego en maravilla al oirla articular palabras, ¡y qué palabras! Eva en ellas es la soberana del universo, la imagen más noble del Criador, digna de mandar á los ángeles..... ¿Cómo es que habla? se pregunta Eva; y el tentador le responde que el fruto delicioso de un árbol le ha dado la palabra y una inteligencia divina..... Á la vista del árbol prohibido resiste á la tentación; pero las sugestiones pérfidas del seductor, la vista hermosa del árbol, el aroma que despide el fruto; todo parece que naturalmente a conduce á vacilar y á caer..... En la obra del poeta español la serpiente es horrible, no vistosa; sus palabras, en vez de ser de insinuación y artificio, son de blasfemia y de indignación; y es claro que este lenguaje, en vez de persuadir á Eva, debía, al contrario, repugnarle y horrorizarle» (1).

Quintana señala varios versos como éste:

Airado sacudió el rayo primero,

que, por la violencia de las sinalefas, carecen completamente de cadencia armónica. Censura asimismo el uso de voces nuevas ú olvidadas, como *podrecida*, *frutecida*, *nudo* (por desnudo), *pavorida*, *en paga* (por en pago), y otras, porque no ofrecen en su empleo «aquella razón de necesidad ó de energía con que se disculpen ó se autoricen».

No perdona tampoco frases viciosas como ésta:

Salen ¡ay! *la mansión* de la alegría,
Donde ¡infelice yo! nacer debía.

---

(1) *Variedades de ciencias*, *literatura y artes*, t. III; 1804.

Todas estas extrañas audacias de dicción en un hombre que es dominador de su lengua y de su estilo, denotan únicamente la dificultad con que *Reinoso* componía sus versos. Varón de grande entendimiento, pero de escasa fantasía poética, falta por completo á sus poesías el espontáneo desembarazo que acompaña á la verdadera creación literaria. Carece *Reinoso* de originalidad vigorosa, y hasta aquel notable verso

El intentarlo sólo es heroísmo,

que ha sido tantas veces repetido como una sentencia proverbial, tiene su original en este otro verso de Gerardo Lobo:

Que ya es hazaña desde que es intento (1).

El campo de verdadera gloria literaria para *Reinoso* no fué la poesía. Fué el examen crítico de las artes, de las letras y de la política. Muy distantes estamos nosotros de aplaudir la doctrina que constituye el fondo lógico del *Examen sobre los delitos de infidelidad á la patria*, libro por muchos mirado como un escándalo patriótico, en la época de su publicación, y al cual llamaron después, unos, burlescamente, *el Alcorán de los afrancesados* (2); otros, con rigor fundado, *Defensa de la traición á la patria* (3).

---

(1) *Canto épico al sitio de Campo-Mayor.*
(2) Don Juan Nicasio Gallego.
(3) Don Antonio Alcalá Galiano.

El libro, como alegato político, no es, en verdad sino un elocuente sofisma, como que la esencia del pensamiento general estriba en confundir la conquista consumada con la conquista resistida; pero la obra, por el calor de las acusaciones, por la vehemencia de los raciocinios, por la artificial elegancia y rigidez misma del estilo, vivirá como señalado testimonio histórico de las pasiones y de los caracteres políticos de aquellos azarosos tiempos. En el *Curso filosófico de literatura;* en el *Discurso inaugural sobre la influencia de las bellas letras;* en varios artículos sobre bellas artes; en otros de filología y crítica, escritos con motivo de la traducción de la *Historia de la literatura española*, de Boutterveck; en el *Estudio sobre la belleza;* en el *Juicio crítico de la Gramática general, de Hermosilla*, y en otras obras, dió *Reinoso* luminosas muestras de varia y profunda instrucción y de elevado discernimiento crítico (1).

---

(1) Algunas de estas obras, y otras que aquí no se mencionan, permanecen inéditas. Las demás se han publicado, total ó parcialmente, ya por separado, como el *Discurso inaugural*, ya en varios periódicos, como *El Censor*, la *Revista de Madrid*, la *Gaceta de Madrid* y la *Gaceta de Bayona.*

Nuestro difunto amigo, D. Francisco Pérez de Anaya, ilustrado biógrafo de *Reinoso*, poseía ejemplares ó copias de casi todas las obras de este ilustre escritor.

Después de publicada por primera vez la presente Historia, ha sido hecha en Sevilla una esmerada edición de varias de las principales obras de Reinoso.

Son muy dignos de aplauso el tino y la sagacidad con que *Reinoso* explica el sentido de la poesía castellana de los buenos tiempos, para defenderla de errados juicios. Recordamos, por ejemplo, la ingeniosa y acertada defensa que hace, contra Martínez de la Rosa, de aquel final de un célebre soneto:

. . . . ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

y asimismo del último verso de otro soneto de Lupercio de Argensola, igualmente famoso, que dice de este modo:

Y déjale al amor sus glorias ciertas;

demostrando que no son fundados los reparos del insigne poeta granadino, porque no interpretó correctamente el sentido de las ideas y de las palabras de Argensola.

Procuremos medir ahora con exactitud, en breves palabras, el talento poético de *D. Alberto Lista*, el más ameno, el más variado, el más flexible, el más simpático de los poetas modernos sevillanos. Para los que, como nosotros, han conocido á este varón esclarecido, la imparcialidad, aun en los más rígidos, es difícil. *Lista* cautivaba para siempre la voluntad. Sus dulces prendas de carácter, su apacible trato, su conversación viva é ingeniosa, dejaban en el ánimo indelebles recuerdos. Su índole intelectual era, por decirlo así, enciclopédica. Tenía poderosas facultades, no sólo diferentes, sino de

aquellas que se contradicen y se combaten. Ser á la vez matemático y poeta, y serlo en línea muy alta, es privilegio singular concedido á muy pocos. Por esta misma flexibilidad, era dado á su numen abarcar géneros de diverso carácter. Tenía notables prendas de poeta, y como tal, traspasa bastante el límite de la medianía. Pero no llegó nunca á los espacios más altos del arte. Faltábale para ello la originalidad impetuosa, el arranque lírico, la magia peregrina que constituye el estro de los grandes poetas. Sabe expresar pensamientos é imágenes comunes con más gala, facilidad y limpieza que sus compañeros de Sevilla; imita con elegancia y gallardía, y á veces parece que quiere romper las trabas convencionales que embarazan su numen. Pero la educación y el gusto doctrinal reinante habían encadenado irremediablemente aquel ingenio, nacido para volar con las alas de su feliz instinto. Su facilidad misma se convirtió en el principal enemigo de su lozana musa, pues llegó de tal modo á connaturalizarse con el lenguaje artificial, que es á menudo difuso y palabrero, por seguir en demasía el espíritu de imitación, la elocución estudiada y el arsenal mitológico, resabios de su escuela. Sin duda por buscar ese malhadado *estilo poético*, tan mal comprendido cuando se le hace consistir en las imágenes de convención y en la compostura de la frase, empieza *Lista* una de sus odas en esta forma trivial y enfadosa:

Doctas pimpléas, que las verdes faldas
Moráis, alegres, del feliz Parnaso,
Donde Castalia su inspirante onda
Vierte suave.

¿No es lamentable que el ilustre poeta, ya anciano, esto es, cuando la crítica literaria europea, firme y acrisolada, había condenado la mitología griega como elemento falso y ridículo en la poesía cristiana, dirija á D. Ventura de la Vega, su discípulo predilecto, los siguientes versos?

Cuando tu lira, que templó Dïone,
Cánticos dulces de amistad resuena,
Y el nombre humilde de tu caro Anfriso
Robas al Orco.....
..... Oh joven, á quien dieran
Su blando beso Melpomene y Clío,
Canta, y las rosas que el Parnaso riega,
Ciñe á tu lira.
. . . .
No olvides antes visitar las aras
Y el templo austero de la gran Minerva,
Y en vez de mirto, roble misterioso
Ciñe á tus sienes.

En este mismo tono está escrita la oda entera. ¿Y á qué ese enredado artificio de frases triviales y de manoseadas alegorías? ¿Á qué esa extravagante imagen de las musas besando al poeta? Todo para decir á Vega cosas cariñosas y sencillas. ¿Qué poesía es esa que, perdida en pobres y afectados rodeos, no sabe hablar el idioma limpio y directo de los afectos verdaderos, y para cuya completa inte-

ligencia es forzoso tener á mano un Diccionario de la Fábula? Esos versos, que se alimentan exclusivamente con la afectación y el emblema, ni el docto los aprecia, ni el pueblo los entiende.

Cuando, por la índole histórica, familiar ó sagrada del asunto, sacude *Lista* la molesta carga de ficciones insulsas, y prescinde del *estilo poético* amanerado, campea entonces, ingeniosa, tierna, elegante, y algunas veces inspirada, la poesía del poeta sevillano. En algunos bellísimos sonetos, en varios romances del pescador Anfriso, en ciertas composiciones ligeras, *Lista* es *Lista*, y no el sectario de su escuela. En las odas profanas le faltan por lo común vida, entusiasmo, verdad y movimiento. En las poesías sagradas resalta la fervorosa fe del creyente sincero; pero se ve patente el laborioso estudio de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia; nunca el amor divino de San Juan de la Cruz, la fantasía mística, la naturalidad sublime de Santa Teresa y de Fr. Luis de León. Un escritor ha dicho que *Lista* fué sublime *una vez*, en su oda *Á Cristo* (1). La oda es magnífica en efecto; pero la sublimidad no pertenece sino en parte á *Lista*, el cual usa en esta composición un lenguaje noble, ferviente y concentrado. Las principales imágenes é ideas de las poesías religiosas de *Lista* están sacadas, oportuna y hábilmente, de San Anselmo, de

(1) Monsieur Antoine de Latour.

San Buenaventura y de otros escritores sagrados. La Academia misma de Letras Humanas señaló á *Lista*, en 1800, el *Apocalipsis* como manantial de inspiración para la composición de su oda *Á la Concepción de Nuestra Señora*. El poeta salió con gran lucimiento del difícil empeño. El recóndito espíritu del *Apocalipsis* no se imita y apenas se comprende; pero la sublime lectura dió al estro de *Lista* un insólito vuelo, y sus imágenes, sus descripciones y su estilo tienen gran fuerza y natural desembarazo. La poesía de la escuela salmantina ejerció visible influencia en el desarrollo de la escuela sevillana, y *Lista* imita alguna vez las poesías filosóficas de Meléndez, especialmente en su oda *Á la Providencia* (1).

En los asuntos profanos, que requieren vigor y entusiasmo, la musa de *Lista* decae, y de donosa, viva y elegante, se torna ampulosa y violenta, y por lo tanto, afectada y poco simpática. Por eso su oda *Á la victoria de Bailén* es glacial cuando quiere parecer vehemente y encendida. Una esfera de apacible luz, donde el poeta puede sentir sin arrebato y pintar sin ostentación, es la que conviene á *Lista*. En ella encuentra acentos llenos de gala y á veces de ternura, en que la expresión, á más de

---

(1) Véase la oda de Meléndez que empieza:

En medio de su gloria así decía
El pecador: «En vano.....

noble, es rica y espontánea. ¿Quién no olvida los artificios académicos que tanto ataban el numen de *Lista*, al leer versos tan elegantes y sencillos como éstos de la oda *Á la Beneficencia?*

Dulce ilusión, aunque gozosa, vana,
Que lo mejor robaste de mi vida,
Huye veloz, como la luna herida
Del triunfante esplendor de la mañana.

Una de las composiciones más celebradas y con más lozanía escritas y versificadas, es *La Vida humana*. Aunque está considerada como poesía filosófica, es obra de puro ingenio, y más de poeta que de filósofo. La filosofía es harto superficial, y se reduce á una simple metáfora, á la vulgarizada comparación de las vicisitudes comunes del hombre con las transformaciones progresivas de una fuente. Hay en esta composición octavas tan bellas como la siguiente, en que pinta al arroyo convertido ya en río impetuoso:

Ingrato al bosque amigo, que acopado
Le adornó con sus sombras placenteras;
Pérfido al muro, que besó humillado
Cuando apenas llenaba sus riberas.
Bate, si crece, el torreón alzado;
Los troncos vuelca, inunda las praderas:
No hay ley, no hay freno que su furia atajen,
Y es, mortal, de tus vicios triste imagen.

Aquí el tono poético, la frase despejada, propia y cadenciosa, son prendas de valor muy subido; pero al cabo es poesía alegórica, y las alegorías y los

emblemas, adorno y lustre del estilo si están oportuna y sobriamente empleadas, no constituyen por sí mismas toda la poesía, que, cuando es en alto grado espontánea é inspirada, sale directa, sencilla y desembarazadamente del alma.

Esto acontece á la musa de *Lista* en la oda al sueño, titulada *El himno del desgraciado*. Tuvimos el gusto de oir la historia de esta preciosa composición de los labios mismos del ilustre anciano. Vuelto *Lista* de la emigración en 1817, vivió algún tiempo en Pamplona, en casa de los Marqueses de Besolla, sus amigos y protectores. Atribulado su espíritu con la situación falsa y desvalida en que se encontraba, á consecuencia de las vicisitudes á que le habían arrastrado tristes é imperiosas circunstancias, se hallaba en uno de aquellos momentos en que devoran la vida, el desaliento, la incertidumbre y la angustia del corazón. Melancólicas cavilaciones le robaban el sueño. No lograba dormirse hasta después de rayar el alba, y por consiguiente no era madrugador. No asistía con puntualidad á la hora del almuerzo, y la Marquesa solía interpelarle por ello, acusándole de dormilón en tono cariñoso y festivo. *Lista* le contestaba que el sueño es el único alivio de los desdichados que ven nebuloso y cerrado el horizonte de su porvenir; y una mañana, después del almuerzo, escribió rápidamente *El Himno del desgraciado*. Esta poesía es una joya literaria. En balde empieza invocando á Morfeo y recordando el *estilo poético* de la

escuela sevillana. Era un momento de verdadera inspiración, y *Lista* continúa escribiendo, sin saberlo, con el estilo poético de la naturaleza. Las palabras y las frases no pueden ser más naturales ni más llanas; la poesía del estilo está en el sentimiento sincero, en el íntimo impulso del alma, que mueve al poeta. He aquí una muestra de aquellas bellas y concisas estrofas:

¿De qué me sirve el súbito alborozo
Que á la aurora resuena,
Si al despertar el mundo para el gozo,
Sólo despierto yo para la pena?
El ámbar de la vega, el blando ruido
Con que el raudal se lanza,
¿Qué son ¡ay! para el triste, que ha perdido,
Último bien del hombre, la esperanza?
Corta el hilo á mi acerba desventura,
Oh tú, sueño piadoso,
Que aquellas horas que tu imperio dura,
Se iguala el infeliz con el dichoso.
Ignorada de sí yazga mi mente
Y muerto mi sentido,
Empapa el ramo para herir mi frente
En las tranquilas aguas del olvido.....
Ven, termina la mísera querella
De un pecho acongojado;
¡Imagen de la muerte! después de ella
Eres el bien mayor del desgraciado.

Del carácter de *Lista* diremos solamente, por la relación que la índole del hombre tiene siempre con las cualidades del escritor, que carecía de enérgico temple, y que, defendiendo causas políticas opuestas, dió motivo á que se le tachase en épocas

distintas de inconsistente é inseguro en sus principios (1). Sólo podemos decir en favor de *Lista* que esto no era en él, ni la infidelidad del apóstata, ni la indiferencia del cínico; era meramente la debilidad del menesteroso. *Lista*, con índole más entera y con más ardoroso espíritu, habría sido un crítico menos apegado á las doctrinas rutinarias, y un poeta más arrojado y vigoroso. Sea como quiera, su bondad inalterable, su asidua y cariñosa voluntad para la enseñanza, y otras excelentes prendas privadas, hicieron olvidar sus yerros políticos, y su nombre ha quedado rodeado de una aureola luminosa de afecto y de gloria.

Al lado de la pléyade giraban, en órbita más estrecha, poetas de inferior talento y resplandor (2). Sólo mencionaremos dos de ellos, *Matute* y *Mármol*. Ambos tienen títulos especiales, que los hacen merecedores de un recuerdo, por la fe y la constancia

---

(1) «*Lista*, después de haber celebrado la victoria de Bailén, de haber escrito la bella proclama, más poética que la oda al mismo suceso, con que anunció el triunfo á España y al mundo la Junta de Sevilla, y de haber cooperado á *El Semanario patriótico* y á *El Espectador sevillano*, pasó á ser gacetero del gobierno intruso, y á vilipendiar la causa que había antes abrazado y defendido; de lo cual le vino estar desterrado algunos años, hasta que, vuelto á España, trabajó, más que como poeta, como escritor político, poniéndose al servicio de gobiernos de varias y encontradas opiniones, sustentando un día lo que el anterior había impugnado.» (*Antonio Alcalá Galiano.*)

(2) *Minora sidera*, los llamaba Galiano.

con que ayudaron á la prosperidad y al buen nombre de la escuela sevillana.

Don Justino Matute y Gaviria, sevillano insigne, se distinguió por su fervorosa afición á las letras, por su erudición y por el vivo amor que profesaba á su ciudad natal. No sólo se consagraba animoso al estudio de las letras amenas, sino que se afanaba por infundir su entusiasmo en el ánimo de los demás. Con la publicación del *Correo literario de Sevilla* logró, para gloria suya, tan noble propósito. Allí escribieron los principales restauradores del gusto literario en Andalucía, Castro, Roldán, Blanco, Núñez, Reinoso y otros varones de saber y fama. Su *Bosquejo de Itálica*, su *Historia de Triana*, sus estudios sobre los *Anales de Sevilla*, como continuador de Ortiz de Zúñiga, y sus *Hijos de Sevilla señalados en santidad, letras, armas, artes y dignidad*, son honrosos testimonios de su laboriosidad, de su buen gusto y de su patriotismo (1). Prosador claro y cas-

---

(1) Faustino Matute y Gaviria.—Obras históricas:

Hijos de Sevilla, etc., publicadas en el ARCHIVO HISPALENSE.

Anales de Sevilla. (Continuación de Ortiz de Zúñiga.) Publicados por el Duque de T'Serclaes.

Adiciones á los HIJOS ILUSTRES DE SEVILLA *de Arana de Varflora.* Publicado por el Duque de T'Serclaes.

Cartas á Pons sobre Sevilla, publicadas en el ARCHIVO HISPALENSE.

Noticias relativas á la historia de Sevilla. Publicadas por el Duque de T'Serclaes.

tizo, es digno de no poco aprecio *D. Justino Matute*. Como poeta no merece más alabanza que aquella, de suyo limitada, que no debe negarse á quien abriga en sus versos sana y elevada intención moral. Pero esta intención no basta para merecer la inmarcesible corona del poeta. *Matute* carecía de inspiración, de naturalidad, de vigor poético, de gracia, de soltura, y muy especialmente de cadencia y de encanto rítmico. Por ningún lado era poeta.

El doctor *D. Manuel María del Mármol*, con quien nos unieron amistosas conexiones en nuestra primera juventud, para la poesía lírica elevada no tenía estro alguno. En el romance narrativo no le faltan ni gala ni desembarazo. Su principal título al aprecio de sus contemporáneos y al respeto de la posteridad es la perseverante ternura con que consagró todas las facultades de su alma á la enseñanza de sus discípulos. Durante medio siglo se le vió afanarse por ellos sin tregua ni descanso, no como maestro solícito, sino como padre cariñoso.

Con menos trascendencia y fama que en Salamanca y en Sevilla, habíanse formado en Granada y en Valencia centros literarios, compuestos de hombres de instrucción y de ingenio. La poesía era grandemente cultivada; y si no produjo obras inmortales, privilegio divino de raros tiempos y de muy pocos hombres, contribuyó á dar vida y fomento á la acción civilizadora que ejercen las letras en la sociedad humana.

Granada daba por aquel tiempo plausibles señales de movimiento literario. El canónigo *D. José Antero Núñez*, que se ocultaba con el seudónimo de *Amato Benedicto; D. José Vicente Alonso, D. Mariano Pérez Bueno, el P. Domingo Quirós*, trinitario descalzo; *D. Pedro Juez Sarmiento*, y otros ingenios, por la mayor parte festivos y de no muy acendrado gusto, fomentaron con sus poesías el amor á las letras amenas. Contribuyeron de este modo á la cultura general del país, formando una especie de *escuela*, según llamaban entonces á estos centros de actividad literaria, de la cual salieron más adelante Martínez de la Rosa, D. José Fernández Guerra, D. Mariano José Sicilia, D. Nicolás Peñalver López, D. Juan Bautista Salazar, y otros, que se distinguieron notablemente, ya por su erudición, ya por su buen gusto, ya por la viveza de su ingenio.

Alonso, autor del famoso sainete *Pancho y Mendrugo*, fué uno de los poetas granadinos, formados á fines del último siglo, que se granjearon mayor nombre y popularidad. Su poesía, pastoril, amorosa ó sentimental, es por lo común verbosa y desaliñada. No faltan en ella, sin embargo, versos felices y algunos movimientos de sincera sensibilidad. Pero se trasluce que el poeta no está en el campo natural de su inspiración. Donde resplandece su ingenio es en la poesía festiva. Su desenfado es tal, en pensamiento y frase, que varias de sus obras, escritas sin duda para íntimo solaz y pasatiempo, no pueden ser

dadas á la estampa. Una de estas composiciones es *La horrible Venganza*. El asunto es una mutilación sangrienta, ejecutada por una mujer celosa, que causa la muerte de su amante; acto horrible, que algunos creen histórico. Hay en este poema rasgos notables de verdad descriptiva, viveza en la expresión, entre desalmada y picaresca, y cierto calor de afectos. He aquí algunas octavas, como muestra de facilidad narrativa:

Hácia el confín de la Sirgana sierra,
Entre breñas y montes escondido,
De veinte casas de grosera tierra,
Hay un lugar de pocos conocido.
Del alma á las pasiones hace guerra,
De su misma pobreza defendido;
Pues no hay en Lúcar donde el diente encarne
Ni el mundo, ni el demonio, ni la carne.

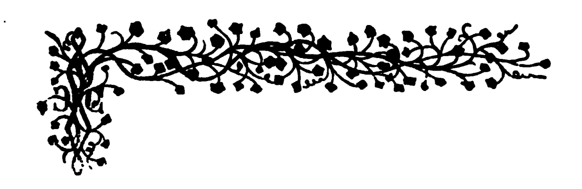
Pero donde el demonio no se atreve,
Se mete astuto el hijo de Vulcano;
El corazón de la ballena mueve,
Como el del miserable y vil gusano.
Hace que el sabio su influencia pruebe,
Y sienta el necio el peso de su mano.
Vuela en fin, por decreto de Ericina (1),
Desde el augusto trono á la cocina.

En Valencia, *Colomès*, *Lasala*, *Martínez-Colomer* y otros, publicaron apreciables poesías. No rebosa en ellas, por desgracia, el estro arrebatado de los poetas de primer orden; pero reina por lo común en las obras de aquellos escritores, alto sentido mo-

(1) Venus.

ral, adecuado al espíritu genuino y tradicional de la nación española. *Martínez-Colomer*, que intentó imitar la novela *Persiles y Segismunda*, de Cervantes, en la suya *Trabajos de Narciso y Filomela*, merece en esta parte especial mención. En sus *Novelas ejemplares*, en *El Impío por vanidad*, en el *Valdemaro*, y en otras obras, cifró todo su afán, como el jesuíta *Montengón*, en robustecer y propagar sanos principios, dignos de la civilización y del patriotismo bien entendido. Apartado del mundo por sus continuas dolencias y por su carácter retraído, prevalecieron, como era natural, en su ánimo, sobre todos los demás, los sentimientos de la religión y de la patria. Su inspiración es, en general, tibia y amanerada; pero á veces, en su sencillo estilo, expresa ideas que llevan el sello de un alma austera y creyente; por ejemplo, en una composición, *La España vencedora*, escrita contra Napoleón en 1809, hay estos inspirados versos:

¿Dó está tu fe? me dijo en voz terrible;
¿Has olvidado ya, ó acaso ignoras
Que cuando un pueblo fiel en Dios espera,
Y en fe constante su piedad implora,
En hondo horror temblando el enemigo,
Su audaz y altiva frente al suelo postra?
Exceso de un temor que á Dios ofende,
Es el temor impío que te agobia.
Do falta la esperanza, el amor falta,
Y falta así la fe; son tres antorchas
Que sus luces se prestan mutuamente,
Y no puede brillar ninguna á solas.



CAPÍTULO XVII.

ÚLTIMO PERÍODO DEL SIGLO XVIII.—EFECTOS DE LA TRANSFORMACIÓN POLÍTICA Y MORAL EN LA LITERATURA.—EL P. FERNÁNDEZ.—LA POLÍTICA ABSORBE LA ATENCIÓN PÚBLICA Y DAÑA Á LA CULTURA LITERARIA.—ARROYAL.—EXTRAVÍOS DE LA PASIÓN POLÍTICA EN ALGUNOS POETAS. — MARCHENA. — BLANCO. — OTROS, AUNQUE ARRASTRADOS POR EL IMPULSO DE LAS IDEAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, CONSERVAN INTACTO EL AMOR DE LA PATRIA.—VILLANUEVA.—VARGAS PONCE.—JÉRICA.—BEÑA.—MOR DE FUENTES.

«DESDE los últimos años de Carlos III, la actividad literaria se ha ido amortiguando cada vez más, y en el caso de explicar las causas, tendríamos que buscar una buena parte de ellas en casa de nuestros vecinos (los franceses).» Esto escribía *Quintana* en 1804 (1). Su grande instinto le decía que las nuevas doctrinas propaladas por la revolución francesa habían empezado á quebrantar las ideas y los sentimientos tradicionales del

(1) *Variedades de ciencias, literatura y artes*, t. III.

pueblo español, y que esta turbación moral había influído gravemente en la literatura nacional. El mismo *Quintana* confiesa en otra parte que el fondo de los impulsos exaltados de *Cienfuegos* «está tomado de la filosofía francesa». Forzoso era que esta influencia exótica de ideas de renovación y de libertad, inciertas y confusas, pero activas y agitadoras, produjera en el ánimo de algunos, tales como *Cienfuegos*, pensamientos generosos, mezclados con errores é ilusiones; en el ánimo de otros, tendencias de indisciplina, que amenguaban la fe y el patriotismo. Ya, en la era de Carlos III, cuando empezaban á sentirse los primeros efectos de la transformación política, las almas timoratas se alarmaban al ver desvanecerse sucesivamente el espíritu antiguo, y llamaban impíos á aquellos que, así por el estudio de libros extranjeros, como por genial desenfado, se iban empapando en el espíritu desmandado que cundía por la Europa entera. *Caseda*, por ejemplo, de quien ya hemos hablado, hombre de sano espíritu, pero un tanto maldiciente, y del todo intolerante con las flaquezas, como con las innovaciones humanas, escribe de este modo á *Forner*, dándole cuenta, cual solía hacerlo, del estado de las letras en Salamanca:

«Quiero dar razón á Vmd. del estado en que hoy se halla la academia *Cadálsica*. Ya dije á Vmd. el rompimiento de *Batilo* (Meléndez), de quien nada puedo decir con seguridad; sólo que, si no ha mudado de conducta, hará infelices á cuantos trate.

Arcadio (Iglesias) está muy bien hallado con su alma

corva. Dice que á nadie ha de dar cuartel mientras no mude de naturaleza.

Arroyal es digno de compasión; pero no lo son sus asociados, pues en él no caben las máximas de impiedad que en los dos primeros.»

Este mismo tono acerbo y apasionado, que se empleaba para caracterizar á los que daban el más leve indicio de apartarse del rancio espíritu castellano, contribuye á hacer comprender la profunda conmoción intelectual que hubo de producir en España la invasión casi repentina de los principios de la filosofía escéptica francesa. Era acaso aciaga é imprescindible ley histórica que entonces penetrase entre nosotros aquel espíritu de duda y de indisciplina, que desnaturalizaba el castizo ser moral de los españoles, no incompatible con la parte sana que podía haber en el fondo de las doctrinas innovadoras, que el tiempo habría introducido sin violencia y con mayor eficacia y verdad en nuestras ideas y en nuestras costumbres. Pero cupo á la escuela salmantina el triste honor de ser la primera que introdujese aquel alterador espíritu de extranjera ralea. Ella inoculó en nuestro idioma el tinte afrancesado que todavía conserva, y conservará hasta que vuelva para España uno de aquellos gloriosos períodos en que las naciones viven, piensan y hablan con costumbres genuinas, con propias ideas, con nacional idioma; de ella salieron los hombres que más se señalaron entre nosotros como sectarios de los enciclopedistas y de los jansenistas.

Fray Diego González fué el último de los escritores salmantinos que conservaron acendrada é incólume, así en el pensar como en el decir, la savia que había dado tan gloriosa vitalidad intelectual y guerrera á los españoles de otros tiempos. Cualquier desvío de la castiza senda repugnaba á su noble naturaleza (1). Del propio modo le disgustaba cualquiera injusticia cometida con hombres de perniciosas doctrinas, aunque ellos fuesen tan señalados como el mismo Voltaire (2).

---

(1) Todo escrito de gusto depravado y de doctrina heterodoxa causaba amarga impresión en el ánimo de *fray Diego.* He aquí, por ejemplo, lo que escribía al P. Miras en Abril de 1777:

«Incluyo un ejemplar de la *Pensatriz salmantina* para que veáis cómo *piensan* aquí los tontos que afrentan este suelo de Minerva. Lo más gracioso es que hay certeza, según los más, de que la *Pensatriz* es producción del mismo aprobante censor..... Es predicador de su colegio, y muy místico. ¡Quién lo creyera!»

(2) Así escribía *Fr. Diego* á Jovellanos:

«He leído con sumo gusto el juicio de Vmd. sobre las luces y las tinieblas del autor de la *Henriada*, harto más justo que el que he leído en el *Diccionario de los tres siglos*, cuyo autor, con mucha pena suya, reconoce un cortísimo mérito en aquel gran genio, y destroza lastimosamente su *Henriada;* lo que no pudo, en mi juicio, hacerse sin grandísima injusticia. Es propio carácter de los hijos de la luz el hacer siempre honor á la verdad, aplaudir el mérito donde quiera que se halle, y venerar los dones de Dios, aun cuando los divisen en los hijos de las tinieblas. Salamanca, 7 de Abril de 1778.» (Cartas autógrafas de *fray Diego* á Jovellanos. Colección del Marqués de Pidal.)

La generación que le siguió se presentó ya en la palestra literaria contagiada del nuevo espíritu que habían traído á España los libros de los filósofos franceses. Al lado mismo de *Fr. Diego*, y en su propio convento, germinaba el impulso escéptico. Testimonio de ello es *Fr. Juan Fernández*. Á pesar de la diferencia de edad que entre ellos mediaba, unió á *Fr. Diego* una amistad verdaderamente fraternal con el *P. Fernández*, en cuyos brazos expiró. De los muchos versos que compuso se ha perdido la mayor parte. Suya es la égloga á la muerte del maestro González, publicada al fin de las poesías de éste. Adoptó el nombre poético de *Liseno*. *Jovellanos* le demostró siempre afecto y aprecio. *Fray Diego*, que le amaba de veras, compuso una oda en honor suyo. Fué profesor de filosofía en Toledo. Escribió el célebre libro satírico titulado *La Crotalogía, ó ciencia de las castañuelas*, contra la moderna pedantería científica. Se conservan varias poesías manuscritas del *P. Fernández* (1). Todas ellas son frías é infelices. Sólo merece conservarse, á pesar de su escasísimo valor literario, el siguiente epigrama. Por mucha amplitud que quiera atribuirse á los fueros de la poesía satírica y festiva, no deja de ser indicio de la audacia moral que había penetrado en la España de Carlos III, el desenfado con que el respetable

(1) Papeles de Jovellanos. Colección del Marqués de Pidal.

P. Fernández habla de cosas que debían inspirarle veneración profunda:

Trabajos tiene el mundo
Muy extraños y atroces:
El rey desasosiegos,
El príncipe embaidores,
El privado lisonjas,
El ministro traiciones,
El papa su conciencia,
El cardenal amores,
El obispo sus pajes,
El cura sus pasiones,
El mercader naufragios,
El soldado los choques,
El labrador mal tiempo,
El ciudadano el porte,
El pobre su pobreza,
El rico sus doblones;
Y aun tengo yo más penas
Que todos estos hombres.....
¿Me preguntas qué tengo?
Soy cuerdo, fraile y joven.

Desde que *El Censor* (1785), primer periódico verdaderamente político del reinado de Carlos III, manifestó, según el lenguaje de Sempere, «miras arduas y arriesgadas», hablando de los vicios de la legislación española, de los abusos introducidos con pretexto de la religión, y de los errores políticos (1), no fué ya fácil poner coto al arrojo en el pensar; cosa de que hacían gala algunos escritores de la falange in-

(1) El discurso 79 dió motivo á la suspensión de esta obra periódica.

novadora. La crítica se empleaba apasionadamente contra libros autorizados. Un fraile extremeño, *fray Pedro Centeno*, autor de la revista crítica *El Apologista universal*, sostiene con vehemencia, en una carta dirigida al regente de una escuela de niñas (7 de Agosto de 1789), que los catecismos de *Ripalda* y *Astete* están llenos de patrañas y herejías (1).

Por los años de 1795 y 1796 el sacudimiento moral de la revolución francesa tenía conmovida á España de tal suerte, que, contra la costumbre de épocas anteriores, todas las clases del pueblo español vivían con cierta curiosa ansiedad, que paralizaba, cual suele acontecer en épocas semejantes, el natural movimiento de la vida industrial é intelectual. En las cartas del *P. Estala* á *Forner* hallamos de ello un testimonio tanto más claro y expresivo, cuanto más íntimo es el lenguaje que emplea el ilustrado sacerdote. Copiamos aquí el siguiente párrafo por el interés histórico que encierra:

«Cuando vengas (*Forner* se hallaba en Sevilla), no conocerás este mundillo. Pasó el siglo de la literatura. Yo he hecho un ensayo de esta verdad en el *Diario*, poniendo una carta á favor del teatro, y después impugnándome á mí mismo. La misma sensación ha hecho el pro que el contra. Todos se han metido de hoz y de coz á políticos. Todo es hablar de noticias, de reformas, de arbitrios, etc. Vente, pues, con literaturas á esa gentecilla, y ya no entenderán tu lenguaje. Hasta los mozos de esquina compran

(1) Se conserva autógrafa entre los papeles de *Forner*

la *Gaceta*. En las tabernas y en los altos estrados, junto á *Mariblanca* (1) y en el café, no se oye más que batallas, revolución, convención, representación nacional, libertad, igualdad. Hasta las..... (mujeres perdidas) te preguntan por Robespierre y Barrère, y es preciso llevar una buena dosis de patrañas gacetales para complacer á la moza que se corteja. ¿Crees recargado este retrato? Pues ven acá, y verás lo que es bueno» (2).

Esta imagen de una sociedad inquieta y afanosa por las novedades políticas, que parece como un reflejo anticipado de la sociedad española del tiempo presente, hasta el desenfado con que se explica el respetable *P. Estala*, de las Escuelas Pías, escribiendo al no menos austero fiscal de la Audiencia de Sevilla, son las demostraciones más patentes del profundo cambio que habían experimentado en pocos años las ideas y las costumbres de la nación, poco antes tan circunspecta y sosegada. El afán político llegó á dominar la sociedad entera, y cuando esto sucede, ¡adiós el entusiasmo de las artes, adiós los puros y nobles deleites de las letras!

Consagremos ahora un somero examen al mérito de algunos poetas, en cuyas obras ejerció más ó menos directo y eficaz influjo el desmedido y no bien encaminado espíritu político de aquel período de violenta transición.

Al grupo de literatos de que formaban parte prin-

---

(1) La antigua fuente de la Puerta del Sol.
(2) Carta autógrafa de *Estala* (1795). Papeles de *Forner*.

cipal los dos escolapios, el P. Estala y el P. Navarrete, D. Leandro de Moratín, D. Juan Antonio Melón y otros jóvenes estudiosos, pertenecía igualmente el poeta *D. León de Arroyal*, imitador de Cadalso, de Villegas y de otros. Era uno de aquellos mozos aventajados al acabar sus estudios de escuela, que, sin vocación intensa y verdadera, y sólo por casualidad, por engreimiento ó por moda, entran desatentadamente en la carrera de las letras. Como carecía de alma poética, y ésta no podía señalarle con íntimo y eficaz impulso la senda de la inspiración, *Arroyal* cultivaba á un tiempo géneros de contraria índole, la oda y el epigrama, que requieren facultades geniales privativas, casi nunca hermanadas en el entendimiento de aquellos que nacen poetas.

El gusto y el estilo de *Arroyal* son pobres y vulgares, y mal definidas en todo sus tendencias y doctrinas. Comprende tan mal la esencia de los géneros literarios, cuya clasificación respeta y sigue, que da algunas veces á la poesía anacreóntica, juguetona y risueña entre todas, cierto color histórico ó filosófico. Lo mismo escribe odas anacreónticas *Á Carlos V* ó *Á la Muerte*, que *Á la Nochebuena* ó *Á las bodas de Lisida*. Aunque laborioso é instruído, es tal la inseguridad de su gusto literario, que no repara en la impropiedad que comete mezclando, en sus odas, costumbres y nombres de la antigüedad con los de la época contemporánea. Así, por ejemplo, no teme decir:

Aristómenes (1) baile
Con la muchacha *Petra*,
Y cómanse castañas
Y apúrense botellas.

Unas veces rígido en las ideas morales, otras, laxo y despreocupado, demuestra que se halla en uno de los períodos de inquietud y de renovación, en que se quebrantan los principios antiguos, lejos todavía del triunfo y afianzamiento de las doctrinas invasoras. El traductor fervoroso del *Oficio parvo* y del *Oficio de los difuntos* moteja continuamente al clero, se burla del matrimonio, y se ensaña con los nobles, que era moda atacar por aquellos días. La amortización eclesiástica, los mayorazgos, el gran número de iglesias, hasta las academias le enfadan. En la severidad del censor asoma el escéptico volteriano, y como el estro epigramático de *Arroyal* es escaso, no sabe disimular con el donaire la amargura de la lección, y cae en los errores vulgares ó en las declamaciones insensatas de los tribunos de café. Así dice, por ejemplo, en un epigrama contra el lujo:

Cuando miro tus galas ostentosas,
Juan; cuando veo tus soberbios coches,
Con razón me horrorizo, pues conozco
Que todo ello es sangre de los pobres.

La idea de la corrupción de la nobleza había tomado en el ánimo de *Arroyal* el carácter de una ri-

---

(1) Llevó este nombre el famoso general griego que suscitó la segunda guerra de Mesenia.

dícula manía. No se contenta con tildar á los nobles de ignorantes; los llama *perversos* y *malvados;* y, sin embargo, tiene que confesar la gloriosa parte que toman en la defensa de la patria, y cuando la ocasión le parece buena, no se descuida en blasonar de hidalgo origen.

La mayor parte de sus epigramas están escritos en chocarrero y descarado lenguaje; y cuando se refieren á instituciones ó costumbres que no aprueba, ó que no cuadran con las flamantes preocupaciones liberales, con cínica y brutal dureza, bien distante por cierto de la delicada ironía, que es el arma lícita y poderosa de los verdaderos epigramatistas (1). Debió, no obstante, á sus epigramas la limitada y pasajera gloria que alcanzó durante su vida. Wolf elogia la sencillez de *Arroyal.* Nosotros no podemos hacer otro tanto. La sencillez de *Arroyal* no es la naturalidad noble, embelesadora é inefable de almas poé-

(1) Ejemplos:

CONTRA EL MATRIMONIO.

De comer setas han muerto
En una casa hasta el gato;
¿Dónde las venden, Juanito?
Haré á mi esposa un regalo.

CONTRA LA NOBLEZA.

Á un marqués.

Si es la gran semejanza de costumbres
La que forma y estrecha los amigos,
¿Qué me admira, Marqués, que los malvados
Tan bien se encuentren y se estén contigo?

ticas como la de Garcilaso y Fr. Luis de León. Es la llaneza trivial y prosaica de los que carecen de estro y de entonación (1).

Hay dos hombres que llevaron hasta el frenesí, hasta la apostasía, hasta el olvido de los sentimientos de la patria, el trastorno que produjo en su alma la seducción de las doctrinas revolucionarias francesas: *Marchena* y *Blanco*. Ambos, si bien caminando por distinto rumbo, dan completa idea de la violencia de aquel sacudimiento moral, y del terrible estrago que produjo en ánimos impetuosos.

Marchena, nacido y criado en una modesta ciudad de labradores (2), hijo de padres piadosos, que lo destinaban á la carrera del sacerdocio, y educado con los más sanos dogmas de la moral y de la religión, en vez de sentir aversión á las osadas máximas de la revolución francesa, tan opuestas al espíritu que reinaba en torno suyo, las acoge entusiasmado, llama, á los veintiún años, la atención de las gentes

---

(1) *Las odas* de Arroyal se publicaron en 1784.

Imprimió en Madrid, 1797, *Los Dísticos de Catón*, con escolios de Erasmo, traducidos y ampliados por Leon de Arroyal.

Tambien tradujo escritos bíblicos, entre ellos el *Libro de Job;* lo cual dió motivo al siguiente epigrama de Forner:

«Después de tantas miserias,
Lepra, injurias, fuego, muerte,
Aun te faltaba, oh buen Job,
Que Arroyal te tradujese.»

(2) Utrera.

con el arrebato de sus ideas impías, y se expatria gozoso á Francia *en busca de la libertad.* Allí le reservaba la Providencia los amargos desengaños y las duras lecciones de que le habían hecho merecedor su imprudencia y su desvarío. Fenómeno parece que en un rincón de la España creyente y morigerada pudiera desencadenarse repentinamente aquel espíritu desmandado, aquella pasión frenética de impiedad y de temerarias innovaciones. El ardor idiosincrático de *Marchena* no basta á explicar este fenómeno aparente. Causas generales, y no individuales, son las que producen estas misteriosas influencias históricas, que, cuando llega el día de la explosión, aterran y sorprenden.

El espíritu de renovación y de protesta política y social, cuya primera manifestación, imponente y clara, si bien todavía cauta y contenida, fué el *Diccionario histórico y crítico de Bayle,* había cundido también en España, aunque con menor ímpetu que en Francia, muy á los principios del siglo XVIII. Allí servían de velo á la amenazadora tormenta el brillo alucinador del fausto y de los placeres cortesanos, y el barniz literario con que se cubría el alambique escéptico por donde pasaban, perdiendo lustre y fuerza, las basas morales de lo presente y los gloriosos prestigios de lo pasado; aquí, en España, servían de velo, y asimismo de saludable rémora, la vigilancia eclesiástica, el sentimiento monárquico y la consistencia de las costumbres. El P. Feijóo, cir-

cunspecto y creyente, pero devorado al mismo tiempo por su afanoso anhelo de disipar hasta la última sombra de las preocupaciones populares, era la representación perfecta del espíritu de examen crítico-especulativo que precede á los grandes trastornos del mundo moral. Macanáz, Chumacero, Aranda, Campomanes, Marina, Cabarrús, y muchos otros, levantaron este mismo espíritu á la esfera de la acción política. De la negación hipotética que llevan consigo la duda y el examen, se había pasado en Francia á la negación absoluta, sin escrúpulo y sin rebozo. Los enciclopedistas, con la balumba de su arrogante presunción científica; Rousseau, con la antorcha destructora de su pasión y de su elocuencia, y más que todos ellos, Voltaire, con la fuerza corrosiva de su frío análisis y de su ironía filosófica, habían derrumbado el edificio espléndido donde se abrigaban en otro tiempo la fe, la gloria, el poder y hasta el espíritu popular. Era aquella edad el período más crítico de la transformación histórica en los últimos tiempos. En balde pugnaron en España las fuerzas reunidas de la tradición, de las creencias, de los respetos consagrados (1); el torrente demoledor pasó también por nuestro suelo, y toda la historia española del siglo XIX no es más que la conse-

(1) Como recuerdos de esta lucha, pueden citarse *La falsa filosofía* y otros libros del siglo pasado.

cuencia necesaria de aquella latente, pero tremenda conmoción.

Una parte de la juventud española recibió con avidez aquellas ideas contagiosas, en cuyo fondo descubría, aunque confusamente, principios de equidad y de moral grandeza. La mocedad no sabe definir, ni tasar en su valor verdadero, aquello que halaga sus instintos de actividad, de renovación y de audacia. Dejábase arrastrar entonces por el mágico sonido de la palabra *libertad*, cuyo eco seductor no ahogaban todavía los torrentes de sangre que en nombre suyo derramaron los tiranos de la revolución francesa.

Ejemplo insigne de este alucinamiento fué entre nosotros el joven *D. José Marchena.* La apacible influencia de los estudios propios de la carrera eclesiástica, en la cual no pasó de las órdenes menores, no alcanzó á moderar sus ímpetus irreflexivos. El soplo de la revolución francesa inflamó su temeraria fantasía; las nuevas ideas fueron para él más que una doctrina, una impresión. Su índole indisciplinable y su condición impetuosa le impedían comprender la terrible responsabilidad que implica el desquiciamiento repentino del asiento moral en que descansa toda sociedad organizada, cualesquiera que sean sus condiciones constitutivas. Mal avenido con las trabas orgánicas de todo linaje, una de las doctrinas canónicas que sirvieron de blanco á sus ataques fué el celibato de los sacerdotes católicos. En edad harto

temprana para deliberar con la cordura y la madurez necesarias acerca de doctrinas tan enlazadas con pasiones mundanas, escribió á su maestro, á quien respetaba todavía, una larga carta relativa á aquella escabrosa materia. Esta carta, impregnada de espíritu protestante, es un curioso documento de la pasión revolucionaria y seudo-filosófica, que tan fácilmente brotaba en aquel período de agitación moral (1). Sofismas disolventes, pero sinceros, citas históricas sin tino y sin exactitud, teorías doctrinales sugeridas por el espíritu rebelde, que se entronizaba en la región, antes serena, de nuestras creencias y de nuestros sentimientos morales; sentimentalismo filosófico á la francesa; arranques de poesía novelesca; todas las armas de frágil temple, pero de brillante apariencia, que suelen emplear las imaginaciones extraviadas, fueron prodigadas á manos llenas por el joven

---

(1) Entre las obras que por aquellos días se habían publicado para sostener la doctrina del celibato eclesiástico, como la más pura y la más conforme á la vida mística y contemplativa, merece citarse especialmente la que, en 1783, imprimió en Bolonia el jesuíta expulsado D. Manuel Antonio Meliá y Ribelles, la cual más adelante tradujo él mismo en castellano:

Excelencias de la virginidad evangélica, en tres libros, con una breve apología del cristiano celibato, contra los filósofos de nuestros días. Madrid, por D. Benito Cano, 1790; en 8.º

Esta obra fué muy alabada por las *Efemérides literarias de Roma* (1784) y por el célebre Tiraboschi.

Marchena para combatir el principio canónico del celibato sacerdotal, que otros defendían con fervoroso ahinco, y principalmente para dar libre rienda á la rencorosa aversión que sentía contra los institutos monacales (1). Y lo más singular es que, al escribir esta osada y vehemente invectiva, no tuvo *Marchena* más propósito que el de sincerarse con su maestro, el cual tachaba de heterodoxas las doctrinas del descaminado mancebo (2).

Lanzado *Marchena* á todo trance en un camino avieso y peligroso, no quiso habérselas con la Inquisición alarmada; y así, le vemos, sin sorpresa, engolfado más adelante en las turbaciones desastrosas y

(1) Ya en la primera mitad del siglo se advierten síntomas claros de antipatía á los frailes en los escritos de hombres muy ilustrados de aquel tiempo, como D. Luis José Velázquez.

(2) Así empieza la carta de *Marchena:* «Confesaré á usted que me ha sorprendido su respuesta sobremanera. Ciertamente, si viniera de un hombre obscuro, no me incomodaría mucho; pero ¡un literato estimable, un catedrático de Sagrada Escritura, que califica mis máximas de *perversas*, de *opuestas al espíritu del Evangelio!*..... Esto debe alterar á un hombre que no sólo *se dice*, sino que es realmente discípulo de Cristo, y se precia de tal. Todos estamos obligados á confesar nuestra fe delante de los hombres cuando se duda de ella. Si no fuera por esta sagrada obligación, no me tomaría el trabajo de escribir una contestación de teología, ciencia tan distante de mis estudios. No tenga usted, por tanto, esta carta por de esa especie, sino más bien por una profesión de fe, dirigida á un sabio que ha dudado de la pureza de mi creencia.»

en los azares de la revolución francesa. Monsieur Thiers dice de *Marchena* que *había ido á Francia en busca de la libertad* (1). Tristes lecciones hubo de recibir en su patria adoptiva aquel mozo entusiasta, que había ido á tierra extraña en pos de la soñada realidad de sus quiméricas ilusiones. Largo y duro encarcelamiento (2), proscripción del territorio fran-

---

En seguida, con claras muestras de asentimiento, pone en boca de un *teólogo protestante* un razonamiento declamatorio en favor del matrimonio de los clérigos. ¡Extraña *profesión de fe* para un estudiante español, que intenta justificar sus principios religiosos ante un teólogo católico!

Tenemos á la vista la carta autógrafa de *Marchena*. Diez y siete páginas extensas. Don Joaquín María Sotelo, que poseía esta carta, puso al pie de ella una nota, por demás severa, acerca de la capacidad de su autor. Sotelo, inflamado por su rectitud y por su austeridad religiosa, llevó su opinión hasta la injusticia. La carta de *Marchena* es la obra de un mozo inexperto y desalumbrado, que no ve más razones que las que halagan sus instintos y sus errores; pero en medio de la obcecación, tiene trozos llenos de color y de brío. (Esta carta forma parte de los autógrafos de escritores ilustres que dejó entre sus papeles *don Juan Pablo Forner.*)

(1) *Barbaroux*, *Pétion*, *Salles*, *Louvet*, *Meilhan*, *Guadet*, *Kervélégan*, *Gorsas*, *Girey-Dupré*, Marchena, *jeune espagnol, qui était venu chercher la liberté en France; Riouffe, jeune homme attaché par enthousiasme aux girondins, composaient cette troupe d'illustres fugitifs, poursuivis comme traîtres à la patrie.* (Monsieur A. Thiers, *Histoire de la révolution française*, chapître XXIV.)

(2) Tallien mandó encarcelar en Burdeos á los girondinos, entre los cuales se hallaba afiliado *Marchena* (Oc-

cés, persecuciones que le obligaron á vagar disfrazado de soldado, con riesgo continuo de la vida, por la Bretaña y la Normandía; la miseria casi siempre: he aquí la libertad que encontró el desventurado *Marchena* en la nación á donde le había conducido la engañosa luz de sus esperanzas. Riouffe, su compañero de persecución y de cárcel, dice así de *Marchena:* «Perseguido por la inquisición religiosa de su país, vino á Francia á buscar la libertad, y cayó en manos de la inquisición política de los comités revolucionarios» (1).

Su carácter era en sumo grado independiente, y á tal punto, que rayaba su independencia en desabrimiento y extravagancia. Rompía tan fácilmente con las leyes que imponen los hábitos de la sociedad culta, como con las leyes del mundo moral. Cuéntase, entre sus rarezas, la de haber domesticado un jabalí, que permanecía constantemente en su propio cuarto, y hasta dormía en su propia alcoba (2). Un día, por descuido acaso, de una joven que vivía en casa de *Marchena*, se precipitó el jabalí por la escalera y murió perniquebrado. *Marchena*, muy condolido, escribió una elegía en honra del jabalí. Á su

---

tubre de 1794.) Después los envió á los calabozos de la *Conserjería* de París, donde permanecieron hasta la caída de Robespierre.

(1) Riouffe, *Mémoires*, etc.

(2) Véase la carta de D. José de Lira, en la noticia biográfica del abate *Marchena*.

genial extravagancia, á su desvío de las formas comunes de la vida y á su incurable mordacidad, puede, en gran parte, atribuirse la glacial acogida que, después de su extrañamiento de Francia, encontró en Suiza, en la brillante y célebre quinta de Coppet, por parte de madame de Staël, que en París le había tratado anteriormente con amistosa cordialidad.

La exaltación de los sentimientos de *Marchena*, cuando violentas circunstancias ponían á prueba las fuerzas de su alma, tocaba en el último límite á que puede llegar la pasión política. Cuando, preso en la *Conserjería*, veía salir continuamente para la guillotina á sus compañeros de infortunio, se resentía profundamente de que su turno no llegase. Ambicionó la gloria de subir al cadalso, y acalorado el ánimo por la impaciencia y el orgullo, escribió á Robespierre estas memorables palabras: *Tirano, me has olvidado*.

Hay, sin duda, en esta actitud, como un histriónico remedo del heroismo griego y romano. Pero como había peligro real é inminente en provocar el depravado y sanguinario espíritu de Robespierre, es innegable que la temeridad de *Marchena* denota, á pesar de la afectación de la forma, que se hallaba asaltado en aquel momento por tal demencia, que le hacía capaz de arrostrar impávido el martirio.

Pero martirio nada simpático ni conmovedor, porque no habría sido sublime sacrificio de la grandeza del alma, que cifra en el bien la gloria y el

ejemplo, sino estrepitoso tributo á maléficas y enconadas pasiones.

Como todo era extremado en aquella alma impetuosa, la impiedad de *Marchena* tomó el carácter de un alarde violento y monstruoso. Hemos oído referir á personas que lo conocieron en París, que tuvo la audacia de poner sobre su puerta este letrero: *Ici l'on enseigne l'athèisme par principes.* No es imposible que tal hiciera el hombre que, encarcelado en la *Conserjeria*, dió la siguiente prueba de fanatismo impío. Entre los presos había un monje benedictino. A las amarguras del penoso cautiverio se agregaba la, para él más insufrible todavía, de hallarse rodeado de aquel grupo de descreídos. Las blasfemias de éstos exaltaban la fe ardorosa y pura del venerable anciano, el cual, solo, impasible, con el corazón en Dios y el *Breviario* en la mano, hacía continuos é infructuosos esfuerzos para convertir á aquellos incrédulos recalcitrantes. Éstos hacían escarnio de la religión cristiana, y para llevar al colmo la sacrílega mofa y desesperar al admirable benedictino, inventaron un dios, un culto y una liturgia. Pusieron á aquel dios irrisorio el nombre de *Ibrascha,* y compusieron en su honor himnos y cánticos sagrados.

Cayó *Marchena* tan gravemente enfermo por aquellos días, que se desconfió de salvar su vida. Al verle casi en la agonía, el benedictino, perseverante en su santo propósito, creyó que en aquel trance extremo, olvidadas las pasiones mundanas, hallarían eco en el

corazón de *Marchena* la doctrina del Redentor del mundo y la memoria de sus ancianos padres. Todo en balde: el moribundo, haciendo un esfuerzo, responde á las evangélicas exhortaciones del monje, gritando: ¡Viva *Ibraschal* (1). Tal vez *Marchena*, apartado de aquella sociedad excitadora de girondinos revolucionarios, habría sentido la influencia de las sanas y consoladoras palabras de la religión cristiana; pero las facultades de imaginación eran en el mancebo andaluz más poderosas que las facultades de razón; se hallaba además en un momento de vértigo político, y la soberbia ahogó los impulsos naturales del alma. Este hombre, que así hacía gala del ateísmo, no era ateo. Había quedado como escondido en el fondo de su corazón algo de las creencias de su infancia y de su patria. En esa misma *Conserjería*, donde blasonaba de tan implacable impiedad, leía *Marchena* ¡quién podría imaginarlo! la *Guía de pecadores*, de Fr. Luis de Granada. Él mismo lo confesó muchos años después, diciendo al propio tiempo: «Es un libro que no puedo leer ni dejar de leer» (2).

(1) *Memorias* de Riouffe.

(2) Sobre este y otros hechos de la vida de *Marchena* hay interesantes pormenores en los notables artículos biográficos que de él publicaron nuestros amigos los estimables escritores D. Gaspar Bono Serrano y Mr. Antoine de Latour. Este último, en lengua francesa, en la revista mensual de París titulada *Le Correspondant*, 25 de Febrero de 1867.)

Pasada la edad de las tendencias irreflexivas, aleccionado el entendimiento y escarmentado el corazón con los desengaños y los pesares, *Marchena* apaciguó el ímpetu de sus ideas y de sus pasiones. La transformación fué grande. El republicano intolerante se convierte en servidor del rey José; el que renegó de España, haciéndose francés, vuelve á su patria, ansioso de morir en ella, y el adorador del dios imaginario *Ibrascha*, muere, en efecto, en Madrid (1821), en el gremio de la fe católica, adorando y pidiendo misericordia al Dios verdadero. Su corazón le dijo al fin, como dice todo corazón sano á las almas serenas:

Oh Dieu de mon berceau, sois le Dieu de ma tombe!

Para que todo sea anómalo en la existencia de este escritor, hasta su fama de poeta lo fué algún tanto, pues se fundó principalmente en su oda *A Cristo crucificado;* asunto que, al parecer, debió ser el último que despertase la inspiración del irreligioso *Marchena*. Como literato, es hombre de alto mérito. Poseía completamente el idioma de su patria adoptiva, y así por la audacia tribunicia como por el vehemente talento con que escribía, ya diatribas contra Tallien, Legendre, Fréron, ya folletos poco piadosos, llamó la atención de Marat, del conde Beugnot, del general Moreau y de otros famosos franceses de aquel tiempo. Había estudiado profundamente las lenguas sabias, y llegó á enseñorearse á

tal punto del latín, que engañó hasta á la docta Alemania, tan difícil de alucinar en tales materias, publicando en Basilea una tirada de versos latinos, que hizo pasar por uno de los trozos perdidos del *Satyricon* de Petronio, que afirmó haber encontrado en un antiguo manuscrito. Bien es verdad que la poesía de Petronio cuadraba á la inspiración cínica de *Marchena*. Alentado con el triunfo, repitió la traviesa supercheria, tomando por modelo á Catulo. Esta vez no engañó á nadie. Demostró de nuevo que era consumado latinista; pero había presumido demasiado de su instinto poético. *Marchena* no era ni bastante suave ni bastante poeta para llegar, en su imitación, á la gracia y fluidez de aquel delicado y elegante escritor latino (1).

Como prosador, su carácter impetuoso y poco flexible se refleja en sus escritos. Esto lo decimos en alabanza suya, porque tiene cualidades esenciales, de que carece siempre la medianía: espontaneidad, vida, color, impulso propio. Su estilo es á veces extraño, pero siempre original y vigoroso. Fué tachado, y no sin razón, de plagar mu-

---

(1) Doce años después de la primera edición de la presente *Historia*, el ilustre historiador de los *Heterodoxos Españoles*, D. Marcelino Menéndez y Pelayo (tomo III, 1881), trazó con pincel vigoroso el retrato moral, político, social y literario de Marchena. Allí están explicados, con puntualidad y hasta con donaire, estos fraudes ingeniosos del abate andaluz.

chas de las traducciones que hizo del francés, ora de arcaísmos, ora de imperdonables galicismos. Escribía entonces, *para vivir*, con la prisa y la indiferencia del menesteroso, y se habían además inoculado, por decirlo así, en su entendimiento las frases, como las ideas de los libros franceses, que habían sido insano alimento de su primera educación. Con el tiempo llegó á manejar en forma desembarazada castiza el habla castellana, como se ve en algunas de sus traducciones de Voltaire y de Molière.

¡Cosa singular! Este hombre de viva y temeraria fantasía, cuya iniciativa de carácter, de pensamiento y de conducta era desmedida, no tenía, como poeta, ni vuelo ni desembarazo.

En general la poesía lírica de Marchena contrasta con su prosa por la falta de concisión, y á veces de cadencia armónica, y por el sello patente de ejecución premiosa y desleída (1).

---

(1) Aludiendo á la traducción del *Tartufe*, decía *El Censor* (2 de Junio de 1821):

«El señor Marchena, en quien la literatura española acaba de perder uno de sus ornamentos, y la libertad uno de sus más antiguos y constantes defensores, ha traducido con toda verdad el pensamiento de Molière, le ha hecho hablar español, y ha sabido conservar la gracia y el enlace de las ideas; pero sus versos en el género cómico carecen de la fluidez y armonía que hemos notado en las composiciones líricas de aquel sabio literato.»

No nos parece del todo atinado este juicio de *El Censor*.

No bastan algunos versos felices de su célebre oda *Á Christo Crucificado*, obra muy desigual, sin espontaneidad y sin la verdadera efusión del sincero creyente, ni su declamatoria *Epístola á Lanz, sobre la libertad política* (las dos mejores composiciones de Marchena), para que la crítica justiciera pueda levantarlo á la esfera de los verdaderos poetas.

Tan corto era el arranque de su numen, que cuando toma por asunto *La Revolución francesa*, que, dada la exaltación de su espíritu, debió despertar su inspiración más vivamente que otro alguno, no le ocurren sino vulgares y repetidas ideas de la triste filosofía francesa de aquella época, y un insulso elogio al *divino* Rousseau, según él le llama.

De la traducción del poema *De Rerum Natura*, de Lucrecio, sólo conocemos el principio y algunos trozos escogidos; pero como el principio lo constituye la concisa y magnífica invocación lírica á Venus, «deleite de los hombres y de los dioses» (1), puede conjeturarse por aquellos versos el rumbo que hubo de seguir el poeta castellano para imitar la grandilocuente y vigorosa expresión del gran vate latino. Profundo latinista era Marchena y comprendía sin duda el sentido del texto; pero no es esto suficiente: le falta la *mens divinior*, y no aparece en sus

(1) «Hominum divumque voluptas.»

estudiados versos la elegante concisión del poema (1).

No es de creer que asomen después en la traducción los esplendores poéticos de Lucrecio. Hubo de cautivar el alma desmandada y audaz de Marchena un poema en el cual campea todo el descreído epicurismo de Zenón, y está llevada á los últimos límites la pasión de la independencia del pensamiento; mas no podía tener aliento ni elocuencia el escolar de Utrera para subir á la altura del sublime poeta de Roma, singularmente cuando éste se engolfa en el sistema de los *átomos eternos*, cuyo movimiento en el vacío infinito dan nacimiento á todos los seres y producen en ellos el incesante vaivén de la vida y de la muerte; partiendo

---

(1) En la primera edición de esta HISTORIA (1869), nada dijimos acerca de la traducción de Lucrecio, por el Abate Marchena. Nadie la conocía, hasta que una feliz casualidad trajo á manos del Sr. Menéndez y Pelayo un manuscrito de ella, del cual nuestro ilustre amigo copió algunos trozos en el tomo III de su *Historia de los Heterodoxos españoles* (1881).

En dichos pasajes se advierte, además de la seguridad de interpretación del idioma latino, la audaz soltura de expresión de quien se esmera é intenta imitar la incomparable sobriedad del gran poeta romano. Á lo que puede juzgarse por las muestras que á la vista tenemos, no sale del todo mal del temerario empeño.

Como quiera que sea, esta traducción de Lucrecio es documento bibliográfico de notable interés, no sólo para la vida de Marchena, sino asimismo para la historia literaria de nuestro país.

de su axiomática afirmación de que la nada es imposible, y que no hay cosa que pueda nacer de la nada, ni aun bajo la potestad de una mano divina (1).

Las noticias biográficas que conocemos de Marchena no determinan con absoluta claridad las razones inmediatas ni los medios prácticos de su expatriación. ¿Cómo pudo nacer tan repentinamente en el ánimo del estudiante de veintidós años el delirante afán que lo llevó inconsideradamente á Francia, no *á buscar la libertad* (política), como dicen Riouffe y Thiers, sino la licencia sin freno alguno, en todas las esferas de la vida?

Cuando la toma de la Bastilla, principio de la Revolución francesa (Julio de 1789), tenía veinte años el alumno de carrera eclesiástica en la Universidad de Sevilla, que, por haher recibido las Órdenes menores, fué después llamado el *Abate Marchena.* Al paso que estudiaba ciencias canónicas, perturbaba su espíritu con la lectura de los enciclo pedistas franceses; pero, así y todo, es maravillosa circunstancia de la historia de su primera juventud, que á los diez y ocho ó diez y nueve años otorgase su predilección á un poema que, por la grandeza y universal alcance de su asunto, aventaja aun á los es-

---

(1) «Quo jus principium hinc nobis exordia sumet. Nullam rem e nihilo gigni divinitus unquam.» (*De Rerum Natura*, cap. I.)

más famosos de la antigüedad, y en el cual hasta entonces no se había parado mucho la atención en España.

Jovellanos y fray Diego González conocían la obra de Lucrecio, pero les era antipática, según se expresa claramente en una carta autógrafa de fray Diego.

No es verosímil que produjese vivo entusiasmo en el ánimo juvenil y arrebatado de Marchena la serena grandeza con que siente y expone Lucrecio los problemas de la Creación, cuya solución imposible no intenta dar. Más creible es sin duda que tal vez, por instintivo impulso de su índole desmandada, cautivaron á Marchena, en la peregrina creación de Lucrecio, lo independiente, lo epicúreo, lo escéptico y lo materialista (1).

---

(1) La versión de Marchena es la única castellana que se conoce del poema *De Rerum Natura;* cosa sorprendente, si se considera que se han hecho en España innumerables traducciones de los demás poetas insignes de Roma.

Es más todavía: no hemos llegado á ver edición alguna de Lucrecio hecha en España; mientras que en otras naciones europeas (Italia, Inglaterra, Alemania, Francia, Suiza, Holanda) se han hecho muchas y lujosas ediciones, algunas con hermosos grabados. Y no debió de ser considerado Lucrecio en otro tiempo, como audaz y peligroso filósofo moralista (sin duda por referirse su desconsolador escepticismo á religiones gentílicas), cuando entre las varias ediciones francesas se hizo una en París, en 1680, *in usum Delphini.*

Juzgamos oportuno copiar aquí las traducciones de los hermosos y concentrados versos con que empieza el poema *De Rerum Natura,* hechas, respectivamente, por tres insignes latinistas (dos en verso,

---

Más adelante, Fenelón (*Démonstration de l'existence de Dieu*), y el Cardenal de Polignac, poeta latino moderno (*Anti-Lucretius*), combatieron las doctrinas del famoso poema.

También se han hecho en idiomas extranjeros varias traducciones én prosa y verso. Pueden citarse, entre otras muchas menos conocidas, las siguientes:

Versión flamenca.—*De Werken van T. Lucretius Carus*, Van het Heelal.—Amsterdam, 1701.

De la Nature des choses, traduit par La Grange.—París, l'an troisième de la République. (Fué adoptada para la colección Panckoucke.)

Jean-Baptiste de Pongerville, de la Academia Francesa. Se aficionó tan vivamente al poema, que lo tradujo dos veces: primero en verso (1823); después en prosa (1829).—La versión poética fué más admirada de lo que merece. Ahora es más estimada la traducción en prosa, como más puntual y más ceñida al estilo del gran poeta.

Sully Prudhomme, de la Academia Francesa. Traducción en verso del primer libro del poema *De Rerum Natura* (1869).

Lucrezio Caro (*Tito*).—*Della Natura delle cose,* libri sei, tradotti da Alessandro Marchetti.—Londra, 1717.—Esta traducción italiana en verso, es clásica en Italia.

Entre las varias versiones inglesas, se cita como la más notable la que hizo en verso Thomás Creech (1714).

En Alemania hay también varias traducciones de Lucrecio. Son las más señaladas:

Una en prosa de Fr. N. Mayer (Viena, 1784), y otra en verso de Carlos Luis de Knébel (Iena, 1821).

una en prosa), para que se vea cuán difícil es reproducir en idiomas modernos el firme y acendrado estilo y la expresión genuina é inspirada de los grandes poetas de la antigüedad. Cada uno de los traductores comunica á su versión (especialmente la hecha en verso) su peculiar manera, y esto da inevitable motivo á frases y giros artificiales de índole moderna, que destruyen la lozana espontaneidad de la creación antigua.

TEXTO DE LUCRECIO.

Æneadum genetrix, hominum divumque voluptas,
Alma Venus! cœli subter labentia signa
Quæ mare navigerum, quæ terras frugiferenteis
Concelebras; per te quoniam genus omne animantum
Concipitur, visitque exortum lumina solis:
Te, dea, te fugiunt ventei, te nubila cœli,
Adventumque tuum: tibi suaveis dædala tellus
Submittit flores; tibi rident æquora ponti,
Placatumque nitet diffuso lumine cœlum.
. . . .

TRADUCCIÓN DE MARCHENA.

Engendradora del romano pueblo,
Placer de hombres y dioses, alma Venus,
Que bajo de la bóveda del cielo
Por do giran los astrós resbalando,
Pueblas el mar que surca nao velera,
Y las tierras fructíferas fecundas;
Por ti todo animal respira y vive:
De ti, diosa, de ti los vientos huyen:
Ahuyentas cón tu vista los nublados,
Te ofrece suaves flores varia tie ra,

Las llanuras del mar contigo rien,
Y brilla en nueva luz el claro cielo.

. . . .

TRADUCCIÓN DE SULLY PRUDHOMME.

Mère des fils d'Enée, ô volupté des dieux
Et des hommes, Vénus, sous les astres des cieux
Qui vont, tu peuples tout: l'onde où court le navire,
Le sol fécond; par toi tout être qui respire
Germe, se dresse et voit le soleil radieux!
Tu parais, les vents fuient, et les sombres nuages;
Le champ des mers te rit; fertile en beaux ouvrages,
La terre épand les fleurs suaves sous tes pieds,
Le jour immense éclate aux cieux pacifiés.

TRADUCCIÓN, EN PROSA, DE LA COLECCIÓN DE AUTORES LATINOS DE M. NISARD.

Mère des Romains, charme des dieux et des hommes, bienfaisante Vénus, c'est toi qui, fécondant ce monde placé, sous les astres errants du ciel, peuples la mer chargée de navires, et la terre revêtue de moissons; c'est par toi que tous les êtres sont conçus, et ouvrent leurs yeux naissants à la lumière. Quand tu parais, ô déese, la vent tombe, les nuages se dissipent; la terre déploie sous tes pas ses riches tapis de fleurs; la surface des ondes te sourit, et les cieux apaisés versent un torrent de lumière resplendissante.

. . . .

Esta versión en prosa, aunque algo libre, expresa con simpática naturalidad y elegancia los pensamientos y la poética entonación del original.

Las otras dos traducciones (en verso) adolecen del artificio á que las leyes métricas obligan. La del celebrado poeta francés Sully Prudhomme nos parece aun más premiosa y *elaborada* que la del estudiante andaluz.

Toda la traducción de Marchena está plagada según afirma el Sr. Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos*), de defectos de versificación y de «asperezas de todo género».

En los pasajes que conocemos, y singularmente en los versos arriba transcritos, no se advierten grandes imperfecciones métricas.

Más reparables son, en verdad, las inútiles explanaciones, y aun los ripios que con frecuencia nacen del apremio técnico de la versificación.

Ejemplo:

«Que bajo de la bóveda del cielo,
Por do giran los astros resbalando.»

Estos dos versos sirven para expresar lo que Lucrecio dice en cuatro palabras:

«*Cœli subter labentia signa*»;

sin contar con que la palabra *resbalando*, no muy propia aplicada á los astros, es verdadero ripio, pues en la frase, *por do giran*, ya está contenido el concepto de su carrera.

Otras veces el traductor, llevado acaso del propósito de condensar el pensamiento, deja incompletas ideas é imágenes del original.

Ejemplo:

«Por ti todo animal respira y vive.»

Con este solo verso pretende expresar Marchena estos conceptos de Lucrecio:

«. . . . . Per te quoniam genus omne animantum
Concipitur, visitque exortum lumina solis.»

Con razón dice el ilustre historiador estético, señor Menéndez y Pelayo, que «no era Marchena bastante poeta para hacer una traducción clásica de Lucrecio».

Debe considerarse como un ensayo. Pero este ensayo (sorprendente, atendida la temprana edad del traductor), es, por la audacia del intento, por la profunda comprensión del texto latino, y por el vigor de expresión en algunos versos, un curioso é interesante documento para la historia literaria de los últimos años del siglo XVIII.

La tragedia *Polixena,* versificada con corrección escasa, si bien con cierto brío de entonación, es una de las obras trágicas que por aquellos tiempos se escribían con el amaneramiento peculiar de la escuela francesa entonces dominante. Puede fácilmente conjeturarse que Marchena tenía presente la tragedia *Polyxène,* de Lafosse, aunque entre ambas difiere bastante la concepción del asunto. Laharpe tacha de novelesca la obra del trágico francés; pero, así y todo, es más interesante que la de Marchena. En ambas está Pirro enamorado de la hija de Priamo,

mas las causas del sacrificio de esta Princesa son harto diferentes. En la tragedia de Lafosse la sombra de Aquiles aparece con aparato aterrador, y ordena á Pirro que inmole á Polixena. Pirro no puede resolverse á obedecer el sangriento mandato de su padre; pero la heroica troyana prefiere la muerte á servir de trofeo á toda la Grecia, que detesta, y acude voluntariamente á ofrecer su vida á sus enemigos ante el sepulcro de Aquiles. Allí, Pirro, fuera de sí, la hiere mortalmente, queriendo herir á Agamemnón.

También adolece de espíritu romancesco la obra del poeta andaluz; pero en ella este espíritu toma un matiz sentimental que no cuadra bien con la rígida lisura de las leyendas mitológicas. Pirro adora á Polixena: ésta lo aborrece como á incendiador de Troya y exterminador de su raza. Los amargos é irrevocables desdenes de la Princesa esclava desencadenan en el alma de Pirro los más furiosos celos: sospecha que un odioso rival, acaso un troyano, le roba la ventura; y en el paroxismo de la pasión manda sacrificar á Polixena. Esta vive, en efecto, devorada por una pasión melancólica y misteriosa, cuyo objeto nadie adivina, ni aun la misma Hécuba, madre de la doncella enamorada. ¿Y cómo adivinarlo, si el amante no reside en la tierra? Es Aquiles, que había perecido á manos de Paris ante el ara nupcial en que iba á unirse con Polixena.

Cuando Hécuba descubre la verdad, y la comu-

nica á Pirro, manda éste suspender el sacrificio. Ya era tarde. Polixena había muerto, revelando el fatal secreto. Desesperación de Pirro: imprecaciones de Hécuba.

En verdad, esta tragedia no podía conmover mucho á los espectadores, porque el secreto del amor ideal de Polixena, principal nudo y fuente del interés dramático, lo revela la Princesa desde la primera escena á su confidenta Terpandra.

Tres años después de la publicación en Madrid (1808) de esta obra dramática, fué premiada en Roma por la Academia *della Crusca* una nueva tragedia *Polixena* (*Polissena*) de J. B. Niccolini, que eclipsó las *Polixenas* francesa y española, cuyo nivel no pasa en verdad de la medianía.

En la *Polissena* de Niccolini, no hay confidentes ni ociosos personajes. Es obra de alta línea literaria. Sismondi la admira por la ordenada sencillez de la trama y la grandeza helénica de los caracteres.

No es dable negar que algunos pasajes de la tragedia de Marchena están escritos con robusta y noble entonación; y para muestra de ello copiamos algunos versos de la vigorosa contestación que da Polixena á las apremiantes instancias amorosas de Pirro:

«. . . . . Juré á los dioses
Que jamás de Himeneo la guirnalda
Mis sienes ceñiría. Ora que yace
En cenizas mi patria sepultada,
Mis hermanos, mi padre á hierro muertos,

¿Queréis, señor, que á los altares vaya
Á ofreceros mi fe? ¿Las teas nupciales
Queréis que encienda en las ardientes llamas
Que aun devoran á Troya? ¿Que en el templo,
Testigo del ultraje de Casandra,
Á Pirro dé su mano Polixena?
Señor, si por la suerte de las armas
Esclava vuestra soy, en mis desdichas
No olvido que de Júpiter la clara
Sangre corre en mis venas.....»

En sus traducciones dramáticas en verso, como Marchena no era verdadero poeta, á pesar de la expresión suelta y animada que le era familiar, los originales quedan por lo común bastante malparados. Bien es verdad que trasladar de una lengua á otra la inspiración poética, é imitar de un modo cabal las galas del idioma, los primores del estilo y el hechizo de la cadencia armónica peculiar del escritor y de la lengua misma, es empresa temeraria, ó, dicho con más exactitud, imposible.

Las versiones, en romance octosílabo, del *Tartufe* y de *L'École des Femmes*, especialmente la última, están hechas con notable habilidad, y con tan extraordinario desembarazo de estilo y de frase castellana, que las tomaría desde luego por originales quien no conociese aquellas hermosas creaciones de Molière. Mas, no pocas veces, es tan extremada la libertad de la traducción, que desnaturaliza algún tanto el tono particular que quiere dar al diálogo el grande autor cómico francés, según la situación y la condición de los personajes.

Citaremos un solo ejemplo:

Cuando en la escena séptima del acto cuarto del *Tartufe*, una de las más donosas de la comedia, ya advertido el marido por Elmira, sale de debajo de una mesa y sorprende á Tartufe en el momento en que éste galantea á su mujer y se arroja á darle un beso, que ella evita, Orgón dice con severidad al hipócrita:

«Tout doux! vous suivez trop votre amoureuse envie,
Et vous ne devez pas tant vous passionner.
Ah! ah! l'homme de bien!.....
Comme aux tentations s'abandonne votre âme!
Vous épousiez ma fille et convoitiez ma femme!»

Marchena traduce así:

«¡ . . . . . . Cepos quedos!
Procure usted contenerse.
¡Cáspita, qué amor tan fino!
. . . .
¡Un santo que así se deje
Llevar de la tentación!
¡Se casa con mi hija, y quiere
Gozar también mi mujer!»

Nos parece que hay cierta crudeza de expresión, poco simpática y ajena de Molière, en esta versión demasiado libre.

Marchena escribe de crítica literaria con la misma acerada pluma con que escribía de política en los periódicos *L'Ami du peuple* y *L'Ami des lois*. Lo ve todo desde un punto de vista demasiado violento y absoluto. Le falta sensibilidad estética, y le cuesta

trabajo admirar. Por otra parte, la pasión política y la aspereza republicana habían entibiado ó torcido en su ánimo los sentimientos de la patria, y carece de sentido histórico para juzgar las antiguas glorias españolas. Es acaso el único español que ha encontrado palabras de aversión y censura para la esclarecida reina Isabel la Católica, uno de los caracteres más grandes, más nobles y más populares que ofrecen los anales de nuestra patria.

El escrito en que Marchena desplegó toda su ciencia crítica, y que aun puede leerse como monstruosa curiosidad literaria, filosófica y religiosa, es el extenso discurso preliminar y el *exordio* que puso al frente de su pobre y mal concertada colección de trozos selectos de los clásicos castellanos, titulada *Lecciones de filosofía moral y elocuencia.* (Burdeos, 1820.)

Los que por los años 1833 y 1834 éramos alumnos de la Universidad de Sevilla, recordamos el asombro, mezclado de admiración, que nos causaba la lectura del famoso discurso, que con misterio nos prestaban hombres doctos de la hermosa ciudad andaluza. Nos escandalizaba la avilantez de sus afirmaciones impías, y nos repugnaba la infamación insolente de sagradas glorias de la patria, como Santa Teresa, Isabel la Católica y todos nuestros historiadores, filósofos y escritores ascéticos; pero la mocedad se paga fácilmente de las novedades audaces, y se nos antojaba que aquella crítica resuelta é im-

periosa abría espacios de luz á la estética literaria.

Más adelante, en la madurez de la vida y del estudio, hemos visto con toda claridad que la decantada obra crítica de Marchena es un hacinamiento inverosímil de errores doctrinales é históricos, un imprudente alarde de predicación antirreligiosa.

Algunos juicios felices y elocuentes, como el paralelo entre fray Luis de León y fray Luis de Granada, ciertas atinadas observaciones acerca de la inmoralidad de algunas comedias del teatro antiguo y acerca de la verdad poética, y algunos otros no muy trascendentales aciertos, no alcanzan á salvar de la reprobación que merece una obra llena de errores de historia social, política y literaria, inspirada por el fanatismo de la impiedad y del ateísmo, y escrita, sin respeto á cosa alguna del cielo y de la tierra y sin asomo de eufemismo, en un lenguaje retumbante y artificial, que fué tenido, en época ya remota, por dechado de elegancia lingüística, y ahora nos parece padrón de pedantería y de inarmónico desabrimiento.

Hoy que conocemos la afición de Marchena á Lucrecio, juzgamos curioso advertir la influencia que pudo ejercer el poema *De Rerum Natura* en la idea que se forjaba el crítico español acerca del platonismo erótico. Incapaz de idealismo, no admite inmateriales impulsos en el amor, y declara que no hay amor individual, sino amor al sexo entero.

No es difícil columbrar que este concepto del amor

de la sensación y no del sentimiento, pudiera ser reflejo de la doctrina del amor universal, esencialmente material y externo, que con tan encendidos y lascivos colores pinta Lucrecio en el libro IV de aquel admirable poema.

El mérito absoluto de Marchena no es bastante para que la posteridad se deleite con la lectura de sus obras; pero la historia literaria no puede dejar de recordarlo como uno de aquellos seres desventurados que, por ardor idiosincrático y desaforada fantasía, esterilizan y malogran, en tiempos de turbación religiosa y de desenfrenada independencia política, las nobles prendas que Dios puso en su entendimiento y en su corazón.

Políglota consumado; poeta escaso de inspiración y de armonía; inclinado á las ideas más disolventes; crítico ingenioso y osado; procaz y obsceno en la sociedad y en las letras; con sus cualidades buenas y malas, fué á la vez aplaudido y despreciado por personas insignes de su tiempo (1). Desgraciada-

---

(1) Recuerdos indudables han dejado de ello madame de Staël, Moratín, Silvela y otros varios. Châteaubriand, admirado de su instrucción y de su ingenio, y disgustado de su descarada vulgaridad, y tal vez de su antipática figura, le llama *savant immonde*, *avorton plein de talent.* El rígido Capmany fulmina contra él el más duro anatema: «Impío y apóstata; renegado de su Dios, de su patria y de su ley; fautor y cómplice de los franceses que entraron en Madrid con Murat.»

mente, le faltaban por completo la elevación moral y el precioso don del buen gusto.

No es dable negar que Dios depositó en el alma de Marchena la acción, la luz y el temple que constituyen la fuerza intelectual de cierto linaje. El soplo del encono político torció el rumbo natural del alma y agostó las flores de aquel activo y ardoroso ingenio. El infortunio consumó la obra destructora, y probablemente ni un solo afecto puro y sereno llegó á iluminar con un rayo de dicha verdadera aquella trabajosa y lamentable vida.

Pasemos ya á hablar de *D. José María Blanco,* una de las lumbreras de la escuela sevillana, escritor de gran significación en la historia literaria de su época, por la índole vehemente y movediza de su talento, y hasta por la triste celebridad que alcanzó su apostasía religiosa. La actual generación, distante ya de los tiempos de *Blanco-White*, puede juzgar con imparcialidad una existencia tan desventurada y escabrosa.

El padre de *Blanco,* el caballero irlandés Guillermo White, extremaba hasta la pasión el fervor católico. Tuvo dos hijas, y ambas se hicieron monjas. Indujo á *José* á abrazar la carrera eclesiástica, para la cual no tenía vocación verdadera. Esta, que se ha supuesto presión desmedida del hogar paterno, y motivo fundamental de la conducta de *Blanco,* no pudo serlo en realidad. Ni ha quedado memoria de que la acción moral doméstica del padre y de la

dulce y discreta madre de *Blanco* fuese opresiva, ni lo denota tampoco la conducta de éste en los primeros años de su vida. Consagrado con fervoroso ahinco á estudios de teología y devoción, predicador distinguido, vencedor, á los veintiséis años, en la oposición que hizo á la canonjía magistral de la capilla Real de San Fernando de Sevilla, halagado con la naciente gloria literaria que le granjeaban sus poesías, todo indica que *Blanco* en aquel período, el más plausible, sano y dichoso de su vida, obraba con espontaneidad y contento.

De improviso huyeron del alma de *Blanco* el sosiego y la fe. Y que este cambio fué violento y repentino, lo dijo él mismo en los momentos de expansión en que brota la verdad de las almas sinceras. Abiertas explicaciones dogmático-políticas dió *Blanco* de la transformación de sus ideas y opiniones, en varios escritos (1); pero en ninguno hace una confesión más categórica, más concisa y más amarga que en su *Despedida á los hispano-americanos*, escrita en 1825 (2). Oigamos sus propias palabras autobiográficas:

No había pasado un año, cuando..... me ocurrieron las dudas más vehementes sobre la religión católica..... Mi fe

---

(1) Véase principalmente su obra, escrita en inglés, que tanta fama le dió en Inglaterra, *Letters from Spain by don Leucadio Doblado*. Londres, 1822.

(2) *Variedades ó Mensajero de Londres*, periódico trimestral, publicado en Londres por *Blanco-White*.

vino á tierra..... Hasta el nombre de *religión* se me hizo odioso..... Leía sin cesar cuantos libros ha producido la Francia en defensa del *deísmo* y *ateísmo*.

Diez años pasé de este modo..... Me avergonzaba de ser *clérigo*, y toda mi ambición se encerraba en prolongar la *licencia del Rey*, que me permitía vivir en Madrid, donde, por no entrar en ninguna iglesia, no vi las excelentes pinturas que hay en las de aquella corte..... ¡Tan enconado me había puesto la tiranía!»

El viaje de *Blanco* á Madrid, donde hubo de alimentar sus ilusiones liberales en la tertulia de Quintana y con la lectura de libros peligrosos, contribuiría á aumentar la exaltación de sus ideas. Pero no basta á explicar aquel vacío profundo é irremediable que se formó en el alma del poeta sevillano. Romper impetuosamente con los principios y los sentimientos que han dirigido nuestra vida, desde la cuna, en la sociedad y en la familia; mirar, no sólo con indiferencia, sino con sañuda intolerancia, las cosas más respetables y respetadas de la sociedad en que vivimos, es un fenómeno moral que la terrible acción de las épocas de impulso revolucionario no alcanza á explicar por sí sola. Para que se trastornen repentinamente por completo las leyes del corazón y de la conciencia, forzoso es que haya en el alma aviesas é infelices tendencias, de que carece por fortuna el común de los hombres. Entre muchos españoles que en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del actual cultivaban su entendimiento con

libros de la escuela enciclopedista, la impiedad se hizo moda. Pero sólo *Marchena* y *Blanco* la llevaron hasta los límites de la ira, trocando la fe ciega, que ellos juzgaban pernicioso fanatismo, por otro fanatismo, el de la impiedad y la duda, tan intolerante como los demás, y más dañoso al orden de las sociedades y á la ventura de la humanidad.

Blanco fué aún más allá que Marchena. Ambos cambiaron de patria; pero *Blanco*, que llegó á dudar de todas las religiones, abandonó irrevocablemente la de sus padres. Pasiones de otro linaje contribuyeron á esta resolución lamentable. No es este el lugar de consignar pormenores biográficos de *Blanco;* pero, al juzgar un hecho que tanta trascendencia tuvo en su vida como español y como escritor, la posteridad debe acrisolar la verdad y señalar á los hechos sus causas principales.

Cuando achaca *Blanco* al *encono* que le había infundido la *tiranía* su intensa aversión á la religión y á la Iglesia, podría creerse que la pasión política, ciega y desatentada, era la causa única que le había movido á expatriarse voluntariamente y á renegar de sus creencias, buscando por cualquier camino, bajo el cielo británico, el aire de la libertad. Pero hay que considerar que cuando, ya en la madurez de la vida, se decidió á abandonar para siempre su patria y sus amigos, no ofrecía la situación política de España el humillante cuadro que *Blanco* había presenciado en Madrid. Se hallaba éste en Cádiz

cabalmente en momentos de una transformación histórica, en que asomaba resplandeciente la aurora de la independencia política, á la sazón mezclada con el fuego de generosos impulsos de independencia nacional, y no es difícil columbrar que no el fantasma de la *tiranía*, sino otros móviles más personales fascinaban el entendimiento y avasallaban el corazón de aquel hombre exaltado é irreflexivo (1).

El canónigo *Blanco* tenía hijos, y su ternura, su vergüenza, el temor de ser objeto de escándalo á vista de una nación creyente y de unos padres timoratos, fueron probablemente las causas decisivas de su conducta (2). Sensible, si bien vehemente, irascible y tornadizo, *Blanco* carecía de la entereza que se requiere para arrostrar con humildad cristiana, que es al propio tiempo su único remedio, las consecuencias de un extravío. Los que carecen de esta sublime energía, suelen, á pesar suyo, reparar una falta cometiendo otra falta mayor. Dios habrá juzgado la conducta del obcecado sacerdote. Á los hombres nos toca sólo compadecer su desventura. Por impenetrables que parezcan los arcanos de la conciencia, puede conjeturarse con fundamento que

(1) Llegó *Blanco* á Falmouth en Marzo de 1810.

(2) Véase la noticia biográfica de *Blanco*, escrita por D. Bartolomé José Gallardo. (Tomo III de la presente Historia.)

Blanco no halló en Inglaterra ni la dicha ni el sosiego moral que esperaba. Á los treinta y cinco años no se encuentra una nueva patria. Contra España, que le había colmado de afecto y de aplausos, se ensañó en Londres con la violenta energía de los débiles. En *El Español*, revista mensual, que empezó á publicar á poco de su llegada á Inglaterra, atacó no solamente á la Junta Central, á la cual profesaba ojeriza porque en Sevilla le había mandado moderar la violencia de su lenguaje cuando atacaba los actos del Gobierno en *El Semanario Patriótico*, sino á la misma nación española, contra la cual se volvía siempre en todas las cuestiones de interés y de honra que suscitaban en mengua de España, la Inglaterra ó la América española. Su periódico se hizo órgano y apoyo de la rebelión de Caracas y de Buenos Aires contra la madre patria, lo cual despertó en el ánimo de los españoles vivo resentimiento de la ingrata conducta del apóstata de la religión y de la patria (1). «Su aversión, dice Galiano, á todo

(1) Entre los escritos que se publicaron en España para defender á la nación y al Gobierno de la malquerencia de *Blanco*, merece citarse, por lo bien razonado, un folleto publicado en Cádiz el año mismo de su emigración voluntaria. He aquí cómo juzga el proceder de *Blanco*:

Su patriotismo (alude al que manifestaba como redactor de *El Semanario Patriótico*) no estaba sino en la punta de su pluma; su filosofía no estaba en el corazón como estaba en las palabras; la patria era después que sus menores disgustos. Sí; él la abandonó en

lo español llegó á hacerse verdadera manía.» Tanto le cegaba su encono, que sostuvo que en España ni existía ni podía existir poesía digna de este nombre. Logró escribir el inglés con facilidad y elegancia. Pronto siempre á dañar al catolicismo en cualquiera forma y terreno que se le presentase, combatió con la ira y el vigor que eran inseparables de su estilo, la emancipación de los católicos. Ayudado á la sazón por la pasión política, se hizo escritor de cuenta y nombradía entre los individuos del bando *tory*, que sostenían ardorosamente aquella doctrina. Amansada después repentinamente en este punto la airada pluma de *Blanco*, fué tenido por hombre sin consistencia en sus propósitos y

---

sus mayores necesidades, él la pospuso á sus incipientes resentimientos, él se ha expatriado á un país desde donde á salvoconducto siembra las horribles semillas de la discordia entre los pueblos españoles de Oriente y Occidente, con aquel poder retórico que saben hacerlo estos revolucionarios que anhelan gloria y celebridad, aunque sea á costa de hundir y echar por tierra todas las monarquías. Ni las sagradas obligaciones que le competían y obligaban como ciudadano, ni los sentimientos filantrópicos por la humanidad, ni el deseo de las ocasiones de manifestar al mundo sus virtudes y talentos, ni las voces y necesidades de su maltratada patria, pudieron más que sus injustísimos enojos..... Este hombre peligroso, este espúreo patricio, este hijo de sus pasiones, que prometía tanto bien y no hace más que el mal, es un enemigo de la patria.

Cuando declama contra España por la conquista de América, parece que los españoles han sido los únicos en el mundo que han practicado estos actos de poder. ¡Cómo se olvida el Sr. Blanco de las páginas de la historia para agraviar á su patria!

(*Denunciación de D. José Blanco, autor del periódico que se publica en Londres con el título de* EL ESPAÑOL. Cádiz, en la imprenta Real, año de 1810.)

principios, y se trocó en desconcepto y en desvío la antigua estima y admiración de sus amigos. Su conducta religiosa en Inglaterra no pudo ser tampoco aplaudida. Nadie ignoraba los vaivenes de su alma en esta parte. Católico primero, después impío, luego fervoroso anglicano, y, por último, *unitario*; esto es, incrédulo de nuevo; porque esta secta, odiosa á los ojos de los más de los ingleses, niega la Trinidad, la divinidad de Jesucristo y otros dogmas admitidos por los demás protestantes.

En los tiempos de favor y fortuna, fué *Blanco* profesor en la Universidad de Oxford, y canónigo en la catedral protestante de San Pablo de Londres. Dió carrera en el ejército inglés de la India al hijo único que le quedaba. Pero el vacío de su alma no se llenó jamás. El protestantismo, que había abrazado sin fe, no consoló su atribulado espíritu. Ya no volvió á hallar en sus versos la lozanía de los tiempos serenos de su juventud. Los últimos años de su vida fueron una verdadera expiación. Lo devoraba la tristeza, y la imagen de la patria y de los amigos que había perdido se ofrecía á sus ojos con la triste forma del remordimiento. Esquivaba á los españoles que tanto en su mocedad había amado: acaso veía en ellos involuntarios acusadores. Poco más de un año antes de su muerte, ocurrida en 1841, sintió, con la vehemencia con que lo sentía todo, el deseo de escribir un libro en castellano, y escribió una novela. En ella se ven claros

indicios de la reacción que la proximidad de la muerte había producido en su alma lacerada. Tacha de ambiciosos y orgullosos á los protestantes por la conducta que observan con los católicos de Irlanda, se complace en llamar *paisanos* á los españoles, y manifiesta á las claras con cuán intenso amor volvía su alma á las memorias del suelo natal (1).

Grandes hubieron de ser las cualidades simpáticas de *Blanco*, cuando, á pesar de sus errores, le profesaron siempre tierna amistad los amigos de su juventud, Arjona, Reinoso, Lista, Gallardo, Quintana, Gallego y otros varones de alta valía. No era ciertamente un hombre vulgar. Su alma impetuosa era de aquellas en que andan en discorde conjunto brillantes prendas y trascendentales defectos. Hijo

---

(1) «Una ausencia de treinta años casi me ha hecho extranjero en mi patria, y no será difícil conjeturar con qué poca confianza emprendo, enfermo y casi moribundo, la composición de una obra en español..... Es ley de la condición humana que á medida que envejecemos se rejuvenezcan las impresiones de la niñez y de los verdes años..... Me empecé á convencer algunos años ha que había entrado en los términos de la vejez, con el perpetuo revivir que noté en mí de imágenes y memorias españolas..... La luz de la esperanza no es mía. No; el sepulcro está casi cerrado sobre mí; y aunque no lo estuviese, aunque me hallara en el vigor de mi vida, España no me recibiría sino con condiciones. No diré más..... El deseo de hablar por última vez á los españoles me rebosa en el pecho.....» (Introducción á la novela *Luisa de Bustamante ó la huérfana española en Inglaterra.*)

y juguete de uno de los terribles períodos históricos en que se estremecen y quebrantan las basas del mundo moral, fué víctima de las pasiones públicas de su tiempo á par que de las suyas propias. No es, por lo tanto, escasa su significación en la historia literaria de España. Tenía fuerzas intelectuales para haber sido un escritor de más elevado linaje, y aunque las malgastó en su mayor parte, á causa del extravío moral, de la versatilidad y de la desgracia, han dado sobrados frutos para que pueda negársele un puesto de cierta altura en las letras de su época.

La lucha política y religiosa, y no la poesía, fué su verdadera vocación. Como poeta, no logró subir á esferas de gloria verdadera.

En pocas de sus obras en verso puede encontrarse hechizo poético ahora, que está el gusto público tan distante de aquella escuela artificial. En sus primeras poesías castellanas asoman el amaneramiento, la desmayada palabrería y los inevitables recuerdos mitológicos de la escuela sevillana.

Más adelante su númen, que no era ni muy abundante ni de muy robusta naturaleza, cobró espontaneidad y entonación, y en varias de sus composiciones, como *El Triunfo de la Beneficencia*, *Los Placeres del entusiasmo*, *Á Don J. P. Forner*, la gallarda traducción de *El Mesías* y alguna otra obra lírica, resaltan rasgos notables de vigor psicológico, de lenguaje firme y acendrado, y hasta de noble inspiración.

Su mejor producción poética, según afirmaba Lista con entusiasmo, es un poema *Á la Belleza*, que, á pesar de nuestros esfuerzos, no nos ha sido dable encontrar (1).

Dos composiciones que escribió en Liverpool uno ó dos años antes de su muerte, *La Voluntariedad y el deseo resignado* (1840), y *Una tormenta nocturna en alta mar* (1832), no pueden leerse sin emoción, porque hay en ellas como un reflejo de su alma atormentada por las dolorosas memorias de su vida.

Cercano al sepulcro, y desalentado por la ancianidad y los desengaños, el antiguo ateo vuelve al cielo los ojos, y el corazón á las memorias de la adolescencia; y (en la silva *Una tormenta*) exclama de este modo:

«No..... rompa aquí, si quiere, el débil hilo
De mi vida la suerte:
No me arredra la muerte;
Mas si viniere, ¡oh Dios, en tí confío!
. . . .
¿Y qué es morir? Volver al quieto seno
De la madre común de ti amparado.
. . . .
¡Oh traidores recuerdos que desecho
De paz, de amor, de maternal ternura,

(1) En otro lugar hemos dicho que fueron estériles las investigaciones hechas en Sevilla con suma diligencia por algunos de los más distinguidos literatos de aquella ciudad.

No interrumpáis la cura
Que el infortunio comenzó en mi pecho!
¡Imagen de la amada madre mía,
Retírate de aquí, no me deshagas
El corazón que he menester de acero
En el amargo día
De angustia y pena que azorado espero.»

Pero ¡qué triste confesión! El recuerdo del santo hogar de sus padres más le inquieta que le consuela: en la imagen del Dios que invoca (que no es el Dios de los cristianos) apenas hay una vislumbre de fe y de esperanza, y no ve en el sepulcro ni la inmortalidad del alma, ni las venturas celestiales, sino sólo descanso terrestre, inmovilidad eterna.

Hasta pocos meses antes de morir Blanco, obcecado deísta, mostróse hostil á la *Iglesia de Roma.* Aquella alma helada y pervertida no podía ya recibir el calor de las sanas creencias. Sin embargo, los citados versos, donde rebosa la más acerba melancolía, no pueden dejar de despertar cierta simpática conmiseración ante aquel sér desventurado que, al recordar la dulce ternura de su madre, parece como que inconscientemente quiere echar un velo de tardío arrepentimiento sobre una existencia tan turbada, tan azarosa y tan culpada.

Blanco escribió poesías inglesas. Habrá en ellas, indudablemente, galas de estilo y bellezas de pensamiento; pero no es verosímil que rayen á grande altura cuando ni aun los mismos ingleses, admiradores del poeta, se han decidido nunca á publicarlas

en colección. Un soneto ha sobrevivido á la eclipsada gloria de Blanco: aquel cuyo asunto es la estupefacción de Adán, cuando, después de su terror al contemplar por primera vez la lobreguez de la noche, que juzga el anonadamiento de la creación entera, ve atónito y embelesado que vuelven el Héspero y los astros á dar al mundo encanto y alegría.

El pensamiento capital está en los dos últimos versos:

«Why do we then shun death with anxious strife?
If light can thus deceive, wherefore not life?»

(¿Por qué con tan ansioso afán huímos de la muerte.—Si así la luz puede engañarnos, ¿cómo no ha de engañarnos la vida?)

Con aplauso universal fué recibido en Inglaterra este soneto, que se conserva en la literatura de aquel país como peregrina muestra de poesía delicada (1). Nadie niega la originalidad del pensamiento, ni el primor de la forma, primor, acaso extremado, que le hace llegar á lo que los ingleses llaman *preciosity;* pero tampoco es dable negar que

---

(1) Por su belleza y su celebridad, juzgamos oportuno publicar el soneto. De él decía el poeta Coleridge que era una de las cosas más delicadas que se habían escrito en lengua inglesa:

Mysterious night! when our first parent knew
Thee from report divine, and heard thy name,
Did he not tremble for this lovely frame,
This glorious canopy of light and blue?

el lindo soneto pertenece más bien á la poesía *ingeniosa* que á la poesía *elevada*. El último verso, notable en verdad por la sobriedad de la frase y la concentración de la idea, contiene la esencia del pensamiento del soneto. Seduce á primera vista la poética contraposición de la *luz* y la *vida;* pero, en realidad, la congruencia lógica falta y el raciocinio carece de fuerza.

Menos famoso, pero de más alta belleza, es el soneto de B. Argensola sobre el premio y el castigo en la otra vida. También es natural y hermoso su último verso:

«Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?»

Este pensamiento tiene mayor grandeza y más moral alcance.

La traducción del famoso monólogo de Hamleth, *To be, or not to be*, es admirable. Hé aquí una muestra:

«.....Escapar en sólo un sueño
Á este dolor del alma, al choque eterno,
Que es la herencia del alma en esta vida.
¿Hay más que apetecer?..... Morir..... Dormirse.....

Yet beneath a curtain of translucent dew,
Bathed in the rays of the great setting flame
Hesperus, with the host of heaven, came,
And lo! creation widened in man's view.
Who could have thought such darkness lay concealed
Within thy beams, o sun! or who could find
Whilst fly, and leaf, and insect stood revealed
That to such countless orbs thou mad'st us blind?
Why do we then shun death with anxious strife?
If light can thus deceive, wherefore not life?

¡Dormir!..... Tal vez soñar..... Ahí está el daño.
Porque ¿quién sabe los horribles sueños
Que pueden azorar en el sepulcro
Al infelice que se abrió camino
De entre el tumulto y confusión del mundo?
Á este recelo sólo, á éste, ¿quién sabe?
Debe su larga vida la desgracia;
Si no, ¿quién tolerara los reveses
Y las burlas del tiempo? ¿La injusticia
Del opresor y el ceño del soberbio?
¿Las ansias de un amor menospreciado?
¿La dilación de la justicia?..... ¿El tono
É insolente desdén de los validos?
¿Los desaires que el mérito paciente
Tiene que devorar..... cuando una daga,
Siempre á su alcance, libertarle puede
Y sacarle de afán?.....»

Esta briosa naturalidad de lenguaje en nada desdice de la incisiva energía del sublime dramaturgo británico.

¡Qué lástima que un hombre de tan claro y privilegiado entendimiento como Blanco haya vivido para el error y para el escándalo, y haya quedado en la historia como triste y doloroso ejemplo de los abismos en que pueden caer aquellos que se dejan arrastrar por una imaginación osada y mal regida, sin el contrapeso de la razón y el firme asiento de la conciencia!

Esta falta de equilibrio y concierto entre las facultades morales é intelectuales no produce más que seres desdichados y perniciosos, que, sin ideas bien asentadas y sin sentimientos elevados y gene-

rosos, nacen para su propio daño y para el de la sociedad misma, á la cual turban y corrompen con la venenosa seducción de su pervertido talento.

Blanco fué una de las víctimas de esta monstruosa anarquía del pensamiento. Su vida fué una serie de contradicciones y de escándalos. Ferviente católico; escéptico volteriano; sañudo adversario de la Santa Sede y hasta del cristianismo; enemigo violento de su patria y defensor de los españoles rebeldes de América; ya *tory*, ya *whig;* unas veces ardoroso partidario, otras encarnizado enemigo de la causa irlandesa; ora activo sectario del *anglicanismo*, ora su acérrimo impugnador por haber adoptado el odioso *unitarismo*.

Sostuvo todas estas causas y doctrinas, contrapuestas, con igual pasión y enardecimiento, y también (no puede negarse) con igual ingenio; pero como su fuerza, fundada en la fantasía y en la soberbia, era deleznable y efímera, el edificio de sus falsas convicciones se desplomaba á cada instante, no pudiendo menos de quedar en el fondo del alma de aquel inseguro filósofo y teólogo la angustia insoportable de la inconsistencia en sentimientos y en ideas, y la vergüenza de resultar siempre apóstata de sus propias apostasías.

Su hostilidad incesante á la Iglesia católica llegó hasta los confines de la maldad y del desvarío. Bien veía que la incontrastable esencia, la poderosa organización y la fuerza tradicional del catolicismo ha-

cian imposible la destrucción del Pontificado; pero su ojeriza á la que él llamaba la *Iglesia de Roma*, tomó en su ánimo carácter de incurable manía. Atacaba á la religión católica, no sólo en escritos especiales, como el *Preservativo..... contra el Papado* (1), sino también en libros amenos como sus *Letters from Spain*, que le abrieron el camino de la celebridad, y en las cuales, al paso que sobresale su ingenio observador y descriptivo en la pintura de las costumbres españolas del tiempo poco venturoso de Carlos IV, zahiere y vilipendia á los católicos, y presenta á su patria, con manifiesto encono é injusticia, como un país donde sólo descuellan la superstición y la barbarie.

El trastorno moral que acarreó al mundo el vértigo revolucionario de Francia, no basta á explicar la violenta evolución de principios y de conducta que llevó por funesto camino la vida de Blanco. Su temperamento, aunque nacido de dos nobles razas, la hibérnica y la andaluza, producía en él arrebatos de carácter y ardientes pasiones mundanas, que nunca supo dominar. De creer es que, el verse con tres hijos, cosa que causaba desautorización y afrenta á su sagrada investidura sacerdotal, contribuyó poderosamente al desaforado desarrollo de sus aviesas tendencias nativas y al voluntario extrañamiento

---

(1) *The Poor Man's Preservative against Popery.* (Tres ediciones.)

de su patria, donde familias y amigos le habían dado continuos testimonios de entrañable afecto y de indulgente estimación.

Ya en campo libre, y exasperado acaso por el amargo recuerdo de su ingratitud y de sus faltas, se lanzó con temerario espíritu á la polémica de los más aventurados problemas de las doctrinas del protestantismo y de la filosofía escéptica; y hubo de parecer extraño ver engolfarse en arduos estudios teológicos y exegéticos á quien en nada creía, y llevaba por luz principal en sus enredadas lucubraciones la de su fantasía extraviada y la de su ardorosa soberbia. Su propia exageración y sus inconsecuencias desvirtuaron sus obras y descontentaron á sus parciales (1).

En suma. Las obras de Blanco, aunque rebosan en muchas de ellas luminosa imaginación, saber filológico y gusto literario, no son de aquellas que se imponen á las generaciones venideras por el carácter perenne de superior y fascinadora belleza, ni por la grandeza y lógica profundidad de trascendentales doctrinas. Son glorias secundarias, de las que el tiempo inexorable arrebata y devora.

Hoy casi nadie las conoce, y, al hablar de su autor, se despierta involuntariamente la acerba me-

---

(1) Esto se ve patente en la especie de autobiografía de Blanco, publicada en Londres por Jhon Hamilton Thom, 1845, con este título: *The Life of the Rev. Joseph Blanco-Wite, written by himself*, etc.

moria de un hombre de grande entendimiento, que, en vez de brillante campeón del progreso moral de la humanidad, fué mal sacerdote, mal español, mal hijo y mal cristiano.

Lo repetimos: ¡lástima que errores y pasiones mal reprimidas hayan malogrado para el bien una capacidad intelectual tan privilegiada!

Blanco pudo ser una verdadera gloria de su patria; pero es forzoso colocarlo, como á Marchena, entre aquellos brillantes y maléficos escritores que la posteridad admira y aborrece (1).

Recordemos ahora á varios poetas que, aunque arrastrados, en sus creencias y en sus impulsos morales, por el ímpetu de las ideas francesas de la revolución, conservaron vivos los sentimientos tradicionales de la nación, y no arrancaron de su corazón, como *Marchena* y *Blanco*, el amor de la patria.

Resplandecía por aquellos días el nombre de *don*

---

(1) Hemos añadido algunas observaciones al juicio de Blanco que publicamos en la primera edición de esta HISTORIA (1869). Tenemos que limitarnos al examen del mérito y carácter del poeta, y aun del hombre en cuanto puede influír en sus concepciones literarias.

Mas el que desee conocer á fondo las temeridades dogmáticas de Blanco, y sus conexiones y polémicas doctrinales con filósofos y teólogos protestantes de su tiempo, debe leer el rápido, pero nutrido y precioso estudio que del audaz heterodoxo sevillano hace el señor D. Marcelino Menéndez y Pelayo en el tomo III de *Los Heterodoxos Españoles* (1881).

Joaquín Lorenzo Villanueva, sacerdote de ánimo inquieto y mal disciplinado. Aunque menos profundo y menos investigador que su hermano D. Jaime, autor del *Viaje literario á las iglesias de España*, era instruído y agudo, y uno de los removedores de las letras y de la política, que si no alcanzan á dejar á su país monumentos de verdadera gloria, contribuyen al sacudimiento de ciertas ideas, que, cuando no salen del cauce de la razón, suelen en momentos determinados sacar á las naciones del letargo moral que embarga y tuerce sus facultades naturales.

Cultivó la poesía, porque quiso abarçar con ambicioso anhelo todos los ramos de la literatura; pero sus laureles de poeta se marchitaron muy en breve, y la posteridad habría acaso olvidado su nombre sin el rumor de escándalo que llevó tras sí en su azarosa vida, en parte por los vaivenes de su época, en parte también por las tendencias descaminadas de su carácter. Primero, calificador del Santo Oficio de la Inquisición; después tachado de jansenista, y más adelante rechazado por la Santa Sede cuando le nombró el rey Fernando VII ministro plenipotenciario en Roma, fué *Villanueva* imagen viva de aquellos tiempos de contradicciones y trastornos. Adoptó con vehemencia las ideas innovadoras que iban entonces cundiendo por todos los ámbitos de Europa, y su vida siguió, como era inevitable que aconteciera, las tristes vicisitudes políticas de aquel periodo de desasosiego y de turbación. Arrastrado

por las ilusiones engañosas del espíritu reformista, se lanzó sin restricción y sin prudencia en la aventurada empresa de enlazar las libertades canónicas con las libertades políticas, y atacó, en no escasa parte, las potestades eclesiásticas. Llevado de su fogosa índole, fué de aquellos por fortuna raros sacerdotes que prefieren á la calma de su sagrado ministerio la agitación de la vida política. Después de haber sido dos veces diputado á Cortes, emigró á Inglaterra, donde pasó los últimos años de su vida. Allí publicó, en 1825, una interesante autobiografía, con el título de *Vida literaria de D. Joaquin Lorenzo Villanueva*. Aunque llama *literaria* á la historia de su vida, esta obra pertenece, más que á las letras, á las polémicas políticas y religiosas de su época. En esta animada relación de sucesos contemporáneos se presentan sin disfraz el carácter, el ingenio y las preocupaciones del autor. Es un libro curiosísimo, muy importante para la inteligencia de la historia literaria, eclesiástica y política de España, en la era que siguió á la revolución francesa.

La audacia de sus opiniones y el carácter desenfadado ó agresivo de sus escritos, suscitó á *Villanueva* impugnadores y enemigos, que le causaron acerbos sinsabores. El más inflexible y tenaz de estos impugnadores fué el Dr. D. Antonio Puigblanch, compañero suyo de emigración, autor de *La Inquisición sin máscara*, hombre de escaso gusto, si bien de extensa erudición. En su prolija, pero cu-

riosa obra titulada *Opúsculos gramático-satíricos*, publicados en Londres, con pretexto de defenderse de *Villanueva*, ataca reciamente, lastimándolas cuanto puede con las armas de la sátira y de la invectiva, así las obras como la persona del doctor valenciano.

La saña de los literatos ofendidos no se amansaba ante la fraternidad de la emigración. Las variaciones de opinión hacían, en verdad, á veces, á *Villanueva* sobrado vulnerable. Por ejemplo, cuando, por los años de 1812, escribía en Cádiz *El Jansenismo, dedicado al filósofo rancio*, ¿quién habría reconocido en su autor á aquel defensor celoso del espíritu nacional, en lo tocante á la religión y á la política, que en 1793 publicaba en la Imprenta Real el entonces famoso *Catecismo del Estado según los principios de la Religión*, sin más objeto, según sus propias palabras, que el de preservar á España del contagio de la revolución francesa?

Estas inconsecuencias no son ni pueden ser raras en épocas de renovación y trastorno. Abandonadas las doctrinas antiguas, mal definidas las doctrinas nuevas, como que aun no han pasado por el crisol de la experiencia, suele hoy verse un campo de gloria donde ayer se veía un abismo.

Cuando, á los veinticinco años de edad (1783), publicó *Villanueva* su traducción en verso del *Poema de San Próspero contra los ingratos*, declaró que, á pesar del buen éxito de esta obra, estaba resuelto

«á hacer frente á la vocación de poeta». Cuerdo anduvo en ello el fácil y abundante prosador, pues carecía de verdadero estro poético. Sin embargo, muchos años después, confinado al convento de la Salceda por aquel famoso decreto de 15 de Diciembre de 1815, que fulminó las penas de presidio, reclusión y destierro contra Martínez de la Rosa, Argüelles, D. Juan Nicasio Gallego y otros ilustres patricios, recobró su amor á las dulces emociones de la poesía. «Entre aquellos peñascos (escribe él mismo en su citada obra) volvió á prender en mi ánimo el fuego poético, que desde mi mocedad había estado envuelto en cenizas. Con rayar ya entonces en los sesenta años, salieron de mi mano composiciones muy vivas y amenas, de que llegó á formar cuatro volúmenes cierta persona á quien las iba enviando.»

Frisaba *Villanueva* en los setenta años cuando estampaba estas palabras, en que tan desembozado se presenta el engreimiento del poeta anciano. Las poesías, publicadas en Dublín, no carecen de vehemente entonación, de ingenio y de sabor castizo castellano. Era *D. Joaquín Villanueva*, así como su hermano D. Jaime, consumado hablista, y con razón le había admitido en su seno la Academia Española antes de que cumpliese treinta y cinco años; pero la continua lectura de antiguos escritores lo había familiarizado de tal modo con el lenguaje arcaico, que, acaso involuntariamente, atesta sus versos de extrañas vo-

ces y extravagantes y anticuados idiotismos. ¿Y qué ha de parecer una poesía, aunque abunde en bellos pensamientos, que no puede leerse sin tener á mano diccionarios y glosarios? Lo que es en realidad: una poesía hija del estudio, y falta, por consiguiente, de naturalidad y de hechizo.

Poco tiempo antes de su muerte, á pesar de la fortaleza que le infundían siempre las tareas literarias para sobrellevar los sinsabores de la vida, y á pesar también de la admiración que le inspiraba la nación inglesa, emponzoñaban su ánimo el recuerdo de la patria y las amarguras del aislamiento. «Hállome (escribía en su citada obra) abandonado de mi patria sin crimen, y expuesto á las calamidades de un espontáneo extrañamiento.»

Otro escritor, animado por el espíritu independiente de su época, pero que no amenguó por ello sus sentimientos patrióticos y religiosos, es el poeta gaditano *D. José de Vargas y Ponce.*

Pocas cosas demuestran tan claramente el carácter inseguro y antojadizo del gusto literario en las épocas de transición, como la gloria efímera de ciertos escritores. A excepción de varios críticos y eruditos, ¿quién recuerda hoy día los versos de algunos poetas, cuyo nombre gozaba, en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del presente, de celebridad honrosa y lisonjera? *Vargas y Ponce*, el distinguido marino y académico, es uno de estos ingenios olvidados. El público de la era presente

ignora que este español insigne fué en su tiempo muy estimado y aplaudido por su laboriosidad, por su patriotismo, por su talento y hasta por su humor cáustico y festivo. La historia literaria, al paso que debe permanecer insensible á ese lustre y á ese entusiasmo pasajero que ofusca y avasalla á los contemporáneos, cumple su misión útil y gloriosa resucitando, por decirlo así, nombres á veces con notable injusticia olvidados, y aquilatando el valor verdadero, absoluto ó relativo, de las obras del arte ó del ingenio, que casi siempre encierran una significación moral histórica, que no es dable desatender. Por eso nos complacemos ahora en consagrar un somero estudio al carácter y al talento poético de *Vargas y Ponce*, que sus amigos llamaban simplemente, con intención familiar y afectuosa, *el poeta Vargas*.

Compartió su vida entre la marina, las letras y la política. Pero las letras fueron siempre su vocación dominante. En la marina se distinguió como oficial labcrioso y brillante, y para la *Biblioteca de marinos ilustres* escribió la *Vida del Marquès de la Victoria* y la de *D. Pedro Niño*. En aquellos tiempos caminaban con lentitud las carreras públicas, y *Vargas Ponce*, á pesar de sus grandes merecimientos, subió poco en el distinguido cuerpo á que pertenecía. No pasó de capitán de fragata.

Como diputado, en 1813 se distinguió únicamente por su adhesión á la constitución política

promulgada en el año anterior. Era liberal de sano instinto, y en la inexperiencia política de aquel tiempo, sólo á muy pocos fué dado columbrar los defectos trascendentales que encierra aquel famoso código constitutivo. Vivió obscurecido desde el momento en que fué derrocado el sistema constitucional, hasta el restablecimiento del mismo en 1820. Volvió á Madrid, nuevamente elegido diputado á Cortes. Individuo de las Academias *Española*, de la *Historia* y de la de *Nobles Artes*, querido de todos por su dulce y ameno carácter, y respetado por su saber y por su fama, le esperaba acaso la época más apacible y regalada de su vida. Pero le sorprendió la muerte al comenzar el siguiente año de 1821, el mismo en que murió Marchena. Su último escrito fué la *Vida de Ercilla*.

Pocos han empezado la vida literaria con más venturosos auspicios. Cuando la Academia Española, después de premiar el *Elogio de D. Alfonso el Sabio*, abrió el pliego que contenía el nombre del autor y proclamó que era obra de un guardia marina, mozo de veinte años, la admiración fué general. La crítica no pareció muy vigorosa ni muy profunda; pero el estilo, aunque aliñado y artificial en demasía, era elegante y sentencioso, y el éxito de la obra fué extremadamente lisonjero. De allí en adelante escribió mucho, porque era infatigable en el trabajo, y las letras fueron para él deleite en la ventura y consuelo en la adversidad. Mas ya no

volvió á lograr un triunfo semejante al que había alcanzado en los albores de la juventud. Fuera de la oda *Al nacimiento de los infantes gemelos*, obra infeliz de la inexperiencia (1783), de la tragedia *Egilona*, y de alguna otra composición de asunto grave, las obras poéticas de *Vargas* fueron siempre de carácter festivo y familiar. Las más conocidas eran las sátiras *El Peso-duro* y la *Proclama de un solterón*, que fueron traducidas al francés. Empezó *Vargas El Peso-duro* en Cartagena, antes de 1790, y no se decidió á continuarlo hasta 1806. Después de impreso el primer canto de este poema, emprendió la composición del segundo canto; pero, ó no quiso terminarlo, ó le arredró la indiferencia con que fué recibido el primero; lo cierto es que no llegó á ver la luz pública.

Vargas, como poeta, fué tratado con áspera, si bien merecida, severidad por sus contemporáneos. Forner, Huerta, Jovellanos, Miñano y otros no le escasearon, ya amistosas advertencias y censuras, ya amargas diatribas y aun violentos ataques. Su laboriosidad (1), sus nobles prendas y su festivo in-

---

(1) El lectoral de Cádiz, D. Antonio Manuel Trianes, varón doctísimo y amigo de *Vargas*, formó el catálogo de las obras impresas y manuscritas de este escritor. Añadiendo al catálogo algunas que en él faltan, no baja de sesenta y seis el número de los escritos del insigne marino gaditano. (Véase el *Diccionario de personas célebres de Cádiz*, por D. Nicolás María de Cambiaso, 1829).

genio le granjearon, no obstante, el general aprecio.

No podría formarse cabal idea de la agresiva violencia con que algunos de aquellos literatos se ensañaron con *Vargas,* si no estampáramos aquí muestras de aquellas recias acometidas. Lo hacemos de buen grado, porque estas muestras patentizan la destemplada intolerancia que reinaba por aquellos tiempos en las letras de nuestra patria.

Forner, en su obra *La Corneja sin plumas*, se entretiene en probar, comparando textos, que el enfático libro de *Vargas, Declamación contra los abusos introducidos en el castellano*, es, en su mayor parte, una serie de plagios de Mayans, de Aldrete y del autor del *Diálogo de la lengua.*

«¿Quién (dice) no abominará á Voltaire, que, después de haber imitado la *Mérope* del gran Maffei, enmascarado ruinmente, criticó con impía ferocidad la misma obra que le había servido de modelo? ¿Quién no lee con ceño á Aristóteles cuando le ve comentar las doctrinas de su maestro, y después morderle y roerle las opiniones con sequedad poco menos que bárbara? Y si esta conducta desagrada tanto en hombres de superior mérito, ¿qué será cuando un pigmeo, un literatillo, cuyo bulto apenas se divisa, ahuecando la voz y pugnando para empinarse, exhala bravatas campanudas, cabecea con ceño hosco, y brota su tufo de colerilla chillona en el tablado de un librote zurcido malamente de retales, tal vez de aquellos mismos á quienes piensa lastimar y ofender? Pues no hay duda: tal es la calidad del librote que á fines de 1793 salió á correr mundo con el título de *Declamación contra los abusos introducidos en el castellano, presentada y no premiada por la Academia Española, año de* 1791. *Síguela*

una disertación sobre la lengua castellana, y la antecede un diálogo que explica el designio de la obra.

Esta rara mezcolanza de declamación, diálogo y disertación; este guisote de bodegón literario; este almodrote, que empieza en conversación, sigue en misión y remata en gaceta.....; ya en estilo de botarga, ya magnífico y de estampido, ya didáctico y pedantesco; este libro no es libro, ni obra, ni diatriba, ni sintagma (1), ni cosa que se parezca á nada de lo que con algún título se ha escrito hasta aquí, porque en el diálogo es pura habladuría, en la declamación pura afectación y remedo de frases ya caducas y rancias, y en la disertación puro, ó por mejor decir, impuro robo, rapiña patente, pillaje abominable, hurto y usurpación vergonzosa. Búsquese en los anales de la literatura un monstruo que se parezca en un solo lineamento á esta producción del memorable siglo XVIII.»

En el año de 1820 publicó *Vargas* en Madrid una sátira en verso con este título, que indica su intención: *Los ilustres haraganes, ó apología razonada de los mayorazgos.* Juzgando esta obra de circunstancias, dice *El Censor* del 21 de Octubre de aquel año, en una carta de *El Madrileño* (2):

«Lo primero que vieron mis ojos fué una octava que le sirve de epígrafe, tomada de aquel detestable poema de antaño llamado *El Peso-duro.* Bien conocí desde luego que quien se atreve á tomar por texto un trozo de la obra más estúpida que han conocido los siglos, no podía menos de tener los sesos hechos suero..... Todavía hay escritores

---

(1) Tratado metódico. *Sintagma* tituló Gassendi una obra suya sobre la filosofía de Epicuro.

(2) *Don Sebastián Miñano.* Solía ocultar su nombre, firmando, ya *El Madrileño*, ya *El Holgazán.*

capaces de competir en lo necio con el mismo autor de *El Peso-duro* y de la *Egilona*.»

Aunque por instinto y costumbre, más coplero que verdadero poeta, no merecía *Vargas*, por cierto, tan desmedida acritud y dureza. Era uno de aquellos literatos de vocación sincera, ingeniosos, perseverantes é instruídos, que por no saber comprender su aptitud especial, abarcan, con menos fuerza que ambición, todos los ramos de las letras, y no alcanzan, por lo mismo, á dejar en ninguno de ellos rastros de verdadera luz. Dotado de claro entendimiento y de imaginación movediza y amena, si no fecunda y creadora, no quiso limitarse á cultivar la prosa, en la cual sobresalió desde edad muy temprana, y no tardó en caer en la tentación de penetrar en los elevados espacios de la poesía. Pero, aunque lleno de ingenio lozano y zumbón, carecía de verdadero estro poético. Por eso brilló únicamente en el género satírico y festivo, desluciendo no poco sus agudos chistes con los rasgos chocarreros de que están sembradas sus poesías.

Del *Peso-duro*, calificado, como se ha visto, de *obra estúpida* por desabridos críticos, sólo ha llegado á nuestras manos el primer canto (1). No sobresale

(1) Impreso en Madrid, en 1813, en la imprenta que fué de Fuentenebro.—Hemos buscado el manuscrito del segundo canto en las colecciones de los principales bibliógrafos de Madrid. Hemos escrito con el mismo objeto á nuestros amigos de Sevilla y Cádiz. Todo en balde.

ciertamente ni por el aticismo poético, ni por la claridad y el orden de la narración. Sólo pueden ser leídas sin enfado algunas octavas, como aquellas en que recuerda el *Peso-duro* las imprecaciones de una negra de Angola, esclava de un minero del Perú, que ha visto morir á su hijo, víctima de un hundimiento de la montaña, ó algunas dos ó tres más, en que campean el ingenio travieso y á veces mordaz de *Vargas*.

He aquí las octavas:

> Cabe una gruta de codicia insana,
> Cavada por sacar oculto oro,
> Sed insaciable de la raza humana,
> Alaridos sentí y amargo lloro.
> Con rabia mujeril, atroz y vana,
> Bramaba, cual herido y fiero toro
> Que se azota los cuernos con la cola,
> Una atezada hija del Angola.....
> . . . .
> . . . .
> ....Un hijo desdichado
> Perdió á su vista ; con la pena y saña,

Hemos adquirido la convicción, después de hablar con personas que intervenían por aquel tiempo en la citada imprenta, que el segundo canto del *Peso-duro* no llegó á darse á la estampa. Fernán Caballero nos escribió con este motivo lo siguiente, desde Sevilla:

«No hay biblioteca pública y particular, librería y baratillo en que no se haya buscado el segundo canto; pero nada: todos creemos aquí, como usted, que no fué impreso, pues la parte final del primero no creo seduciría á nadie para leer el segundo.»

Frenética la madre se mordía,
Y así fiera y demente maldecía:
«Mal haya de aquel príncipe tirano
Que en mi nativa Angola me vendiera,
En vez de padre, mercader villano,
No mi defensa, mi verdugo fuera.
La sordidez mal haya del britano,
Que en maldad que conoce, persevera,
Y para despoblar mi triste playa
Huye su esposa y surca el mar: ¡ mal haya!
»Y tú, hipócrita vil, que en blandas voces
Mi ánima ciega dices iluminas,
Predicándome un sér que desconoces,
Tu Dios no siendo sino viles minas,
Plegue al destino cuitas tan atroces
En ti se ceben; llores tus ruïnas
Desolado cual yo, sin dulce hijo,
Sin tu patria y tu Dios.» Así maldijo.

Al pasar la Estigia el *Peso-duro*, encuentra diferentes vicios de la sociedad humana, con satírico y mal intencionado espíritu simbolizados:

Por allí á comisión grave y secreta,
Mintiendo tocas ó disfraz humano,
Iba el *Embuste* en manto de alcahueta,
La *Trampa* de alguacil, su vara en mano;
El *Temor* como esclavo con su jeta,
La *Embriaguez* de cochero simoniano,
La *Insolencia* con haldas de estudiante,
Y la *Inutilidad* como maestrante.
La *Soberbia* se puso de golilla,
La *Avaricia*, ¡ bribona! de sotana,
Ira sin naguas fuera nao sin quilla,
Lujuria de basquiña gaditana;
La *Gula*, por supuesto, con capilla,
Envidia con refajo de villana;

De puro inerte sin disfraz, ¡oh hallazgo!
La *Pereza* salió de mayorazgo.
La *Discordia* de suegra tomó el as,
La *Ignorancia* de médico el envés,
La *Locura* de músico el compás,
La *Fatuidad* los aires de marqués;
Al *Descaro* el cordón le vino al ras,
De bolero el *Desorden* buscó pies,
El *Chisme* fué muy hueco con monjil,
Y de fraile y mujer vicios cien mil.

También merece citarse aquella octava en que el *Peso-duro*, recordando que el avaro minero de Lima lo sepultó en una talega, exclama:

De mi estrecha prisión el tiempo ignoro.
Eterna noche, sin la luz del día,
Y de un propio color la plata y oro
Me hicieron larga y zonza compañía.
Lo mismo son carbones que tesoro
Á sordidez que los soterra impía;
Si en ocultarlo su placer encierra,
¿No estaba más oculto bajo tierra?

Vargas ejercitaba singularmente su ingenio en la activa correspondencia que seguía con sus innumerables amigos aficionados á las letras. Se complacía muy especialmente en esta familiar tarea, que cuadraba del todo á la amenidad de su índole. Muchas cartas suyas se conservan todavía, y en casi todas ellas se advierte la especie de fruición con que se entregaba sin tasa, y muy á menudo con gusto poco acrisolado, á su carácter expansivo y chancero.

En verso escribió, además de las sátiras, en afectado estilo, la tragedia titulada *Egilona*, que le aca-

rreó una reprensión amigable de Jovellanos, «por malgastar el tiempo en cosas para las cuales no era su ingenio» (1). También compuso abundante copia de poesías fugitivas, inspiradas las más veces por circunstancias de carácter íntimo. El inexorable Huerta llamaba á estas poesías hijas de genialidad jovial, y no de inspiración, *mentecatadas de Vargas* (2). Solía éste intercalar en sus cartas versos festivos y ligeros. De ellos tenemos algunos á la vista, los más de carácter burlesco, escasos de buen gusto y de elegancia, pero no de donaire y de satírico desenfado. Su fama como poeta fué, como debía ser, pasajera. Aunque insigne *humanista*, y hombre de ingenio original y agudo, no supo remontarse nunca en alas del sentimiento y de la fantasía, y no mereció en verdad elevado puesto en los campos gloriosos de la verdadera poesía.

El poema de *Vargas*, que no debe quedar sepultado en el olvido, es la sátira titulada *Proclama de un solterón*, única, entre sus obras, digna de sobrevivir al simpático marino en la opinión severa de la posteridad. Don Juan Nicasio Gallego enmendó con su elegante y correcta pluma algunos pasajes; D. Félix Torres Amat (que corrigió las pruebas) advirtió, por su parte, algunas imperfecciones de

---

(1) Papeles del Sr. D. Martín Fernández de Navarrete.

(2) Idem.

lenguaje (1); y si, después de haber pasado por el crisol de las correcciones de ambos ilustres académicos, quedan todavía en la *Proclama* algunos rasgos de gusto sobrado libre y chocarrero, no puede negarse que está escrita con seductor desembarazo, y que rebosa en esta obra la sal de la sátira verdadera.

Otro poeta, el caballero alavés *D. Pablo de Jérica*, amigo de Moratín, Gallardo y otros literatos de nota, debió su fama, que la posteridad no ha consagrado, más bien á sus opiniones liberales y á las persecuciones políticas de que fué objeto, que á su talento literario. Pobre imitador de los poetas salmantinos, sólo demostró algún ingenio en fábulas, cuentos jocosos y epigramas, no siempre faltos de agudeza, pero sí de intención moral, fecunda y elevada. Como constitucional fervoroso, fué en 1814 desterrado al presidio de Melilla por diez años y un día. Pudo evitar el golpe emigrando á Francia en compañía de varios deudos y amigos suyos. Ya seguro en tierra extranjera, burlábase de la persecución en estos versos:

Bien pudiera, como Ovidio,
Llorar también mi destierro,

(1) El sabio obispo de Astorga refiere (en el Apéndice á la Vida del Arzobispo de Palmira, su tío) que, al corregir las pruebas de la donosa *Proclama*, hizo notar al autor algunas voces, que por anticuadas, oscuras ó formadas de nuevo, deslucían el lenguaje.

Aunque no estoy en Melilla,
Sino en París, salvo y bueno.
 Mas, en vez de escribir *tristes*,
Escribiré alegres versos:
Con Demócrito me entierren,
Que á Heráclito le prefiero.....
 Y no hay más patria en el mundo
Que vivir libre y contento.

Con un alma poco entera y sufrida, y prendado además de la civilización francesa, no pudo *Jérica* sobrellevar con paciencia los amargos sinsabores que le acarrearon los trastornos políticos de la nación. Sus sentimientos de español se entibiaron, y el antiguo patriota acabó por tomar carta de naturaleza en Francia.

El sesudo y laborioso escritor alemán Fernando Wolf daba harto subido valor á las poesías de *Jérica*. Se pagaba demasiado del desenfado y de la soltura de este escritor mediano, al paso que confesaba sin dificultad que carecía de vigor y de originalidad.

Don Cristóbal de Beña, educado con las ideas políticas y literarias de los últimos años del siglo XVIII, era hombre de vivo y clarísimo ingenio. Versificaba con soltura y gala: Don Angel de Saavedra, después Duque de Rivas, le trató íntimamente en Cádiz, por los años de 1812, y de sus labios hemos oído muchas veces los triunfos que allí alcanzó *Beña* como poeta repentista. Tres sonetos suyos, improvisados, conservaba el Duque en la memoria, y por cierto que justifican cumplidamente el aplauso que alcanzaban

en Cádiz los versos de *Beña*. He aquí uno de ellos, notable en verdad por la energía y la sencillez de la expresión, y por la claridad con que en él se reflejan el encono que inspiraba en Cádiz la invasión francesa, y la ira que produjo la primera moneda que llegó allí con la efigie de José Bonaparte:

SONETO.

De las Españas y las Indias rey
Se titula en su busto el baladrón,
Por llamarse no más Napoleón
Y mandar de asesinos una grey;
Mas quiebra de verdad la eterna ley
En darse ese dictado fanfarrón,
Pues no le pertenece ni un terrón
De los que arando rompe el tardo buey.
No importa, no, que pérfido cincel
Una en su escudo el águila imperial
Con los leones que se burlan dél,
Y con la insignia de Aragón fatal:
La patria mía borrará con hiel,
De unión tan execrable aun la señal.

Era *Beña* liberal de buena fe, como casi todos los de aquel tiempo, y siguiendo el impulso literario que había nacido en el reinado de Carlos III, y duraba todavía, dióse á escribir fábulas, que era uno de los ramos más corrientes de la literatura al uso. Para prestar colorido original á un género tan manoseado, dió á sus fábulas objeto *político*, como Iriarte había dado á las suyas objeto *literario*. Las *fábulas políticas* de *Beña* fueron tasadas por la opi-

nión de la gente ilustrada en más de lo que en realidad valían. Abogaba por ellas el espíritu liberal que las había inspirado, y á más de su mérito real, resplandecía en las fábulas principalmente el mérito aparente de que reviste fácilmente á las obras de ingenio y arte el entusiasmo pasajero de las circunstancias. Ahora, que han pasado las ilusiones de aquel tiempo, las celebradas fábulas de *Beña* parecen lo que son: obras medianas, en que el fin político se reduce á máximas triviales, que el autor no sabe realzar siquiera con la novedad de los argumentos y la perfección de la forma. El lozano versificador ha decaído, y la originalidad es tan escasa, que, si bien con aplicación moral diferente, asoman en el fondo de algunas fábulas los pensamientos de Iriarte y Samaniego. La titulada *El Escoplo, el Mazo y el Carpintero*, recuerda, empobrecida, la idea de *El Pedernal y el Eslabón*, mientras que *Las Ranas y el Sapo* es una imitación poco feliz de *Las Ranas pidiendo rey*. Entre las pocas que pertenecen completamente á *Beña*, hay una, *La Escalera de mano y el Farolero*, digna de especial mención por lo ingenioso y sencillo del pensamiento fundamental.

Beña escribió muchos versos líricos inspirados por el impulso de la libertad (1). Hoy han perdido

(1) Las más de estas poesías se publicaron en Londres, con este título: *La Lira de la libertad* (1813).

el transitorio encanto que les dieron las circunstancias históricas del tiempo en que fueron escritas. Su valor literario es cortísimo. Distan mucho de la elocuente energía que sabe dar *Quintana* á la expresión de los grandes sentimientos de la patria.

No debemos olvidar por completo, como la posteridad lo ha olvidado, al honrado patricio y mediano escritor *D. José Mor de Fuentes*, cuyo nombre ha sonado en la prensa durante medio siglo, sin que el rumor de la celebridad, que fué grande, llegase á ser nunca para él, el rumor de la gloria. De ánimo inquieto, emprendedor y laborioso, y empleando en todo su obstinación aragonesa, abarcaba con laudable, pero extraviada ambición ramos del saber diferentes é inconexos. Historia, política constitucional, filosofía, agricultura, crítica literaria, novela, poesía épica, poética, comedia, sainete, poesía lírica en varias lenguas; estos y otros diferentes géneros científicos y literarios eran otras tantas tentaciones en que caía con sobrada facilidad el incansable *Mor de Fuentes*. En todas sus obras hay rasgos de talento y prendas estimables; pero su gusto no se formó nunca. Ni su carrera de ingeniero de marina, ni su autoridad de escritor, llegaron á sazón verdadera. Aunque hablista abundante, su estilo suele ser afectado, y su lenguaje adolece siempre de desigualdad, y á menudo de extravagancia y artificio (1).

(1) Su traducción del *Werther*, de Goethe, está hecha

En edad muy avanzada (74 años) publicó en Barcelona una relación autobiográfica (1), en la cual, al paso que con el más candoroso engreimiento se colma de alabanzas, trata con rigor implacable á muchos personajes esclarecidos de nuestra nación. Para *Mor de Fuentes*, el ilustre y sesudo hombre de Estado Conde de Floridablanca no fué sino un *hombre en extremo superficial y aun ignorante;* en Cienfuegos, á quien en 1796 había confiado la corrección de sus poesías antes de darlas á la estampa, no ve ya más que *desentonos estrambóticos* y *lenguaje ramplón, bronco y enigmático;* las comedias de Moratín son, en su juicio, unos *sainetes largos, salpicados de dichitos más ó menos oportunos, que solía ir á recoger entre las verduleras;* llama á Salvá *sandio* y *criticastro*, y á su célebre gramática, *un fárrago* y *una valencianada* (2); califica á D. Juan Nicasio Gallego de *galleguísimo;* del admirable *D. Alvaro*, del Duque

---

directamente del alemán, en el lenguaje más enredado y extraño que imaginarse puede.

Mor de Fuentes se atreve hasta á inventar palabras como *ayertar* por *helar:*

Ora mi triste corazón *ayerta.*

(*Poesías varias;* imprenta Real, 1796.)

(1) *Bosquejillo de la vida y escritos de D. José Mor de Fuentes*, delineado por él mismo (1836).

(2) Estaba muy ofendido de estas palabras de Salvá:

«Vargas Ponce y Mor de Fuentes carecen de fluidez, particularmente el segundo, que es de una dureza insoportable.» (Introducción á la *Gramática.*)

de Rivas, dice que es *un comedión de Pedro Bayalarde;* el estilo de Martínez de la Rosa es, á sus ojos, *el yerto prosaismo del chusco Martinez;* la elevada poesía de Quintana, *altisonante jerigonza, alternada con renglones rastreros;* y por último, la inspiración ideal de Lamartine, *los yertos sollozos del poeta llorón.* Sólo Rosa Gálvez y Meléndez Valdés hallan gracia ante el tremendo tribunal del inexorable y atrabiliario crítico.

Las prendas y defectos del alma asoman siempre en las obras del arte ó del ingenio. *Mor de Fuentes,* hombre de corazón noble y generoso, empañaba y aun esterilizaba sus estimables cualidades con su desmedida soberbia literaria. La intolerancia y el desabrimiento que se advierten á cada paso en su autobiografía, no eran sólo achaques de la edad cercana al término de la vida, en que se ven las cosas sin el embeleso de la ilusión, que las colora y engrandece; era el amor propio, que cegaba á *Mor de Fuentes* hasta despojar su entendimiento de toda justicia y de toda indulgencia. Su vida literaria está sembrada de rasgos visibles de este deplorable impulso moral (1). En suma, en *Mor de Fuentes,* el

---

(1) Sirvan de ejemplo los siguientes, entre otros infinitos:

«No quise publicar mi poema *La Abatomaquia,* por no apesadumbrar á Quintana, pues algún pasagonzalo había de llevar.....»

. . . .

hombre valía más que el escritor; y en el escritor, más el narrador que el crítico y el poeta.

De poeta, en verdad, tenía muy poco. Nadie, sin embargo, ha abrigado con mayor fuerza y con menor fundamento la ilusión de que Dios le había dotado con pródiga mano del fuego sagrado de los grandes poetas. Por los años de 1833 á 1836 apremiaba en Barcelona al generoso é ilustrado editor é impresor Sr. Bergnes para que publicase la colección de sus versos, que era muy numerosa. *Mor* pasaba allí una vida llena de escaseces y penalidades, y Bergnes, condolido de aquella triste situación y de aquel tan estéril como inagotable entusiasmo, se prestó á publicar, y lo que es más, á pagar aquellas poesías, que nadie leía ni compraba. Esta condescendencia hubo de tener término; y *Mor*, acosado por la miseria, se retiró á su pueblo, Mon-

---

«Se me proporcionó leer la *Poética* de Martínez de la Rosa, recién impresa en París. Parecióme el poema vulgar en la doctrina y friísimo en la ejecución, con cuyo motivo concluí en cuatro ó cinco semanas otra *Poética* en doce cantos. En ella los preceptos van siempre material y formalmente acompañados del ejemplo.....»

. . . .

«Conocía á usted mucho, me dijo Godoy (el Príncipe de la Paz)..... Aunque la persona no venía, añadió con halagüeña sonrisa, me llegaban sus escritos. Y siguió en estos términos, casi requebrándome como á una Dulcinea, por donde inferí que no era Godoy tan irracional como suponíamos.» (*Bosquejillo de la vida y escritos de Mor de Fuentes.*)

zón, en donde residían parientes suyos acomodados. Pero el buen *Mor*, cuyo genio, excesivamente franco y satírico, se tornó, con los años, brusco, desabrido y sarcástico, se había hecho antipático á sus deudos y á sus paisanos, á los cuales ridiculizaba y ofendía. Nadie quiso recibirlo, y el pobre anciano tuvo que mendigar un asilo donde esconder su indigencia y su aislamiento. Lo encontró al cabo en casa de un sastre, casi tan pobre como él, que se condolió de tanta desventura; y aquel laborioso escritor, que algunas veces, no sin fruto y celebridad, había cultivado las letras en el espacio de más de medio siglo, murió, obscurecido y no llorado, sobre un mugriento jergón, en un desván miserable y desabrigado.





CAPÍTULO XVIII

INVASIÓN FRANCESA.—LÍMITE MORAL DEL SIGLO XVIII. —POETAS NACIDOS Y EDUCADOS Á FINES DEL MISMO SIGLO, QUE HAN ESCRITO EN EL PRESENTE SUS PRINCIPALES OBRAS.—ARRIAZA.—MAURY.—SOLÍS.—GONZÁLEZ CARVAJAL.—EL P. BOGIERO.—GALLEGO.—BURGOS.—SILVELA.—PÉREZ DEL CAMINO.—SOMOZA.—NAVARRO.—HIDALGO.—GALLARDO.—TAPIA.—POETISAS NOTABLES.—POETISA ANÓNIMA.—DOÑA ISIDRA DE GUZMAN, DOCTORA Y ACADÉMICA.—DOÑA MARÍA DE HORE.—SOR MARÍA HELGUERO.—DOÑA ROSA GALVEZ. —FIN DE LA HISTORIA.

Los siglos, en su espíritu, carácter é influencia, no terminan cuando, según las leyes convencionales de la cronología, se completa el período numérico de los años. El siglo XVIII, considerado en tal sentido, no acabó en el año de 1799. Sus tendencias y sus fuerzas morales, si bien algún tanto modificadas, viven todavía y vivirán largo tiempo en Europa. Sólo grandes acontecimientos, que alteran profundamente el sér de las naciones, pueden servir de límite moral en los anales de

cada una de ellas. En España, la invasión francesa de 1808 produjo un sacudimiento profundo en la vida del pueblo español y en el carácter peculiar de su antigua civilización, y puede tomarse prudencialmente por lindero entre los siglos XVIII y XIX. Por eso no juzgaríamos completa la reseña histórico-crítica de los poetas más notables del último siglo, si no agregáramos á los ya mencionados otros varios que han escrito en el presente sus principales obras, pero que, habiendo recibido las nociones fundamentales de su educación literaria en el siglo XVIII, á él pertenecen todavía por su estilo y sus principios. Sólo creemos deber excluir á algunos escritores, tales como el Duque de Frías, Rementería, Fernández Baeza, Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas, Gil de Zárate, Mora, Galiano y otros, que aunque formados con las ideas críticas de aquel siglo, entraron después, con mayor ó menor amplitud, en la esfera de las nuevas doctrinas literarias y de las tendencias privativas del siglo XIX.

Continuemos, pues, nuestra tarea.

Don Juan Bautista Arriaza es uno de los ejemplos más señalados de la distancia que media entre el ingenio y la poesía. Y no decimos esto en son de menosprecio, ni siquiera de indiferencia, con respecto á las obras de aquel hombre esclarecido. Cuando el ingenio llega á subir á una línea eminente, es imposible no otorgarle el tributo de admiración que se le debe, y no reconocer cuán varios y

diferentes son los caminos que Dios concede al entendimiento para alcanzar las palmas de la gloria.

Arriaza no tiene ardiente fantasía de aquellas que levantan el sentimiento á los espacios ideales; carece de la instrucción rica y variada que abre el campo de las ideas; tampoco tiene sensibilidad ni entusiasmo; no penetra en la esencia íntima de los sentimientos humanos; no se conmueve ante el hechizo de la naturaleza; es sordo al movimiento de la vida pública, al vaivén de las pasiones mundanas, á la imagen de la gloria patria. Es meramente un poeta *objetivo*, que se contenta con ridiculizar ó descubrir las impresiones superficiales, y que no sabe ó no quiere descender nunca hasta el fondo del alma, ni enardecerse con las grandezas del mundo moral, ni extasiar su mente con las maravillas de la creación. Sin embargo, grande es y merecida la fama de *Arriaza*, y sus poesías son de aquellas, bien escasas por cierto entre las de su tiempo, que se leen todavía con cierto deleite. ¿Cuál es, pues, su fuerza, cuál el secreto de ese hechizo de carácter general y duradero, que todavía se siente con la lectura de sus obras? Puede decirse que *Arriaza* no tiene más que una prenda esencial de poeta: el ingenio. Pero ese ingenio es fácil, natural, agudísimo, chispeante, y Dios se lo concedió á manos llenas. Poseía además, en grado eminente, cualidades secundarias, pero importantísimas: gracia y soltura en la dicción, des-

treza suma en el manejo de la rima. Las sátiras que escribía de obras dramáticas de su tiempo están llenas de vivo y natural donaire, y todavía, pasada la oportunidad que las inspiraba, no pueden leerse sin que asome la risa á los labios. Cuando *Arriaza* adivina y remeda con el ingenio los afectos tiernos ó heroicos que no siente, no encuentra imágenes grandes y atrevidas; y si alguna adecuada se le presenta al paso, no sabe hermanar con ella la expresión calorosa que brota espontánea de la inspiración verdadera. No pasa entonces de un versificador artificial y ameno. Cuando escribe ó improvisa, ya excitado por la alegría de un convite, ya movido por su índole satírica, ó ya por el espíritu de galantería de la elegante sociedad que lo colmaba de alabanzas, entonces está en su campo natural, y despliega todas las galas de su vena festiva y de su gran talento epigramático.

Aunque de índole excelente é inofensiva, *Arriaza*, como todos los que hacen profesión de chistosos, no se paraba mucho en lastimar á sus amigos con chanzas y con diatribas literarias. *Sánchez Barbero* gustaba poco de este su segundo apellido, y siempre procuraba que le llamaran simplemente *Francisco Sánchez*. Flaqueza ó manía, el hecho es, como ya en otro capítulo indicamos, que había cobrado aversión al apellido *Barbero*, el cual acaso le parecía calificativo de humilde ralea. *Arriaza*, con motivo de la tragedia de Sánchez, titulada *Coriolano*, halló

modo de burlarse á un tiempo, en un soneto familiar, así de la tragedia como de la manía de su autor (1). Según refería *Arriaza* en sus últimos años, Sánchez, por demás preciado y quisquilloso, estuvo enfermo algunos días á consecuencia de la ira y pesadumbre que le causó el soneto burlesco, cuyo autor no tuvo ciertamente intención de herir tan en lo vivo el ánimo del estimable y aventajadísimo humanista. Zaherirse entre sí los poetas era moneda muy corriente por aquellos tiempos, y el mismo *Arriaza*, temido por su agudeza y por su fama de satírico, fué blanco de los tiros epigramáticos del magistrado fabulista D. Ramón Pisón, el cual, con el seudónimo que solía usar, *Román de Pinos*, satirizó el poema de *Arriaza La Compasión*, en un folleto impreso en Madrid (1796), con el título *Carta de un cura de Leganés*. A pesar de estar dotado *Arriaza* de índole más serena y alegre que Sánchez, y de verse halagado por los aplausos de la sociedad y de la corte, hicieron mella en su amor propio las bufonadas del crítico que lo zumbaba y combatía. Para vengarse del ataque escribió la fábula *La Raposa y los Perros de Román*.

---

(1) Á causa de la familiaridad harto desnuda y vulgar del lenguaje, hemos titubeado antes de decidirnos á publicar este soneto, escrito únicamente, como chanza y esparcimiento, para ser leído entre amigos íntimos. Pero por un lado la consideración de que el soneto es parte esencial de la anécdota, y por otro el donaire que en él

Una de las personas más ofendidas de las agudísimas burlas de *Arriaza*, era el grande actor Máyquez, á quien el poeta cordialmente detestaba. Exasperado Máyquez por las punzantes alusiones contra él dirigidas en la chistosa sátira de la tragedia *Blanca y Moncasin*, tomó por sí mismo público é irrisorio desagravio. «En la comedia titulada *El gusto del dia*,

---

campea, á pesar de su desenfadado estilo, y el referirse á circunstancias é impresiones tan distantes ya de nosotros, han desvanecido nuestros escrúpulos. He aquí el soneto:

Á LA TRAGEDIA DE D. FRANCISCO SÁNCHEZ BARBERO TITULADA

Coriolano.

Marcio de Roma hácia las tapias iba,
Como quien va á orinar con disimulo,
Y cargada de tetas como un mulo (*a*)
Sale *Volumnia* á malgastar saliva.
Un cierto *Tulo*, nombre que me giba (*b*),
Primero es general, y luego es nulo;
Que es achaque común de cualquier *tulo* (*c*)
El que le echen por fin la lavativa.
En medio de esto el héroe no paría,
Y entre tanta matrona es trance fiero;
Mas viendo que era tarde, y que venía
Con escalera en mano el farolero (*d*),
Se hace junto á la tienda una sangría (*e*),
Y esta sí que es tragedia de *Barbero*.

(*a*) Era en extremo gruesa y corpulenta la actriz que representaba el papel de Volumnia.

(*b*) El buen gusto ha desterrado de las composiciones poéticas los nombres malsonantes.

(*c*) Así llaman los niños á cierta parte posterior del cuerpo.

(*d*) En esta tragedia salen varios soldados con escalas, que arriman al muro, y á esto alude el verso.

(*e*) Alude á que Coriolano se da una puñalada en el campamento.

salió remedando á Arriaza en traje y modos, con fidelidad tal, que dió en rostro á todos» (1).

La naturalidad del estilo de *Arriaza* en sus composiciones familiares tiene un hechizo extraordinario. ¿Quién no ha de complacerse en leer aquella lección de buen gusto que da á un amigo que le había pedido dictamen sobre un soneto suyo? Dice el soneto que *casi lloraba* un amante enternecido. *Arriaza* le reprende la impropiedad en estos chistosos y fáciles tercetos:

Siguió, pues, la lectura comenzada,
Llegó á aquel *casi llora*, y al instante
Dijo: «Esto no me gusta *casi nada*.....»
Quítale al llanto el *casi* de delante,
Y déjale llorar á rienda suelta,
Que no es impropia cosa en un amante.

Como se ve, hasta de crítica literaria escribía poéticamente *Arriaza* con soltura y donaire. La jocosa sátira contra la tragedia *Blanca ó los Venecianos*, tuvo un éxito extraordinario en su tiempo, y todavía entretiene mucho su lectura. El análisis burlesco de la tragedia está escrito en tono zumbón y descarado, y se asemeja á las sátiras que en épocas posteriores se han escrito contra los desvaríos *románticos*. ¿Quién no recuerda aquel rápido juicio de los caracteres?

---

(1) Don Antonio Alcalá Galiano, *Recuerdos de un anciano;* Madrid, de 1800 á 1807.

Blanca está lela, Moncasín celoso,
Capelo en babia, y regañando á trío,
Se dicen poco, malo, turbio y frío;

y otros donairosos rasgos de que está sembrada la sátira, y que se graban fácilmente en la memoria, como los siguientes:

Tercer acto..... Yo debo estar enfermo,
Porque aquí está lo bueno, y yo me duermo.
. . . .
¡Y sólo á Moncasín le dan garrote!
¡Pues qué! el autor ¿no tiene su gañote?

Á falta de ternura profunda ó de pasión intensa, tiene *Arriaza*, en los cantos de amor, una gracia y un primor que cautiva. ¿Á quién no embelesa la *Despedida de Silvia*, en la cual el delicado artificio de los pensamientos está escondido en la naturalidad de la expresión y en la magia de la versificación rápida y fluida? No tiene Metastasio, á quien *Arriaza* imita, imágenes más concisas ni con más seducción presentadas, que ésta de un naufragio:

Cuando impelido del noto,
El soberbio mar Tirreno
Quiera desde su hondo seno
Las estrellas asaltar,
Y emplee el triste piloto,
En vez de la ciencia, el ruego,
Viendo ser su nave el juego
De la cólera del mar; etc.

Esta segunda estrofa es verdaderamente notable por la concentración de la idea, por la lisura y rapidez de la frase, por la gracia de la versificación. En

suma, *Arriaza* es poeta de vivo y alto ingenio, y aunque le falten cualidades propias de la poesía trascendental, sus versos vivirán sin duda, porque llevan en sumo grado el sello de la esponteneidad, de la gentileza y de la gracia (1).

Don Juan María Maury, nacido en Málaga el mismo año que *Quintana y Reinoso* (1772), contribuyó, con su *Espagne poètique*, á realzar en Francia el nombre español. Fué literato y poeta de orden muy elevado. Su dilatada residencia en París le hizo perder mucho del carácter genuino del lenguaje castellano; no ciertamente en la esencia prosódica del idioma español, que conocía y cultivaba sabiamente como muy pocos de sus contemporáneos, sino en cierto abandono, en la franca espontaneidad que en todas las lenguas constituyen uno de los encantos del estilo. Su poema *La Agresión británica*, si bien en general harto redundante en pompa y primores, contiene octavas admirables, que parecen hijas de la musa castellana del siglo de oro. A pesar del visible artificio de esta composición simbólica, cautivaron la atención de los entendidos, la no-

(1) Los literatos de nota le profesaban sincero afecto y admiraban sus versos. Maury hizo de su oda *El Vaticinio*, una versión francesa, que se publicó en el núm. 14 del *Memorial literario* (20 de Mayo de 1806).

Como la oda es un homenaje al príncipe de la Paz, Arriaza, por cautela política, cuidó de que en adelante no se reimprimiera entre sus obras.

vedad y grandeza de las imágenes, la cadencia armónica de los versos, la concisión y verdad descriptiva, la elocución firme y acendrada. Y sobre todo, el sentimiento poético que resplandece en la obra, y alcanza á cubrir como de un velo ideal las cosas más rastreras y vulgares. Aun viene á nuestra memoria (como recuerdo de impresiones literarias de la mocedad) con cuánto deleite recitaba el severo crítico D. Juan Nicasio Gallego la siguiente octava, en la cual, pintando los productos de la naturaleza, ennoblece Maury con la magia de la poesía cosas prosaicas, como el aceite, el vino, la lana y la cochinilla:

Aquí su olivo el bético silvano
Despoja, y Baco sus racimos de oro;
Allí cede la oveja á diestra mano
De su vellón el cándido tesoro;
Mientras purpúreo el insectillo indiano,
Ya del sidonio múrice desdoro,
Los albos copos á teñir se apresta,
Cual púdico rubor frente modesta (1).

En *Esvero y Almedora*, publicado treinta y cuatro años después, en medio de una trama enmarañada, defecto grande del poema, hay vuelo y gallardía nada comunes, magistral narración, afectos vivos, perfección métrica; y sin embargo, los antojos del hablista sistemático, el abuso de la elipsis, el empeño de dar

(1) Á poco de haberse dado á luz en Madrid (librería de Castillo) *La Agresión británica*, se publicó un largo artículo laudatorio del poema en el *Memorial literario*, núm. 14 (20 de Mayo de 1806).

novedad á los giros, los cortes rítmicos estudiados; en una palabra, los artificios del poeta y del filólogo, dan á la obra cierta extrañeza, visible afectación y alguna obscuridad, que amenguan el efecto y privan á la poesía de su principal hechizo. Y no es porque falten á *Maury* las delicadas galas, sin pompa y sin afeite, privilegio de los grandes poetas; á cada paso, en este mismo singular poema *Esvero y Almedora*, da el lector con cuadros y descripciones en que se juntan sin esfuerzo la más viva fantasía á la más sencilla naturalidad, y el más terso lenguaje y la versificación más acendrada y numerosa á la expresión flexible y espontánea que á par del pensamiento brota del numen abundante y lozano.

Pocas poesías líricas escribió *Maury;* pero esas pocas, como el romance *La Timidez y la Ramilletera ciega*, son de aquellas que no se pueden olvidar. Son dechados de suave y delicada inspiración. Como muestra de su estilo sobrio y poético, puede citarse la siguiente octava de *Esvero y Almedora:*

Es el amor emanación divina,
Del sol eterno plácida centella,
Que hácia su origen celestial inclina,
Y el hombre al ángel se igualó por ella.
Y el alma, así que el rayo la ilumina,
Como atraída por amiga estrella,
Al cielo sube en amoroso vuelo,
Ó baja al alma enamorada el cielo (1).

(1) Esta octava no se imprimió en la edición que hizo Maury, en París (1840), de su poema *Esvero y Almedora.*

Esto no puede escribirlo sino un hombre que ha nacido poeta, y poeta de aquellos que saben remontarse á la esfera ideal de los sentimientos humanos.

La traducción del cuarto libro de *La Eneida*, que, con un proemio y un epílogo añadidos por *Maury*, forma un canto completo, contiene también giros extraños; pero es de notar que el don precioso de la concisión no resplandece menos en *Maury* que en Virgilio, á pesar de la diferencia de los idiomas latino y castellano. En la parte original de *Maury* hay pensamientos ingeniosos y altamente poéticos. El final del epílogo pertenece á la poesía dantesca. Es verdaderamente magnífica aquella visión vengadora que Dido, ceñuda y silenciosa, señala á Eneas en el Estigio. Al lado de la hoguera donde está la desventurada amante, atravesada con la propia espada del caudillo Troyano,

Un guerrero africano, en quien la rica
Armadura denota el alta esfera,
Otros dolores que advertir le indica
. . . .
Respaldando el vengado mausoleo,
En haces forman cuádruple trofeo
Boca abajo las águilas romanas;
Y encima de estos bélicos despojos
Graba una mano en caracteres rojos:
Tesino, *Trebia*, *Trasimeno y Canas*.

La hemos copiado de las adiciones autógrafas que hizo el mismo Maury en un ejemplar preparado para la segunda edición, y nos fué franqueado por D. Ignacio Boix.

Esta evocación anticipada de Aníbal, y esta humillación futura de Roma á los ojos de Eneas, es una imagen llena de fuerza y de fantasía. Sólo un poeta sabe levantar así el pensamiento y buscar en la historia semejantes cuadros.

Don Dionisio Villanueva y Ochoa, conocido por *Solís*, fué, á pesar de su modesta profesión de apuntador de los teatros de Madrid, un escritor de extraordinario mérito. En sus obras dramáticas no sólo hay calor de alma y sano instinto dramático, sino estilo propio y animado, y lenguaje limpio, natural y castizo. Aunque dedicado principalmente al teatro, también cultivó con grande afición la poesía lírica.

El género anacreóntico arrastró, ahogándole en parte, su estro nativo. Este epicurismo sensual, tan impropio de sociedades cristianas, fué una verdadera calamidad para la poesía del último siglo. Meléndez, con su blandura y su gracia descriptiva, puso en auge este género falso y amanerado, que tenía entre nosotros el atractivo de la novedad. Fué una plaga poética en manos de la medianía; plaga de la cual no se libraron ni los ingenios privilegiados. *Solís* se dió con exceso al cultivo de la anacreóntica, malgastando su talento elevado en estos juegos de un paganismo artificial y forzado; cadáver engalanado, para mayor impropiedad, con atavíos modernos.

Solís imita, como todos en su tiempo, á Melén-

dez, á quien admira sin tasa. Si no le alcanza en la dulzura y en la gracia, le iguala en el desembarazo, y le supera á veces en la novedad y en la fuerza de los pensamientos. Pero da de lleno en el escollo del género, que es el carácter *materialista* de la poesía del gentilismo griego. Meléndez mismo encubre mal con sus risueñas galas pastoriles la desnudez de sus cuadros de amor antiideal, y no es pequeña prueba de ello la ocurrencia que tuvo Iglesias de convertir una de las anacreónticas de Meléndez, la que empieza:

Al prado fué por flores
La muchacha Dorila,

en uno de sus picantes epigramas (1). La tendencia sensual en las anacreónticas de *Solís* es todavía menos contenida y embozada que en las de Meléndez, y por tanto, no es probable que lleguen á publicarse algunas de ellas. *Solís*, profundamente imbuído en la literatura nada escrupulosa de la antigüedad, expresa el entusiasmo amoroso á la manera de Safo y de Horacio, y la preferencia que da á la *sensación* sobre el *sentimiento* en la pintura del amor, nace, sin duda, del intento de dar al género anacreóntico toda la verdad de imitación clásica que estaba á su alcance (2).

---

(1) El epigrama LXX, que empieza así:

Al bosque fué Inés por rosas.....

(2) El autor de la presente Historia no juzgó conve-

¡Cuánto más alto y verdadero es el numen de *Solís*, cuando, saliendo del carril de la escuela doctrinal, se deja llevar únicamente por el espíritu moral de su tiempo! ¡Cuánto más vale su soneto *Al Sol*, inspirado por un pensamiento grande, noble y cristiano, que todas aquellas ingeniosas evoluciones de amor *anacreóntico*, en que no hay ni asomo de ternura intensa y verdadera!

Igualmente es poeta sincero y de buena ley cuando escribe poesías de carácter sencillo y popular. ¿Cabe mayor naturalidad, donosura y desembarazo que la que emplea, por ejemplo, en *La pregunta de la niña?* ¿Quién no advierte el sabor del buen tiempo de la musa castellana en esta composición, en que cuenta la niña á su madre los primeros sobresaltos del amor? Empieza así:

Madre mía, yo soy niña;
No se enfade, no me riña,
Si, fiada en su prudencia,
Desahogo mi conciencia,
Y contarle solicito
Mi desdicha ó mi delito,
Aunque muerta de rubor.

Con esta hechicera naturalidad poética escribía *Solís* siempre que no apretaban demasiado su numen las cadenas de la imitación. *Moratín* conocía el

---

niente dar á la estampa las composiciones á que aquí se alude, en su colección de *Líricos del siglo* XVIII. (BIBLIOTECA DE RIVADENEYRA.)

gran valor intelectual de *Solís*, y siguió constantemente con él una correspondencia íntima, que prueba la grande estima en que lo tenía. *Moratín* vivía, en 1815, triste y como anheloso de hacerse olvidar, en un pueblecito llamado Sarriá, no muy distante de Barcelona. La libertad justa y racional de las ideas es la atmósfera ideal de los pensadores y de los poetas. Reinaba entonces tan opresiva y vigilante la suspicacia política, que *Moratín* no se atrevía á escribir libremente sobre literatura al inofensivo y honrado *Solís*.

«No he podido (le decía desde Sarriá, el 20 de Febrero de 1815) componer hasta ahora, con mi mal humor, una carta que proyectaba escribir á Vmd.; y no, en verdad, porque me falten cosas que decirle en ella..... No pudiendo decirlo todo, me ha parecido mejor no hablar: consejo prudentísimo en todas ocasiones, y mucho más en los áureos tiempos de calumnia y chisme» (1).

Al fin del mismo año, residía ya *Moratín* en Barcelona, y no se había desvanecido su desaliento.

«Dirá Vmd. al amigo Máyquez (escribía en 2 de Diciembre) que en cuanto á enriquecer la patria escena con nuevas producciones, es comisión que no habla conmigo. Dulce cosa es no hacer nada, y mucho más dulce el no haber hecho nada jamás» (2).

Enfermo al cabo, y angustiada el alma, se decidió

---

(1) Carta autógrafa de *Moratín*. (Papeles de la familia de *D. Dionisio Solís*.)

(2) Carta autógrafa de *Moratín* á *D. Dionisio Solís*.

Moratín á abandonar para siempre su patria, donde se ahogaba su ingenio y se calumniaba su gloria. En Marzo de 1818 pasó á París *por tercera y última vez* (1). La independencia y el sosiego le volvieron, en parte, la salud y la alegría; pero siempre lo abrumaban los tristes recuerdos de su patria, y muy principalmente le afligía la prohibición de *El Sí de las niñas*, decretada por el Santo Oficio (2).

Viendo empañado el lustre de su gloria, y desvanecidas sus ilusiones de dicha y de sosiego, escribió á *Solís*, cuyas nobles prendas admiraba, una carta alternativamente familiar, irónica y grave, que la historia literaria debe conservar, así por las justas alabanzas que *Moratín* tributa al modesto y obscuro *Solís*, como porque rebosa en ella la amargura de un alma lacerada por el tósigo de los desdenes y de los trastornos políticos de la patria (3).

---

(1) «*París, 2 de Noviembre de* 1818.—Yo me sentía malucho en Barcelona el año pasado, y por dictamen de los médicos pasé á tomar los baños de Aix, en Provenza, tan eficaces para los achaques que padecía, que, sin haberlos probado, con sólo acercarme á ellos, me puse mejor. Salí de Barcelona á fines de Agosto; pasé el invierno en Montpellier, y por el mes de Marzo de este año me vine á ver, *por tercera y última vez*, este *lugarcito*.» (Carta autógrafa de *Moratín* á *D. Dionisio Solís*.)

(2) Quisiera que Vmd. me dijese si el Santo Oficio ha prohibido alguna otra comedia mía, además de *El Sí*.» (La misma carta.)

(3) He aquí la preciosa carta, cuyo original autógrafo

No hay para qué decir que las ideas de buen gusto, á la manera clásica francesa, relativamente á la literatura dramática, eran idénticas en *Moratín* y en *Solís*. Ambos lamentaban la afición del público á lances extraordinarios y á situaciones extremas y violentas en la escena, y más deploraban todavía que hubiese autores que fomentasen con sus obras el gusto extraviado del público. Esta comunidad

---

nos fué bondadosamente franqueado por la Sra. D.ª Ramona Idigoras, nuera de *Solís:*

«*París*, 18 *de Enero de* 1819.—Mi estimado Sr. Solís: Recibí su carta de Vmd., de 1.° de Diciembre; pero la lista, ó sea catálogo, que la acompañaba, se quedó en Barcelona.....

Le agradezco las noticias que me da de los teatros; del buen éxito de la *Indulgencia*, que podrá y deberá animar á su autor á seguir adelante con otras. No la he visto, y así ignoro si en lo que dice en el prólogo tendré que aprender ó que reir.

¿Conque se ha retirado Vmd. ya, y no hay ensayos, ni acotaciones, ni atajos, ni cabezadas, ni aviso á los músicos, ni pito, ni cerilla? Sea enhorabuena. Otro más celoso que yo de la gloria literaria de su nación le diría á Vmd. en este caso: «Amigo Solís: ahora es la ocasión de trabajar con gloria y utilidad. Si hasta aquí sus ocupaciones continuas no le han dado tiempo ni tranquilidad para el estudio, retirado ya del teatro, puede Vmd. invocar á las Musas, que nunca le han sido ingratas, y enriquecer la escena española, á quien ha debido Vmd. y debe su existencia, con nuevas piezas, ya sean originales ó ya traducidas. Vmd. tiene talento, instrucción y práctica de los efectos de teatro; lo poco que ha escrito Vmd. para él ha sido bien recibido y ha merecido la estimación de los inteligentes. Nacemos para la patria; cuanto hacemos por ella es una deuda que satisfacemos; no sea Vmd. tramposo, y escriba, y páguela lo que la debe.» Esto diría otro.

Yo le digo á Vmd.: «Amigo Solís, el que se casa, y hace tres hijos, y les da buena educación, y desempeña las obligaciones de su estado, bastante ha hecho. No escriba Vmd. ni imprima; que bastante se ha escrito y demasiado se ha impreso. La manía de ser es-

de principios se ve patente en las cartas de *Moratín* á su amigo, y especialmente en una que le escribió en 1815, dándole noticia del estado del teatro en Barcelona; donosa carta, que parece escrita para burlarse del romanticismo de mala ley que los *Ducange* cultivaron en Francia muchos años después (1).

---

critor, ó nos hace ridículos y despreciables, ó nos hace el objeto de la envidia, de la detracción, de las injusticias más feroces. Sea influjo del clima, sea efecto de las circunstancias, sea el demonio, que en todo se mete, lo cierto es que nuestra dulce patria no permite que ninguno de sus hijos sobresalga en ella impunemente, y paga con amarguras los esfuerzos del talento y la aplicación, al paso que recompensa con premios y honores la ignorancia, el error y los delitos. Trate Vmd. de vivir feliz con su familia, tranquilo y honestamente divertido; lea y no escriba; conozca el mundo, pero no le pinte; y pase estos pocos instantes que llamamos vida lo más alegre y holgadamente que le sea posible. De eso mismo trato yo por acá. Algo escribo, relativo á la historia de nuestro teatro, para lo cual he recogido abundantísimos materiales, pero sin la esperanza de imprimir nada, tanto porque no tengo prisa de hacerlo, como por el estado poco opulento de mi caudal. La ruina espantosa que ha padecido, me ha dejado lo meramente necesario para existir sin trampas ni mohatras, y mucho será si, cumplido el año, me encuentro con cincuenta ó cien duros de sobra. Pero esta obra, y la tranquilidad en que vivo, satisfacen toda mi ambición, y hasta ahora no he sentido el menor estímulo de arrepentimiento por haberme despedido de mi dulce patria, y trocarla por otro suelo,

Où d'être homme d'honneur on ait la liberté.»

. . . .

MORATÍN.

(1) No titubeamos en imprimir aquí esta carta como documento interesante de historia literaria:

«*Barcelona*, 12 *de Septiembre* 1815.

. . . .

Y ¿qué hay de teatro? ¿Qué nuevos ingenios pululan por ahí? No

Don Tomás José González Carvajal, nacido un año antes que *Meléndez*, se distinguió notablemente, á fines del siglo, como hablista y aun como poeta. La pureza y el fervor de su fe, así como lo sano y acendrado de sus sentimientos morales, hicieron poeta á D. Tomás José González Carvajal hasta donde podía serlo, esto es, hasta una esfera donde están la limpieza de los afectos y la vehemencia de los instintos religiosos, pero donde no resplandece ni el verdadero arranque lírico ni la fuerza de las grandes pasiones del alma. Su numen era más bien eco de ajenas ideas é impresiones, que despertador espontáneo de las emociones vigorosas del corazón. Por eso su primer título de gloria será siempre su hermosa y sencilla versión de los *Salmos*.

---

dudo que en la corte de tanto imperio nazcan á docenas cada día, y hagan sonar la escena con tragedias que no hagan dormir ni exciten el vómito, y con comedias que instruyan y alegren. En este emporio cataláunico asoman la cabeza, bastante á menudo, tres ó cuatro poetas ropavejeros, muy amigos de sepulcros, paletillas, cráneos rotos y tierra húmeda, con cadenita, jarra de agua, media morena (hogaza), y pobrecita mujer embovedada, que llora y gime, hasta que en el quinto acto bajan con hachas y estrépito, y el crudo marido la abraza tiernamente, y la consuela, diciéndola que todo aquello no ha sido más que una equivocación. El auditorio queda contento, los empresarios ni más ni menos, los autores dicho se está, y como, por fortuna, las tales piezas no atraviesan ni el Llobregat ni el Bessós, á nadie hacen daño. Mañana echan una, nuevecita, de cinco ahorcados,

Y váyase Terencio noramala
Con Bachis, Menedemo y Antiphila.»

. . . .

(Carta autógrafa de *Moratín* á *D. Dionisio Solís*.)

Por aquel tiempo era muy celebrado como poeta, en Zaragoza, el *P. Basilio Bogiero,* insigne orador sagrado, maestro de retórica en el colegio de las Escuelas Pías de aquella ciudad, que en 1809 fué fusilado por mandato del mariscal Lannes, como fomentador del heroico patriotismo de los zaragozanos. Hombre digno de alta alabanza por los afanosos desvelos que consagraba á la educación pública, no merecía su renombre de poeta. Con tan sano instinto como escasa inspiración, escoge asuntos nobles y cristianos; pero sus versos son desmayados y á menudo prosaicos. Fué el *P. Bogiero* en Zaragoza lo que más adelante en Sevilla el *Dr. Mármol.* Como no le ayudaba el estro, queriendo dar color poético al estilo, incurre el *P. Bogiero* en impropiedades harto singulares.

En una égloga bíblica habla así á Eva la *serpiente* tentadora del Paraíso:

> ¿Por qué, linda pastora, así te privas
> Del fruto que en este árbol colorea,
> Más sabroso que el néctar y el almíbar,
> Y que la miel que labra abeja hiblea?

¿Cómo contener la risa al oir llamar *linda pastora* á la madre de la raza humana, y hablar á ésta de la miel del monte *Hibla*, poniendo candorosamente en la cuna de la humanidad nombres y clasificaciones geográficas que sólo habían de nacer después de centenares de siglos? ¡Y el *P. Bogiero* era un maestro de retórica muy acreditado! Tal es la obceca-

ción que infunden las afectaciones convencionales.

Descansa el ánimo al recordar, después de la insulsa y desaliñada poesía de *Bogiero*, la elegante y correcta de *D. Juan Nicasio Gallego*, que pertenece á la escuela de Salamanca. Aun en las composiciones en que su corazón ha de estar conmovido, ya con los sentimientos del patriotismo (*Elegía al 2 de Mayo*), ya con los recuerdos de la amistad (*Á la muerte de la Duquesa de Frías; Á la muerte del Duque de Fernandina*), la sensibilidad se esconde demasiado detrás del magnífico aparato de las formas artísticas, cuyo secreto poseía como nadie. No es de los poetas que piensan sintiendo, y á pesar suyo sacrifican algún tanto la forma al sentimiento. *Gallego* siente pensando, y dueño siempre de la forma, no consiente á su musa elegante y majestuosa, ni el menor desvío, ni el menor abandono. Aunque criado en el movimiento poco aristocrático de una universidad, nada tiene su musa de la fantasía popular y es esencialmente encopetada y académica. Por eso sobresale tanto en la poesía cortesana, que canta las venturas ó los infortunios de los príncipes. El artificio se sobrepone siempre á la pena ó á la alegría; pero á veces ¡qué artificio tan diestro y tan fascinador! En la elegía *Á la muerte de la reina D.ª Isabel de Braganza* se hermana de tal manera la naturalidad de la frase con los seductores atavíos del estilo y de la versificación, que la sensibilidad deliberada del artista llega á tomar las apariencias

de la sensibilidad espontánea. Pero no por eso es menos digno de la admiración de la posteridad. La belleza de la forma es, en las letras, una perfección de valor tan alto, que casi iguala á la fuerza del pensamiento y á la seducción de los afectos. *Gallego*, con la magia de su majestuosa entonación, con su dicción purísima, con su versificación acendrada y robusta, lo ennoblece todo, y demuestra cuán importante es en la poesía rendir culto á las formas con igual fervor que á las ideas y á los sentimientos. El lenguaje de *Gallego* es también magistral.

Sólo una vez, en este verso,

El espantoso obús *lanzando estragos*,

hemos advertido alguna impropiedad en el uso de las palabras, y esto es meramente, acaso, un leve abuso del estilo figurado, no muy reparable en el animado tono de la poesía. En suma, *D. Juan Nicasio Gallego*, dotado de una imaginación, si no fecunda, elevada y vigorosa, más apto para las imágenes que para los afectos, gran modelador de la forma poética, hablista consumado, ha dejado en sus obras modelos insignes de armonía, de versificación esmerada, de acendrado gusto, de expresión noble y grandilocuente. Educado con las doctrinas de la disciplina *clásica*, vió *Gallego* con un sentimiento de antipatía que se comprende fácilmente, la introducción del *romanticismo* en España. Parecíale una anarquía literaria perturbadora del

buen gusto, y juzgaba con cierta saña, si bien llena de chiste y de cordura, las que entonces pasaban por obras maestras de los apóstoles de la nueva escuela (1).

Don Javier de Burgos, célebre estadista y digno individuo de la Academia Española, era historiador, publicista y crítico antes que poeta; pero también era poeta, como puede serlo un hombre de firme juicio y de encumbrado entendimiento. Tienen sus

(1) Podrá formarse idea de la impresión que causaban tales producciones en su ánimo, por el somero, pero atinado juicio de la célebre novela *Notre Dame de Paris*, que consignó el ilustre poeta en la siguiente carta familiar, dirigida al autor de la presente *Historia*, ha más de cincuenta y siete años:

«*Madrid*, 16 *de Enero de* 1835.—Señor D. Leopoldo Augusto de Cueto.—Mi apreciable amigo: ..... mis achaques y ocupaciones no me han permitido hasta ahora contestar á su carta de V.—Los primeros han cedido algún tanto (eran una tos inextinguible, como la risa de los dioses de Homero); pero las segundas son tantas y tales, que no me dejan tiempo ni para escribir una carta..... El proyecto literario de V. no puedo menos de aplaudirlo. El objeto lo merece, y es un buen ensayo para un joven, en que puede lucir, sin que por su extensión le haga decaer de ánimo. En su edad de V., creo que el principal escollo que hay que evitar es el de dar en declamador, aunque también hay que huir de la propensión á singularizarse en el modo de presentar las ideas, alambicado ó exagerado; vicio propio, más que de la edad, del siglo presente.

Esto debiera conducirme á decir á V. mi opinión sobre *Notre Dame de Paris*, que ciertamente no es la más conforme con la de su cuñado de V., Angelito (el Duque de Rivas), que está endiosado con la obra, con el autor y con el gusto de los que siguen el mismo rumbo. Mas para esto fuera preciso tener la obra y emplear más tiempo del que tengo á mi disposición. Antes sería menester ponernos de acuerdo en los principios ó reglas no arbitrarias, sino dictadas

poesías claridad, robustez y elegancia; pero les faltan el halago y la magia que por virtud involuntaria comunican á sus versos los poetas de instinto. Como versificador fácil y numeroso, suelen ser modelo sus poesías. Hay en sus comedias, principalmente en *La Dama del verde gabán*, diálogos tan espontáneos é ingeniosos, que parecen escritos en los tiempos felices del antiguo teatro español. Su traducción de Horacio es obra de admirable es-

---

por la razón humana de todos los siglos; de lo contrario, no podríamos entendernos. En mi cuento, sea el que quiera, ¿ha de haber, ó no, verosimilitud? En los incidentes y en las costumbres, ¿debe haber propiedad y verdad histórica? En el estilo, ¿ha de haber claridad, naturalidad, soltura? En las pinturas, comparaciones y demás ornatos, ¿ha de haber sobriedad, congruencia, juicio, ó se han de amontonar extravagancias y rarezas propias de un delirante? Si nada de lo dicho influye en el mérito ó demérito de una obra de esta clase, nada tengo que decir.

La heroína de la novela es una muchacha de pocos años, que, siendo bonita como un sol, se conserva pura é inmaculada de alma y cuerpo, viviendo entre la canalla más vil, más viciosa y más repugnante que puede imaginar la fantasía del mismo demonio. ¿Hay en esto la menor verosimilitud? Sin entrar en mil incidentes, de que no me acuerdo, ¿hay cosa más horrible que el paradero de ésta, á quien, sin ton ni son, ahorcan en medio de una plaza pública? ¿Y cómo? El arcediano (personaje de poder y autoridad desconocidos en el mundo en todas épocas) la obliga á seguirle desde un sitio lejano, porque quiere llevarla á la plaza á que la ahorquen, y temiendo que se le escape, no la deja de la mano, llevándola de calle en calle y de plaza en plaza, hasta llegar á la principal, donde, sin saberse por qué, la abandona sin entregarla á los verdugos. Este abandono inconcebible no tiene más objeto que proporcionar su encuentro y peripecia con la emparedada. ¿Es verosímil que la deje el arcediano en el sitio en que se hallaban los verdugos, cuando sólo á ponerla en sus manos había rodado con ella medio París?

¿Cuándo, en qué tiempo ha habido en esta ciudad un barrio habi-

tudio, pero que prueba de nuevo lo ya probado tantas veces: que Horacio no se puede traducir en verso. La estricta fidelidad, imprescindible cuando se trata de la versión de un poeta de esta especie, quita toda espontaneidad al pensador y al poeta traductor, y sin ella, ¿cómo dar á los versos la gala, la fluidez, la elegante tersura, la incomparable concisión del poeta latino? Siempre la poesía del original sale desconocida y calumniada. Con otro des-

---

tado por gentes de tales costumbres y con autoridad para ahorcar impune y públicamente á quien les diese la gana, como nos lo pinta su autor? ¿No es esto delirar? ¿Es posible leer sin reirse los pasajes en que Cuasimodo toca las campanas con tanta fruición y cariño, pasando de una en una, dando á ésta un envión, abrazándose con la otra, y volteándolas á todas deliciosamente? ¿No pudiéramos decir que Víctor Hugo ha oído campanas y no sabe dónde? Vaya V. por gusto á la Giralda en un día de repique, y verá que para voltear ocho campanas son menester una docena de hombres.

No quiero hablar de la pintura de la catedral, es decir, de su descripción artística, modelo de pesadez y extravagancia, ni del estilo, más alambicado y gongorino que cuanto se escribió entre nosotros en el siglo XVII. Acuérdome que dice de las dos torres de *Notre Dame* que son *dos flautas de piedra*. ¿No hay más verdad en decir que un pájaro es *flor de pluma ó ramillete con alas*, que en las flautas dichosas? En mi modo de ver, me parece mayor extravagancia que llamar al ama de cría

Lugarteniente del pezón materno,

de que tanto nos hemos reído. En este verso, á lo menos, la idea es exacta, lo ridículo es la expresión. En la otra, idea, expresión y todo es un delirio.

No hay duda en que hay en la obra mil y mil cosas que prueban gran talento en su autor; pero se trata de si la obra es buena, que es cosa muy distinta. Veo que de reminiscencia en reminiscencia se me ha ido la pluma hasta faltar poco para que el papel se acabe.....

Mande V. á su amigo, que le aprecia mucho.—J. N. GALLEGO.»

embarazo, con otra naturalidad y agudeza escribe *Burgos* cuando, en vez de traducir, imita. Sirva de ejemplo, así como de muestra de la lozanía del estilo poético de *Burgos*, el siguiente trozo de la epístola de Pope á Arbuthnot, libremente traducida en 1822, en la cual, con sátira incisiva, describe el agudo poeta el carácter de Addisson:

De un escritor os hablaré fecundo,
Que ingenio y gracia y sencillez rebosa,
Feliz en versos, elegante en prosa,
Buen pensador, conocedor del mundo.
Ama la gloria y al honor camina,
Es del buen gusto protector ardiente;
Pero, como los reyes del Oriente,
No reina si á su hermano no asesina.
Entrar en concurrencia tiene á menos,
Y debiendo al ingenio su fortuna,
El brillo del ingenio le importuna,
Y envidia sin cesar triunfos ajenos.
Con cortés apariencia satiriza,
Cobarde hiere, con perfidia halaga,
Con su sonrisa y su amistad amaga,
Con su ceño y sus odios tranquiliza.
Los tiros ruines teme á cada paso
Del necio que le aplaude y le respeta.
En el gobierno muéstrase poeta,
Y muéstrase estadista en el Parnaso.

Entre aquellos varones ilustres se distinguió asimismo *D. Manuel Silvela*, por su saber, por la pureza y elevación de sus doctrinas morales, y por la sencillez patriarcal de sus costumbres de familia. Lanzado de su patria por el huracán de las desgracias públicas, halló, en su laboriosidad y en su ta-

lento, amparo contra la adversidad, para sí, para su esposa y para sus hijos. La perseverancia, el acierto, el sano y trascendental espíritu, la delicada solicitud con que dirigió, así en Burdeos como en París, un establecimiento de educación para la juventud española, son títulos de gloria verdadera para el nombre honrado y honroso de *D. Manuel Silvela.* En su casa pasó *Moratín* los últimos años de su vida, mirando como suya propia la interesante familia de su amigo. Aquel insigne escritor exhaló el último suspiro en brazos de *Silvela*, y éste «pagó la deuda del cariño y de la admiración» erigiendo á su costa, en el cementerio del *Père Lachaise*, un monumento fúnebre al esclarecido poeta cómico, entre Molière y Lafontaine.

En el notable discurso histórico-crítico sobre la literatura española, que publicó *Silvela*, en Burdeos, al frente de su *Biblioteca selecta de la literatura española* (1819), en la *Vida de Moratín*, y en los varios escritos suyos, ya históricos, ya jurídicos, que han sido dados á la estampa, demostró *Silvela* que era docto investigador, hombre de sano criterio y hablista fácil y correcto. La sensatez prepondera sobre la fantasía en sus escritos, y por eso es mejor prosador que poeta. Su sentido crítico era perspicaz y seguro, y es curioso verle empeñado en *eterna y amistosa* polémica con *Moratín* sobre los principios del arte dramático, sosteniendo, contra el inexorable clásico, «que la nimia austeridad de las reglas ha es-

clavizado el ingenio; que el mismo *Moratín* era prueba de esta verdad....., y que en las letras los pecados verdaderamente irremediables son la frialdad, la insipidez, la falta de acción, de interés» (1). Tal doctrina parece ahora llana y corriente; pero debe recordarse, para gloria de *Silvela*, que esto lo decía á *Moratín* un hombre educado con las ideas clásitas francesas, muchos años antes de que se hubieran propagado y madurado en Francia y en España los amplios y tolerantes principios críticos de los Lessing y de los Schlegel.

Don Manuel Norberto Pérez de Camino, magistrado distinguido, y víctima, como otros muchos contemporáneos suyos, de la turbación de los tiempos y de los azares de la guerra y de la política, cultivó la poesía como solaz y consuelo en las amarguras de la emigración. No le faltaron ni el ingenio, ni, en algunas ocasiones, el estro del poeta; pero escribía lejos de su patria. La mayor parte de sus versos quedaron inéditos, y hoy día su nombre, menos afortunado que el de otros escritores que no le aventajan, no trae consigo eco alguno de gloria literaria. Amigo, y hasta cierto punto discípulo de *Moratín*, imitador de *Meléndez*, y acérrimo sustentador de las doctrinas de los preceptistas franceses, su

(1) *Vida de Moratín. Obras póstumas de D. Manuel Silvela*, publicadas, en 1845, por su hijo D. Francisco Agustín Silvela.

numen se encierra en el carril de la imitación, y á pesar de su indisputable talento, sus poesías, sembradas de rasgos felices, adolecen á cada paso de los resabios de la escuela y de la rutina seudo-clásica. Porque es moda, escribe anacreónticas, muchas de ellas no inferiores á las de su modelo *Meléndez;* pero algunas, así como las de otro imitador de *Meléndez, D. Dionisio Solís,* están en tal grado impregnadas de erótica intención, que no hemos podido decidirnos á publicarlas. La escuela seudo-clásica creía encubrir las más escabrosas audacias con formas pudibundas y melindrosas. Mal disimulados con el velo harto transparante de los emblemas mitológicos, presentan estos poetas, y aun el mismo *Meléndez*, cuadros sensuales que, más que á la musa cristiana, pertenecen á la musa descarada de la antigüedad. *La Sorpresa*, *El Transporte* y otras atrevidas anacreónticas de *Pérez de Camino* (1), han nacido, como todas las de este género, de la mal entendida imitación de la poesía materialista de los griegos y de los romanos. Siguiendo esta epicúrea tendencia en sus años juveniles, tuvo la habilidad de convertir en una linda anacreóntica la célebre oda de Safo, y por cierto que para oídos modernos es más propia y natural la lucha que ofrece la ana-

---

(1) Estas poesías, y otras del mismo autor, que no tuvieron cabida en nuestra colección de *Líricos del siglo* XVIII, se conservaban en poder de su familia.

creóntica de un mancebo acosado por las hechiceras caricias de una hermosura tentadora, que la bella, pero cínica descripción fisiológica de la conmoción amorosa de una mujer, que á esto se reduce la famosa oda griega.

Es á veces poco correcto en el idioma y en la versificación, pero da siempre señales de soltura y de ingenio. Para la sátira, á la cual se manifiesta aficionado, le faltan la intención burlona de Quevedo y la acerba austeridad de los Argensolas. *Camino* se conoce bien á sí mismo cuando dice, en el lenguaje clásico del tiempo:

De suave natural formado he sido,
Más que para decir duras verdades,
Para cantar los hurtos de Cupido.

Nutrido su entendimiento con las máximas literarias del siglo de Luis XIV, *Camino* creía de buena fe que sin rígidos preceptos no hay literatura de alta ley, y que era mengua en una nación civilizada carecer de una *Poética nacional.* Quiso llenar el que juzgaba afrentoso vacío, y escribió una *Poética* en octavas, que, por el gusto y las doctrinas, nada tiene de *nacional* (1). ¿Y cómo ha de ser nacional un

---

(1) La *Advertencia* impresa al frente de la *Poética* de *Pérez de Camino* (Burdeos, 1829) dice así:

Este poema estaba escrito, tal como se publica, siete años antes que D. Francisco Martínez de la Rosa diera á luz su *Poética.*

Más adelante dice *Camino* en el *Prefacio*:

código inflexible en que, por libres y espontáneos, no caben, ni el magnífico teatro español del siglo de oro, ni la poesía de los romanceros, esto es, los dos grandes y gloriosos depósitos de las creencias, de los sentimientos, del esfuerzo, de la fe, del honor del pueblo español? *Luzán*, olvidado por *Camino*, con ser de la escuela *preceptista*, comprende mejor la poesía popular española, y su *Poética*, aunque inspirada por obras italianas y francesas, es menos *extranjera* que la de *Martinez de la Rosa* y la de *Pérez de Camino*, que creía escribir una obra nacional. *Camino*, como él mismo lo declara, tomó por norma las cuatro célebres poéticas de Aristóteles, Horacio, Vida y Boileau. Pero Boileau es la verdadera fuente de su doctrina, y á tal punto, que se hace eco de los burlescos ataques del gran legislador del gusto francés, contra el antiguo teatro español. Dice, con paladino y absoluto desprecio de las antiguas comedias, que nuestros padres *usurparon* los laureles que les prodigaron, *deslumbrados, los propios y los extraños*, y que

En un monstruo el poema convirtieron
Que Menandro y Terencio esclarecieron.

Añade en seguida:

Pesa sobre nosotros la vergüenza de no tener una *Poética* propia. El de lavar esta afrenta, y el de ofrecer á la juventud española un código completo de elementos poéticos, verdaderamente nacional, es lo que me ha movido á componer este poema.

Su loco ardor sin freno, delirante,
Abraza en una pieza el vasto mundo.
Héroe en el primer acto tierno infante,
Te sorprende barbado en el segundo.

¿No es esto traducir aquellos conocidos versos del canto III de la *Poètica* de Boileau, dirigidos contra Lope?

Martinez de la Rosa, comprimido también por los preceptos de escuela, no va tan adelante como *Pèrez de Camino*. Pero no hay por qué extrañar esta apasionada y estricta adhesión á las leyes convencionales. La crítica libre y filosófica no había triunfado todavía en España. La época era de lucha y de sistema, y nadie podía ni quería entender cómo Shakspeare, Lope de Vega, Calderón, Schiller y lord Byron eran poetas dramáticos grandes y populares sin *Poètica*, y rompiendo á sabiendas el freno de las tres unidades consagradas. ¿Qué habría pensado *Camino* de Goethe, que, con su fecunda y poderosa fantasía,

Abraza en una pieza el vasto mundo?

Si pudiéramos olvidar que el gusto literario es esclavo de la opinión, incierta y móvil de suyo, y que el hombre tarda mucho en comprender y sentir las leyes eternas y absolutas de la belleza, caeríamos fácilmente en la tentación de sorprendernos de que aquello que *Pèrez de Camino* y otros tenían por delirio y extravío, parezca ahora elevación y grandeza. Pero la literatura, ya noble y sencilla, ya de-

cadente y viciada, camina con los tiempos, y lleva en sí, como todas las cosas humanas, el sello de la ceguedad, de los antojos, de los vaivenes morales, que enflaquecen, ilustran, tuercen ó vigorizan las ideas.

Pérez de Camino, considerado como campeón de su escuela, no merece censura, sino aplauso. Su *Poética*, en octavas, es lo más firme, florido, desembarazado y brioso que salió de su pluma. En esta poesía didáctica, en que la razón tiene mayor parte que la fantasía, no le aventaja *Martínez de la Rosa.* Su estilo, aunque desigual, es casi siempre limpio, conciso, rotundo y expresivo, y el continuo estudio de Boileau le inspira alguna vez la entonación viva y axiomática que constituye, á par de la sensatez crítica, el primer encanto del ilustre preceptista francés. Á cada paso se encuentran en este poema hermosas octavas. Sirvan de ejemplo las siguientes, tomadas al azar:

Otro, amigo del canto estrepitoso,
La voz que no retumba, juzga fría,
Y su poema enfático, pomposo,
Hincha de altisonante algarabía.
En golfo de centellas espumoso (1)
Hunde á un pobre amador, y en su manía,
No empieza por pensar, sino que, ciego,
Voces primero busca, y piensa luego.
. . . .
Si la poesía imita portentosa,

(1) Ulloa, *La Raquel.*

Colorido á su voz y bulto dando,
Sabe imitar también artificiosa,
El valor del sonido combinando.
¿Quiere cantar la linfa vagorosa?
Como ella se desliza murmurando;
Y si pintar al cefirillo aspira,
Blanda cual él y plácida suspira.
Cuando abriendo las lóbregas mansiones,
Nos presenta de Sísifo el tormento,
Tarda sílaba escoge, tardos sones,
Y frase de pausado movimiento.
Mas ¡cuál deja las lentas expresiones,
Si, el vigor recobrando, en ella siento
El mar que brama, el aquilón que zumba,
Y el trueno cuando horrísono retumba!

. . . .

¿Pides delicia ser de tus lectores?
Con crítico rigor tus obras mira.
El necio, satisfecho en sus errores,
Goza en ellos y extático se admira.
No perdones vigilias, no sudores;
Vuelve á templar, si discordó, tu lira.
Añade, borra, enmienda, pule, adorna,
Cien veces al ayunque el hierro torna (1).

Sin vivo ardimiento ni grande altura en su inspiración, no faltan, sin embargo, á *Camino* vigor y sen-

---

(1) Ésta es una de las muchas imitaciones de Boileau:

Vingt fois sur le métier remettez votre ouvrage,
Polissez-le sans cesse, et le repolissez:
Ajoutez quelquefois, et souvent effacez.
(*L'Art poétique*, canto I.)

La idea es la misma, pero es forzoso confesar que en esta ocasión el imitador español aventaja grandemente, en el desembarazo y en la gracia de la expresión, al célebre modelo.

sibilidad. Cuando pinta el amor, no con las reminiscencias de la poesía pagana, sino con la voz de su propia alma, su poesía es tierna y animada. Se halla el poeta en su natural esfera. Sus ilusiones no son místicas y etéreas como las de los poetas soñadores, pero son verdaderas. Son las ilusiones del hogar sereno y de la ternura doméstica. Harto y escarmentado de los engañosos deleites de la vida pública y cortesana, su mente descansa y se recrea con la imagen del amor sincero, y exclama conmovido:

Sin su celeste llama, ¿qué es la vida?

El recuerdo de la patria, en las amarguras de la emigración, le inspira acentos poéticos, pero de índole varia y contradictoria como los sentimientos que abriga su corazón. Unas veces, cuando se presenta á su imaginación el risueño cuadro de su juventud halagada por la fortuna y animada por los afectos de la familia, España es el ídolo de sus recuerdos y de sus ilusiones. Entonces escribe:

Volvedme al suelo querido,
Que la cruëldad me cierra;
Vea yo la santa tierra
Do mi niñez ha crecido.
Del paterno Manzanares
Dulces vegas, dulces prados,
¿Cuándo me darán los hados
Que consoléis mis pesares?

Otras veces, exaltado por los sinsabores de la emigración y por la pasión de las ideas liberales,

apostrofa duramente á su patria, que juzga vilipendiada cuando no reinan en ella la justicia y la libertad bien entendida. La entrada en España de las huestes francesas, en 1823, al mando del Duque de Angulema, puso el colmo á su despecho. Ora se burla del ejército francés por el pobre triunfo del Trocadero, ora anatematiza al trono despótico, ora en fin, vuelve sus dardos contra la nación misma, á la cual mira entonces con desdeñosa compasión:

La barbarie cubre á España,
Y á sus tristes moradores
La gloria niega sus lauros,
La prosperidad sus dones.
Desmembrada, envilecida,
Débil, humillada, pobre,
Volcán de intestinos odios
Y de acerbas disensiones.
Lánguida la patria mía
Perece, y en sus dolores,
Sólo guarda la memoria
De sus pasados blasones.....

Tanto mal es obra vuestra, dice en seguida á los franceses, como amedrentado de haber escarnecido sin razón á su patria. Para él no cabía civilización donde no reinaba la libertad tal como en sus bien intencionadas ilusiones la entendía. Pero es la verdad que España, por él aplaudida ó vituperada al azar de las impresiones del infortunio, era el sueño incesante de *Pérez de Camino*. Sin volver á su patria no podía ser feliz. Se columbra en sus versos que una voz secreta decía al infeliz emigrado que no

volvería á pisar la amada tierra, ni sus restos mortales descansarían en ella.

Don José Somoza, escritor muy digno de nota porque no hay en sus obras asomo alguno de afectación, pertenece á la escuela de Salamanca. Su instinto lo preservó del amaneramiento común á varios escritores de esta escuela. Fué una de las almas independientes que más se templaron y enardecieron con las ideas filosóficas francesas del siglo último, y que, rezago de los enciclopedistas, que iban desapareciendo á toda prisa, y semejante á otros muchos hombres notables de la obstinada estirpe liberal del año 1812, cifraba una especie de vanagloria en la inmovilidad de sus doctrinas. Los años, las lecciones del tiempo y los progresos de las ciencias políticas no quebrantaron la tenacidad de sus ideas, que en parte no escasa eran verdaderas preocupaciones. Incrédulo por moda y por costumbre, á veces hacía alarde de romper con los principios y los sentimientos comunes de la sociedad española, y en sus obras asoma, de cuando en cuando, esta mal encaminada tendencia. Pero no tenía su ánimo el arranque avieso y borrascoso que habían manifestado *Marchena* y *Blanco* en la generación precedente. Ardiente de cabeza y manso de corazón, preentaba de continuo el contraste moral, frecuente, entre nosotros, que esteriliza, cuando no extravía los impulsos de una índole sana y elevada. Toda su vehemencia de innovador y de escéptico viene al

cabo á reducirse, en sus escritos, á un desahogo agudo y patriótico de su vena *humorística*. Era hombre de afectos vivos y constantes, y blasonaba de ellos con justo motivo (1).

Pasó la mayor parte de su vida retirado en su casa de Piedrahita, dedicado á fomentar sus tierras y sus ganados. Era poco aficionado á entrar en la esfera de acción política, á que hubieran podido llevarle más de lleno sus luces y sus principales tendencias. Sus diatribas y sus arranques no son los embates de una pugna tenaz y sistemática; son el homenaje involuntario que se rinde á doctrinas seductoras, á par que el lujo y el recreo de un entendimiento claro y activo.

Algunas de sus composiciones tienen el color y el limpio lenguaje de los mejores tiempos de la poesía castellana. Es excelente hablista, poeta espontáneo y original, y la más justa alabanza que puede tributársele es que sus versos se distinguen más por la simpática sencillez de los buenos tiempos, que por los estudiados esmeros de los más de los poetas de su época. Sus breves cuadros de costumbres, y sus relaciones en prosa, forman parte de

---

(1) Así dedicó á Quintana un tomo de sus obras: «Dedico á V. este libro para darme honor á mí, y para dársele á V., haciendo saber al público que dos autores y poetas han sido amigos sinceros y sin interrupción desde la juventud á la vejez. (1842.)»

aquella literatura, que por lo llana y natural parece fácil y al alcance de todo el mundo. Así son algunas relaciones de Toepffer, de Federica Bremer, de Fernán Caballero. Los que intentan imitarlas comprenden en breve la *difícil facilidad* que hay en encerrar en tan sencillos cuadros tanta verdad, tan dulce estilo, tan delicado é íntimo sentido. Tradujo *Somoza*, en verso, *La Hecyra*, de Terencio, y *El Temistocles*, de Metastasio.

Cercanos ya al término de esta dilatada reseña de poetas líricos, justo es salvar del olvido los nombres de dos distinguidos escritores, nacidos en el siglo XVIII y discípulos ambos de la efímera escuela sevillana, creada á fines de aquel siglo: *D. Jacobo Vicente Navarro* y *D. Félix María Hidalgo*.

Fácilmente se trasluce en las obras de *Navarro* que, si bien discípulo de *Reinoso*, de *Blanco* y de *Lista*, insignes maestros de dicha escuela, estudiaba con predilección á los poetas de la escuela salmantina, y que *Cadalso* y *Meléndez* eran sus principales dechados. Escaso de imaginación, y por consiguiente de originalidad, sin vigor en los pensamientos, ni propiedad en el lenguaje, *Navarro* sólo se distingue por cierta entonación simpática, que hace leer con gusto una parte de sus poesías, y olvidar á veces la falta de las prendas esenciales de los verdaderos poetas. Era tan dado á escribir sonetos, como poco feliz en tan arduo trabajo. Y ¿cómo había de serlo si faltaban á su numen sobriedad y

fuerza, que son cabalmente las cualidades principales que requiere el soneto?

Olvidadas están las poesías de *Hidalgo*, discípulo, amigo y sucesor en la cátedra de literatura de Sevilla, de los esclarecidos *Reinoso* y *Lista*. Poco más conocemos de este aventajado escritor que sus odas patrióticas contra la invasión de Napoleón, una de ellas premiada en Sevilla en aquellos tiempos de entusiasmo nacional. No sería justo negar que hay en ellas noble entonación y arranque patriótico; pero no es de extrañar que á nosotros, los que hoy, pasado casi un siglo, consideramos la batalla de Bailén con la admiración serena que inspira un gran suceso histórico, nos parezca harto hiperbólica aquella excesiva vehemencia de expresión, que hubo de resonar como un eco natural y simpático en las almas enardecidas de los españoles de 1808. La obra más estimable de *Hidalgo* es sin duda su celebrada versión en verso de *Las Bucólicas de Virgilio*, ilustrada con notas eruditas y atinadas observaciones; versión no servil, pero fiel (1), que mereció alabanzas de insignes escritores, entre ellos *D. Juan Gualberto González*, el cual, con más fidelidad y menos

---

(1) Hidalgo desconocía, sin embargo, la obligación que impone la verdad histórica al que se atreve á traducir los libros de la antigüedad pagana, de reproducir sinceramente las costumbres, buenas ó malas, las preocupaciones y todas las ideas, por repugnantes que sean, que se hallan retratadas en aquellos libros. Movido por escrú-

gala, desempeñó igualmente la difícil tarea de traducir las admirables églogas de Virgilio.

Con mayor razón todavía debemos consignar aquí el famoso nombre de *D. Bartolomé José Gallardo.* Hacía versos, como Burgos, como los hacen todos aquellos que llegan á familiarizarse con las letras amenas y con las circunstancias rítmicas del idioma. Fué filólogo arrojado y antojadizo, y bibliógrafo consumado. Como crítico, se resiente de gusto apocado y no muy puro, y del afán de ostentar agudeza y erudición, olvidando el verdadero examen estético. El deseo de imitar el lenguaje poético de los escritores de principios del siglo XVII aumenta el carácter artificial de sus poesías. Pero no puede negarse que acierta algunas veces con algo que remeda de un modo agradable el suelto y fácil decir de los antiguos poetas castellanos.

Sólo nos resta hablar, porque ningún otro nombre notable viene á nuestra memoria, del insigne escritor *D. Eugenio de Tapia.* Fué uno de los hombres más laboriosos y estimables de su tiempo. La jurisprudencia, la historia, la instrucción pública y la

---

pulos religiosos, laudables en sí mismos, sustituyó la persona de Alexis, en la égloga segunda, con la de una pastora, evitando así el horror que inspiran aquellos monstruosos amores. De este modo empieza la égloga traducida:

Se abrasaba en amor por Galatea
El pastor Coridon.....

poesía ocuparon, alternativa, y á veces simultáneamente, su larga y provechosa vida. Logró, por su instrucción, su talento y sus nobles prendas de carácter, granjearse el aprecio de todos los hombres distinguidos de su tiempo. Entre otros, *Quintana*, *Martínez de la Rosa* y *D. Juan Nicasio Gallego*, le profesaron siempre acendrada amistad. En unión con el último, tradujo algunas obras de amena literatura. Su obra principal, la *Historia de la civilización española*, con ser un libro cuerda y ordenadamente concebido, y con sobriedad y elegancia escrito, no pasa de una reseña somera é incompleta de acontecimientos históricos, sin el suficiente examen y lógico estudio de las causas íntimas y trascendentales que constituyen la esencia de la vida intelectual, religiosa, social, artística y guerrera de España; de los elementos, en fin, siempre activos y entre sí encadenados, de su grandeza y de su decaimiento.

Las obras dramáticas, las novelas y las poesías de *Tapia* no denotan inspiración ardiente y poderosa, pero sí imaginación fácil y amena, buen gusto y sano espíritu. Como claro y correcto hablista, su mérito es incontestable, y la Academia Española, abriéndole sus puertas, procedió con tino y con justicia. La opinión no tasó acaso tan alto como merecía el valor de las obras poéticas de *Tapia*. El público, oyendo sonar continuamente el nombre de *Tapia* unido al *Febrero novísimo*, á la *Práctica forense*, á la *Jurisprudencia mercantil* y á otros libros de índole

útil y prosaica, miró aquellas obras como pasatiempo sin entidad en un hombre consagrado á tan graves y áridas tareas. La fama del jurisconsulto dañó esta vez á la gloria del poeta.

No debemos dar por terminado el cuadro histórico de la poesía castellana del siglo XVIII, sin recordar que las damas, con su dulce y civilizadora influencia, y no pocas veces con su ejemplo, alentaron las artes y las letras, contribuyendo así al desarrollo de estas fuerzas de la cultura humana.

Ya vimos, al hablar de la *Academia del Buen Gusto*, con cuán fervorosa afición fomentaron la poesía y la crítica literaria, en el reinado de Fernando VI, la Condesa de Lemos, la Duquesa de Arcos y otras señoras de la alta nobleza. En el mismo reinado escribía poesías, notables para la época, una joven que más adelante, en 1789, publicó una parte de sus obras, escondiendo su nombre con el dictado de *Una dama de esta corte*. Tradujo, dentro todavía de aquel reinado, tres tragedias francesas, entre ellas, con bastante propiedad y desembarazo, la *Andrómaca*, de Racine. Prendado *D. Agustin de Montiano y Luyando* del entendimiento y buen gusto de la interesante escritora, hizo leves correcciones de estilo en su traducción de la *Andrómaca*, y le escribió una carta lisonjera, que se ha conservado (1). Sectaria

(1) Esta carta fué escrita en Madrid, el 16 de Mayo de 1759.

de la nueva escuela reformadora, esta dama no escribe en estilo conceptuoso, lo cual no es ya de suyo escaso mérito para la primera mitad del siglo XVIII. Su estilo es desigual, amanerado y no siempre correcto, pero no le faltan ni desembarazo ni lozanía. Los doctos de su tiempo la admiraban y aplaudían, y recordaban para ensalzarla á la poetisa *Cristobalina*, celebrada en sus versos por Lope de Vega. Pero su fama, encerrada en el gabinete de los literatos, no llegó á hacerse popular. Hoy día ignoramos su nombre, aunque conocemos sus iniciales (M. H.).

Más adelante, ya en la era de Carlos III, creció y se propagó entre las damas la afición al cultivo de la pintura y de las letras graves ó amenas. La *Duquesa de Huèscar* fué nombrada por aclamación, en vista de sus obras, académica de honor y directora

---

He aquí el principal de sus párrafos:

«Repito, señora, que estas correcciones no son sustanciales, y que sin ellas merece no corto elogio el acierto con que desempeña la suma dificultad de traducir bien. La lástima es que el genio de la nación ha de echar menos el botón gordo y las frialdades del gracioso. No obstante, si llega á representarse, puede ser que las gustosas lágrimas que ha de costar formen algún partido que logre introducir este gusto en España..... Yo seguí algún tiempo la opinión de los franceses, pero abracé después la inglesa, aunque con varias moderaciones que he juzgado convenir á la verosimilitud y á no perder la ilusión teatral.»

Es en verdad curioso ver al sesudo y tímido autor de *Virginia* y de *Ataúlfo* acabar por inclinarse ya en aquellos tiempos al teatro inglés.

honoraria de la pintura en la *Academia de las tres nobles artes*, con voz, voto y asiento preeminente en ambas clases, y con opción á todos los empleos académicos (1766). La *Marquesa de Estepa* pintaba con gracia y soltura, y la Academia de San Fernando se honró admitiéndola en su seno (1775), como lo hizo asimismo con D.ª Mariana Waldstein, *Marquesa de Santa Cruz* (1782), y con otras ilustres damas, gentiles cultivadoras de las artes (1). A las letras se dedicaban con igual afición. La señora aragonesa *D.ª Josefa Amar y Borbón* mereció universal aplauso traduciendo gallardamente la voluminosa obra del abate Lampillas. La *Marquesa de Espeja* tradujo del italiano la *Filosofía moral*, de Zanotti. La *Condesa-Duquesa de Benavente* leía discursos en la Sociedad Económica Matritense (1786). Carlos III, después de empeñadas polémicas, en las cuales tomó parte el ilustradísimo Floridablanca, había hecho entrar á las mujeres, como elemento civilizador, en las Sociedades Económicas recién creadas. Este espíritu de respeto á la inteligencia femenil despertó en no pocas damas el entusiasmo literario. Merece citarse entre ellas, aunque no sea más que como curiosidad de historia literaria, *D.ª Isidra de Guzmán y Lacerda*, hija de los Condes de Oñate. Esta señorita, poseída de la pasión del saber, se consagró con tan buen éxito al estudio de las letras y de la filosofía,

(1) Actas de la Academia de San Fernando.

que llamó la atención general. El rey Carlos III, movido siempre por el grande impulso que lo animaba y juzgando acertado dar todo el realce posible á este ejemplo de laboriosidad literaria, recomendó la ilustre y aventajada joven á la Universidad de Alcalá, y dispensando al propio tiempo para aquel caso cualquier estatuto que lo estorbase, la señorita de Guzmán recibió en la Universidad, con ceremonias muy honoríficas, los grados de maestra y doctora en filosofía y letras humanas; siendo además nombrada catedrática honoraria de filosofía moderna y consiliaria perpetua en la facultad de artes (1785). Distinción no menos grande y desusada había alcanzado ya la señorita de Guzmán, entrando en el seno de la Academia Española; honra que jamás se ha tributado á otra mujer alguna (1) (1784). Con motivo de estos singulares acontecimientos literarios, salieron á relucir, en las obras periódicas del tiempo, peregrinas historias de españolas ilustres en las letras, entre ellas, D.ª Beatriz Galindo; D.ª Catalina de Aragón, Reina de Inglaterra; D.ª Luisa Sigea; Francisca de Nebrija, que sustituyó varias veces á su padre, el gran filólogo, en la cátedra de hu-

---

(1) Tenemos á la vista la *Oración* pronunciada por esta señorita en la Academia Española, el 28 de Diciembre de 1784. Igualmente tenemos á la vista el discurso que leyó el 25 de Febrero de 1786, en la Sociedad de Amigos del País, de Madrid. Ambas obras son notables por la elevación de las miras y la firmeza de la entonación.

manidades de la Universidad de Alcalá; tres señoras celebradas por Lope de Vega, D.ª Cristobalina Fernández de Alarcón, D.ª Ana de Castro Egas y doña Bernarda Ferreira de la Cerda; D.ª Oliva Sabuco de Nantes, natural de Alcaraz, sobresaliente en filosofía y medicina; la novelesca Ortensia de Castro, natural de Villaviciosa, que, disfrazada de estudiante, estudió en Coimbra en compañía de dos hermanos, y Juliana Morell, natural de Barcelona, que en Aviñón fué graduada de doctora en leyes, en el palacio del Gobernador (1).

La fama pasajera de la *señorita de Guzmán* tuvo eco en las naciones extranjeras. El *Journal Enciclopédique de Buillon* (1785) hizo encarecidos elogios de esta señorita, «que poseía los idiomas griego, latino, francés é italiano»; y en todas partes fué aplaudida la intención de Carlos III, que quiso hacer resaltar las prendas extraordinarias de aquella interesante doncella, fomentando así la educación intelectual de las españolas.

Por ser todavía aquella época, á pesar de los deseos de Carlos III, poco favorable al progreso literario de las damas que se educaban fuera de la corte ó de los claustros, no podemos menos de hacer mención de la ilustre gaditana *D.ª María Gertrudis Hore*. Resplandecía tanto por su peregrina hermosura, por su instrucción, por su clarísimo ingenio y por la ele-

(1) *Memorial literario* (Junio de 1785).

gante ostentación que desplegaba en su persona y casa, que la llamaban en Cádiz *la Hija del Sol.* Cansada de los aplausos mundanos, que había disfrutado tan colmados, á los treinta y seis años se retiró á un monasterio con permiso de su esposo; siendo en la Iglesia occidental, según afirma un escritor, el único ejemplo de casada y monja profesa á un mismo tiempo (1).

Las pocas poesías que se han conservado de esta mujer singular, á la cual ha consagrado nuestra ilustre amiga *Fernán Caballero* una de sus leyendas fantásticas, no merecen salvarse del olvido, á no ser como testimonio honroso de su gentil entendimiento, que en tiempos más felices para las letras habría producido acaso brillantes y sabrosos frutos. Son estas poesías por demás candorosas é insulsas, y si algo hay digno de notarse en ellas, es que, escribiendo *D.ª María Hore* cuando todavía reinaba el contagio del mal gusto, su estilo es claro y natural, con muy pocos resabios de retruécano y de alambicamiento.

Justo es también, por el propio motivo antes alegado, recordar á *D.ª María Helguero*, monja de las Huelgas de Burgos. No le faltaban ni instrucción ni ingenio. Como muchos poetas de su tiempo, se burla del estilo conceptuoso, pero algunas veces se deja

---

(1) Cambiaso, *Diccionario de personas célebres de Cádiz.*

llevar involuntariamente de la funesta magia tradicional de aquel estilo; otras, escribe con llaneza extremada y en tono popular, y entonces es cuando sus versos, sin llegar nunca á la elevación de la verdadera poesía, adquieren cierta facilidad y cierto agrado. Para sus poesías sagradas, y especialmente las relativas á la *Pasión*, suele escoger metros poco adecuados; pero el desembarazo y la sencillez vulgar que el metro mismo inspira, no quitan á los versos el fervor sincero que estaba en el alma de la poetisa. Sirvan de ejemplo estas seguidillas:

El tímido Pilatos,
Por libertarte,
Á la pena de esclavos
Quiere entregarte.
¡Piedad impía,
Que acrecienta tormentos
Contra tu vida!

Furiosos los verdugos,
Golpes descargan
En el yunque precioso
De tus espaldas.
¡Gente iracunda,
Que no le compadece
Ver tu hermosura!

. . . .
. . . .
El patíbulo abraza,
Como á descanso;
Amor en él te fija
Más que los clavos.
. . . .
. . . .

Dela cruz adorable
Bajan la prenda,
Que ponen en tus brazos,
Sagrada Reina.
¡Oh triste Madre!
¿Habrá dolor que al tuyo
Pueda igualarse?

Esta mezcla de naturalidad y de *concepto*, tan acomodada á la índole peculiar del gusto popular de los españoles, hizo simpáticas las poesías de esta señora, á pesar de su escaso mérito. Tenía más sensibilidad que fantasía. La noticia de la horrorosa muerte de Luis XVI y de María Antonieta llega á sus oídos como el colmo del escándalo y de la depravación. Se conmueve su alma, y escarnece en sus versos á los verdugos de aquellos regios mártires; pero no hay en sus imprecaciones un solo rasgo de los que denotan numen apasionado y vigoroso (1).

Mucho más que las escritoras que acabamos de citar, vale como poetisa *D.ª María Rosa Gálvez*, vehemente amiga y admiradora de *Quintana*. Cultivó la poesía dramática á fines del siglo último y principios del presente, con mayor éxito y afición que la lírica. Á falta de inspiración fecunda y elevada, tienen sus poesías noble desembarazo y cierta firmeza de entonación, poco común en los versos de las poetisas. Su oda *Al combate de Trafalgar* fué muy

(1) Se publicaron las poesías de esta religiosa en 1794.

celebrada. Ahora parece lánguida y palabrera. Describe y no canta. Le faltaba estro lírico para tan grande asunto.

Aquí ponemos término á la ingrata y prolija tarea de conmemorar y juzgar, aunque tan rápidamente cuanto nos ha sido posible, los poetas líricos castellanos de un siglo que fué para España de decadencia, de transición, de profundo cambio moral y literario; de un siglo inquieto, investigador y no creador; de un siglo que enflaquece la fe, que amengua el carácter nacional antiguo, y no parece sino la preparación de otro siglo; de un siglo, en fin, sin ideas propias, sin doctrinas definitivas, sin energía moral, sin entusiasmo y sin poesía. Los austeros pensadores del siglo XVIII, que, como *Forner*, no se pagaban de quiméricas ilusiones, no pintan su época con risueños colores. Así decía *Forner:*

> Estamos en un siglo de superficialidad. Oigo llamarle por todas partes siglo de la razón, siglo de luces, siglo ilustrado, siglo de la filosofía. Yo le llamaría mejor siglo de ensayos, siglo de diccionarios, siglo de diarios, siglo de impiedad, siglo hablador, siglo charlatán, siglo ostentador.

Forner tiene razón; y sin embargo, en aquella conmoción general, que introducía en la sociedad humana el malestar de la incertidumbre y de la duda, y que, sin darles un nuevo asiento, sacaba de su

asiento antiguo á los estados europeos, se escondían nuevas fuerzas, nuevas verdades, y á su lado grandes errores y violentos desvaríos, que ofrecían en discorde conjunto un confuso porvenir de esperanzas y de amenazas. Por lo mismo, el siglo XVIII, tal como fué, tal como lo hicieron las leyes providenciales de la historia, es digno de profundo estudio en todas sus manifestaciones morales, políticas y literarias. Con respecto al sentimiento de lo bello en las letras amenas, que es el punto de vista peculiar del presente estudio, poco lisonjero es el juicio absoluto que puede formarse relativamente á la España del siglo XVIII. Cuando la fe, unida al sentimiento nacional, decae, decae la inspiración. La duda y el análisis, que son las fuerzas morales del siglo último, pueden producir la poesía reflexiva, ó ingeniosa ó esmerada, del que estudia y medita; no la poesía, arrebatada, tierna ó mística, del que se entusiasma, del que siente, del que cree. La fantasía y el corazón, fuentes de la poesía verdadera, pierden su vigor en aquellas menguadas horas en que las naciones, buscando ávidamente lo desconocido, arrojan el tesoro de las tradiciones y de las creencias que constituían su vitalidad y su gloria. Como quiera que sea, hay tanta enseñanza histórica en los períodos de decadencia y transición, como en las épocas de florecimiento y de grandeza.

La crítica extranjera dominaba en el siglo XVIII las letras españolas, porque éstas habían perdido su

propia virtud, pura y genuina. La poesía, apocada y humilde, se contentaba por lo común con gimnasia de ingenio, ó con la observancia de formas aprendidas, porque la nación no tenía, como en otro tiempo, íntimos impulsos y grandes sentimientos que despertasen su entusiasmo. Destellos, y nada más que destellos del verdadero espíritu español, hay en los versos de *D. Nicolàs Fernàndez de Moratin*, de *Iglesias*, de *Fr. Diego Gonzàlez* y de algún otro. En las tendencias elegantes, primorosas ó filosóficas, de *Melèndez*, de *Jovellanos*, de *Cienfuegos*, de *Moratin* (Leandro), de *Iriarte*, de *Gallego*, de *Lista* y de los demás poetas imitadores de aquel tiempo, trasciende más el espíritu europeo que el sabor privativo de la tierra española. Hasta que *Quintana* siente enardecida su alma por el entusiasmo sincero de la patria, no produce el siglo XVIII un poeta lírico verdaderamente nacional. Los demás famosos escritores de la segunda mitad del siglo, si no eran cantores de la patria, eran poetas de la civilización. Su idioma, que ya no era del todo el habla abundante y purísima de los *Lopes*, de los *Cervantes* y de los *Granadas*, es, aunque todavía más degenerado en nuestro tiempo, el idioma que nosotros hablamos. Su espíritu, igualmente amenguado, también vive en nosotros todavía. Respetemos el entendimiento superior de aquellos insignes varones, y sus esclarecidos nombres. La herencia que nos han dejado es todavía grande y gloriosa, si se considera el estado de las letras castella-

nas en el primer tercio del mismo siglo. Asombroso es el camino que corrieron el buen gusto y la sensatez literaria desde la ilustre fecha del *Diario de los literatos*. Para no hacer extremado el contraste, citando autores extravagantes, nos contentaremos con recordar que en pocos años se pasó de *Gerardo Lobo* á *Meléndez*, de *Feijóo* á *Jovellanos*, y de *Cañizares* á *Moratin*.

FIN DE LA HISTORIA CRÍTICA.



APÉNDICES

Y

DOCUMENTOS LITERARIOS.



APÉNDICES
Y
DOCUMENTOS LITERARIOS.

DON GABRIEL ÁLVAREZ DE TOLEDO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

Nació *D. Gabriel Alvarez de Toledo* en la ciudad de Sevilla, el día 15 de Marzo de 1662 (1). Fué de familia ilustre, originaria de Braganza, en el reino de Portugal, que adquirió después carta de naturaleza en España, avecindándose primero en Aragón, y más adelante en Sevilla. Fué su padre D. Francisco Álvarez de Toledo, del hábito de Ca-

(1) El autor de estos apuntes hizo buscar y sacar en Sevilla la partida de bautismo de este hombre ilustre. Según este documento, *D. Gabriel Patricio Álvarez de Toledo y Pellicer* nació el 15 de Marzo de 1662, y fué bautizado en la parroquia de San Andrés el día 26 de Abril del mismo año.

latrava y consejero de Hacienda, que al lustre de su apellido juntaba aventajadas prendas y altos merecimientos personales. Su madre fué D.ª Luisa María Pellicer de Tovar, hija del notable escritor D. José Pellicer de Tovar, caballero de Santiago, señor de las Casas de Pellicer y Osau, del Consejo del Rey, su gentilhombre y su cronista mayor de Aragón.

Dedicóse en sus primeros años al cultivo de las letras amenas, y especialmente de la poesía.

La segunda época de la vida de *D. Gabriel* forma notable contraste con los tiempos de su mocedad, no viciosa ni impura, pero sí empleada, por la mayor parte, en livianos é insustanciales devaneos. El caballero galán y festivo aborrece repentinamente los triunfos mundanos, que le habían hechizado hasta entonces, y se convierte en un verdadero *anacoreta entre las confusiones y estorbos del mundo* (1). En las ciencias y en las letras, en los deberes religiosos, en el ejercicio de altas virtudes, entre las cuales sobresalía la caridad (2), y en el despacho de los arduos negocios públicos que le estaban confiados, concentraba *Alvarez de Toledo* todas las facultades de su alma. Se dedicó con asombrosa asi-

(1) Expresión del Dr. Torres.

(2) Á pesar de su patrimonio, de sus crecidos sueldos y de haber vivido constantemente, en sus últimos años, en casa de su amigo el Duque de Montellano, murió «como un pobre de solemnidad». Cuanto tenía lo daba de limosna.

duidad al estudio de las lenguas antiguas, llegando á poseer el griego, el latín, el hebreo, el árabe y el caldeo. De los idiomas modernos europeos, hablaba el francés, el alemán y el italiano. Además de sus poesías y de su *Historia de la Iglesia y del mundo*, escribió muchas obras, que se han perdido ó duermen olvidadas en el polvo de los archivos y de las bibliotecas (1). Contribuyó activamente, con el Marqués de Villena, con el historiador D. Juan Ferreras, con el sabio orientalista Fr. Juan Interián de Ayala y con otros varones insignes en doctrina y autoridad, á la fundación de la Academia Española, y fué el tercero de los Académicos inscritos en esta esclarecida Corporación. Caballero de la Orden de

---

(1) El Dr. Torres dice, refiriéndose á *Álvarez de Toledo:* «El juicio, los talentos, la universalidad en todas las ciencias é idiomas, y el estudio de este venerable autor, se perciben con más ventaja (alude á las poesías) en el libro de su *Historia antediluviana* y en otras obras que guarda la envidiable codicia de sus apasionados.»

En el *Palacio de Momo*, libro destinado á defender la *Historia de la Iglesia y del mundo*, dice su autor (ignorado hasta ahora, pero que es sin duda el célebre Marqués de San Felipe, amigo de *Álvarez de Toledo*, é individuo de la Academia Española) las siguientes palabras: «Aunque éste es el primer libro que ha impreso mi autor (habla de la citada *Historia*), no es lo primero que ha escrito, pues en prosa y verso se pueden, de sus escritos, hacer muchos tomos.»

Torres encontró en las bibliotecas de los Duques de Montellano y de Sotomayor los manuscritos de que se valió para formar la *Colección de las poesías de Álvarez de*

Santiago (1), Oficial mayor de la Secretaría de Estado, secretario del Rey y su bibliotecario mayor, secretario de la Presidencia del Consejo de Castilla, no le faltaron, como se ve, altos honores y testimonios de confianza de su patria y de su Soberano. Fué una de las personas más dignas y más respetadas de su tiempo. Vivió como un asceta, y en Enero de 1714 murió, como un santo, en la casa misma del Duque de Montellano (2).

MARQUÉS DE VALMAR.

Toledo. No menciona siquiera el códice que existe en la Biblioteca Nacional (M. 65) con este título: *Poesías varias de D. Gabriel Álvarez de Toledo y Pellicer, bibliotecario mayor de Su Majestad; recogidas por D. Miguel Josef Vanhafil, secretario del Excmo. Sr. Duque de Alburquerque;* 1741 (226 páginas).

Este manuscrito y otros que hemos tenido á la vista son menos copiosos que la colección publicada por Torres; pero su texto es, por lo común, más correcto, y contienen algunas composiciones de escaso mérito, que no entraron en la colección impresa.

(1) En 1703, á instancias del Duque de Osuna, se le conmutó el hábito de Santiago en el de la Orden de Alcántara.

(2) Don José de Villarroel escribió doce décimas á la muerte de *Álvarez de Toledo*, con este título: *Epitafio al sepulcro de D. Gabriel Álvarez de Toledo, varón docto, en siete lenguas perito, historiador ilustre y poeta insigne.* ¡Ciento veinte versos para un epitafio! En aquellos tiempos los poetas arrostraban la impropiedad en formas y en ideas, con tal que hallasen ocasión para hacer gala de originalidad y de agudeza. Las décimas son, cuanto cabe serlo, afectadas y conceptuosas. Copiaremos solamente

II.

DEL SR. D. ANTONIO FERRER DEL RÍO, DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

(*Revista Española*, número 4.º; 18 de Mayo de 1862.)

Oriundo este varón ilustre de Portugal, por la línea paterna, y nieto del célebre cronista de Ara-

---

dos de ellas, que denotan la alta opinión de sabio y de místico de que gozaba *Álvarez de Toledo*. Alude la primera á la general creencia de que había acelerado su muerte el exceso del estudio y los hábitos sedentarios.

¡Oh noble, insondable abismo
De ciencia....., pero crüel,
Que todos viviesen dél,
Y él muriese de sí mismo!
Dudará el catolicismo,
Al mirar que pudo unir
Ciencia y virtud al vivir,
Y en ambas resplandecer,
Si fué morir por saber,
Ó fué saber por morir.
Aun te excitará al dolor
De esta piedra el resistir,
En quien el mayor sentir
Es no sentir lo mayor.
Tú, peregrino, el fervor
Con palabra y obra inscribe.
Cadáver heróico exhibe
Aquí esta marmórea tabla:
Ve cómo vives, que aun habla;
Mira cómo hablas, que aun vive.

(*Poesías inéditas de D. José de Villarroel.*—Colección del Sr. D. Pascual de Gayangos.)

gón, D. José Pellicer de Tovar, por parte de madre, nació el 26 de Abril de 1662 (1), en la ciudad de Sevilla. Huérfano quedó poco después de acabar las primeras letras; casi abandonado á su voluntad exclusiva, no la tuvo grande para el estudio, y hallóse mozo, con natural estro y en trato familiar con las Musas. Á camino le llevaron de perdición el ocio, la boga que tuvieron sus poesías entre las damas sevillanas, el engreimiento de ser como el galán á la moda: su índole era excelente, por fortuna, y así los devaneos juveniles no pasaron á vicios. Muy cerca andaba de los treinta años cuando se resolvió á mudar de costumbres, tocado en el corazón á consecuencia de asistir á unas santas misiones; y según datos fidedignos, lo hizo de suerte, que desde entonces no se le vió más el color de los ojos, y se le pudo comparar á un capuchino entre las profanidades del mundo.

Bajo la protección y en la casa del Duque de Montellano, se entregó con pasión verdadera á resarcir los años perdidos, y sin otra guía que su privilegiado talento, perfeccionóse en el latín y lenguas orientales, y en los idiomas francés, alemán é italiano; se impuso en los sistemas filosóficos antiguos y modernos; de historia sagrada y profana supo

---

(1) No es exacta esta fecha. Nació *D. Gabriel Álvarez de Toledo*, según puede verse en el anterior apunte biográfico, el día 15 de Marzo.

mucho, y de teología aprendió tanto, que se le tuvo por maestro de nota. Aun llamándole *teólogo de corbata* uno de sus adversarios, y refiriéndose al tiempo en que su protector fué presidente del Consejo de Castilla, y le sirvió de secretario, nos revela que su oficina estaba llena de libros latinos, franceses y alemanes; que los adornos de las paredes eran papeles con caracteres hebreos; que sobre la nueva filosofía de Descartes y el curso de Regis hacía siempre versar las conversaciones, y que así pasaba las horas.

De caballero de Alcántara se cruzó el año de 1703, á pesar de su abstraimiento de las cosas mundanas, y también fué Bibliotecario mayor de S. M. y Oficial de la Secretaría de Estado. Al Marqués de Villena se asoció desde el primer día para la fundación de la Real Academia Española, á la par que daba á la imprenta un libro notable, titulado *Historia de la Iglesia y del mundo, que contiene los sucesos desde su creación hasta el diluvio*. Sus aprobadores fueron teólogos eminentes, y lo celebraron con justicia. Impreso está en un tomo en folio, y dividido en dos libros; de la creación trata el primero, y por el conato del demonio para perder al hombre, empieza el segundo. Piadosamente dedicólo *Al Rey inmortal de los siglos, Cristo Jesús, principio y fin de todas las cosas*. Por remate puso muy eruditas disertaciones *Sobre el sitio del paraiso; Lengua primitiva; Estación en que fuè criado el mundo; Variedad del cómputo de la Vulgata y de los Setenta*.

Aun recibía el autor los plácemes de las personas doctas, cuando enfermó de peligro y supo que alguien iba á escribir en contra suya; y como se brindase un amigo á hacer la apología de la obra en tal caso, le respondió estas literales palabras: «Si hablan contra la persona, como tendrán razón, no hay defensa; si contra la doctrina, los autores que cito responderán, si los leen; si contra el estilo, me ha parecido convidar al deleite de los tibios, para que bebiesen la moralidad; si contra algunas voces no vulgares, todas las he visto en autores castellanos de buena nota; y así, guarde usted la pluma para emplearla mejor que en mi defensa.»

No le fué dado practicar por sí tal conducta, pues falleció el 17 de Enero de 1714, todavía de buena edad, y muy llorado por sus amigos numerosos y por los muchos pobres á quienes socorría caritativamente. Su plaza fué la primera vacante en la Academia Española, para la cual hizo la planta de los Estatutos, y se ocupaba en el examen de las crónicas de los reyes de Castilla, desde San Fernando hasta Fernando V, á fin de autorizar la buena acepción de las voces.

Calientes estaban aún las cenizas del primer académico difunto, cuando se empezó á difundir la impugnación anunciada, bajo el título de *Carta del maestro de niños*, y suponiéndola impresa en Zaragoza. Victoriosamente fué rebatida por el que había empeñado al autor la palabra de salir en apoyo de su

libro. Con el seudónimo de *Encio Anastasio Heliopolitano*, y como impresa en León de Francia, dió á luz una *Apología jocoseria por la Historia de la Iglesia y del mundo*, bajo el título de *Palacio de Momo*. Á fin de que se comprenda el espíritu del impugnador, malévolo y poco feliz en su censura, me parece oportuno citar uno de sus pasajes, y la réplica á que dió motivo.—*De las dotes y naturaleza de los ángeles*, se titula el capítulo II de la obra; lleno de ufanía, se expresó el crítico de esta suerte: «No digo nada de *las dotes*, porque, aunque en castellano es masculino, estará ya resuelto en la Academia mudarle el género, quizá por ser femenino en latín.» —Á lo cual respondió el apologista en esta forma: «*Las dotes* es femenino en latín y castellano, aunque éste le dé alguna vez artículo de género impropio, y diga *los dotes*. De una y otra manera se halla escrito en autores de buena nota, y el antiguo refrán *Una buena dote ó dos medianas*, le da su propio artículo antes de la fundación de la Academia, que tan repetidamente nombras; y *es mucho te sabores con lo que te amarga;* ella te dará reglas á su tiempo, aunque hagas mal gesto *é imites al perro, que aúlla y ladra, mordiendo las puertas de la casa donde no puede entrar.*»—Á la Academia Española iba en realidad el tiro, como se ve más de manifiesto en otra crítica de la misma pluma que la antecedente, titulada *Jornada de los coches de Madrid á Alcalá, ó satisfacción al Palacio de Momo*. Allí supuso á la Academia

el pensamiento de corregir el idioma; con apodos quiso ridiculizar á sus individuos, y hasta esforzóse en procurar que se dieran por ofendidos los castellanos de que los hubiese naturales de Andalucía, de Extremadura, de Galicia y aun de alguna de las islas de Italia. Un tomo en 4.º forma cada uno de estos papeles, y todos comenzaron á circular el año mismo de la defunción de *Álvarez de Toledo*, en cuyo favor se declararon los varones de más literatura.

Al decir de su apologista, de las obras en prosa y verso de su pluma se podían hacer muchos tomos. Sus *Obras póstumas poéticas* salieron al público en Madrid, y de la imprenta del convento de la Merced, el año de 1744, gracias á la diligencia del conocidísimo Dr. D. Diego de Torres, y á los Duques de Montellano y Sotomayor, que las habían conservado esmeradamente en sus bibliotecas. Místicas son muchas de las poesías, y entre ellas merecen especial mención los *Afectos de un moribundo hablando con Cristo crucificado*, la *Paráfrasis del Miserere* y las *Endechas á su pensamiento*, sin duda escritas cuando se propuso mudar de vida.

Cualquiera octava de los *Fragmentos del poema intitulado la Burromaquia* serviría para demostrar su agudeza en el género festivo, de que se valió también para felicitar á su protector, el Duque, en ocasión de cumplir años. Sus romances á la muerte de la primera esposa de Carlos II; consolando á Es-

paña por la de este príncipe sin ventura; al gentilhombre despachado por Felipe V con la noticia de la batalla de Luzzara, sobre lo mucho que tardó en la venida, y su soneto á la quema de Játiva, determinan perfectamente que le deleitó la poesía aun después de sus mocedades.

MÁS NOTICIAS
SOBRE D. GABRIEL ÁLVAREZ DE TOLEDO.

Ocho fueron los individuos que á 6 de Julio de 1713 se asociaron privadamente para fundar la Academia Española; tres más asistieron á la junta de 3 de Agosto del mismo año, que es la primera de que se hace mención puntual en los libros de actas. Por el orden siguiente figuran los once señores: Don Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena y verdadero fundador de la Corporación ilustre, de quien realmente no consta que escribiera nada, pero sí que sabía mucho; D. Juan Ferreras, cura de San Andrés, y bien conocido por la *Sinopsis histórica cronológica de España*, en diez y seis tomos; *D. Gabriel Alvarez de Toledo,* á quien se refieren estos apuntes; D. Andrés González de Barcia, abogado célebre por entonces, consejero de Castilla poco más adelante, y entendido colector de varios de nuestros historiadores de Indias; fray Juan Interián de Ayala, religioso de la Real y mi-

litar orden de la Merced y Redención de cautivos, predicador eminente, no contaminado por el mal gusto que á la sazón reinaba en la oratoria, y cuyo libro más notable es, sin duda, *El Pintor cristiano y erudito*, no debiéndose tampoco omitir que tradujo el *Catecismo* de Fleury al castellano; el padre Bartolomé Alcázar, de la Compañía de Jesús y cronista de su instituto, versadísimo en divinas y humanas letras, autor de la *Chrono historia de la Compañia de Jesús en la provincia de Toledo y de sus varones ilustres;* P. José Casani, también jesuíta, maestro de matemáticas y sobresaliente en literatura, entre cuyas producciones se cuenta la *Escuela militar de fortificación ofensiva y defensiva, arte de fuegos y de escuadronar*, y el *Tratado de la naturaleza y origen de los cometas, con la historia de ellos;* D. Antonio Dongo Barnuevo, Corregidor de Villanueva de la Jara y de Inhiesta, y posteriormente bibliotecario, de quien existe una *Paráfrasis del responsorio de San Antonio de Padua*, en octavas reales; D. Francisco Pizarro, Marqués de San Juan y distinguidísimo traductor de la tragedia de Corneille titulada *Cinna;* D. José de Solís y Gante, Marqués de Castelnuovo, en seguida Conde de Saldueña, y por último, Duque de Montellano, autor de un *Romance endecasilabo, detestando la bárbara politica de Ptolomeo en la acción de cortar la cabeza á Pompeyo,* y D. Vicencio Squarzafigo Centurión y Arriola, señor de la Torre del Pasaje, buen matemático y autor de

una *Disertación pretendiendo probar que para el más perfecto uso de las voces es conveniente arreglar la ortografía de ellas á sus orígenes.*

Para dar á conocer á *D. Gabriel Álvarez de Toledo*, bueno es citar estos dos cortos pasajes de su apologista: «¡Diabólico llamas á un varón ejemplar, cuya sola presencia edificaba, á quien prudentemente impedía su padre espiritual los fervorosos excesos de su penitencia, bien escondida en una natural alegría y jocosidad, y de quien no se oyó palabra ofensiva, estudiando lo más perfecto!.....» «Parciales de mi autor eran cuantos le conocían y trataban. Enseñaba sin magisterio ni soberbia. Ocultaba su erudición cuanto le permitía la urbanidad del trato civil. Nada despreciaba de lo que oía, y en la amigable y dulce modestia del trato, se insinuaba á la benevolencia común y al aprecio y veneración de todos.»

DON FRANCISCO ANTONIO DE BANCES CANDAMO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació, de padres nobles, en el lugar de Sabugo (Asturias) el 26 de Abril de 1662. Recibió su educación literaria en Sevilla, dirigido por su tío materno el canónigo D. Antonio López Candamo, y

protegido por el arzobispo D. Ambrosio Ignacio de Espínola. Estudiaba filosofía, leyes y cánones; pero la poesía, que fué para él vocación imperiosa, le llevó á Madrid, donde se granjeó desde luego, en las academias poéticas y en el teatro, los más lisonjeros aplausos. Calderón acababa de morir, y *Candamo*, bien acogido y halagado por el público y por el rey Carlos II, reemplazó al autor de *La Vida es sueño*, no en la grandeza del ingenio, que esto no era dable, sino en el honroso cargo de poeta de corte. Su celebrada comedia *El Esclavo en grillos de oro*, escrita con el imprudente desenfado de la mocedad, y en donde creyeron muchos hallar alusiones ofensivas á un personaje de cuenta, acarreó al poeta amargos sinsabores; entre ellos, según puede conjeturarse, el de un encuentro en el cual, aunque defendiéndose con caballeresca intrepidez, quedó *Candamo* gravemente herido en el pecho (1). Este encuentro, cuya verdadera causa no ha aclarado la historia todavía, dió motivo á que el Monarca, los magnates de la corte y el pueblo de Madrid manifestasen la profunda simpatía que á todos inspiraba el bizarro y elegante mancebo y popular poeta. La nobleza, las gentes de palacio y hasta las del vulgo acudían con verdadero interés á casa del herido. El Rey envió, para que le asistiesen, sus primeros cirujanos de

---

(1) Véanse las *Notas para el uso de la sátira*, de don Agustín Montiano y Luyando.

cámara, y mandó atajar la calle de Alcalá para que no molestase al enfermo el ruido de los carruajes (1).

«Convalecido (dice su primer biógrafo), prosiguió escribiendo las fiestas Reales del Palacio y del Coliseo.» El Rey, por decreto de 9 de Noviembre de 1683, le señaló una pensión de 1.000 ducados de renta anual.

Cansado al cabo de la vida de la corte, salió de Madrid y desempeñó en Ocaña y otros pueblos el empleo de Administrador de las Rentas Reales, y en Baeza y en San Clemente el de Superintendente. Cumpliendo con un encargo del Consejo Real en la villa de Lezuza, murió en ella, el 8 de Septiembre de 1704, casi repentinamente, dando motivo esta circunstancia á que algunos concibiesen sospechas de envenenamiento. Tenía á la sazón cuarenta y dos años. Dejó varias obras en prosa, sobre rentas públicas, historia literaria é historia religiosa; varias poesías; veinticuatro comedias y muchas otras obras dramáticas de índole popular, como loas, zarzuelas, autos y entremeses.

Bances Candamo, aunque llegó al siglo XVIII, pertenece en realidad al siglo anterior. Parece excesivo rigor no haber incluído obra alguna suya entre los *Poetas líricos* de los siglos XVI y XVII, publicados en la *Biblioteca de Rivadeneyra. Candamo*, arrastrado

(1) *Vida de D. Francisco Antonio de Bances Candamo,* publicada al frente de sus *Obras líricas;* Madrid, 1720.

lastimosamente, en la poesía lírica y dramática, por el torrente del concepto y de la afectación, que tanto estragó la literatura castellana en la segunda mitad del siglo XVII, es, por lo mismo que estaba dotado de ingenio verdadero, uno de los escritores más adecuados para hacer comprender el estado del gusto poético al empezar el siglo XVIII, y la triste herencia que en este punto dejaron las últimas lumbreras literarias del brillante siglo XVII, á los escritores de la primera mitad del siguiente, los cuales se encontraron de repente en una atmósfera literaria obscura y corrompida, que embargaba las fuerzas naturales de la razón y del ingenio.

Candamo, sin embargo, cuando olvida la moda conceptuosa, escribe escenas enteras y trozos líricos con limpio lenguaje y natural estilo.

VALMAR.

DON EUGENIO GERARDO LOBO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

Á pesar de la celebridad extensa y duradera de este poeta, son tan escasos los pormenores biográficos que de él se han conservado, que diligentes escritores que han hecho recientes investigaciones acerca de las circunstancias principales de su

vida (1), no dan noticia exacta de los años de su nacimiento y de su muerte, ni del lugar de su naturaleza.

Por fortuna han venido á nuestras manos unos apuntes que pertenecieron á la colección del señor D. Bartolomé José Gallardo (2), relativos á la partida de bautismo y al testamento de aquel afamado poeta. Consta en ellos que nació en la villa de *Cuerva* (3), donde fué bautizado el día 30 de Septiembre de 1679, y que fueron sus padres D. Eugenio Lobo, natural de Toledo, y D.ª María Rodríguez de la Huerta, natural de la mencionada villa. En edad muy temprana dedicaron á su hijo *Eugenio Ge-*

---

(1) Los Sres. D. Vicente Barrantes y D. Cayetano Alberto de la Barrera.

(2) «Estos apuntes son de puño del Sr. Basarán, vecino de Toledo, casado con la heredera de *Gerardo Lobo* (8 de Mayo de 1839). Se conserva el retrato del poeta en la biblioteca arzobispal de Toledo.» (*Nota escrita al pie de los apuntes por el mismo Sr. Gallardo.*)

(3) Esta villa, cercana á Toledo, y dependiente de la ciudad, sirvió muchas veces de punto de descanso en las cacerías de algunos monarcas españoles.

Gerardo Lobo pasó siempre, aun entre sus contemporáneos, por natural de Toledo. En esta ciudad estuvieron avecindados sus padres durante muchos años, y en ella recibió el poeta su primera educación. Por eso, sin duda, la miraba como su verdadera patria, y así lo indicaba en estos versos:

Del Tajo en las arenas,
Piadosísima cuna
De aquel suspiro que arrojé primero.....

rardo á la carrera de las armas; ya en la guerra de sucesión era capitán de caballos-corazas del regimiento viejo de Granada, y con este título se publicaron varias de sus poesías en Sevilla (imprenta de Leefdael, 1713), en Cádiz (imprenta de Jerónimo Peralta, 1717) y en otras épocas y ciudades. Si el rey Felipe V abrigaba, como se ha repetido tantas veces, cierta animadversión contra el *capitán coplero,* que en alguna ocasión empleó su festiva musa para burlarse de los franceses, esta animadversión hubo de ser generosa, como la única que puede caber en corazones magnánimos, pues todo da indicio de que el valor, la lealtad y los merecimientos militares de *D. Eugenio Gerardo Lobo* fueron tasados por aquel Soberano con equidad y sin sombra de encono.

Tomó parte en las gloriosas campañas de su tiempo; se halló en los cercos de Lérida y Montemayor y en la conquista de Orán, y pasó á Italia con el mismo Felipe V. En la guerra contra el Austria se distinguió notablemente, y en la brillante y sangrienta batalla de Campo Santo, junto al Tánaro (8 de Febrero de 1743), recibió cuatro heridas graves, dos de metralla y dos de bala de fusil (1). Tres meses después estaba todavía cu-

---

(1) «Yo salí de la batalla con cuarenta granaderos menos, y con cuatro agujeros más en mi cuerpo.» (*Carta de D. Eugenio Gerardo Lobo al Rmo. P. M. Fr. N., escrita en Bolonia el* 20 *de Mayo de* 1743.)

ríndose de sus heridas en Bolonia, reducido á la triste necesidad de sostenerse con muletas. No había pasado todavía del grado de brigadier, y quejábase entonces de no haber alcanzado en ocasión tan propicia el de general, que á la sazón había sido concedido á otros brigadieres más protegidos ó más afortunados (1). Poco tardó en quedar satisfecha la legítima ambición que por aquel tiempo traía resentido y desasosegado el ánimo de *Gerardo Lobo*. Fué nombrado Mariscal de campo y caballero de la Orden de Santiago, y más adelante, reinando ya Fernando VI, recibió el cabal galardón que merecían sus altas prendas y sus eminentes servicios. Murió á consecuencia de haber caído desastrosamente de su caballo, en Agosto de 1750 (2), siendo Teniente general del ejército, capitán de guardias

---

(1) «Siento que á la sombra de este beneficio de la Real gratitud (una pensión sobre la encomienda de Daimiel) se desvanezca la esperanza de mi regular ascenso á mariscal de campo, cuando lo han conseguido dos brigadieres en mi regimiento, y muchísimos en el ejército, no sólo más modernos en el grado, pero sin comparación en los antecedentes empleos; pues ya tenía yo cargado un baúl de patentes, y llena la fantasía de campañas, sitios, batallas y particulares funciones, cuando los unos no conocían la luz, ni los otros la profesión.» (*Carta citada de D. Eugenio Gerardo Lobo.*)

(2) No por los años de 1756 ó 1757, como han asegurado algunos escritores.

de infantería española, y Gobernador militar y político de la plaza y ciudad de Barcelona.

VALMAR.

II.

DEL DR. D. PEDRO GONZÁLEZ GARCÍA, OBISPO DE LA PUEBLA DE LOS ÁNGELES, SECRETARIO Y TESORERO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (CONTEMPORÁNEO DEL POETA).

He leído con gustosa atención el libro de varias poesías que escribió el galante ingenio de *D. Eugenio Gerardo Lobo*, cuyo brazo, enseñado á dar el más animoso espíritu á su espada, da igual valentía á su pluma..... La sal discretísima de sus versos los hace dulcísimos y sabrosos..... En nada muestra más el autor su ingenio y su juicio, que en el asunto que llama *chichisbeo*, mal recibido de los fervores y delicadeza del celo cristiano. Luce en este juguete su ingenio, haciendo especulativamente probable lo que es tan arduo y difícil en materia la más peligrosa..... Sus obras son nuevo lustre de la poesía y de la lengua española.

III.

DE FR. ANTONIO VENTURA DE PRADO, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, CATEDRÁTICO DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA, PREDICADOR DEL REY, CALIFICADOR DE LA INQUISICIÓN (CONTEMPORÁNEO DEL POETA).

Esta siempre plausible vena, sin gastar licencia alguna, se graduó de ortodoxa; porque aquella libertad á que suele precisar la armonía, se mira tan desterrada por su natural facundia, que en lugar de estrechar á *D. Eugenio* la consonancia, parece que la consonancia misma le pide siempre licencia para afortunarse con su obra..... Todas nueve Musas parece conspiran con igual conato á infundir su número: felicidad galanteada de todos, poseída de muy raros..... Nuestro *D. Eugenio* es en lo serio dulcemente grave, y en lo festivo saladamente apacible; en la lira es sublime; en la elegía, dulce; en la cítara, suave; y con el albogue, el mismo chiste (1).

---

(1) Reproducimos este extravagante juicio únicamente como muestra del estragado gusto de la época; bien es verdad que el P. Fr. Antonio de Prado fué uno de los hombres más enfáticos y pedantes de su tiempo. Es el mismo que llamó á su poema *San Rafael* «eutropelia poética, en siete centurias».—(*Valmar.*)

IV.

DEL SEÑOR DON VICENTE BARRANTES.

(*Semanario Pintoresco.*)

En nuestra humilde opinión, *Gerardo Lobo* con más reposado carácter, y con nacer en más clásico siglo, hubiera dado mucha honra á las letras castellanas, porque su numen era inagotable, lozanísima su imaginación, su facilidad extremada, sus conocimientos no vulgares, y le adornaban, en fin, casi todas las dotes de los grandes poetas.

V.

DEL SEÑOR DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

(*Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo* XVIII.)

Otro poeta florecía en aquel tiempo, el cual hoy está casi olvidado, aunque en mi juventud era todavía leido y gustaba. Pocos de mis oyentes habrán leido á *D. Eugenio Gerardo Lobo,* de quien dicen excitó mucho el enojo de Felipe V por cierta burla que hizo de los franceses, cuando dijo, pintando en estilo jocoso el estado de una casa·

Dos cochinos, al entrar,
Me dieron la enhorabuena;
Que el trato con los franceses
Me hizo entenderles la lengua.

Felipe V creyó que esta alusión al trato con los franceses encerraba una sátira del trato que existía con los franceses desde que él había venido á reinar en España, y por eso, como saben muchos, trató á *Gerardo Lobo* con singular despego, y le llamó, según cuentan, *el capitán coplero*. *Lobo* era capitán del regimiento de guardias de infantería española, creado por el mismo Felipe V, y el pertenecer á aquel Cuerpo en aquel tiempo era una prueba de ser de una familia de más que mediano lustre. Sin embargo, no creyó que desdecía de su calidad el ser poeta. Compuso algunos versos largos, que verdaderamente son todos ellos detestables y adolecen de los vicios de la escuela malamente llamada gongorina, pues aunque Góngora, en sus *Soledades* y *Polifemo*, dió los peores ejemplos de gusto, no es el único de mal gusto entre los escritores de su tiempo, y muchos le criticaban, que incurrían después en la mayor parte de las faltas que en él reparaban. Los versos largos de *Gerardo Lobo* eran de la mala escuela que antes dominaba; no así sus décimas, las cuales son fáciles, fluidas, graciosas, y recuerdan los mejores tiempos de nuestra literatura; pues aunque se le ha llamado el capitán coplero, y le cuadra bien tal título, es menester

confesar que hubo un período, desde que nuestra literatura se afrancesó, en que se despreció demasiado á los copleros, y aunque éstos no deben ser citados como modelos, es preciso tener presente que los copleros empezaron nuestra literatura; que ésta fué de copleros hasta el siglo XV, y en las obras de los copleros se hallaba una parte de la índole del ingenio español en sus mejores días. ¿Quién no se acuerda de las chistosas y aun famosas décimas de *Gerardo Lobo*, en que pinta su alojamiento con aquellas hipérboles tan á nuestro gusto, en que dice que halló desierto el lugar, porque todo él había ido á limpiar una parva de centeno? ¡Qué donosura hay en aquella otra, donde, pintando á su patrona, dice:

De mi patrona el matiz
Al alma causa vaivén;
Trae por frente una sartén,
Cuyo rabo es la nariz;

con otra porción de rasgos de esta especie! Quien quiera conocer todos los pasos de nuestra literatura, señaladamente la senda de la versificación y de los versos cortos, y ver cómo se fueron conservando el consonante y el mecanismo de la décima y de la redondilla, para desaparecer casi enteramente á fines del siglo XVIII, y volver á aparecer ahora, como con gusto se nota que ha aparecido con todo su brillo y toda su gracia, no debe despreciar las obras de *Gerardo Lobo*.

DOCTOR D. DIEGO DE TORRES
Y VILLARROEL.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

Nació *D. Diego de Torres* en la ciudad de Salamanca, en 1696, y fué bautizado en la parroquia de San Isidro y San Pelayo. Su padre, Pedro de Torres, librero de aquella ciudad, fué hijo de un hábil tapicero (1) que había aprendido el oficio en Flandes, donde sirvió al rey como soldado raso. Su madre, Manuela de Villarroel, fué hija de un mercader de lienzos, establecido asimismo en la ciudad de Salamanca. Pedro de Torres ejerció durante algunos años su profesión de librero con buena fama y próspera fortuna; pero su numerosa familia (tuvo diez y ocho hijos) y la guerra de suceśión, calamitosa para su comercio, de tal manera llegaron á empobrecerle, que informado el Real Consejo de Castilla de los sacrificios que había hecho en favor de la causa del Rey durante la guerra con Portugal, mandó á la ciudad que le señalase una pensión vi-

(1) Tejedor de tapices.

talicia de 400 ducados anuales y 300 doblones de una vez, para que reparase algún tanto sus pérdidas.

Aliviada su aflictiva situación, pudo ya vivir aquella honrada familia, aunque con estrechez, sin apremiante miseria. Pedro de Torres, que, según refiere su hijo, leía todos los libros de su tienda, llegó á ser hombre notablemente instruído, y advirtiendo que *Diego* estaba dotado de claro y desembarazado ingenio, empleó cuantos medios estaban á su alcance para darle esmerada y provechosa educación. Primero en casa del doctor Don Juan González de Dios, profundo helenista y rígido maestro, y después en el Colegio Trilingüe, donde vistió una beca que alcanzó su padre de la Universidad de Salamanca, adquirió *Diego* los rudimentos esenciales de una enseñanza fecunda y severa. La disciplina escolástica no amansó, sin embargo, los ímpetus del mozo atolondrado y travieso. Él mismo refiere la loca agitación que entró en su alma en aquella edad de movimiento y de alegría:

«Las novelas, las comedias y los autores romancistas me entretuvieron la ociosidad y el retiro forzado..... Los años me iban dando fuerza, robustez, gusto y atrevimiento para desear todo linaje de enredos, diversiones y disparates, y yo empecé con furia implacable á meterme en cuantos desatinos y despropósitos rodean los pensamientos y las inclinaciones de los muchachos. Aprendí á bailar,

á jugar la espada y la pelota, á torear, á hacer versos, y paré todo mi ingenio en discurrir diabluras y enredos para librarme de la reclusión y las tareas en que se deben emplear los buenos colegiales de aquella casa. Abría puertas, falseaba llaves, hendía candados, y no se escapaba de mis manos pared, puerta ni ventana en donde no pusiese las disposiciones de falsearla, romperla ó escalarla» (1).

Claro se ve que para encaminar por buen sendero aquella condición activa y turbulenta, era forzoso que viniera á guiarle la áspera mano de la experiencia. No tardaron en acibarar su juventud los sinsabores que acarrea siempre el desvío del orden y de la disciplina que la sociedad impone á todos para provecho y amparo de todos. Huyó desatentadamente del santo y sereno hogar de sus padres, y vivió en Portugal algún tiempo, ocultando su nombre (2), y sujeto á las humillaciones y á las azarosas vicisitudes de la vida del charlatán y del expatriado.

Vuelto á su país, y aleccionado por el infortunio y el desengaño, quedó «medroso de las calamidades que se expone á padecer el que se entrega á los

(1) *Vida del Dr. D. Diego de Torres y Villarroel, escrita por él mismo.* Esta curiosísima autobiografía forma el tomo XV de las obras de aquel célebre y popular escritor.

(2) Tomó el nombre de *Gabriel Gilberto* cuando se alistó como soldado en un regimiento portugués.

derrumbaderos de su ignorante y antojadiza imaginación» (1). Entonces vivió retirado y corregido en la modesta casa paterna, y el estudio fué su refugio, su recreo y la curación de sus desvaríos. Por aquel tiempo empezó á publicar, con el nombre burlesco de *El Gran Piscator de Salamanca*, que le quedó por apodo (2), sus *almanaques* y sus *pronósticos*, y á saborear el dulce deleite de ganar honra y provecho con las producciones del ingenio. Momentos pasó de extremado apuro, en los cuales le aquejó la más desdichada miseria (3). En otras ocasiones vivió «comiendo á costa ajena, huésped honrado y querido, en las primeras casas del reino». Dos años vivió en Madrid, en casa de la Condesa de los Arcos. Después pasó también algún tiempo en casa del Marqués de Almarza, hasta que, movido por los consejos del Sr. Herrera, Presidente del Consejo de Castilla, y Obispo de Sigüenza, que se aficionó á sus festivos escritos y deseaba verle empeñado en más provechosos estudios, se opuso á la cátedra de matemáticas de la Universidad de Sala-

---

(1) Palabras del mismo *Torres*.

(2) Adoptó probablemente este nombre imitando los pronósticos del *Gran Piscator Sarrabal de Milán*.

(3) «Alquilé media cama, compré un candelero de barro y una vela de sebo, que me duró más de seis meses, porque las más noches me acostaba á obscuras. Padecí unas horribles hambres, tanto, que alguna vez me desmayó la flaqueza.» (*Vida de Torres. Segundo viaje á Madrid.*)

manca, que alcanzó y desempeñó con notable gloria. El humor festivo y el desembarazado ingenio de *Torres* le granjeaba la amistad de muchos encumbrados personajes, que le atraían y agasajaban; pero no los buscaba, y casi á pesar suyo recibía sus favores, pues nunca se vió carácter menos dócil al yugo de las formas artificiales y de las etiquetas mundanas (1). Después de su escapatoria á Portugal, ganó en Madrid pobremente su vida, bordando para una tienda portátil de la Puerta del Sol; después fué Visitador del tabaco en Salamanca. Pensó en meterse fraile; pero en breve echó de ver, sin duda, que carecía de la mansedumbre y del reposo que requiere la vida contemplativa del claustro. Á punto estuvo de hacerse contrabandista. Nada apaciguó su imaginación inconstante y cavilosa, hasta que, como hemos dicho, logró ser catedrático y doctor de la Universidad de Salamanca. Aun entonces tuvo un grave quebranto, sin la menor culpa de su parte. Acusado de complicidad en una causa formada á su amigo el caballero D. Juan de Salazar, que hirió á un sacerdote en un arrebato de ira, se

---

(1) «Siempre he conservado un aborrecimiento espantoso á los intereses, honras, aplausos, pretensiones, puestos, ceremonias y zalamerías del mundo. La urgencia de mis necesidades, que han sido grandes y repetidas, jamás pudo arrastrarme á las antesalas de los poderosos; sus paredes siempre estuvieron quejosas de mi desvío, pero no de mi veneración.»—(TORRES.)

fugó primero á Francia (1), y después fué extrañado del reino y pasó á Portugal, donde la celebridad de su nombre verdadero le indujo á usar, por vergüenza, el de D. Francisco Bermúdez, segundo nombre supuesto que adoptaba en aquel país. Después del largo destierro de tres años, fué reconocida su inocencia, y volvió al goce de su cátedra. Entonces sólo le aquejaron los sinsabores comunes de la vida, algunos de los cuales le suscitaban acaso su agresiva franqueza y su sarcástica alegría. Nunca estuvo muy sobrado de bienes de fortuna; pero esto sólo puede achacarse á su generoso é irreflexivo desprendimiento, pues además de los rendimientos de su cargo universitario, ganaba, con la publicación de sus libros y sus folletos, cantidades, para aquel tiempo, y aun para cualquiera otro, muy crecidas (2).

Torres escribió muchas poesías líricas y algunas dramáticas. La mayor parte de ellas están impresas en los tomos VII, VIII y IX de la edición que en

(1) No pasó de Burdeos.

(2) «Pudiera ser rico con mis ahorros; pero siempre andan iguales los gastos y las ganancias. He derramado entre mis amigos, parientes, enemigos y petardistas más de cuarenta mil ducados..... En veinte años de escritor he percibido á más de dos mil ducados cada año, y todo lo he repartido, gracias á Dios, sin tener á la hora en que esto escribo más repuestos que algunos veinte doblones, que guarda mi madre, que ha sido siempre la tesorera y repartidora de mis trabajos y caudales.»—(TORRES.)

quince volúmenes se hizo en los años de 1794 á 1799. Son sus escritos de mayor extensión los siguientes:

Anatomía de lo visible é invisible de ambas esferas, y viaje fantástico. Dedicado al rey D. Fernando el Sexto.

Sueños morales, visiones y visitas de D. Francisco de Quevedo.

Sueños morales; Los desahuciados del mundo y de la gloria.

Tratados físicos, médicos y morales; Vida natural y católica.

El Ermitaño y Torres, en que se trata de la piedra filosofal. Cartilla rústica, eclesiástica y astrológica.

Vida de la venerable M. Gregoria de Santa Teresa. (Dos tomos.)

Vida del P. D. Jerónimo Abarrátegui y Figueroa, fundador del colegio de PP. Cayetanos de Salamanca.

La Cátedra de morir.

El *Dr. Torres,* aunque no humilde, era verdaderamente modesto. Sentía hervir en su mente un entendimiento activo y vigoroso. Pero por lo mismo sus obras le parecieron siempre destituídas de profundidad é hijas de un numen liviano y juguetón. «Yo confieso, decía con donaire, que para mí perdieron el crédito y la estimación los libros, después que vi que se vendían y apreciaban los míos.»

Pasó los últimos años de su vida con holgura y serenidad, ocupado en la administración de los bienes del Duque de Alba y del Conde de Miranda, en

honrosas comisiones de la Universidad de Salamanca, y en la formación de nuevos *pronósticos, cómputos eclesiásticos* y *cálculos astrológicos;* tarea que fué siempre para él amena y provechosa. Murió después de 1758.

Así describe el *Dr. Torres* su persona en la tercera parte de su *Vida:* «Pintaréme como aparezco hoy (había cumplido cuarenta y seis años). Tengo dos varas y siete dedos de estatura; los miembros tienen simetría; la piel del rostro está llena, aunque ya van asomando hacia los lagrimales de los ojos algunas patas de gallo; no hay en él colorido enfadoso ni pecas. El cabello todavía es rubio; alguna cana suele salir á acusarme lo viejo. Los ojos son azules y pequeños; las cejas y la barba pobladas de un pelambre alazán. La nariz caudalosa y abierta. Los labios frescos y rasgados con rectitud. Los dientes cabales y estrechamente unidos..... El cuerpo se va ya torciendo hacia la tierra..... Soy, todo junto, un hombrón alto, picante en seco, blanco, rubio, con más catadura de alemán que de castellano.»

VALMAR.

II.

Son tan breves é insignificantes los juicios que han quedado de este autor, ya olvidado, y desdeñado por la escuela literaria del reinado de Car

los III, que hemos juzgado oportuno reproducir aquí el juicio más razonado y menos severo que el *Dr. Torres* escribió de sus propias obras. Está en uno de los diálogos entre *El Ermitaño* y *Torres:*

TORRES.

«Parece que veo allí mis escritos, y siento que tengas en este huerto de literatura árboles tan silvestres, en que nada se ve sino es hojas.

EL ERMITAÑO.

»No hay duda que tus obras tienen necesidad de mucho castigo, porque en muchos pasajes se reconocen delincuentes; también es cierto que en las más de ellas reina la libertad, y te puedo asegurar que en estas soledades me produce su lectura un género de deleite que se conforma con mi desengaño. He visto en muchas de ellas el poco caso que haces de las ceremonias y pesadeces del mundo político; he visto la inclinación que tienes á burlarte de los cuidados que muerden á los hombres ordinariamente; no se me ha escondido la solidez de tus verdades, ni el provecho de tu moral. Tu estilo me agrada, porque es natural y corriente, sin sombra alguna de violencia ó afectación; tus sales me divierten....

TORRES.

»No dudo que mi castellano es menos enfadoso que el que se observa por lo común en los escritos modernos. Mi cuidado ha sido sólo hacer patente mi pensamiento con las más claras expresiones, huyendo de hablar el castellano en latín ó en griego; peste que se ha derramado por casi todo el orbe de los escritores de España..... La lectura de mis obras tiene alguna cosa de deleitable, no tanto por las sales como por las pimientas. Es cierto que propongo algunas verdades y sentencias; pero si les faltara esto, ya habría quemado todos mis papeles. Los más de ellos han nacido entre cabriolas y guitarras, y sobre el arcón de la cebada de los mesones, oyendo los gritos, chanzas, desvergüenzas y pullas de los caleseros, mozos de mulas y caminantes, y así están llenos de disparates, como compuestos sin estudio, quietud, advertencia ni meditación.

»Á esto puede añadirse que tengo tantos enemigos como la dieta; éstos con sus sátiras me han destemplado el estilo, y en mis defensas he divulgado lo que me ponía en la pluma el resentimiento y no la reflexión..... La necesidad ha tenido mucha influencia en algunos de mis papeles, porque yo estaba hambriento y desnudo; conque no trataba de enseñar, sino de comer y de ganar para la decencia y el abrigo; esto lo he publicado muchas veces en mis impresos.»

III.

JUICIO DEL DIARIO DE LOS LITERATOS DE ESPAÑA (1737).

(Con motivo de la obra titulada *Los Desahuciados del mundo y de la gloria, sueño místico, moral y físico.*)

Don Diego de Torres es tan conocido, que aunque se hubiera publicado esta obra sin su nombre, ella bastaba para descubrirle, habiéndose hecho conocer y distinguir el carácter de su autor por una infinidad de pequeñas producciones que ha dado al público, y en que la uniformidad del lenguaje y cierto particular espíritu de imitación denotan claramente su origen, sobrando para determinarlo las otras luces.

El público de España ha recibido con aplauso las travesuras de este ingenio. No solamente los iliteratos han hecho su delicia de la lectura de sus obras; también los hombres doctos han descansado de la tarea de estudios más severos, solicitando lograr en ellas algunos festivos intervalos; no se ha usado de más poderoso exorcismo para lanzar el demonio de la melancolía. Este uniforme y casi general consentimiento ú aprobación del gusto, nos induce á pensar que en los escritos de *D. Diego* se deja oír alguna agradable armonía, con que se deleita el espíritu de sus lectores. Lo que tenemos por cierto

es que ninguno de nuestros nacionales ha llegado tan cerca de Quevedo. No hacemos el cotejo en el fondo y gravedad de las doctrinas; pero nos parece que en estas obras se resucita el mismo género de donaire y desenfado que reina en los discursos y reflexiones de aquel grande español.

Debe *D. Diego* esta propiedad de la imitación á sus nativas disposiciones, ayudadas de una continua lección de aquellos escritos. Algunos han querido persuadir que no contienen los de nuestro autor sino robos preciosos. No dudamos que alguna vez se haya servido de las invenciones de Quevedo como de los originales más célebres, según la costumbre de los pintores; tampoco negaremos que en unas ú otras pinceladas acuerda con demasiada claridad la valentía del original que copia, deslizándose acaso la pluma insensiblemente, sin noticia de la voluntad, adonde la lleva la memoria, ó ya concurriendo casualmente con el otro escritor en unas mismas frases, de lo cual hay innumerables ejemplos. Pero no es de todos examinar ni calificar de robos los pensamientos, y tiene su particular dificultad no caer en un juicio falso, siendo arriesgado discernir entre el robo y la imitación, por ser los términos confines y no tan distantes como se cree vulgarmente.

En cuanto á la dicción castellana, no puede negarse que es la menos impura que se halla en las obras de los españoles modernos, aunque en algunos razonamientos serios se le suelen escapar hispanis-

mos bajos y voces de humilde institución, lo que contradice á la gravedad de semejantes discursos. El número de sus períodos es desafectado, sin que por esto deje de ser hermoso. Corre la oración en sus escritos con gracias que no son forasteras del natural. La abundancia en el idioma es maravillosa, y antes en algunos pasajes llega á ser vicio el exceso de la fecundidad. No se puede, sin ofender su derecho, contradecir que tiene este escritor, para las piezas de elocuencia, todas aquellas felices disposiciones que de parte de la naturaleza se juzgan necesarias, y que se ven en pocos; no pudiéndose adquirir con el más obstinado estudio de la oratoria ni con el más frecuente ejercicio de las declamaciones, pues siempre se observa una palpable diferencia entre el retórico y el elocuente.

Habiéndose propuesto casar el deleite con la instrucción, deleitando y amonestando al lector, según el consejo de Horacio y el instituto de los satíricos y cómicos, ha solicitado que concurran estas dos calidades en las más de sus obras, trayendo, con el celo y dulzura de las invenciones y donaires, al provecho de la enseñanza. Pero aunque ha hecho serias reflexiones para castigar las costumbres, se deja conocer que ha fijado con demasía la atención en las representaciones festivas, siendo muchas veces vicioso en los apodos y prolijo en las imágenes ó pinturas que nos ofrece, pecando otras de exorbitante en la calidad y número. También se desazonan los

manjares por abundancia de sal, que en siendo mucha, muerde y no sazona.

Algunos de sus enemigos, envidiosos de los aplausos y fortuna de sus obras, han desahogado con sus plumas el fuego de la emulación. No han faltado otros celosos correctores que le han reprendido algunos yerros y el desenfado de su expresión. Unos y otros han escrito con agrio y destemplanza. Á los más les ha respondido nuestro autor sin moderar los incendios de su indignación, propagándose la rabia de aquéllos en éste. La irritación le ha destemplado hasta publicar, con sentimiento de los juiciosos, proposiciones jactanciosas y menos arregladas, con desaire de la cordura y poca satisfacción de la modestia. Pero mucho se le debe perdonar por el derecho de provocado, y más en consideración de un ardimiento juvenil y de un fogoso temperamento.

IV.

DE D. CAYETANO ALBERTO DE LA BARRERA.

(Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español. Madrid, 1860.)

..... Dieron principalmente fama y renombre al *Dr. Torres* sus *Pronósticos* ó *Almanaques*, publicados desde 1723 á 1753, y sus imitaciones de Quevedo, cuyo estilo supo remedar con especial

habilidad. Escribió versos líricos y juguetes dramáticos, no faltos de gracia y donaire. Estas obras y otras varias, científicas, devotas, morales y críticas, que produjo su fecunda pluma, forman quince volúmenes en 8.º en la reimpresión de Madrid, año de 1799. Sufrió un destierro injusto á Francia, por consecuencia de calumniosa acusación de complicidad en ciertas heridas causadas por su amigo don Juan de Salazar, y también le ocasionaron disgustos sus compañeros de universidad. Jubilado en 1751, vivía, siete años después, desempeñando varias administraciones de sus protectores, el Duque de Alba y el Conde de Miranda, y otras comisiones honrosas, y ocupado incesantemente en sus cómputos, cálculos y pronósticos.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL DR. TORRES.

Juguetes de Talía, entretenimientos del numen; varias poesías líricas y cómicas, que á diferentes asuntos escribió el *Dr. D. Diego de Torres Villarroel*, catedrático de matemáticas en la Universidad de Salamanca, dedicadas al Excmo. Sr. D. Fernando de Silva Álvarez de Toledo....., Duque de Güescar, Conde de Gálvez..... Tomo II.—Impreso en Sevilla, en la imprenta Real de D. Diego López de Haro, en la calle de Génova; 4.º, sin año de impresión (1744).

Dedicatoria del autor: Salamanca, 20 Julio 1744.

—Aprobación, firmada en Salamanca, Enero 1739. —Licencia del Consejo: Madrid, Febrero 1739.— Aprobación de Fr. Juan de Nájera: Sevilla, 1744. —Licencia del Ordinario: Sevilla, Agosto 1744.— Fe de erratas: Madrid, Julio 1744.—Suma de la tasa: ídem, íd. íd.—Décimas al autor.—Prólogo de éste; declara que el tomo se había impreso sin su corrección.

Contiene:—*El Hospital en que cura amor de amor la locura* (comedia jocosa en tres jornadas, con los intermedios siguientes):—Entremés, de *El Duende*. —Baile, de *La Ronda del uso.*

Síguese:—*Juicio de Paris y robo de Elena.* Zarzuela en dos jornadas, con una *Introducción.*—Baile y sainete de *Negros* (entre las dos jornadas), y concluye con *Fin de fiesta*, en contradanza.

La Armonía en lo insensible y Eneas en Italia.— Zarzuela compuesta por *Torres* y D. José Ormaza, en dos jornadas, con *Introducción.—Sainete entremesado.—Fin de fiesta.*

Siguen luego:—*Introducción.—Intermedio*, sin título (para una comedia).—Sainete de *Los Gitanos.* —Sainete de la *Taberna de la puerta de Villamayor.* —Sainete de *El Valentón.*—Sainete de *El Poeta.*— Sainete de *La Peregrina*, para el aria del *Alcalde*, zurumbático.—*Fiesta cómica*, sin título.—Otras *tres* lo mismo. (Todas á los años de varios amigos del poeta.)—*Fiesta cómica* y música para el día que cumple años *Torres.*—*Fin de fiesta* ó baile francés.

—*Diálogo entre un sordo médico y un vecino gangoso.*
—*Los Figurones ridículos en Salamanca.* (Villancico entre varias personas.)

Piezas sueltas:—Sainete de *El Miserable.*—Sainete *Fiesta de gallos y Estafermo en la aldegüela.*

JORGE PITILLAS.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

(Como complemento de las curiosas noticias contenidas en el siguiente apunte autógrafo de Gallardo, véase lo que acerca de *Jorge Pitillas* decimos en el de *la Historia crítica de la poesía castellana en el siglo* XVIII.)

I.

APUNTE AUTÓGRAFO DE D. BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

HERVÁS (Licenciado D. José Gerardo de), 1742. —*Seudónimos de Hervás:* D. HUGO HERRERA DE JASPEDÓS; JORGE PITILLAS.

De la vida de este ingenioso y elegante escritor se sabe muy poco, y eso poco y su muerte consta

por el testimonio de un amigo suyo, en carta de un anónimo, no sé qué reverendo de grandes campanillas, de que existe copia entre los manuscritos de la Biblioteca Real de Madrid (T-108).

El autor de la carta presumo yo que ha de ser D. Juan Martínez Salafranca; las señas que se dan de él son: que estaba empleado en un hospital; que tiene una tahona en la calle del Barco; ítem, que era administrador del hospital de la nación francesa en Madrid (1).

Como quiera, la carta es curiosa; copio de ella, no ya sólo lo relativo á nuestro Hervás, sino lo tocante al autor de la carta y á varias personas ilustres de la Biblioteca Real, donde sirvió Salafranca.—Carta canta:

«*Madrid, 26 de Abril de* 1745.—Mon très-R. P., etc. Vuestra reverencia tuviera mucha razón de quejarse..... Según vuestra reverencia me da á entender, no recibió la carta en que le avisaba la muerte de mi querida madre, que murió el día 15 de Junio de 1742.....

»Pocos días después murió un grande amigo mío, abogado, á quien V. trató algunas veces, que se llamaba D. Josef Hervás; vestía hábitos largos y hablaba un poco francés.....

(1) Salafranca nunca fué Administrador del Hospital de los Franceses. Lo fué, y cabalmente en la época de la fecha de la carta, D. Leopoldo Jerónimo Puig, que es su verdadero autor.—(*Valmar.*)

»Don Juan de Iriarte ha cerca de dos años que es oficial de la Secretaría de Estado, con retención de su empleo de bibliotecario, y es también de la Academia de la Lengua Española. Está muy ocupado con sus empleos, muy gordo y muy rico, pero sin desconocer á sus amigos.....

»Su hermano ha mucho tiempo que no escribe; pero se sabe que tiene un buen corregimiento en Indias, de donde, si vuelve, vendrá bien acomodado.....

»Don Blas Antonio Nasarre estuvo á principios del año pasado enfermo de mucho peligro; pero ya está restituído á su robustez, y aprecia mucho á vuestra reverencia, de quien hacemos muy frecuente memoria en nuestras conversaciones.»

En el mismo códice de la Biblioteca Real está original la sátira de *Jorge Pitillas*, con esta nota:

19. «Apunto en un papel, que pesa el plomo,
Que en Groelandia las zorras son malditas,
Según refiere Wanderlarchk el Romo;
20. »Con otras mil noticias exquisitas,
Que pudieran muy bien, según su casta,
Aumentar las *Memorias eruditas*.

»Estos dos tercetos se concibieron y escribieron primeramente así, y después se reformaron, según se lee en el cuerpo de la sátira (1), por las superve-

---

(1) Enmendados corren así, impresos la primera vez, en 1741, en el séptimo y último tomo del *Diario de los*

nientes atenciones de amistad y comercio estrecho entre *Pitillas* y el autor de las *Memorias eruditas*, y porque, ante todas cosas, es justo respetar *illud amicitiæ sanctum ac venerabile nomen.—Madrid y Mayo* 8 *de* 1741.—(Rubricado.)»

Quizá del autor mismo de la sátira.

Y á continuación de esos tercetos, estampa otro el autor, en que confirma la especie, que toca Salafranca en su carta, de la afición de Hervás á la lengua francesa, á saber:

Hablo francés aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y fermentar la castellana pasta.

Me inducen á creer que esta carta sea de Salafranca, varias especies de otras cartas del mismo al erudito D. José de Ceballos, escritas posteriormente, retirado y aburrido en Villel, su patria, pueblo de Aragón.

En una, fecha en Febrero de 1750, contándole su vida y trabajos, le dice: «Estudio la medicina, primero, con el Dr. Babia, clérigo y médico de pro-

---

Literatos de España, de que era uno de los redactores Salafranca:

Apunto en un papel, que pesa el plomo,
Que Dioscórides fué grande herbolario,
Según refiere Wandenlarchk el Romo.
Y allego de noticias un almario,
Que pudieran muy bien, según su casta,
Aumentar el *Mercurio literario.*

fesión; después, con los padres jesuítas, las artes matemáticas, y los idiomas griego y hebreo, y otros, en mi cuarto; todo esto sin faltar mañana ni tarde (sin pretender cosa alguna) á la librería del Rey.»

En carta del mismo al mismo, fecha en 16 de Octubre, le dice: «El papel de la *Derrota* (*¿de los Alanos*, por el P. Isla?) le presté á un amigo, y sabiéndolo un comisario del Santo Oficio, envió por él, y aunque tengo licencia de leer lo prohibido, se le remití.

»El de Rivera (?) también llegó por el correo. Es pluma de mejor aire y gala, y de genio capaz de mayores empresas. Ya habrá reparado usted que descubre el misterio que yo observé en el *Diario* (*de los Literatos*), para que quedase oculto nuestro famoso correspondiente D. Hugo de Herrera, cuya crítica, por su gran delicadeza, y por la fertilidad de las sales con que supo disfrazar una oportuna y bien seguida ironía, se hizo preciso que la conserváramos oculta por entonces, para que la envidia y la ignorancia no tuviesen objeto en que cebarse.

»Fuera de que don Hugo no quiso tampoco exponer su persona á los insultos que nosotros (los redactores del *Diario de los Literatos*) padecimos; ni era justo hacerlo, en atención á su carácter é instituto. Y vea V. aquí cómo se nos vino á la mano la ocasión de satisfacer su curiosidad en este asunto.....

»De Soto Marne (1), lo dicho, dicho. Para escribir contra Feijóo, es menester otro Feijóo; y de éstos entran muy pocos en libra.....

»El padre confesor del Rey, ni me favorecía, ni me favorecerá, porque no soy de los chilladores.....»

En otra de 24 de Mayo de 1752, le dice: «El reverendísimo P. Burriel está en Toledo, trabajando en la librería de la santa iglesia. Ha encontrado escritos admirables, pero le faltan copiantes proporcionados.»

Á estas noticias tan originales, agregamos las que nos da el bibliotecario Pellicer, en nombre de su hijo Casiano, en la *Historia del histrionismo* en España, publicada el año de 1804. En el artículo de Petronila Jibaja (a) *la Portuguesa*, dice de nuestro D. José Gerardo lo siguiente:

«Uno de los amartelados admiradores de esta célebre actriz fué D. José Gerardo de Hervás.

»Este Hervás es aquel *Jorge Pitillas*, y aquel otro D. Hugo Herrera de Jaspedós, que disfrazado con estos nombres, publicó en el *Diario de los Literatos de España*, la *Sátira contra los malos escritores* y el *Extracto del poema de San Antonio Abad*, por D. Pedro Ocejo; en que manifestó tanto caudal de ingenio festivo, de ironía delicada y de estilo castizo castellano.»

---

(1) Fray Francisco de Soto y Marne, uno de los vigorosos impugnadores de Feijóo.

Este ingenio, pues, malogrado, que murió en la flor de su edad, el año de 1742, escribió, el de 1736, una carta á la Jibaja, que se copiará aquí de su original (Biblioteca Real, estante M, códice 41), para acreditar el mérito singular de esta comedianta, y por confirmar el sazonado ingenio del autor.....

El epígrafe dice así:

«Carta á la célebre comedianta Petronila Jibaja, llamada comúnmente *la Portuguesa,* en ocasión de haber convalecido de una peligrosa enfermedad.»

La fecha de la carta es en Portillo y Abril 29 de 1736..... *Don Hugo Herrera de Jaspedós.*

Véase si D. José Gerardo nos quiso engañar con la verdad, fingiendo que escribía desde Portillo, que quizá sería su verdadera patria, la cual se ignora, al menos por mí.

Don Hugo Herrera de Jaspedós es anagrama de *don Josef Gerardo de Hervás.*

Véase si esta comedianta es aquella que, escapada á Portugal, dió luego un manifiesto, escrito con indecible gracejo, y en estilo que me hace sospechar que su autor era muy digno de serlo del ingenioso *Gil Blas.*

Á este apunte de Gallardo debemos añadir que, además de la célebre sátira sobre los malos escritores, y de la carta satírica, llena de agudeza, en que se burló del extravagante poema de D. Pedro Nolasco Ocejo, titulado *El Sol de los anacoretas, San Antonio Abad*, publicó Hervás, en el *Diario de los*

Literatos (tomo VII), otra carta burlesca sobre el *Rasgo épico, verídica epiphonema*, etc., del doctor D. Joaquín Casses.

II.

DEL SR. D. ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

(*Manual de literatura.—Resumen histórico de la literatura española.*)

Descuellan también en aquel triste período (la primera mitad del siglo XVIII), y merecen citarse con aprecio, dos composiciones notables, que son *El Deucalion* del Conde de Torrepalma, y la sátira conocida con el nombre de *Jorge Pitillas*, cuyo autor se dice fué D. José Hervás. Esta última, sobre todo, merece ocupar uno de los primeros lugares entre nuestras composiciones del género á que pertenece, siendo una pintura bellísima del estado en que se hallaban entonces las letras españolás.

III.

DEL SR. D. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA.

(Anotaciones á la *Poética.*)

Muy superior á todas las publicadas en época precedente (alude á las sátiras literarias) es la que se imprimió, en el siglo último, en el *Diario de los Li-*

teratos de España, encubriéndose su autor, D. José Gerardo de Hervás, bajo el fingido nombre de *Jorge Pitillas*. Supónese en ella el poeta irritado al ver el estrago de la literatura, y animado del deseo de desahogar su bilis. En todo el contexto de esta sátira reinan la viveza y la facilidad, y abundan la sal y el donaire. El poeta toma para sus pinturas una brocha cargada de color fuerte, y la maneja luego con la mayor facilidad y desenfado. Amenaza el poeta con censurar, señalándolos con sus propios nombres, á tanto mal escritor, de la misma suerte que lo hicieron los mejores satíricos antiguos y modernos, con cuyo ejemplo se apoya.

DON IGNACIO DE LUZÁN.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

MEMORIAS DE LA VIDA DE D. IGNACIO DE LUZÁN, ESCRITAS POR SU HIJO D. JUAN IGNACIO LUZÁN, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE SEGOVIA.

La creencia en que estoy, con bastante fundamento, de que, sin embargo de ser tan conocida la *Poética* de *D. Ignacio de Luzán*, por lo que toca á

su persona sólo queda generalmente una noticia confusa y diminuta, me ha movido á escribir estas Memorias de su vida. Las dividiré en dos partes: en la primera trataré de su nacimiento, educación, estudios, viajes y empleos; y en la segunda, después de dar una ligera idea de su carácter moral y de sus talentos, y de referir algunas particularidades que manifiestan el juicio que de ellos hicieron sus primeros maestros y otras personas, y comprueban el mío, daré una noticia razonada de sus pricipales obras, tanto impresas como inéditas, con el juicio que he formado de cada una de ellas, ciñéndome cuanto sea posible y permita la materia, para no ser molesto á los lectores. Procuraré igualmente evitar la nota de apasionado; pero si enteramente no lo consiguiere, me servirán de disculpa los justos motivos por que lo debo ser.

Nació este caballero en Zaragoza, á 28 de Marzo del año de 1702, y le bautizaron en la Seo. Fueron sus padres D. Antonio de Luzán y Guaso, señor de Castillazuelo, y Gobernador entonces del reino de Aragón, y D.ª Leonor Pérez Claramunt de Suelves y Gurrea. Sus abuelos paternos, D. Jaime Teodoro de Luzán, señor de Castillazuelo, y D.ª Ana de Guaso y Coscón; y los maternos, D. Caspar Pérez Claramunt de Suelves Fernández de Luna, señor de Suelves y Artasona, y D.ª Benita de Gurrea y Turlán, hija de los señores Condes del Villar. Ideaban los padres de *D. Ignacio* darle desde sus más

tiernos años la educación correspondiente á una persona de tan distinguido nacimiento; pero no lo pudieron efectuar, tanto por la muerte inopinada de D.ª Leonor, como porque el estado que tenían las cosas en aquel reino puso á D. Antonio en circunstancias que le obligaron á dejar su patria, y pasar con toda su familia á Barcelona, donde murió el año de 1706, dejando huérfano, de edad de cuatro años, á su último y más querido hijo; de suerte que estando también fuera de España todos sus tíos y hermanos, vino á quedar *D. Ignacio* sin otro arrimo que el de su abuela paterna, cuya situación, avanzada edad y falta de salud, junto con la poca ó ninguna tranquilidad que se lograba en toda la Cataluña, y especialmente en Barcelona, acabaron de hacer impracticables todos los pensamientos que habían tenido sus padres en orden á su educación. Sin embargo, aunque esta señora, á pesar de sus buenos deseos, no pudo darle aquella formal y metódica que se intentaba, hizo de su parte cuanto le sugirió su afecto y le permitieron las circunstancias en que se hallaba; y la buena disposición natural de *D. Ignacio* suplió en lo posible la falta irremediable de otros auxilios. Procuró la abuela instruirle en la verdadera religión, inspirarle amor á ella, y radicar en su alma las semillas de todas las virtudes cristianas y políticas, manteniendo y fomentando al mismo tiempo aquella tenaz afición á saber, que ya en sus cortos años manifestaba.

Así aprovechó el tiempo que residió *D. Ignacio* en Barcelona, hasta el año de 1715, en que, concluído el célebre sitio de aquella ciudad, pasó, en edad de trece, á Mallorca, donde se detuvo algún corto tiempo, en compañía de D. José de Luzán, eclesiástico, tío suyo, que le llevó consigo á Génova, y luego á Milán. Allí estuvo de asiento dicho tío cinco ó seis años, no se sabe con qué destino; y allí fué donde empezó el joven *Ignacio* á recibir de buenos maestros una enseñanza metódica; porque á poco tiempo de haber llegado á aquella ciudad logró su tío colocarle en el seminario de nobles llamado de Patellani, que sin duda estaba incorporado con el colegio Braidense de jesuítas, ó á su cargo en cuanto á los estudios. En él aprendió prontamente la lengua italiana, y después estudió con el P. Perotto la gramática latina, y últimamente con el P. Cinnami la retórica. Más adelante aprendió con perfección la lengua francesa. Continuó en aquella ciudad, dedicado enteramente al estudio de las bellas letras, hasta que con motivo de estar su tío nombrado para una plaza de inquisidor en Sicilia, tuvo que dejar á Milán, y pasar en su compañía á Nápoles, donde se detuvo dos ó tres meses, que aprovechó estudiando la lógica de Aristóteles y las de algunos autores modernos. Pasó después á Palermo, y creyéndose ya de asiento en aquella isla, pensó seriamente en tomar carrera determinada, para proporcionar su acomodo. Su genio

dulce y estudioso no era á propósito para la dura é inquieta profesión militar; y conociendo muy bien que para los empleos civiles ó eclesiásticos no hay otra puerta que el estudio de las facultades mayores, se dedicó al de la jurisprudencia, en que hizo más que regulares progresos. El año de 1727 se graduó de Doctor en ambos derechos en la Universidad de Catana, y ya antes, en el de 1724, tal vez aspirando al logro de algunos beneficios para asegurar su manutención si faltaba su tío, y en el ínterin se proporcionaba empleo correspondiente de toga ó de iglesia, se había ordenado de prima y grados.

Pero aunque su principal estudio era éste, que abrazó por necesidad, no se contentó con la jurisprudencia de las aulas, sino que extendió su aplicación al derecho patrio, y levantó su entendimiento hasta las partes más sublimes de esta ciencia, como son el derecho público, natural y de gentes, en los que sin duda debió adquirir singulares luces, que conservó y manifestó muchos años después en obras y papeles importantes, trabajados por gusto ó por comisión superior, en los diversos graves negocios que estuvieron á su cuidado. Y no siendo aun bastante el estudio vasto y profundo que hacía en una facultad tan espinosa, para ocupar todo su talento y para satisfacer completamente á su natural curiosidad, y á aquella vehemente propensión que siempre tuvo á saher y lograr una uni-

versal instrucción, sin ser dueño de sí mismo en esta parte, le fué preciso abrazar al mismo tiempo otros muchos de que voy á dar cuenta.

Dedicóse, pues, *D. Ignacio* en primer lugar al estudio de la filosofía moderna, tanto sistemática como experimental, y al de las matemáticas, en que fué su maestro el P. Spedaleri, jesuíta, profesor entonces de mucho crédito. En una de sus obras inéditas se ven bastantes indicios de su aprovechamiento en uno y otro; y por otra parte, asegurando él mismo en una carta á un amigo residente en Alemania, que hallaba particular deleite en las matemáticas, los que saben á fondo esta ciencia comprenderán desde luego que debió tener en ella una inteligencia más que mediana. Con igual gusto y provecho emprendió el de la historia en todos sus ramos, y como tan inseparables de éste, el de la cronología, para el cual se formó él mismo un breve tratado, que aprendió de memoria, y el de la anticuaria, disponiendo á este fin dos tablas muy á propósito para adquirir gran facilidad y destreza en el conocimiento de las medallas y en la inteligencia de sus leyendas é inscripciones. Con estos y otros medios consiguió ser peritísimo en la crítica de la historia, como lo acreditó en adelante en varias obras que escribió en España. Aplicóse con no menor cuidado á la teología moral y expositiva, y á la lectura de los Santos Padres. Aprendió la lengua alemana, que hablaba y escribía corrientemente.

Se perfeccionó en la italiana, que manejaba con igual primor y propiedad que los más hábiles nacionales. No dejó de cultivar la latina, en que era muy diestro, y últimamente, estudió á fondo la griega, siendo su maestro el P. Jerónimo Giustiniani, jesuíta, famoso profesor de ella, en que hizo tales progresos, que traducía y comentaba á Homero de repente. Aprendió casi de memoria los mejores poetas italianos, latinos, y algunos de los griegos; y aun extendió su aplicacién hasta dar algunos ratos á la música y al dibujo, y no sin aprovechamiento. Acaso parecería increible todo esto, si no lo asegurase el mismo *D. Ignacio* en la carta ya citada al amigo residente en Alemania; el cual, admirado y aun temeroso de que perdiese la salud, le respondió, procurando con razones y ejemplos persuadirle á que refrenase esta *bárbara curiosidad.* Pero le replicó *D. Ignacio*, demostrando que lo que á él le parecía imposible ó muy perjudicial, no era sino muy fácil y útil á un hombre de talento, ejecutándolo con el método y la dirección que él mismo había ideado y explica. Lo particular es que al mismo tiempo, como si estuviera muy despacio, ó como si no tuviera otra ocupación, no cesaba de escribir y componer poesías, discursos, traducciones y otras obras de que se hablará á su tiempo, ya por su gusto, ya por encargo de dos academias de Palermo, de que era individuo, y que se juntaban, la una en casa del Sr. Filingeri, príncipe de Santa Fla-

via, y la otra, llamada *del Buen Gusto*, en casa de un erudito canónigo de aquella iglesia, llamado don Agustín Panto.

Así vivía *D. Ignacio* en Palermo, entregado enteramente á sus estudios y al trato continuo de todos los eruditos de aquella ciudad, cuando en el año de 1729 asaltó la muerte á su tío D. José, que le mantenía; por lo que le fué preciso volver á Nápoles para acogerse á la sombra de su hermano, el Conde de Luzán, que se hallaba de Gobernador del castillo de San Telmo. La mudanza de domicilio en nada alteró el género de vida de *D. Ignacio*. Estudiar, escribir y tratar con los sabios más célebres de Nápoles eran sus continuas ocupaciones. Es verdad que alguna debilidad que empezó á experimentar en su salud, le obligó á moderarse en cuanto al estudio; pero esta misma necesidad, aunque le varió en el modo, le mejoró en la sustancia; porque tomando nuevo método, no tan fatigoso, pero más útil y seguro, meditaba más, aunque estudiaba menos. Allí compuso varias obras, de que hablaré más adelante. El año de 1732, la nueva academia titulada de los Ereínos, que se había erigido el año antes en Palermo, y en la que á porfía se habían alistado los ingenios más sobresalientes de toda Italia, le declaró por uno de sus individuos, con el nombre de Egidio Menalipo.

En fin, el año de 1733, informado el Conde su hermano del mal estado en que se hallaba la ha-

cienda que poseía en Aragón, juzgó muy conveniente que volviese *D. Ignacio* á España con los poderes necesarias para administrarla; lo que ejecutó prontamente, abandonando gustoso, por servir á su hermano y volver á su amada patria, todas las grandes proporciones y bien fundadas esperanzas de hacer una carrera brillante, con que le brindaba la fortuna en aquellos países. Desembarcó en Barcelona, y desde allí vino derechamente á Zaragoza, donde por entonces fijó su residencia, y más adelante se retiró á Monzón, por parecerle pueblo más acomodado para su vida filosófica y estudiosa. También pasó algunas temporadas en la ciudad de Huesca, por los mismos motivos, y por otro más particular; pues por los años de 1736 á 1737 pensó en darse una compañera que le sirviese de consuelo en su poco próspera suerte, y manejase la economía casera, que de ordinario suele ser repugnante ó impracticable á los genios muy amantes del estudio. Gobernóse en este asunto por ideas muy propias de un filósofo, y fué á buscar en una pequeña aldea lo que, á mi ver, no creyó fácil de encontrar en las ciudades y pueblos de mucho gentío y bullicio. Buscó, digo, una mujer de buen parecer, prudente, honesta y hacendosa, y todo lo halló á medida de su deseo en doña María Francisca Mincholet, hija de D. Jorge Mincholet, hidalgo hacendado del lugar de Añes.

Entregado enteramente hasta entonces *D. Ignacio* al deleite que le causaba el estudio, y bastante ocu-

pado, por otra parte, en el manejo de la hacienda de su hermano, aunque sin otro arbitrio para subsistir que las asistencias que éste le daba, no había pensado en pretensiones, ó no había tenido tiempo para ellas; pero después de casado, viendo que ya tenía persona en quien poder con seguridad descargar el peso de su administración, y echando de ver al mismo tiempo que se aumentaba su familia, y no su renta, conoció que ya podía y aun debía resolverse á pasar á la corte, y correr los ordinarios trámites de pretendiente. Con efecto, hizo varios viajes á Madrid, pero su natural encogimiento apenas le permitió acercarse á aquellas puertas que otros saben hacerse abrir casi al primer golpe. Y así, en cuantas veces se dejó ver en la corte no adelantó un paso para mejorar de fortuna, y sólo llevó el estéril consuelo de que los que le trataron le reconocieron acreedor á una muy distinguida.

Sin embargo, aunque por entonces nada logró de lo que pretendía, se puede decir que su mérito iba insensiblemente levantando el edificio; porque si no lograba premios y empleos, recibía públicas y no equívocas demostraciones de la estimación que ya se hacía de sus talentos y literatura; pues en el año de 1741 fué elegido académico honorario de la Real Academia Española, el siguiente pasó á la clase de supernumerario, y un poco más adelante fué recibido en la de la Historia.

La precisión de trabajar de continuo en los asun-

tos á que con mucho ardor se dedicaban entonces ambas Academias, y acaso la no infundada esperanza de que estos mismos trabajos literarios le abrirían algún día el camino á un establecimiento decente, le movieron á detenerse en Madrid, en su último viaje, por mucho más tiempo que en otros; y no le engañó su corazón, porque en el año de 1747, impensadamente, y sin haberlo pretendido, se halló nombrado para la secretaría de embajada de París, en ocasión de estar destinado por Embajador á aquella corte el Excmo. Sr. Duque de Huéscar, después de Alba. Insinuaré de paso que, según parece, no fué de mucha satisfacción para los hermanos de *D. Ignacio* este destino, particularmente para el conde D. Antonio, que respondió á quien le dió la noticia en términos que denotan no haberle creído correspondiente al cúmulo de circunstancias que concurrían en su hermano; pero éste, más bien enterado de la estimación que logran en España y otros países tales empleos, le admitió gustoso, y pasó prontamente á la referida corte, donde residió con este carácter hasta Septiembre del año de 1749, en que, por haberse retirado á España el Embajador, se le dió el de encargado de negocios, que ejerció hasta que, nombrando el Rey nuevo Embajador y Secretario, se restituyó á España, por Mayo de 1750.

Sin embargo de las delicadas circunstancias en que se hallaban los negocios políticos entre aquella corte y la nuestra, cuando se confirió á *D. Ignacio*

la secretaría, desempeñó las obligaciones de su empleo muy á satisfacción de S. M.; y en prueba de ello, le confirió á su vuelta plaza del Consejo de Hacienda y de la Junta de Comercio, le hizo Superintendente de la Real Casa de Moneda de Madrid, y poco después Tesorero de la Real Biblioteca.

Establecido ya con su familia de asiento en la corte, continuó sirviendo á S. M. en los referidos empleos, y trabajando en otros negocios y encargos secretos de la mayor importancia, que se le cometieron por los Ministros, y especialmente por el Sr. D. José de Carvajal, que no sólo tenía particular confianza en los talentos de *D. Ignacio*, sino que le honraba con una íntima amistad. Esta misma le llevó á la academia *del Buen Gusto*, que tenía en su casa la Excma. Sra. D.ª Josefa de Zúñiga y Castro, Marquesa de Sarria, señora muy instruída y discreta; y con alusión á sus muchos viajes, tomó el nombre de *El Peregrino*, y compuso y leyó en ella varias poesías, que fueron recibidas con aplauso de los concurrentes.

El Sr. D. Fernando VI determinó por entonces dar una insigne prueba de la protección con que quería honrar y fomentar á las tres nobles artes, elevando al título de Academia de San Fernando la junta preparatoria que para el cultivo de ellas había establecido su augusto padre, y asistió *D. Ignacio* como académico á la función de apertura, que se celebró el año de 1752. En el mismo año acordó la

Real Academia de Buenas Letras de Barcelona admitirle por individuo suyo en la clase de honorario. Por último, en el año de 1754, parece que el Rey, persuadido á que nuestro *D. Ignacio* era capaz de desempeñar cargos de mucha mayor entidad que los que ejercía, pensaba levantarle á uno de los primeros puestos del Estado; pues se sabe tuvo secreto aviso de un personaje que manejaba los principales negocios, de estar ya destinado para un grande empleo. Y á mi ver, á este aviso aluden sin duda unas expresiones vertidas en su elogio académico por el Sr. D. Fernando de Magallón, que siendo sujeto de la mayor confianza de *D. Ignacio,* pudo saber de su época lo mismo que también han asegurado otras personas que tuvieron iguales motivos de estar bien informadas en el asunto. Pero la muerte le sorprendió aceleradamente, y ahogó al nacer las nuevas y agradables esperanzas de su familia; porque casi al mismo tiempo en que se le dió el aviso referido, cayó gravemente enfermo, y á los siete ú ocho días, en el 19 de Mayo del mismo año de 1754, habiendo mostrado en toda su enfermedad, hasta el último inst[illegible]e su vida, la mayor constancia, serenidad [illegible]ón, expiró, con mucho sentimiento de [illegible]onocieron y trataron. Se tiene entendido [illegible] Rey, cuando le dieron la noticia de su [illegible]anifestó con expresiones muy honoríficas [illegible]ular estimación que había hecho de *D. Ig-* [illegible] y en prueba de ella, nombró por su caballero-

paje al hijo segundo, que es quien escribe estas Memorias. De allí á pocos días concedió á la viuda una pensión de 9.000 reales; y por muerte de ésta, acaecida año y medio después de la de su marido, continuando S. M. sus piedades con la familia de *D. Ignacio*, mandó repartir dicha pensión entre sus tres hijos: 2.500 á cada uno de los dos varones; al primero, que servía en la marina, hasta que llegase á ser en propiedad capitán de fragata; y á mí, hasta que saliese de su Real casa con el acomodo correspondiente; y los restantes 4.000 á la hija, con calidad de vitalicios; circunstancias todas que denotan el superior concepto en que tenía S. M. á *D. Ignacio.*

Fué este caballero tan amado y bienquisto en todas partes por sus prendas, como estimado por su literatura. Su bella índole, y la buena educación moral que recibió desde sus primeros años, se correspondieron y ayudaron recíprocamente; y una sana filosofía, que fué el más precioso fruto de sus estudios, fortificó, arraigó y perfeccionó en su alma lo que la naturaleza y la enseñanza habían plantado en ella; de suerte que, aun en el ardor de la edad juvenil, jamás se le conoció vicio, ni otra pasión que la de estudiar y saber. Ni las varias fortunas de su vida, ni la infinita diversidad de costumbres y ejemplos, conversaciones y lecturas en los muchos países en que estuvo, jamás pudieron corromper su corazón, ni apartarle un punto de la práctica constante de todas las virtudes cristianas y políticas.

Su ingenio era delicado, su imaginación viva y aun fogosa, pero al mismo tiempo arreglada. Tenía memoria feliz y entendimiento claro, perspicaz, dilatado y capaz de comprender á un tiempo muchos y muy diversos asuntos, sin confundirlos. Estaba dotado naturalmente de juicio sólido y seguro, de gusto sano y de discernimiento fino; calidades que, perfeccionadas con la reflexión y el estudio, se advierten en todas sus obras. Á estas prendas, tan apreciables y tan necesarias para estudiar con fruto y escribir con acierto, juntaba un ardiente amor al bien público, en especial de su patria, que fué siempre el principal objeto que se propuso en todo lo que escribió, como él mismo asegura en cierta obra de que luego daremos noticia.

En prueba de su talento natural, no omitiré la noticia de que durante su estancia en Barcelona se dedicó á leer la *Historia de España* del P. Mariana, y que antes de tener once años la sabía casi de memoria, y daba igualmente razón de la sagrada y de la mitología. Pero donde se ofrecen las pruebas más seguras de sus felices disposiciones naturales, es en los testimonios que recibió de sus maestros en los primeros estudios que hizo en Milán, que, como ya dije, lo fueron el P. Perotto, de latinidad, y el P. Cinnami, de retórica; quedando bien acreditada la justicia de las demostraciones que les mereció, con el juicio que de algunas poesías que compuso estando aún en el aula de retórica, hizo el

P. Tomás Ceva, del mismo colegio, hombre de gusto muy delicado, gran filósofo y poeta. Estas poesías italianas y latinas existen todas ó la mayor parte en mi poder, y en ellas se ve confirmado lo que he dicho de su natural buen gusto; pues no teniendo, cuando las hizo, perfecta noticia de las reglas del arte, las observó como si las hubiera estudiado á fondo. Y esto mismo demuestra cuán conformes á la buena razón natural son las reglas fundamentales de la poseía. Así lo reconoció *D. Ignacio* cuando después leyó las obras del P. Le-Bossu y otras sobre la materia; y el haber hallado tan ajustadas las reglas de sus autores á las que su misma razón le había dictado, fué, á mi ver, uno de los motivos más fuertes que tuvo para declararse celoso y constante defensor de esas mismas reglas.

En el corto tiempo que se detuvo en Nápoles, al paso para Palermo, entre otros libros filosóficos, leyó la lógica que comúnmente llaman de Port-Royal, y la compendió en castellano con suma brevedad, claridad y exactitud. Estando ya en Palermo y siendo de edad de veintidós años, poco más, á instancia de otro joven amigo suyo, compuso un compendio de las cuatro principales partes de la filosofía: lógica, metafísica, física y moral; en el que se advierten dos circunstancias dignas de aprecio: una es la bella latinidad con que está escrito, y otra el haber omitido todo lo superfluo, sin que falte nada de lo esencial. Siguió en él comúnmente las

opiniones de Cartesio, aunque algunas veces le impugna; y aun sobre algunos puntos en que le siguió entonces, reflexionando algún tiempo después, mudó de dictamen, y lo anotó así en el lugar correspondiente. Poco después de haber formado este compendio ó tratado, escribió una epístola, dirigida al mismo joven, con el título *De morte non metuenda*, en que se echa de ver bastante elegancia, erudición y buena filosofía. Diremos de paso que por entonces, y por encargo de una academia de que era miembro en aquella ciudad, compuso y leyó en junta pública un discurso en italiano, intitulado: *Rendimento de grazie à nostro Signor Gesu-Christo*, en que acredita estar bastante versado en la Sagrada Escritura y expositores. Defendió también en una carta española, con erudición y solidez, á los filósofos modernos, en particular á Cartesio; y dió pruebas suficientes de sus progresos en el derecho civil y canónico, pues se halló capaz de escribir varios tratados sobre las materias de *dote*, de *substitutionibus, donationibus, et censibus;* y también compuso una especie de compendio de las instituciones, con notas, para las cuales le serviría de mucho auxilio el poder meditar originalmente los textos del Código; pues al mismo tiempo que estudiaba jurisprudencia, aprendió la lengua griega con la perfección que dije arriba, acreditándolo algunas poesías que compuso en este idioma, y las traducciones que hizo entonces de algunas odas de Safo y de Ana-

creonte, y del idilio de Ero y Leandro de Museo, en octavas, que después redujo á endechas de gusto muy delicado, y de los *Avisos* de Isócrates á Demónico.

Cuando *D. Ignacio* se desocupó de los ejercicios facultativos, pensó en emplear á beneficio de la patria sus talentos y las muchas luces que había adquirido en tanta diversidad de estudios. Para ejecutarlo mejor, le pareció preciso ponerse á aprender formalmente su nativo idioma, no sólo con el fin de saberle radicalmente, sino también porque, como había salido de España en tan corta edad, habiendo ya muchos años que no tenía trato sino con extranjeros, y hallándose aun con poca proporción de leer autores españoles, se explicaba en castellano con alguna dificultad é impropiedad, como él mismo confesó en carta escrita desde Palermo á otro paisano suyo. Por dicha acertaron á ir á Palermo algunos españoles eruditos, con quienes hizo amistad; y logrando por este medio todo lo que tanto deseaba, se dedicó al punto á trabajar en varias obras que hacía tiempo meditaba, pareciéndole podían ser muy útiles y aun precisas en España. Hablaremos ahora de dos únicamente. La primera consistía en extender en un tratado formal y metódico un pensamiento suyo original, y sin duda muy provechoso. Había observado con grande atención los muchos defectos en que ordinariamente caen los hombres en el modo de explicarse en las conversaciones de

cualquier especie; é igualmente había reflexionado sobre la necesidad en que se ven á las veces, no sólo los hombres de carácter y suposición, sino todos en general, de hablar en público ó en particular con cierto género de orden y elocuencia, sin haber tenido tiempo de pensar lo que van á decir. Finalmente, había advertido cuánto pierden de su estimación, por esta falta, muchos que la merecen por otras prendas, y cómo dominan en todas las conversaciones, y arrastran á sí las voluntades, los que saben hablar bien; y procurando indagar las causas de uno y otro, escribió esta obra, que intituló *Retórica de las conversaciones*, en la que propuso los medios que le parecían oportunos para evitar los defectos, y adquirir primor y pulidez en el hablar.

Lo segundo á que se dedicó al mismo tiempo, y con mayor tesón, como cosa de más importancia, fué á juntar los materiales y echar los cimientos para el edificio de su *Poética*. Á este fin iba estudiando á fondo las de Aristóteles y Horacio, en sus originales y en sus comentadores, y los mejores tratados que sobre esta materia se habían escrito. Leía con atención los más famosos poetas, así españoles como forasteros, antiguos y modernos, apuntaba sus observaciones, extractaba sus obras, y hacía juicios críticos de todas ellas, así en general, como en particular, de los pasajes más célebres ó más notables. La mayor parte de estos trabajos existen en mi poder, y en todos manifiesta su buen gusto y fino discerni-

miento; y especialmente en los extractos que hizo de las *Lusiadas* de Camoens, y de la traducción de Homero de Mad. Dacier, bien se puede asegurar que ya en aquella edad acertó á decir cuanto bueno han dicho después sobre estas dos obras los mejores críticos, y aun algo más, fundándose en las mismas razones que ellos, y aun añadiendo otras mejores. No menos inteligencia y gusto se advierte en la crítica que hizo del discurso que escribió sobre la égloga Mr. de Fontenelle, en que *D. Ignacio* no se manifiesta muy inclinado á rendir adoraciones á aquel ídolo de los literatos franceses. En ella dirige todas sus líneas á probar que si desagradaron á Fontenelle varios pasajes de algunos bucólicos antiguos, fué por no tener idea justa de la naturaleza de la égloga, ni haberlos entendido bien; y así no pudo percibir en qué consiste su gracia y propiedad.

Por entonces no le fué posible llevar á la perfección que deseaba su obra principal; pero á últimos del año de 1728 presentó á la academia del canónigo Panto el resultado de todo su trabajo, en seis discursos que intituló: *Ragionamenti sopra la poesia*, que fueron la base principal de la *Poètica* que más adelante publicó. Poco después presentó á la misma academia un papel ingenioso, con el título de *Sogno del buon gusto*, en que hace una crítica recta y juiciosa de varios poetas y otros escritores. En medio de estas ocupaciones, no dejaba de componer poe-

sías en varios idiomas, entre las cuales son notables dos en latín, una elegía á Santa Rosalía, patrona de Palermo, con motivo del terremoto que sintió aquella ciudad en el año de 1726, y unos yambos en alabanza de su tío D. José y de los otros dos inquisidores de Sicilia. Ambas composiciones son muy elegantes, especialmente la primera. Las italianas que hizo en la misma ciudad fueron muchas, y se publicaron las más en la colección que imprimió algunos años después la academia de los Ereinos, que aun no se había erigido cuando *D. Ignacio* volvió á Nápoles.

En esta última ciudad continuó la lectura de varios poetas españoles, llevando adelante la idea de la *Poética*, sin dejar por eso de trabajar en otras obras. Allí compuso un tratado de ortografía española, y después, á instancia de una dama, también española, que deseaba entender el oficio parvo, que rezaba todos los días, compuso una obrita intitulada: *Método breve para enseñar y aprender las lenguas;* por cuyo medio, en cuatro ó cinco meses logró la referida señora imponerse en el latín lo bastante para el fin que deseaba. Al gusto que le daban sus ocupaciones, se añadió el de contribuir á la buena educación de un hijo del Conde, su hermano, para quien trabajó, en lengua italiana, un tratado completo de ética, con este título: *De'i principi della morale*, del que empezó á hacer una traducción al castellano, que no acabó, según parece.

En Nápoles compuso varias poesías italianas, entre las cuales merecen atención un idilio á la condesa Bagarotti, y una canción en elogio del abate Pedro Metastasio, con quien tenía correspondencia. Ambas fueron muy estimadas y aplaudidas del mismo abate y de los sujetos á quienes éste las leyó, como lo dice en su respuesta á la carta que *D. Ignacio* le escribió remitiéndoselas, y lo confirma la que éste recibió de un caballero napolitano que se hallaba entonces en Viena. También escribió algunas poesías españolas, y entre ellas me ha parecido tienen particular mérito dos canciones celebrando al conquista de Orán por el Conde de Montemar. El público puede haber hecho juicio de ellas, pues las ha visto impresas en el *Parnaso Español. Don Ignacio* remitió estas dos canciones á un amigo suyo residente en Viena, que las mostró á varios españoles que á la sazón se hallaban en aquella corte, y las celebraron mucho, aunque al mismo tiempo no dejaron de hacer algunos reparos, que expuso el amigo en su respuesta; pero, según parece de otra carta del mismo, la satisfacción que dió *D. Ignacio* fué tal, que no dejó lugar á réplica. En fin, poco antes de salir de Nápoles, concluyó el plan que pensaba entonces seguir en su *Poética*, pero que varió después en mucha parte.

Establecido en Zaragoza, luego empezó á darse á conocer por su ingenio y erudición. Allí escribió diversas poesías, y una de estas composiciones se

imprimió en la misma ciudad el año de 1736, con el título de *Aplausos poéticos de D. Ignacio de Luzán á las bodas de los Excmos. Sres. D.ª Mariana Espinola y Silva y D. Francisco Espinola, príncipe de Morfeta, dedicados á la Excma. Sra. D.ª María Francisca de Moncayo, princesa del sacro romano Imperio, Marquesa de Coscojuela.* Son dos canciones, una en español y otra en italiano; tienen mérito seguramente, y lo reconocieron así cuantos las vieron. No parecerá fuera de propósito insinuar aquí que recién llegado á España le cayó á las manos el nuevo Diccionario de la Academia Española, y como si previese ya que había de ser con el tiempo individuo suyo, empezó á trabajar sobre él muchas anotaciones y adiciones importantes, de que usó, con utilidad de la Academia, después que fué admitido en ella.

No había perdido de vista *D. Ignacio* la principal obra que traía ideada, y luego que se vió establecido en Zaragoza, volvió á continuar su trabajo con empeño; de suerte que consiguió acabarla y publicarla en la referida ciudad, el año de 1737. Los diaristas de España (1) hicieron luego extracto de ella, y la llenaron de elogios; pero también la pusieron algunos reparos, á que su autor satisfizo con modestia y solidez, en un discurso apologético que trabajó de acuerdo con su grande amigo don

---

(1) Alude al célebre *Diario de los Literatos de España.*

José Ignacio de Colmenares y Aramburu, oidor en la Cámara de Comptos del reino de Navarra, á quien le dedicó, y de quien son las eruditísimas notas que le acompañan, con el nombre de Enrico Pío Gilasecas Modenés, anagrama del suyo. Imprimió este discurso en Pamplona en el año de 41, cuidando de su impresión y corrección el mismo Sr. Colmenares, encubriendo igualmente el nombre del autor bajo el de D. Íñigo de Lanuza. Extractaron también y elogiaron dicha obra los diaristas de Trévoux, cerca de once años después de publicada. Al tiempo mismo que daba la última mano á la *Poètica*, no dejaba por eso de atender á otras obras, aunque no de tanto momento, pues por entonces tradujo en verso de romance la comedia del marqués Maffei intitulada *Le Ceremonie*, que está en borrador, y no de última mano; y luego, en el mismo género de verso, con la gracia y primor que se echan menos en la antecedente, el *Artaserse*, ópera del Metastasio. Subsisten también de aquel tiempo fragmentos de un poema burlesco, muy gracioso, que empezó con el título de *La Giganteida*, en que, por el estilo que tiene, se conoce quería imitar el de Quevedo en las *Locuras de Orlando*, pero sólo en lo que merece ser imitado.

Luego que *D. Ignacio* se desembarazó de la impresión de su *Poètica* y de su apología, se entregó á otros estudios más graves y útiles, empezando el borrador de una obra que intituló *Perspectiva poli-*

tica, cuyos cuadernos ó pliegos remitía por el correo al mencionado Ministro, para que le dijese su dictamen; y con efecto, por su consejo, por el de otros sabios á quien la mostró más adelante, y por nuevas especies que vió y reflexiones que hizo, reformó en ella muchas cosas y la concluyó, poniéndola en limpio. En esta obra se propuso significar el sistema de una sana política, en varios símbolos ó jeroglíficos. Me atrevo á decir, no sin fundamento, que esta es la mejor y más bien escrita de todas sus obras; y me persuado á que harían el mismo juicio todos los que la leyesen con conocimiento de la materia, y más sabiendo que mereció la aprobación de los señores D. José de Carvajal, Duque de Alba, difunto, y D. Benjamín Keene, Embajador que fué de la Gran Bretaña en nuestra corte, amigo del *Sr. Luzán*. Esta obra pudo ser una de las que más contribuyeron á su fortuna. En ella manifestó que su principal talento, y el que más le importaba cultivar, era el de que menos caso había hecho hasta entonces.

En el año siguiente de 1742, hallándose en la corte, y ya próximo á marchar á Aragón, le vino á las manos un tomo de las *Memorias de Trévoux*, correspondiente al mes de Marzo de aquel año, y en el art. 22, página 474 de la traducción de D. José de Torres, tropezó con unas cláusulas que le ofendieron en lo más vivo de su corazón, que era el amor de la patria, y le dieron motivo para escribir, apenas llegó á Zaragoza, una epístola latina, dirigida á

los padres editores del referido diario. La envió á Madrid á algunos amigos, á quienes pareció bien, y determinaron imprimirla, como deseaba *D. Ignacio* se hiciese; pero sobrevinieron tales estorbos, que, después de un año, sólo pudo lograr se le restituyese el manuscrito, y el año de 1743 la hizo él mismo imprimir en Zaragoza, acompañada de otras dos cartas españolas, la primera de uno de aquellos amigos de Madrid, en que expresaba los motivos por que habían suspendido la impresión, y la segunda del mismo *D. Ignacio*, en que procuró desvanecer todas las razones de la antecedente. No quiero graduar aquí el mérito de uno y otro escrito; pero diré como cierto que los padres de Trévoux, á cuyas manos, según ellos dicen, no llegó esta obra hasta el Julio del año de 1747, dieron cuenta de ella con mucho elogio en el tomo correspondiente, y desde entonces mudaron enteramente de lenguaje en cuanto á la literatura española, y empezaron á extractar varios escritos de nuestros nacionales.

Hallándose *D. Ignacio* en Monzón, el mismo año de 1742, compuso una comedia con el título de *La Virtud coronada*, para representarse en la casa de ayuntamiento, por varias damas y caballeros de la misma villa. En esta comedia, sin duda por condescender al gusto de los que habían de ejecutarla, no observó las reglas del arte con aquella exactitud que se debía esperar de quien las había enseñado y defendido con tanta inteligencia y constancia. Sin em-

bargo, tiene caracteres bien sostenidos, moralidad excelente, la trama y el enredo buenos, y la solución bastante natural, aunque imitada, según creo; la versificación es fluida, fácil y libre de toda afectación, y está bien guardado el decoro de las personas. Compuso también con el mismo objeto una loa ingeniosa, y después otras varias poesías de algún mérito, entre las cuales parece la más apreciable una canción de bello estilo, dirigida al Sr. D. Manuel de Roda, sobre un cometa aparecido por entonces. Algún tiempo después volvió á Madrid, y dedicado más que nunca á los trabajos académicos, escribió muchos discursos sobre todas las partes de la gramática, ortografía y demás objetos de la Academia Española, y para la de la Historia trabajó, entre otras cosas, dos disertaciones.

En la primera, que es *Sobre el origen y patria de los godos*, dijo por incidencia una proposición en que parecía dar por sentado haber sido Ataulfo el primer rey godo de España. Otro señor académico muy erudito presentó á la Academia una disertación exponiendo las muchas dificultades que le ocurrían contra aquella proposición. Entonces *D. Ignacio*, por dos motivos tan urgentes como el de tener que dar su parecer por el oficio de censor de la Academia que ejercía, y el de ser el autor de aquel aserto, se vió en la precisión de fundarle y rebatir las objeciones del otro académico. Este fué el asunto de la segunda, que tiene por título: *Disertación en que se de-*

muestra deberse contar á Ataulfo por primer rey godo de España. La felicidad y el acierto con que desempeñó el asunto fueron tales, que desde entonces se mira este punto como una verdad clara é indubitable.

Por este tiempo, D. Lorenzo Santayana, oidor de Zaragoza, le remitió el original de la obra que escribió con el título de *Gobierno político de los pueblos de España*, manifestándole sus deseos de saber el juicio que formase de ella; lo que dió motivo á *don Ignacio* para responderle en una carta, donde, además de los grandes elogios que da á la obra, vierte multitud de noticias que acreditan profunda erudición en la materia. Por entonces se discurre fué cuando compuso un papel bastante bueno sobre el catastro, y empezó á reformar en su *Poética* varias cosas y añadir otras bastante esenciales, sin que dejase de continuar al mismo tiempo en el obsequio de las Musas, componiendo muchas poesías castellanas y latinas. Entre éstas merecen especial mención unos *Epinicios al Delfín de Francia*, sobre la batalla de Fontenoy, ganada por los franceses el año de 1745, los que después tradujo en tercetos; y unos elegiacos al Sr. D. José del Campillo, sobre el recobro de su salud. Tradujo en diversos metros varias odas de Horacio y de Anacreonte, el salmo *Miserere*, el himno *Pange lingua*, y, finalmente, con mucha elegancia y propiedad, en tercetos, la *Epístola de Medea á Jasón*, de Ovidio.

El año de 1746, con motivo de la exaltación del Sr. Fernando el Sexto al trono, además de dos sonetos impresos, aunque sin su nombre, compuso un poema con el título de *Juicio de Paris, renovado entre el Poder, el Ingenio y el Amor, en la entrada solemne que hizo en su imperial villa de Madrid, el día* 10 *de Octubre de* 1746, *el Rey nuestro señor D. Fernando el Sexto. Fábula épica de D. Ignacio de Luzán, dedicada á la Reina nuestra señora D.ª María Bárbara de Portugal, por mano de la Excma. Sra. Condesa de Lemos, su camarera mayor.* Está impresa en el *Parnaso Español.* En el año siguiente de 1747, por orden superior, y con tiempo muy limitado, hizo la traducción de la ópera de Metastasio, intitulada *La clemenza di Tito,* que había de representarse delante de SS. MM. en el Carnaval del mismo año; y como era tan versado en la lengua italiana, y por otra parte tenía bien penetrado el espíritu del autor, le fué fácil trasladarle, aunque en breve término, á nuestro idioma y en buenos versos, notándose únicamente en ellos tal cual defecto ó incorrección, disculpable en la precipitación con que se hicieron. Últimamente, por encargo de un principal Ministro, dió por escrito un dictamen sobre la colocación de los collares del Toisón y *Sancti Spiritus* en las armas Reales; con lo que acabó de llenar la idea que el Ministerio había formado de su capacidad. De allí á poco, como ya dije, se le destinó á la secretaría de embajada de París, donde prosiguió haciendo lo

mismo que hasta entonces, en todo el tiempo que le dejaban libre las ocupaciones de su empleo. Allí compuso varias poesías en francés, italiano, español y latín. Entre ellas son notables unos dísticos latinos, elegantes y de mucha delicadeza, con este epígrafe: *De Ædibus marquionissæ Pompadeuri ad Fontemblavium*, y una epístola macarrónica, que cerca de un año después de haber llegado á París, escribió á su grande amigo D. Juan de Iriarte, en la que con chiste le da cuenta de varias cosas que había visto en aquella corte, especialmente de la Real Biblioteca y del carácter del bibliotecario. Respondió el señor Iriarte, expresando el juicio que hacía de aquella composición, en el siguiente dístico semimacarrónico:

Tam bona cum noris macarronica fingere, Luzan,
Næ tua Merlino plus quoque Musa sapit.

Los pensamientos y estilo, así de la epístola como de unas notas que la acompañan, son tales, que se puede inferir que *D. Ignacio*, en medio de los más arduos negocios, conservaba aquel humor y despejo propios de un hombre enteramente desocupado. Luego hizo una buena crítica de *Catilina*, célebre tragedia de Crébillon. También empezó á escribir unas Memorias, en que pensaba hacer sincera relación de los sucesos principales de aquel tiempo, y de las verdaderas causas de todos ellos, según el conocimiento que logró por medio del manejo conti-

nuo de los más secretos é importantes papeles, y de las negociaciones en que tenía tanta parte, juntando á la narración las reflexiones y conjeturas que su experiencia y capacidad le sugerían. En esta obra se proponía dos objetos: el uno era poder tener siempre bien presentes todas estas noticias, para las ocasiones que se le pudiesen ofrecer en adelante, sin riesgo de que la variedad de otros negocios y de otras especies se las confundiesen ó se las borrasen de la memoria; y el otro, instruir á los jóvenes que entran en la carrera de la política. También estando en París formó, por encargo de la Academia de la Historia, unas apuntaciones muy eruditas para la geografía de España, y poco antes de salir de la misma corte, á imitación de la obra que escribió el abate Girard, empezó á trabajar una sobre los sinónimos de nuestro idioma. Otras escribió en Francia, de más entidad y mérito que todas las que he referido; pero la calidad de los asuntos que en ellas trata, prohibe dar aquí noticia individual de ellas, como también omitiré la de una controversia literaria que tuvo con el Sr. Van-Hoeis, Embajador de los Estados Generales en aquella corte.

En medio de estas ocupaciones, halló tiempo para buscar y juntar una porción considerable de exquisitos libros, tratar y visitar con frecuencia á los principales sabios, é informarse menudamente de todo lo más importante y curioso de París, en especial de las ciencias y artes, y método de sus estudios y

escuelas. Asistió á todo el curso de física experimental que explicaba el célebre abate Nollet; y si su vuelta á España se hubiera dilatado algo más, tenía ánimo de asistir también al de química y farmacia que, según los principios de Becher, Boerhave y Sthal, abrió por entonces Mr. de la Planche.

No hacía todo esto por mera curiosidad, sino con el fin de apuntar sus observaciones, y recoger ideas y noticias, para producir después obras útiles á su patria. Con efecto, restituído á España, volvió al instante á tomar la pluma para concluir las que traía ideadas ó empezadas, y para formar el plan de otras, que sus luces, celo y continua aplicación le sugerían. La primera que dió á la luz pública fué la que tiene por título *Memorias literarias de Paris*, que salió impresa en el mes de Abril de 1751. El objeto de esta obra, que está escrita con mucha erudición y buena crítica, no fué otro que el de presentar á los ojos de los españoles, como en un lienzo, el estado de todo género de estudios en aquella corte, haciendo juicio exacto é imparcial de lo bueno y malo que había advertido en ellos, para que sus compatriotas, estimulándose á abrazar lo uno, y sabiendo evitar lo otro, resucitasen la antigua gloria literaria de España.

Deseoso de contribuir por su parte, en cuanto le fuese posible, á tan digno objeto, y de aprovechar la ocasión que le ofrecían el celo y la amistad del Sr. D. José de Carvajal, para promover pensamien-

tos útiles al bien público, formó el plan de una Academia general de Ciencias, Artes y Bellas Letras, que deseaba se fundase en Madrid, en el cual comprendió cuanto había que prevenir en el asunto, como eran: los estatutos, número de académicos honorarios, numerarios, asociados y de otras clases; la renta que debía tener, y su distribución; forma de la casa en que habían de ser las juntas; división de clases, y número de individuos que había de tener cada una; y finalmente, lista de los sujetos que le parecían más á propósito para académicos, con expresión de la clase en que convendría poner á cada uno de ellos. No tuvo efecto esta idea; pero se puede asegurar dió motivo á otra muy plausible, aunque no tan vasta, que fué la de erigir solemnemente, como ya he dicho, en Academia Real, con el título de San Fernando, para el cultivo de las tres nobles artes, la junta preparatoria que existía, mandada formar por el Sr. D. Felipe V, pues aunque *D. Ignacio* no fué el único á sugerir este pensamiento, se distinguió en promoverle con el Sr. Carvajal. Siendo uno de los académicos de honor, recitó, el día de la apertura, unas octavas alusivas al objeto; y el año siguiente, con motivo de la distribución de los primeros premios, recitó también una canción, un soneto italiano y un epigrama latino. Otro asunto no menos importante excitó también su amor á la patria, y le movió á escribir un proyecto para precaver las carestías de trigo; el cual, si

se llegase á poner en planta, sin más que alguna ligera variación ó adición, según las circunstancias presentes, acaso produciría el efecto que deseaba su autor. En dicho año de 1751, con el fin de ir introduciendo el buen gusto en la dramática, dió á la prensa la traducción de una comedia de Mr. Nivelle de la Chaussée, con el título de *La Razón contra la moda*, que dedicó á la Sra. Marquesa de Sarria, en cuya academia la había leído manuscrita, con mucho aplauso de los concurrentes. Los diaristas de Trévoux hablaron de esta traducción con particular elogio.

Dedicóse luego á dar la última mano á la corrección de su *Poética*. El trato continuo que había tenido en París, no sólo con los mejores poetas y con los eruditos más distinguidos de Francia, sino también con algunos de otras naciones, y al mismo tiempo la lectura de muchas obras que hasta entonces no había podido tener á la mano, refinaron su buen gusto y dilataron sus luces, de suerte que juzgó necesario rever con cuidado la obra, reformar lo conveniente, y añadir lo que faltaba en ella. Los diaristas de Trévoux habían notado que, al parecer, el *Sr. Luzán* no tenía noticia ó no apreciaba los poetas ingleses, pues no habló de ellos en su *Poética*; y esta fué una de las cosas que creyó necesario añadir, como lo hizo. Igualmente parece debió reconocer que la sátira es una especie de poesía que merece tratado aparte, como lo habían advertido los

diaristas de España; pues, con efecto, le escribió, si no está equivocada la persona que me ha dado la noticia, refiriéndose á quien le aseguró haberle leído. También añadió muchas cosas esenciales en la historia de la poesía vulgar; varias observaciones muy delicadas y nada comunes sobre algunas especies de metros castellanos, y sobre la mejor elección y más bella colocación de los consonantes. Todas estas adiciones se conoce las trabajó de priesa, y que por lo mismo necesitaban aumento, más orden y más corrección, especialmente las que tocan á la historia de la poesía vulgar; pero le faltó el tiempo, no sólo para perfeccionar esto, sino para escribir otras que tenía meramente apuntadas, y entre ellas un tratado del perfecto comediante, para añadir á la *Poética*, pareciéndole, con mucha razón, que el buen efecto de un drama depende en gran parte de su buena ejecución. Sólo tenemos el plan y la distribución de los capítulos, que seguramente abrazan todo lo necesario para conseguir la perfección en este arte. Es lástima que no pudiese poner en ejecución una idea tan bella y tan útil y precisa, singularmente en España, donde los comediantes se forman sin estudio, y sólo por medio de una práctica harto defectuosa.

Entre las poesías que compuso por entonces, sobresalen, un poema jocoso, que intituló *La Gatomiomaquia*, escrito con gracia y pinceladas satíricas, alusivas al estilo de algunos predicadores que eran

famosos en aquel tiempo; dos canciones, una á la primavera, y otra sobre su natural inclinación á la poesía; una elegía latina al Conde de Peralada, cuando estaba para partir á Lisboa con el carácter de Embajador, y un romance satírico, muy chistoso, con el título de *El Gacetero quejoso de su fortuna.*

El carácter que por lo general se advierte en las obras del *Sr. Luzán*, es un espíritu filosófico y metódico, con solidez y gusto, y un genio inclinado á profundizar y desentrañar las materias, tal vez con menudencia excesiva.

Algunos repararán, particularmente en la *Poética*, la frecuencia de citas y la copia de pasajes enteros de autores famosos; pero todo era preciso en aquel tiempo para entrar bien armado en la ardua empresa que tomó de hacer la guerra al mal gusto, y restablecer el bueno. Las que ahora son verdades llanas y corrientes, eran entonces opiniones extravagantes y nuevas, aun entre los que se preciaban de doctos. La razón sola debía bastar para el logro de su intento; pero conociendo que basta pocas veces, tuvo por preciso apoyarla con la autoridad; bien que si alguna vez las halló encontradas, procuró hacer patente la preferencia que se debía dar á aquélla sobre ésta.

Su estilo prosaico es natural, sencillo, y en general corriente, aunque alguna vez se nota cierta sequedad é incorrección. En sus poesías, en lo que permite la locución poética, es semejante al de su

prosa. En ellas hay más arte que numen, pero no le falta éste; aunque, á mi parecer, es más principalmente obra del arte lo primoroso y acabado de algunas de sus composiciones.

He dejado correr la pluma, sin poderlo remediar, más de lo que pensé al principio; porque tratándose de la vida de un hombre de talento, virtuoso, aplicado, laborioso, y no menos digno de estimación por sus prendas que por sus obras, por muy conciso que quisiera ser el historiador, y más siéndolo yo, es preciso tenga mucho que hablar. En fin, el juicio que á consecuencia de todo lo expresado deba formarse del mérito verdadero de *D. Ignacio de Luzán*, se deja á los lectores discretos, sabios y desapasionados. Yo he cumplido por mi parte, del mejor modo que me ha sido posible, con el obsequio que debo á su memoria, y con el deseo de algunos amigos, en cuyo concepto merece aún mayores elogios.

II.

DEL SR. D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

(*Introducción á la poesía castellana del siglo* XVIII.)

El primer escritor que se presenta en el orden del tiempo es *D. Ignacio de Luzán*, no dejando de ser un fenómeno notable que el primer poeta de quien haya de hablarse sea también un maestro de

poética. La suya, publicada en 1737, tiene el mérito de ser un libro muy bien hecho, y el mejor de los que en aquella época se publicaron. Sano y seguro en principios, oportuno y sobrio en erudición y en doctrina, juicioso en el plan y claro en el estilo, presentaba unas dotes de seso, de arte y de buen gusto que no se reunían fácilmente en los talentos que á la sazón cultivaban las letras, unos depravados con el mal gusto que aun dominaba en la opinión vulgar, otros dados á un fárrago indigesto de noticias y discusiones, ya pueriles, ya importunas, y siempre fastidiosas. Notóse entonces que algunas cosas estaban ligeramente tratadas en este libro, y otras omitidas; notóse también la severidad excesiva con que eran juzgados algunos poetas españoles, principalmente Góngora y Lope de Vega (1). El autor justificaría tal vez su rigor con la necesidad de oponerse á la licencia y abusos que la abundancia y abandono del uno y los delirios del otro, habían introducido en la poesía. Pero lo que, en mi opinión, desluce más esta obra, es la poca amenidad con que está escrita, y el poco interés que inspira. Al ver el tono seco y desabrido con que *Luzán* habla de una

---

(1) Puede verse en el tomo IV del *Diario de los Literatos de España*, art. 1.º, la crítica que aquellos juiciosos periodistas hicieron de la nueva *Poética;* la última parte del artículo es de D. Juan de Iriarte, y es curioso en ella ver á un gramático tomar la defensa de Góngora contra un poeta.—VALMAR.

arte tan halagüeña y seductora, nadie le creyera penetrado de las bellezas del argumento que trata, ni menos le tuviera por poeta. No es de extrañar, pues, que fuese poco leída entonces, y que por de pronto su influjo en los progresos y mejora del arte fuese corto, ó más bien nulo. Las obras de crítica, en lo general, dirigen y no estimulan, enseñan y no inspiran; la *Poética* de *Luzán*, por el modo de su ejecución, debía estar expuesta, más que otra alguna, á este efecto escaso y limitado; y útil á los maestros para enseñar, á los críticos para reprender, no podía servir mucho á los ingenios para producir.

Á este fin era mejor el ejemplo, siempre más activo y poderoso que los preceptos: *Luzán* tiene la gloria de haberle dado también, y sus escritos poéticos, comparados con los versos desatinados que á la sazón se componían, tienen, por su invención y disposición, por su armonía y por su estilo, un mérito bien sobresaliente. Las dos canciones á la conquista y defensa de Orán, compuestas hácia los años de 1732, son dos exhalaciones hermosas en medio de una obscuridad muy profunda; y pocos ó ninguno estaban todavía en estado de igualarle, cuando veinte años después hacía resonar estos acentos en la Academia de San Fernando:

Sólo la virtud bella,
Hija de aquel gran Padre, en cuya mente
De todo bien la perfección se encierra,
Constante dura sin mudanza alguna.

En vano la fortuna
Hace contra su paz rabiosa guerra,
Cual contra firme escollo inútilmente
Rompe el mar sus furiosas ondas; ella,
Como la fija estrella,
Que el rumbo enseña al pálido piloto
Cuando más brama el aquilón y el noto,
Al puerto guía nuestro pino errante.
¿Quién con esto se acuerda
De envilecer el plectro resonante,
Donde de vista la virtud se pierda,
Ó un falso bien, ó un engañoso halago
Sirva de asunto al canto, y más de estrago?

Parece que *Luzán*, en esta noble y grave poesía, daba el tono á su siglo, y señalaba al ingenio el rumbo que debía seguir para hacerse respetar. Pero sus versos, como los de casi todos los preceptistas, se recomiendan más por el artificio, la gravedad y el decoro, que por el fuego, la imaginación y la abundancia. Aun cuando tuvieran un carácter más ardiente y seductor, como no fueron muchos los que escribió, y ésos inéditos en gran parte hasta mucho tiempo después, resulta que no pudieron servir al público ni de estímulo ni de dechado. Para los pocos, sin embargo, que entonces cultivaban las musas, y eran todos ó amigos ó apreciadores de *Luzán*, no dejaron de concurrir á acreditar los principios de circunspección y de buen gusto que él observaba cuando escribía.

Puede contarse en este número á D. Agustín Montiano, el cual corresponde más bien á la historia

de la poesía dramática, por sus laudables esfuerzos para reformarla, y por sus tragedias, apreciadas mucho entonces, leídas después muy poco, y creo que nunca representadas. Á aquella época pertenecen también el supuesto Jorge Pitillas, escritor satírico, ingenio fuerte, despejado y agudo, de quien por desgracia no se conserva más que una composición, publicada por primera vez, en 1741, en el *Diario de los Literatos de España*, y reimpresa otras muchas después; el Conde de Torrepalma, que en su imitación ovidiana del *Deucalion*, hizo prueba de un eminente talento para versificar y describir, y en fin, D. Josef Porcel, autor de unas églogas venatorias, aplaudidas mucho entonces, pero nunca publicadas (1).

III.

DE D. JOSÉ MARCHENA.

(*Lecciones de filosofía moral y elocuencia.*—Burdeos, 1819.)

Varios académicos imaginaron el proyecto de resucitar los buenos estudios de la sana literatura: escribió el apreciable *Luzán* su *Poética*, en que co-

(1) Por más esfuerzos que he empleado en buscarlas y verlas para dar alguna idea de su mérito y su carácter, han escapado á todas mis diligencias, y si son tales como se dice, hacen mal los que las poseen en no enriquecer nuestra literatura con ellas. Don Luis Velázquez, en sus

rroboró los inconcusos preceptos de la antigüedad con ejemplos sacados de poetas españoles, y los partidarios del equívoco, que al culteranismo del siglo anterior habían sustituído Gerardo Lobo, la Monja de Méjico y un maestro León (1), que en nada se parece al maestro León coetáneo de Felipe II, se callaron, ó enmendados ó corregidos, siendo la publicación de las poesías del cura de Fruime el postrer aliento de esta moribunda secta.

IV.

DEL SR. D. FERNANDO JOSÉ WOLF, SECRETARIO DE LA BIBLIOTECA IMPERIAL DE VIENA.

(*Floresta de rimas modernas castellanas.*—París, 1837.)

Los primeros ensayos, aunque débiles y aislados, para introducir el gusto francés, los hicieron el marqués de San Juan con su traducción del *Cinna*

Orígenes de la poesía castellana, hace mención de ella dos veces, y siempre con particular estimación; pero como este escritor era demasiado indulgente en la aplicación de la crítica á los casos particulares, no puede darse enteramente crédito á su recomendación. Los *Orígenes* son un libro muy apreciable por su excelente plan y por las noticias que en él se encuentran, mas no por el gusto ni por el discernimiento crítico.—(*Nota de Quintana.*)

(1) Este *maestro León*, que Marchena contrapone aquí á Fr. Luis de León, es el maestro D. Manuel de León

de Corneille, que apareció en 1713, y Cañizares con su *Sacrificio de Ifigenia*. Mas estaba reservado el dar el primer paso decisivo en esta carrera á un poeta preceptista, que se había formado en países extranjeros, y bebido la purísima agua del Parnaso francés á las orillas del Sena mismo. Este dogmatizador de la escuela galo-hispana fué *D. Ignacio de Luzán*, que en su *Poética*, publicada por primera vez en 1737, trató de erigir un faro que, después de tantas borrascas románticas, guiase sus compatriotas náufragos al seguro puerto del clasicismo.

De aquella *Poética*, harto conocida y decantada por los clasiquistas, baste decir que en cuanto á sus principios, es una mera copia de las de Aristóteles, Horacio y Boileau, escrita en un tono seco y desabrido (1). No es de extrañar, pues, que fuese poco

---

Marchante, que se hizo famoso en su tiempo por sus entremeses, jácaras, chambergas, relaciones de ciego, y otras poesías rastreras y conceptuosas.

Sorprende la ligereza con que el abate Marchena presenta aquí como de un mismo siglo los tres poetas que cita. Gerardo Lobo, mencionado el primero, nació un año antes de la muerte de León Marchante. Éste, como la Monja de Méjico, pertenece al siglo XVII; aquél al XVIII. —VALMAR.

(1) Estas duras palabras con que Wolf califica el estilo de *Luzán*, así como otras muchas del crítico alemán, están copiadas de Quintana, pero copiadas sin discernimiento. Quintana llama también *seco* y *desabrido* al *tono* de *Luzán;* pero no aplica esta severa y, á juicio nuestro, injusta censura, al estilo general de la *Poética*, sino á la forma

leída entonces, y que por de pronto su influjo en los progresos y mejora del arte fuese corto ó más bien nulo (1). Pero *Luzán* no se contentó tan sólo con recomendar el nuevo gusto en sus preceptos, sino también con el medio más eficaz del ejemplo, en lo cual fué ayudado por algunos amigos suyos.

V.

DEL SR. D. ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

(*Manual de literatura.—Resumen histórico.*—1844.)

En aquel infeliz período (la primera mitad del siglo XVIII) se estableció la Academia Española, y no dejaron de hacer esfuerzos algunas personas distinguidas para resucitar nuestra muerta literatura, labrándose sordamente la revolución que la había de presentar bajo un aspecto nuevo, sujeta ya á los principios del clasicismo traído de allende los Pirineos. El primer síntoma que se advirtió de esta mudanza fué la publicación de la *Poética* de *D. Ignacio de Luzán*, publicada en 1737; obra que al pronto no produjo sensación alguna, pero que años después llegó á ser el código literario de los

---

rígida con que habla *de una arte tan halagüeña y seductora* como la poesía.—VALMAR.

(1) Estas palabras de Wolf están copiadas de Quintana.

mejores ingenios. Era esta *Poética* un libro compuesto con buen juicio y sana crítica, en que por primera vez en España se proclamaban los principios del buen gusto, aunque se deprimía quizá demasiado á algunos de nuestros poetas antiguos, entre ellos al inmortal Lope de Vega.

Luzán dió, además, el ejemplo con algunas regulares poesías, aunque pocas, notándose entre ellas las odas sobre la toma y defensa de Orán. Tenía poco numen, y sus versos son correctos, pero faltos de animación y de colorido poético; no obstante, podían considerarse como un prodigio en medio de los insulsos copleros que todavía abundaban, remedando las extravagancias de los pasados *cultos*.

VI.

DEL SR. D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

(*Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana, en el siglo* XVIII.—Lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid.—1847.)

Antes, ó al lado de Feijóo, florecieron otros escritores de menor nota. Entonces hubo un *D. Ignacio de Luzán*, á quien no puede dejar de nombrarse cuando se trata de nuestra historia literaria. Era *Luzán* hombre entendido, escritor aventajado, pero, como suele decirse, usando de la comparación trivial, aunque exacta, de la poesía con la pin-

tura, falto de colorido; desmayado, sin bríos; hombre de conocimientos profundos, y que si no fué superior á su época, hizo más que lo que hacer suelen los hombres de todos los tiempos. Hubo de sentirse escandalizado al ver el estado en que se hallaba la literatura en nuestra patria, y aunque sabía algunas lenguas, y de las letras latinas tenía bastante conocimiento, hubo de dirigirse á Francia, como el país de donde venía entonces la luz que llamaba toda la atención, y no permitía se llevasen los ojos á buscar guía en otra antorcha que la que resplandecía en la nación vecina. Vió en aquélla reinante la escuela clásica de Luis XIV; también había estudiado la *Poètica* de Aristóteles, con los comentarios que le habían puesto los escritores franceses; y tomando la teoría de un P. Le-Bossu, cuyo ensayo sobre el poema épico corría con mucha fama por aquellos días, la puso en castellano, la exornó, la agregó á la de Aristóteles, y con sus preceptos dió á España un *Arte poètica*, de que hasta entonces se carecía. Juzgó nuestro teatro como parecía en otro tiempo, acertadamente, aunque, según el dictamen de muchos críticos modernos, con algún desacierto. No fué, sin embargo, enemigo acérrimo de nuestro Calderón y demás autores dramáticos; pero al censurarlos, no supo darse razón de cuál era la clase de espíritu que animaba sus obras; no se cuidó de investigar cuál era el estado de la nación en que escribían. La crítica

de aquel tiempo, crítica en que sólo se miraba á la parte externa de los escritos, señalaba á éstos ciertas formas. *Luzán* vió estas formas según Aristóteles las bosqueja, según las habían señalado con más vigor Horacio, y después los críticos franceses, y pintado este cuadro, encontró que las obras de Calderón no se ajustaban perfectamente á aquel modelo, y las condenó. Por lo demás, hizo justicia á nuestro gran dramático, celebró su fecunda imaginación; pero, según él, tenía el defecto de no haber observado las tres unidades de acción, lugar y tiempo; defecto que le encuentran también muchos críticos, de los cuales yo me aparto, venerándolos. Le encontró otros defectos mayores de lo que son en realidad, esto es, que tenía un estilo demasiado conceptuoso, y que se apartaba con frecuencia de la expresión verdadera de las pasiones, por usar el lenguaje del ingenio sutil, afeado además con la pedantería.

Don Ignacio de Luzán hizo un servicio y un daño á la literatura española. Los que dicen que hizo un servicio, y ésta ha sido una opinión que ha estado en boga durante largo tiempo, aciertan, porque, en verdad, él no destruyó nada bueno en nuestra patria. El gusto de nuestros escritores era pésimo: *Luzán* no quiso acudir sino á las fuentes en donde entonces se bebía: acudió, pues, á Francia, y restableció hasta cierto punto el buen gusto literario. Él mismo hizo justicia á la poesía sabia del siglo XVII; olvidó, empero, y esto no se sabía entonces, que nuestra

poesía tiene dos ramos: la poesía sabia, la poesía académica, que empezó, puede decirse, con Garcilaso, aunque ya se encuentra algo de ella en Juan de Mena, el Marqués de Santillana y otros autores más antiguos, y que en parte venía de la poesía italiana; y la poesía popular, la poesía del *Cancionero* (1), la de los romances del conde Claros y del conde Dirlos; poesía de que Meléndez y otros han hecho algunas imitaciones á fines del siglo próximo pasado.

Asimismo no conoció nuestra literatura dramática nacida en España, y que era la verdadera hermana de nuestros romances; literatura que los italianos no habían conocido en sus tragedias; porque, aunque la comedia italiana tiene, de la escuela de Plauto y Terencio, composiciones de bastante mérito, pues en Plauto reluce particularmente la fuerza cómica, que el mismo Molière ha imitado muchas veces, algunas la ha igualado, y otras se ha quedado corto, y Terencio se recomienda por la intensidad de sus afectos, por la elegante sencillez de su lenguaje, y por ser el autor de quien se han tomado más sentencias: *Homo sum, humani nihil à me alienum puto.—Nam id arbitror adprime in vita esse utile, ut ne quid nimis,* y otras; á pesar de esto, aun la comedia latina, y más todavía la italiana, carecían de cierta fuerza; así que, ni las comedias de Maquiavelo ni las

(1) Aquí confunde Galiano, al parecer, la poesía erudita de los *Cancioneros* con la popular de los *Romanceros*.—VALMAR.

de Ariosto habían dado alma á la escena cómica. De las tragedias italianas antiguas nada se diga, valiendo poco todas ellas, aun la de Torcuato Tasso. Entonces apareció en España Lope de Vega; pero antes los cómicos españoles habían dado alguna muestra de ciertas dotes que habían de dar lustre á nuestra escena, y de los defectos que la deslustran. *Luzán* no conoció esto, ni el mérito, ó por mejor decir, ni la índole de los romances y de nuestro teatro; habló de la poesía española como poesía buena, pero imitadora, la cual algunas veces imitando se remonta mucho, y entonces es digna de admiración, pero en donde, según él, no hay nada original, no pudiendo por lo mismo menos de desmerecer al lado de su hermana mayor, la hermosa poesía italiana.

Estos fueron los yerros de *Luzán;* pero los que dicen que erró completamente, y que desacreditó nuestra literatura, no se hacen cargo de que la literatura estaba en descrédito en aquel tiempo, de que estaba casi enteramente olvidada. No desacreditó la literatura antigua; no habló de la poesía académica, censurándola; dijo poco de la dramática; desaprobó en ella algunas cosas sin razón, pero no acabó con la literatura buena, sino con la mala que había en su tiempo. Es verdad que siguiendo con demasiado rigor á Aristóteles y al clasicismo francés, pretendió hacer un marco dentro del cual se encajonasen, por decirlo así, todas las obras del ingenio; que siguiendo reglas demasiado severas, no conoció que los dife-

rentes tiempos requieren diferentes especies de composiciones; que la diversidad de pueblos y de gobiernos hace variar el juicio que se forma de los cantos, y el espíritu que á éstos debe animar, y por eso es digno de censura á veces, aunque no por haber sido de la edad en que vivía.

Luzán fué asimismo poeta, y como á tal no debe dársele elogio alguno. Es verdad que no incurrió en las faltas en que cayeron los de su tiempo y del inmediatamente anterior; es verdad que no dió en las extravagancias mismas que procuró desterrar; que miró con horror los retumbantes metros de Ocejo (1), el *Polifemo* y las *Soledades* de Góngora; por consiguiente, fué muy detenidamente haciendo versos de once sílabas en lenguaje correcto y esmerado: imitó á los demás poetas en aquello de invocar á las Musas y demás temas comunes en que durante mucho tiempo ha consistido nuestra poesía, y que todavía sienten algunos no ver reproducidos, lamentándose de que hayan caído en desuso las imágenes que admiraban á los poetas de nuestros primeros años. Su *Oda á las artes* y *La Conquista de Orán* son producciones que adolecen de los mismos defectos de frialdad elegante y continua imitación ajustada, ó reproducción de pensamientos ajenos y corrientes.

---

(1) Alude Galiano á *El Sol de los anacoretas* (San Antonio Abad), poema en octavas, de D. Pedro Nolasco Ocejo, que Jorge Pitillas ridiculizó con singular donaire en el *Diario de los Literatos*.—VALMAR.

MÁS NOTICIAS SOBRE DON IGNACIO DE LUZÁN Y LOS LITERATOS DE SU TIEMPO.

Cuando el erudito D. Juan Agustín de Cean Bermúdez escribió la biografía de D. Eugenio Llaguno, lo hizo con datos de las respuestas dadas á un interrogatorio, entre cuyas preguntas figuraban las siguientes: «¿Quiénes eran los concurrentes á la Academia del Buen Gusto, congregada en casa de la Marquesa de Sarria?—¿Quiénes los que sucesivamente fueron concurriendo á la tertulia de Montiano?—Si D. Juan de Iriarte, D. Blas Nasarre, D. Ignacio Hermosilla eran montianistas, y si el señor Campomanes alcanzó estas juntas y concurrió á ellas.—Si entre la tertulia nocturna de Montiano y la vespertina del P. Sarmiento había alguna relación conocida, ó se componía de unos mismos sujetos.»—Muy en su lugar se hallaban todas estas preguntas, como que D. Eugenio de Llaguno y Amírola había sido paje de bolsa de D. Agustín de Montiano y Luyando.

Ahora va á dejar de seguir inédito lo que don Bernardo Iriarte contestó así á esta parte del interrogatorio: «Bernardo Iriarte tenía muy corta edad cuando algunos literatos y sujetos de varias clases concurrían en casa del Marqués de Sarria, hermano del primer Secretario de Estado y del Despacho, D. José de Carvajal y Lancáster, para que

pueda designar quiénes eran, y menos calificar su mérito.—La tertulia de Sarria pudo ser abuela, mas no madre de la tertulia de Montiano. Se ignora si tuvieron algún parentesco ó conexión, ni si la de Montiano descendió de la del Marqués de Sarria.—Consta, sí, á Bernardo Iriarte que en casa de D. Blas Antonio Nasarre, bibliotecario del Rey, se juntaban por las noches (D. Juan de Iriarte no asistía, porque todas las pasaba, como las demás horas del día, estudiando y trabajando, y obligando á su sobrino Bernardo á hacer lo mismo) varios literatos, y entre ellos *D. Ignacio de Luzán*, y á veces D. Agustín de Montiano y Luyando, algunos individuos de la Biblioteca y otras personas.—Luego que falleció Nasarre, atrajo Montiano á su posada muchos de los asistentes á la tertulia de aquél. Progresivamente se fueron agregando varios eruditos y sujetos de buen gusto, ya de los avecindados en Madrid, ya de los que venían de las provincias del reino y hasta de América. Así llegó á ser bastante numerosa, y á veces tanto, que los literatos se disgustaban, porque habiendo logrado, después de muchas instancias, la mujer de Montiano, D.ª Josefa Manrique (había sido camarista de la reina Farnesio), y su sobrina, doña Margarita, ser admitidas en la sala de la tertulia, acudieron á ella gentes indoctas, que incomodaban á la docta, y fué preciso, para desahogo de ésta y pasto del alma y cuerpo de aquéllas, poner una mesa de biribís, donde tuviesen digna ocupación, formando

así rancho aparte los literatos.—De esta última clase eran tertulianos constantes *D. Ignacio de Luzán*, D. Juan de Iriarte, que ya salía por las noches, para descansar de su tarea diaria y distraerse; D. Ignacio de Hermosilla y Sandoval, D. Antonio Pisón, lector de la Princesa de Asturias, hoy Reina; D. Luis Velázquez, Marqués de Valdeflores; D. Felipe de Castro, célebre escultor gallego. Campomanes concurrió pocas veces á la tertulia, á los principios, y después no.—Bernardo de Iriarte llegó á asistir también; don Eugenio de Llaguno, que era inmediato y perenne asistente, como que vivía en la propia casa de Montiano, llevó una noche al mismo Bernardo de Iriarte á la tertulia, contra la voluntad de su tío, que prefería se entretuviese en casa, estudiando, el sobrino; mas hubo de ceder, y ya le llevaba en su compañía, mirando como equivalente de las tareas nocturnas en que le ocupaba, la amena, variada é indirecta instrucción que adquiriría oyendo las conversaciones, discursos y lecturas de los doctos é ingeniosos asistentes á la tertulia de Montiano. Los días de fiesta llevaba el tío D. Juan al otro sobrino Domingo, niño todavía, para que aprovechase algo allí y no hiciese travesuras en casa.—Ninguna relación había entre la tertulia de Montiano y la sociedad ó concurrencia de la celda del P Fr. Martín Sarmiento por las mañanas y tardes. Don Juan de Iriarte iba á ver al padre Sarmiento todos los domingos después de misa, y llevaba á su sobrino Bernardo. Eran pocos los con-

currentes, y entre ellos había académicos.—Don Blas Nasarre no pudo asistir á la tertulia de Montiano, pues ésta, según va dicho, no tuvo principio ni existió hasta después del fallecimiento del mismo Nasarre.»

No hay mejor edición de la *Poética* de *Luzán* que la hecha en dos tomos, el año de 1789, por Sancha, pues en ella intercaló D. Eugenio Llaguno todas las adiciones y enmiendas del mismo D. Ignacio, á quien había tratado en la juventud, y cuyos consejos le fueron muy útiles en el resto de su vida.

DON ALFONSO VERDUGO Y CASTILLA,

CONDE DE TORREPALMA.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

Á pesar de los aplausos que en el siglo pasado y en el presente se han prodigado al *Deucalión*, nadie ha intentado siquiera conocer la vida de su autor.

Ignorábanse hasta el año y el lugar del nacimiento y de la muerte de *D. Alfonso Verdugo y Castilla;* pero á fuerza de investigaciones, y siguiendo

algunas conjeturas que no han quedado defraudadas, hemos tenido la fortuna de dar con varios datos esenciales de la vida de este poeta, y entre ellos con su partida de bautismo (1). En ella consta que nació en la ciudad de Alcalá la Real, el día 3 de Septiembre de 1706. Su padre, el Conde de Torrepalma, establecido en Granada, pertenecía á la alta nobleza de

---

(1) Esta partida se halla en el libro décimo de bautismos de la santa iglesia mayor y colegiata de Santa María de la Mota, de la ciudad de Alcalá la Real (provincia de Jaén), y dice así:

«En veinte y cuatro dias del mes de Setiembre de mil setecientos y seis, el ilustrísimo señor Doctor don Diego Castell Ros de Medrano, Abad de esta Abadía, del Consejo de Su Majestad, y Calificador de la Suprema y General Inquisicion: baptizó en esta Santa Iglesia (*more Episcopi*) un niño que nació á tres de dicho mes, y le puso por nombre Alfonso Ignacio: hijo legítimo del señor don Pedro Verdugo Albornoz, Caballero del Hábito de Alcántara, Conde de Torrepalma, Corregidor, Justicia Mayor que ha sido de esta ciudad y las demás de su partido, y al presente lo es de la de Granada: y de la señora doña Isabel María de Castilla, Lasso de Castilla, su legítima mujer. Fué su padrino el reverendo padre fray Juan Mexías, predicador actual en su Convento de Nuestra Señora de Consolacion de esta ciudad, con licencia que exhibió de su Provincial; y testigos los Licenciados don Juan de Aranda Pineda, Vicario; don Juan Antonio de Guelte, Notario de la Santa Inquisición de Córdoba y Beneficiado propio de la Parroquial de Santo Domingo de Silos de esta ciudad; don Cristóbal Cedillo y don Francisco Garrido Espinosa de los Monteros, Curas de esta Santa Iglesia.»

Andalucía (1). Era éste uno de los varones más ilustrados de su tiempo, y *D. Alfonso*, aficionándose á las letras, no hizo más que seguir la senda que le había trazado el paternal ejemplo. Así es que llegó á entrar gloriosamente en la *Academia Española* y en la de la *Historia*, y fué conciliario de la de *San Fernando*.

Los primeros pasos de la vida pública del *Conde*, tal vez por la malevolencia de sus émulos, hubieron de acarrearle amargos sinsabores. De ello dan indicio unas octavas que le dirigió su hermana, sor Ana de San Jerónimo, como para infundirle aliento contra la adversidad. Mayor en edad, y acaso en fortaleza cristiana, D.ª Ana le da saludables consejos, y

---

(1) Era señor de Gor, de Herrera, de Valdecañas, de Boloduy, de Santa Cruz, del Nacimiento; capitán perpetuo de la nobleza de la ciudad de Carmona, etc. Se casó dos veces. En primeras nupcias, con D.ª Josefa de Adorno, señora de Romanina, de la cual no tuvo sucesión. En segundas nupcias, con D.ª Isabel María de Castilla y Lasso de Castilla. Con esta señora tuvo numerosa prole, pero sólo llegaron á edad adulta un hijo varón, *D. Alfonso*, y cuatro hijas, á saber: D.ª María Antonia, que en 1710 casó en Granada con el Sr. D. Nicolás Alvarez de Bohorques, Marqués de los Trujillos (con cuyo enlace, por no haber dejado sucesión el *D. Alfonso*, se unió á la casa del Marqués de los Trujillos el mayorazgo de los Verdugos, Condes de Torrepalma, y los mayorazgos de los Castillas, señores de Gor); D.ª Juana y D.ª Ana (ambas religiosas), y otra hermana menor, D.ª Isabel Sofía, la cual casó con D. Juan de Cárdenas.—(*Apunte sacado de los archivos de la casa del Duque de Gor.*)

le excita á buscar la gloria imitando á su padre, al cual habían perdido recientemente:

Creced á ser blasón de nuestra era;
De vos también se cuente enriquecida;
Vuelva á vivir en vos quien os dió vida.

Más adelante le dice que,

En la primera edad endurecido
Á sufrir de hado injusto la inclemencia,

sólo alcanzará palmas gloriosas en la virtud, asilo del corazón y el único bien de la tierra que es fácil conquistar, y que nadie puede arrebatarnos:

No la defiende tempestoso muro,
Ni en sí nos la escondió la tierra avara;
Bien es digno del hombre y bien seguro:
¿Qué fuerza, si él no quiere, la separa?
Tiemble la tierra ó brame el aire impuro,
Ella sola le abriga y le repara:
En ella sola encuentra su decoro,
Su aliento, su descanso y su tesoro (1).

Andando el tiempo, se despejó el anublado horizonte de su vida. Después de entrar al servicio inmediato de la Casa Real, como Mayordomo de semana, fué nombrado, por decreto de Fernando VI, de 13 de Mayo de 1755, Ministro plenipotenciario

(1) Estas octavas fueron impresas con el siguiente epígrafe: *Á su hermano D. Alfonso Verdugo, día de San Ildefonso, después de la muerte de su padre, y cercados de persecución.* (*Obras poéticas de la madre sor Ana de San Jerónimo*, pág. 296.)

en Viena, donde ejerció este cargo hasta el año de 1760. De allí le envió Carlos III, con el alto carácter de Embajador, á la corte de Turín. En ella falleció el año de 1767. Gran parte de su correspondencia, como Embajador en Cerdeña, se conserva en Simancas, en el departamento de Estado (legajos números desde el 5.328 hasta el 5.334).

Se ha extraviado la mayor parte de las poesías líricas del *Conde de Torrepalma*, así como el poema *La libertad del pueblo de Israel por Moisés*, de que habla Porcel en el *Juicio lunático* leído en la Academia del Buen Gusto, establecida en Madrid, en casa de la Marquesa de Sarria. *Torrepalma* era á la sazón presidente de esta Academia. En ella leyó una oración, que puede servir de muestra de la prosa de este insigne escritor (1). Las ideas son elevadas, pero el estilo adolece en sumo grado de artificial y de ampuloso. Las poesías inéditas por nosotros publicadas en la BIBLIOTECA DE RIVADENEYRA, están sacadas de autógrafos de *Torrepalma* contenidos en las actas de la misma Academia, que tuvo á bien comunicarnos nuestro amigo el insigne bibliógrafo D. Pascual de Gayangos, y de otros papeles que con igual bondad nos ha franqueado el Sr. Duque de Gor, descendiente del ilustre poeta. Estas poesías, á excepción de ciertos pasajes de *El Juicio final*, y de al-

(1) Hemos leído esta oración en un códice perteneciente al Sr. Marqués de Pidal.

gunos bellos versos diseminados en ellas, son poco dignas de la pluma, casi siempre acendrada y briosa, del autor del *Deucalión*.

VALMAR.

II.

DEL SR. D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

(*Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo* XVIII.)

«Por el mismo tiempo (1741) salió á luz una obra que ha merecido elogios de D. Manuel José Quintana, crítico á quien reverencio, si bien disto á veces de su opinión; crítico de la escuela clásica francesa, pero privilegiado en esa escuela misma, y que, con todas sus faltas, pues confieso que, según mi modo de juzgar, tiene algunas, todavía debe ser tenido por uno de los primeros entre cuantos ha producido España, y merece ser respetado por la generación presente, aun en los mismos casos en que se desvíe de sus opiniones. Don Manuel José Quintana dió grandes elogios al *Deucalión* del *Conde de Torrepalma*, obra que, sin ser una producción de alto mérito, es una composición poética muy notable. Dice D. Manuel José Quintana que tiene trozos de poesía descriptiva de los más animados y valientes que hay en castellano, aunque conserva algunos resabios del antiguo culteranismo. Es cierto;

pero puede añadirse que quizá los resabios que conserva del antiguo culteranismo son una de las cosas que constituyen su mérito verdadero.

»*El Deucalión* no es más que una perífrasis de un trozo de las *Metamorfosis* de Ovidio. Sabido es que el diluvio de *Deucalión* está descrito por el poeta latino en su mejor obra; que Ovidio, escritor elegante y fácil, es uno de los poetas más agradables, aunque no debe ser tenido en tan alto precio cuanto otros poetas antiguos.

»El poeta castellano copió, tradujo, perifraseó al latino. Pero en sus octavas, muchas de las cuales son bellísimas por lo robusto de la expresión y por lo sonoro de los versos y del período, hay asimismo pensamientos nuevos que presentan, imágenes, hermosas. Bella, natural, tierna es la de aquella madre que, arrebatada por las aguas y ya vencida por ellas,

Va al hijo entre las ondas levantando.....

»Más hermosura de pensamiento y de expresión tiene todavía otra octava, donde se pinta á un hombre huyendo en su caballo del desatado torrente, y que en el punto mismo en que va á salvar á una persona de su afecto, montándola á las ancas, se encuentra con que ha ocupado aquel lugar su enemigo, terminando todo con decir que en aquella trágica escena

.....al dudoso
Trance que de tan rara lucha pende,
Pone funesta paz la onda que asciende.

»Este último verso, sobre la belleza de su sonido, que, no obstante un tanto de dureza, le hace, con todo, por este lado de los mejores que hay en castellano, encierra un hermoso pensamiento, y el epíteto de funesta, dado con acierto en aquel lance á la paz, es una de las antítesis mejores que pueden imaginarse, sin que peque de afectada, como las más veces sucede á esta figura retórica, ni que desdiga, por lo conceptuosa, de la triste majestad de la pintura.

»Basta de hablar de autores medianos, aunque, por desgracia, no es posible tratar con detención sino de escritores de esta clase, refiriéndonos á aquella época.»

DON JOSÉ ANTONIO PORCEL.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Poco más que su nombre se sabía hasta ahora de este poeta, tan respetado en el siglo último. Escasas son todavía las noticias que de él tenemos; pero bastan para formar juicio acerca de su situación social y literaria (1). Nació en Granada *D. José Antonio*

(1) Casi todas estas noticias están tomadas de un códice adquirido, no mucho antes de su fallecimiento, por el Sr. D. Pedro José Pidal, Marqués de Pidal, quien nos lo franqueó con su benevolencia acostumbrada.

Porcel y Salablanca, por los años de 1720. Se consagró desde luego á la carrera de la Iglesia, y hubo de distinguirse en ella, pues no tardó en ser nombrado colegial del Sacro-Monte de Granada. Más adelante llegó á ser canónigo de la colegiata del Salvador de la misma ciudad, y pasado algún tiempo, de su metropolitana iglesia.

No conocemos todas las obras de este distinguido escritor. El difunto Marqués de Pidal poseía dos tomos manuscritos de ellas, que probablemente pertenecieron al mismo *Porcel,* pues contienen algunos apuntes autógrafos. Uno de estos tomos, señalado con el número IV, daba motivo á presumir que se habían perdido otros dos tomos cuando menos. Nuestras exploraciones para encontrarlos no han sido infructuosas. Pertenecieron al Sr. de Urzaiz, y se hallan en la Biblioteca Nacional. El primero de los tomos que conocemos contiene el poema *El Adonis, en cuatro églogas venatorias,* y unos apuntes encomiásticos de *Porcel,* escritos por D. Antero Benito y Núñez, discípulo y gran admirador del poeta granadino. El otro tomo, cabalmente el señalado con el número IV, contiene lo siguiente:

1.° Una *oración* pronunciada por el Conde de Torrepalma en la *Academia del Buen Gusto,* que celebraba sus juntas en casa de la Condesa de Lemos, Marquesa de Sarria (1749 á 1751).

2.° *Juicio lunático,* ó crítica burlesca de las producciones literarias que se habían leído en dicha

Academia. Este juicio, escrito con notable donaire, en prosa fácil y elegante, da idea del clarísimo entendimiento y de la no vulgar instrucción de *Porcel.*

Como *fiscal* de la Academia, tenía que cumplir con la obligación, inherente al cargo, de juzgar las obras presentadas, y lo hizo en verdad de una manera ingeniosa, mezclando entre las agudezas, reflexiones de sazonada crítica. No sólo censura con bastante libertad á sus compañeros de academia; también esgrime ásperamente las armas de la sátira contra su propio poema, dando en ello testimonio de discernimiento y abnegación.

3.º *Oración gratulatoria* á la Real Academia Española, el día 5 de Enero de 1752, en que fué recibido en ella por académico *D. José Antonio Porcel*, canónigo de la iglesia colegial del Salvador de Granada, siendo Director de la Academia, por S. M., el excelentísimo Sr. D. José de Carvajal y Lancáster, Ministro de Estado, Gobernador del Supremo Consejo de Indias, etc. (Esta oración equivalía entonces al discurso de recepción de nuestros días.)

4.º *Carta del difunto Rey de Prusia, padre, á su hijo reinante, Federico II, desde los campos Elíseos* (traducida del francés por *D. José Antonio Porcel*).

5.º Algunos versos de *Porcel* (firmados).

Don Antero Benito y Núñez afirma que el Obispo de Santa Fe de Bogotá había escrito la vida del

insigne poeta (1), y demuestra con sus palabras cuánto se lamentaban los eruditos, á mediados del siglo XVIII, de que no se diese á la estampa *El Adonis* de *Porcel*. «Su mérito, dice, ha colocado al autor entre los *cinco únicos poetas* de este siglo (2). Así lo caracteriza el sabio autor de los *Orígenes de la poesía española* (3). Muchas instancias han hecho los eruditos para publicar estas églogas, y á la verdad no es razón que la poesía española carezca de un primor que hasta ahora no le han dado sus más célebres escritores..... Uno de los pocos que han logrado la fortuna de leer el poema, ha sido el ingeniosísimo Gerardo Lobo, que lo tenía ya dispuesto para la prensa, y á no haberle prevenido la muerte, no hubiera retardado respeto alguno su publicación..... Estoy esperanzado que no ha de faltar quien nos dé este gusto.»

Frustrada quedó esta esperanza. La poesía artifi-

(1) «El Sr. Caballero, cuyo mérito le ha elevado á la mitra de Santa Fe de Bogotá, que actualmente goza, tiene escrita la historia literaria de nuestro poeta.» (*Nota escrita en uno de los tomos manuscritos, al parecer, después de* 1770.)

(2) No es fácil atinar ahora con estos cinco poetas. Atendido el gusto entonces dominante, tal vez no sea aventurado el suponer que estos ingenios, que tan privilegiados se juzgaban en aquella edad, sean, además de *Porcel*, Gerardo Lobo, Luzán, Torrepalma, y Montiano y Luyando. ¿Quién sabe? Acaso era uno de ellos D. José Villarroel, cuyas chocarrerías eran celebradas casi al igual de los chistes de Quevedo.

(3) Don Luis José Velázquez.

cial de *Porcel* no encontró, por lo visto, editores que se decidiesen á darla á luz. Ahora, no hay por qué ocultarlo, hemos titubeado en ofrecer al público un poema que, á pesar de estar escrito con viva fantasía, dista mucho de merecer el ser tenido por modelo en las letras de nuestros días. Consideraciones de historia literaria nos movieron al cabo á publicarlo íntegro en nuestra colección de *Líricos del siglo* XVIII.

Don José Antonio Porcel tradujo algunas obras francesas; entre ellas, en verso castellano, *La Dama doctora,* de autor francés anónimo, escrita contra los jansenistas (1), y la *Mérope,* cuya traducción manuscrita, en verso suelto, se halla en la Biblioteca Nacional. *El Facistol* (*Le Lutrin*), poema satírico de Boileau. También dió á la estampa *Gozo y Corona de Granada en la proclamación del rey D. Carlos III.*—Granada, Imprenta Real, 1760; 4.°

Porcel no sólo fué individuo insigne de las Reales Academias Española y de la Historia, sino que resplandeció por su saber y por su estro poético en dos de las academias particulares más señaladas de su tiempo: la *del Trípode*, de Granada, y la *del Buen Gusto,* establecida en Madrid, en casa de la Marquesa de Sarria. En la primera tomó el nombre de *el Caballero*

(1) Da esta noticia D. Luis José Velázquez. No conocemos esta traducción, y no podemos determinar cuál sea el verdadero original francés. Tal vez *La Dame médecin*, comedia en cinco actos de Montfleury, representada en París en 1678.

de los Jabalíes; en la segunda, el de *el Aventurero.*

El citado D. Antero Benito Núñez escribió algunos versos en honra de su esclarecido maestro. Entre ellos el siguiente, en que celebra con escaso numen las églogas venatorias de *El Adonis:*

¿Cuándo hablaron tan dulce los pastores?
¿Cuándo las bellas ninfas así hablaron?
¿Cuándo en conceptos tales se explicaron
Las finezas, los celos, los amores?
¿Cuándo de mitologia los errores
Con embelesos tales se escucharon?
¿Cuándo, suspensos, de cantar dejaron
Los parleros y dulces ruiseñores?.....
Cuando una voz más viva, más sonora,
Dió á las selvas *Porcel* en su instrumento;
Cuando la lira de *Porcel* canora
Pobló de acentos mágicos el viento;
Cuando su diestra musa encantadora
Á la ninfa (1) prestó su dulce acento.

VALMAR.

JUICIO SATÍRICO QUE LEYÓ D. JOSÉ ANTONIO PORCEL DE SU PROPIA OBRA, «EL ADONIS», EN LA ACADEMIA DEL BUEN GUSTO.

(Finge el autor que Bartolomé Leonardo de Argensola pronuncia el juicio ante una academia fantástica de poetas difuntos, de la cual era presidente *Garcilaso,* secretario *Lope de Vega* y portero *Rengifo.*)

«De *El Adonis,* poema en églogas venatorias, cuyo autor se llama aquí *el Caballero de los Jabalíes,* cono-

(1) Alude á la ninfa *Anaxarte,* que refiere á *Procris,* en el poema, la *historia de Adonis.*

cido por este nombre en su Academia del Trípode, de Granada, y por el de *el Aventurero* en la del Buen Gusto, en Madrid, se me ha cometido la crítica; confieso que me lastimó sólo el título de *églogas venatorias*, porque hasta ahora no se ha dado este género de drama, ni se puede dar; pues, como él mismo confiesa en su prólogo, con la autoridad de Scalígero, es incompatible con el sosiego para el canto la fatiga de un cazador; pero, llevado tal vez de la ambición de señalarse con la novedad, atropelló por la misma razón que conocía, y cargó la culpa á su academia, que así se lo mandaba; sin embargo, como las piscatorias no son menos extrañas que las venatorias, y hubo un Sannazaro que emprendiese aquéllas (aunque se disputa si con felicidad), concebí esperanzas de que nuestro *Aventurero* imitase á lo menos en lo problemático del acierto, como en el arrojo, al Sannazaro Feadamenos. Dignamente se intituló *el Caballero de los Jabalíes*, como D. Quijote *el de los Leones*, para ser el Quijote de los poetas, pues en él hallamos el juicio desconcertado y la imaginación desarreglada que en aquel manchego puso el Sr. Cervantes.

»La obra es una quisicosa, un monstruo, un Proteo poético, que por cada aspecto tiene distinta figura, sin combinación y sin tino. Si la consideramos égloga, la hinchazón del estilo, las continuas metáforas y las transposiciones insufribles destruyen esta consideración. Es de admirar la satisfacción con

que principia en las cuatro églogas la narración de la fábula de Adonis en boca de Anaxarte; siendo doctrina sentada que todo principio de poema ha de ser sencillo, y se ha de ir elevando progresivamente (y aun esta elevación progresiva de ningún modo se permite en la égloga, si ya no se introduce sujeto competente, como el *Sileno* de Virgilio), empieza la primera con una descripción de Chipre, pomposa y altisonante, para decir después que allí vivía Adonis y se entretenía en la caza. Á la segunda da principio con otra descripción de las selvas del mismo Chipre, tan cansada como redundante. Á la tercera, con la pintura del río Lico y sus riberas, tan impertinente como las demás. Á la cuarta, finalmente, con la de la noche, que empieza, aunque afectada, más regular, pero después, queriendo imitar la célebre del gran poeta, se hace fastidioso y vulgar.

»Si se mira el poema como venatorio, de nada tiene menos; toda la cacería se reduce á las ninfas sentadas junto á las redes, aguardando allí las batidas fieras; pero las de Chipre sin duda eran alimañas muy advertidas (serían zorras las más), y los sabuesos tan amigos del descanso, que se vuelven las redes sanas, los perros satisfechos de dormir, las fieras se quedan en pacífica posesión de sus grutas, y solamente las cazadoras fatigadas, más que del cuerpo, de la cabeza (en especial la Anaxarte), por haberse estado una tarde entera hablando del cuento de Adonis. Yo creo que con más justicia pudo el Gua-

rini haber llamado á su *Pastor Fido* poema venatorio, por aquel Silvio que apenas deja los bosques, ni piensa en otra cosa que en su Melampo.

»Da á entender el autor que ha dado en las églogas un poema trágico, separado de las introducciones de las ninfas; esto es, sin el drama. ¡Este es mayor monstruo! ¿Cuántas cosas quiere que sea este parto, que no lo acabamos de fijar en especie alguna del mundo poético? Pero sea poema trágico, y ¿qué tal? Como las pinturas antiguas, sin movimiento. Lo preciso para que logre alguno juntarlo con el drama de las ninfas, y entonces resulta, ó que la fábula del Adonis entra por episodio, y episodio seis veces mayor que el argumento, ó que sean cuatro acciones. ¿Qué le parece á la Academia? Aun hay más: que toda la obra es una fábula milesia; porque, ¿qué instrucción resulta de todo su fárrago? Que *No hay amor en las selvas con ventura;* digna verdad, y utilísima, para dejar el vicio como se estaba, pero hermoso título para una comedia de las muchas que hoy nos refieren que ocupan lastimosamente los teatros.»

«Aquí llegaba el Sr. Argensola, cuando yo, atónito con lo que me estaba sucediendo, quería salirme, temeroso de que me dieran las bofetadas que á Cherilo, y me arrojasen de la sala con ignominia; pero el Ariosto, riéndose de mis sustos: «Sosiégate, me dijo, y escucha, que ya tendrás que agradecerme». Proseguía mi rígido fiscal, cuando el Presidente,

notando que se dilataba, ó que censuraba poco benigno, le interrumpió, diciendo: «Basta, basta, que hay otras muchas obras que ver; diga ahora el que quisiere defender al impugnado.» Levantóse entonces Gerardo Lobo, y dijo: «Yo hiciera por defenderlo; pero como quiera que está presente, y que aunque, por ser mortal, no se le permite que hable aquí, no se le quita que escuche, y no me atrevo al riesgo de no llenar su expectación, y más cuando creo que él está hecho cargo de todas esas objeciones, que no piensa indisolubles.—Pues suspéndase por ahora (dijo Garcilaso) el decidir del mérito de su obra.»

FRAY DIEGO GONZÁLEZ.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

DEL P. FR. JUAN FERNÁNDEZ (1).

El maestro *Fr. Diego Tadeo González* tuvo por patria á Ciudad-Rodrigo, y por padres á D. Diego Antonio González y á D.ª Tomasa de Ávila García y

---

(1) Era grande amigo y admirador de Jovellanos.

Varela, no menos recomendables por lo ilustre de su linaje que por sus virtudes morales, cristianas y civiles. Con el uso de la razón se descubrió en él la afición á la poesía; la sublime armonía de esta ciencia divina era tan conforme con su alma, que bastaba que un escrito lo fuese en verso para atraerle á su lección. Por esta causa leyó en los años primeros de su vida todo lo mejor que en poesía tiene la lengua española, proporcionándole libros su mismo padre, quien, sin ser poeta, conocía y estimaba todos los primores del arte. Era dificultoso que quien congeniaba tanto con los poetas, tuviese un corazón hosco y desamorado, y así sintió *González* las heridas de amor casi al mismo tiempo que los encantos de los versos. Esta dulcísima pasión, que ha sido, por lo común, el primer ensayo de los poetas, lo fué también del nuestro, aunque sus versos no han llegado á nuestros días. Se deja concebir que serían tan mal formados como oportunos para su intento, y así lo significa él mismo en la carta á Jovino, cuando dice que, *sin deber á Apolo numen ni inflamación, cantó amoroso.*

Siendo de diez y ocho años (1) tomó el hábito de San Agustín, y profesó en el convento de San Felipe

---

Cultivó la poesía con el nombre de *Liseno. Fray Diego González* le profesaba entrañable cariño. En una carta le llama *consuelo de mis trabajos y alivio de mis tristezas.*—VALMAR.

(1) Había nacido en [illegible] VALMAR.

el Real de Madrid, día 23 de Octubre de 1751. Hizo sus estudios en Madrid y en Salamanca, con aplicación y aprovechamiento; pero sus mismos condiscípulos observaban en él un genio particularísimo para la poesía, y una aplicación singular á todos los libros que trataban de ella. Horacio y Fr. Luis de León fueron sus autores favoritos; de uno y otro sabía las odas casi de memoria, y al último le estudió con tanto gusto y esmero, que se le pegó el estilo, hasta el extremo de imitarle con la mayor perfección. Una prueba de esta verdad son las adiciones ó suplementos que hizo de la traducción de los capítulos de Job, que estaban incompletos, y se notan en la impresión de la *Exposición de Job*, con letra bastardilla; particularidad capaz sola de hacer advertir cuál es obra de Fr. Luis, y cuál de *Fr. Diego González*, como lo confiesan los inteligentes.

Siguió la carrera escolástica con honor, no obstante que su genio moderado y pacífico aborrecía aquel ergotismo encarnizado que florecía en su tiempo, tanto como amaba los libros que con método y claridad trataban las materias teológicas. Tanto en la cátedra como en el púlpito era oído con gusto, y muchas veces con admiración. En Salamanca predicó un sermón del Santísimo Sacramento con tal unción y elocuencia, que, arrebatado el inmortal Batilo, uno de los oyentes, de su entusiasmo, escribió aquella oda que comienza: *Tal de la boca de oro*, etc., una de las mejores de este grande ingenio, que á un

mismo tiempo hace honor al orador y al poeta (1).

Luego que completó los años de lección que prescribe la religión, procuró ésta no tener ocioso un sujeto en quien se reunían las prendas más singulares para el gobierno. Era de un genio sumamente pacífico y suave; amaba tiernamente á sus semejantes, y con extremo á aquellos á quienes se unía con los vínculos de la amistad. El conocimiento de la fragilidad humana, y el ejercicio de una caridad verdadera, le hacían mirar las faltas de sus hermanos con tanta compasión, que jamás hubo delito que no encontrase para con él ó disimulo ó misericordia. Exactísimo en el cumplimiento de sus obligaciones, reprendía con el ejemplo más que con las palabras;

---

(1) De este elocuente sermón, que llenó de fervoroso entusiasmo á sus oyentes y causó gran sensación en Salamanca, dió noticia *Fr. Diego González* á Jovellanos en estos llanos y modestos términos, que ponen de manifiesto el conflicto de un alma humilde y timorata ante arduos deberes y graves empeños:

«Me he hallado en el mayor apuro para disponer un sermón, que es aquí de mucho empeño, y lo ha sido mucho más para mí, por haber pasado algunos años sin predicar, y haber, de consiguiente, perdido el numen de hacer sermones, que en otros tiempos eran toda mi delicia..... Ayer, día 19, le eché de mí, y aun no me he satisfecho de respirar de la opresión en que me puso la dificultad que hallé en su composición. Creo que el oficio de prior, después de haberme robado mi natural dulzura, ha enervado todo el vigor de mi espíritu, y es capaz de privarme del uso de la razón. Enteramente me desconozco, y me admiro de mí mismo. Me hallo tan desmemoriado, que se me ol-

siempre humano para con los frágiles, cariñoso con los observadores de la ley, y prudente, afable y justo con todos. Con tan bellas cualidades desempeñó á satisfacción de los superiores los cargos de Secretario de la Visita general de la provincia de Andalucía, el de prior de los conventos de Salamanca, Pamplona y Madrid, el de Secretario de la provincia de Castilla, y de Rector del colegio de D.ª María de Aragón.

En medio de la severidad de las prelacías, no pudo jamás olvidar las musas, ni hacerse desentendido de la bondad y dulzura de su corazón, que le inclinaban á ellas. En su regazo encontraba la tranquilidad y consuelo que tal vez le quitaban sus empleos; y así, donde quiera que se hallaba, siempre hizo versos, que es decir, siempre se procuró un inocente des-

---

vidan los nombres de las cosas más comunes; cosa que á veces me da risa, y á veces me causa el mayor cuidado. ¡Ay. dulcísimo amigo mío! ¿Qué podré decir á usted acerca de *Las cuatro Edades?* Puedo asegurarle con toda verdad que mientras no salga de este quisquilloso oficio y tristísimas circunstancias, no estoy capaz para comenzar siquiera una obra de tanta dificultad para mí, y que pide infinito más sosiego que el que yo puedo esperar....., y que si hubiera conocido que la intención de usted, cuando me envió el plan, era que desde luego había de comenzar á formalizarlo, me hubiera excusado con el mejor modo, y en ninguna manera me encargara de lo que no podía yo desempeñar.» (Carta autógrafa del *maestro González* á Jovellanos, de 20 de Junio de 1778.—Colección del Marqués de Pidal.)—VALMAR.

canso. La hermosura y la virtud no pueden menos de hacer sensación en los pechos más castos, ni de hacerse amar de los moralistas más severos. Su fuerza es irresistible, y cuando á sus naturales encantos se allega la acalorada imaginación y entusiasmo de un poeta, presentan aspectos tan dulces y risueños, que no hay profesión, no hay institutos que puedan prevalecer contra su influencia. Toda la filosofía de Epicteto, todos los esfuerzos de la tristeza y el rigor se desvanecen y quedan inertes en presencia de un colorido virginal y de unos ojos brillantes, significativos y modestos.

El *maestro González* no era de aquellos espíritus melancólicos y sombríos que desconocen lo amable de la virtud y lo maravilloso de las obras del Criador, porque se halle empleado en el sexo femenil. Amó cuanto conoció que era amable, porque era bueno, y procuró celebrar con sus versos los dones celestiales que admiró en alguna que otra belleza, pero en unos versos tan puros y castos como su alma. Dos señoras principalmente se advierten en sus poesías: una llamada con nombre poético *Melisa*, y otra nombrada *Mirta;* aunque es preciso confesar que esta última es la más celebrada, por causa de la famosa *Sátira contra el Murciélago*, tantas veces impresa. Entre las dos se puede decir que partieron el estro de *Delio*, y que sus nombres y sus gracias alternaron al son de su dorada lira. Ambas viven actualmente, una en Cádiz y otra en Sevilla, y por esta

causa no me atrevo á publicar sus nombres. Sentiría ofender su modestia, y no sé si la sombra del dulcísimo *Delio* se resentiría de que profanaba la amistad, haciendo patentes los objetos de su amor (1).

En los últimos períodos de su vida pensó *González* que debía emplear sus versos en asuntos más serios y más propios de su sabiduría y de sus años. Fomentó este pensamiento una preciosa carta, en verso, que dirigió D. Gaspar Melchor de Jovellanos, desde Sevilla, á *Delio* (el *maestro González*), *Batilo* y *Liseno*, residentes entonces en Salamanca (2), en que les persuade á renunciar al amor, y á que empleen sus versos en objetos grandes, que traigan

---

(1) Este amor fué siempre de la naturaleza más ideal y casta que imaginarse puede. Así lo declaraba siempre *Fr. Diego González.* Véase, por ejemplo, lo que escribía á Jovellanos con motivo de una broma dada al prior de Sevilla, Fr. Miguel de Miras, acerca de su entusiasmo por la *cándida Trudina:*

«No he conceptuado yo la inclinación de nuestro *Mireo* á *Trudina* de otro modo que como usted me la expresa, ni siento de otro modo en la materia, ni quisiera que otro conceptuara de otra manera la inclinación de *Delio* á la honestísima *Mirta*, á quien, más que la hermosura, le aficionó la natural modestia de su semblante y cierta confrontación de las dos almas. No era capaz *Mireo*, á quien tengo por de veras virtuoso, de otra inclinación menos pura.» (Carta autógrafa de *Fr. Diego González.*—Colección del Marqués de Pidal)—VALMAR.

(2) Puede verse esta carta en las *Obras de Jovellanos*, tomo XLVI de la *Biblioteca de Autores españoles*, pág. 37.—VALMAR.

provecho á la patria é inmortalicen sus nombres. El público ha sido ya testigo del efecto que causó esta carta en *Batilo* (Meléndez Valdés), y lo viera completamente en *Delio*, si una tristeza mortal, nacida de sus continuos achaques, le hubiera dado lugar á que continuase y diese fin al poema de *Las Edades*, que dejó solamente comenzado. Sin embargo, el libro primero y la égloga intitulada *Llanto de Delio y profecía de Manzanares*, prueban bien que tenía fondo, y esto para más que asuntos amorosos.

Concurrió á hacer estéril su deliciosa pluma una extraordinaria desconfianza que tenía de sí mismo (1). Jamás hubo hombre que se juzgase apto para menos, ni tuviese más baja estimación de los partos de su entendimiento (2); y esto era tanto

(1) En nnestra colección de *Líricos del Siglo XVIII incluímos* algunos versos inéditos del *maestro González*.

No hemos querido dar á la estampa una *Cantilena á Mirta* y una *Sátira á una vieja*, que hemos encontrado entre los papeles de Jovellanos, por parecernos ambas composiciones indignas, por varios motivos, de aquel simpático poeta.—VALMAR.

(2) En una carta al P. Miras, decía estas modestas palabras:

«Yo he compuesto muy pocas cosas con juicio, y en todas ellas se echa bien de ver mi falta de instrucción.»

En otra carta, dirigida á Jovellanos el 19 de Octubre de 1776, le dice así:

«La desconfianza en todas mis obras me es tan congenial, que las razones con que Usía me arguye, fácilmente conseguirán de mí el que no la vuelva á mostrar, ni ella

más admirable, cuanto veía frecuentemente aplaudidas sus obras de personas inteligentes é incapaces de tributar lisonjas. Por este mismo principio era muy taciturno en las concurrencias; temía hablar delante de literatos, porque no se tenía en este concepto. Alguna vez, estimulado de los amigos, hablaba y decía su parecer, y entonces veíamos y admirábamos todos sus conocimientos, sus luces y su modestia. Con un semblante triste, meditabundo y macilento (1), poseía una sal ática para sazonar sus conversaciones familiares, que ponía admiración.

---

me sirva de impedimento para emprender lo que se ofreciere; mas creo que no alcanzarán á desterrarla de mi espíritu. Y á la verdad, después de haber enviado aquella carta, sentí mucho el haber ponderado tanto mi desconfianza y deprimido mis talentos, por el temor de que pudiese parecer todo esto artificio del amor propio; que así como el astuto médico suele ponderar mucho la gravedad de la dolencia para acreditar más la curación, así los hombres suelen confesar con demasiada humildad su insuficiencia, para que después se estimen en algo sus obras como superiores á la esperanza.» (Colección del Marqués de Pidal.)

En realidad era hombre instruído, y Jovellanos le llama el *sabio Delio*.—VALMAR.

(1) Tuvo algunos sinsabores de familia. Refiere uno de ellos á Jovellanos en una larga carta, escrita en la Coruña el 25 de Agosto de 1779. Le apesadumbraba de tal manera, que dice en su carta:

«Muy tristes imaginaciones agravan sobremanera mis comunes pesares y la infelicidad que llevo dentro de mí mismo á donde quiera que camino.»—VALMAR.

Ó no había de tener una cosa ridículo, ó se lo había de encontrar el *maestro González;* y como poseía el conocimiento de la lengua y todas las gracias de la expresión, hacía amable y divertido su trato, y al mismo tiempo instructivo; pues bien sabida es la sentencia de Cervantes, que *el hacer reir no es sino de grandes ingenios.*

Sus poesías manifiestan, mejor que cuanto puede decirse, el carácter del *maestro González.* En ellas se echa de ver un genio dulcísimo, un alma penetrada del amor, un talento claro y despejado, una inclinación decidida á lo mejor, un tino particular para elegir lo más bello, y, últimamente, un lenguaje tan puro y castizo, y una versificación tan dulce y armoniosa, que, sin disputa, lleva en esto último ventaja al grande Fr. Luis de León. Sin embargo de tan altas cualidades, vivió casi desconocido, porque aborrecía la ambición y todos los medios infames de que se vale para elevar á los sujetos. Era franco, sencillo, ingenioso, sin aquella ostentación ni fausto que suelen aparentar algunos para venderse por sabios; y con la mayor frecuencia le oí confesar sobre varias materias, sin rubor alguno, su ignorancia. *Yo no he leido ese libro; No entiendo esa materia; Me faltan principios para juzgar de tal ó tal cosa:* tales eran sus expresiones cuando se le quería precisar á decir su parecer sobre algún asunto que no penetraba bien.

Vivió siempre como quien tenía que morir; pero

cuando se convenció de que su muerte estaba cercana, avivó su espíritu y procuró volver toda su atención á Dios y á la eternidad. Entonces le entró algún escrúpulo por causa de sus poesías, y habiéndolas juntado con varias cartas y papeles inútiles, me encargó que lo quemara todo junto, sin advertirme nada. Yo sospeché el engaño que quería hacerme, del demasiado cuidado que ponía en ocultarlo; y como su suma debilidad no le había permitido barajar bien los papeles, antes de aplicar la llama, conocí que estaban allí sus poesías. Apartélas con cuidado y libré de un eterno olvido los felices partos de este ingenio español; pero él quedó muy satisfecho de que con su muerte perecían también todos sus versos. Esto fué cuatro días antes de morir, y desde entonces me clavaba con mucha frecuencia la vista, y me decía: *Esto es morir. En este momento no temo á la muerte: sólo temo mi vida pasada; pero Jesucristo murió por mí.* Agravósele el mal, recibió los Santos Sacramentos y descansó en el Señor, día 10 de Septiembre de 1794, con la mayor tranquilidad, dejando á sus amigos llenos de dolor, y á todos grandes ejemplos de conformidad, fervor y magnanimidad cristiana.

No quiero hacer análisis de sus poesías, ni referir ciertas particularidades, que serían tan estimadas dentro de dos siglos como importunas al presente. Una amistad de las más verdaderas me hacía testigo de todos sus secretos, y esto mismo le unía tan

estrechamente conmigo, que nada hizo ó pensó en que yo no tuviese parte. Llegó esto hasta el extremo de usar de mis versos como si fuesen suyos, dándolos por tales á personas que se los pedían. Los que saben cuánto incomoda un hijo espurio del entendimiento, conocerán á fondo en esta sola acción la fineza del *maestro González* para con sus amigos. El público ilustrado no retractará el juicio que tiene, ya hace tiempo, formado de este grande hombre; antes bien creo que ahora, que se le presentan todas sus poesías purificadas y netas, las estimará como es justo, y las colocará entre las de nuestros esclarecidos poetas, al lado de las de Garcilaso, de Fr. Luis de León y de Herrera.

El *maestro González* tenía sus poesías sin orden alguno. Yo las he dado alguna coordinación, clasificando las piezas según su especie. Varias composiciones se me han remitido á la muerte del *maestro González.* Ellas prueban que tenía amigos, y que no eran de aquellos á quienes las musas miran con ceño. ¡Ojalá que cualquiera de ellos se hubiera tomado el trabajo de escribir estas memorias del *maestro González!* Mi amistad lo hubiera agradecido: ellos quedarían más satisfechos, el público mejor servido y el *maestro González* dignamente elogiado. ¡Jovino! (Jovellanos); ¡ah elocuentísimo Jovino! he aquí el Lysippo que debería sólo formar la estatua de Alejandro; pero conténtate, amado lector, con las desaliñadas cláusulas que ha dictado la verdad,

y ha interrumpido muchas veces un dolor eterno, que durará tanto en mi alma y en mis ojos como la imagen del *maestro González* en mi corazón.

(*Salamanca*, 1795.)

II.

DE M. G. TICKNOR.

(*Historia de la literatura española.*)

«El *maestro González*, como poeta, se adhirió más que Meléndez á la antigua escuela castellana, aunque eligiendo uno de sus mejores modelos, pues imitó á Fr. Luis de León con tan feliz éxito, que al leer sus odas y algunas de sus versiones de los salmos, nos parece oir aún la solemne entonación de su gran maestro. Sus poesías más populares, sin embargo, pertenecen al género festivo, tales como *El Murciélago alevoso*, que se reimprimió muchas veces; sus versos *Á la quemadura de un dedo de Filis*, y otros juguetes semejantes, en que se mostró dueño absoluto de cuantos giros felices y gracias de estilo encierra el antiguo lenguaje poético de Castilla. Un poema didáctico sobre *Las cuatro edades del hombre*, que comenzó, dedicándolo á Jovellanos, quedó sin concluir. Sus poesías, que circularon con profusión durante su vida, parece haber sido para él de muy poca importancia.»

III.

MEMORIAL LITERARIO DE MADRID.

(Diciembre de 1786.)

«Fray Luis de León mereció ser tenido por uno de los más acreedores al laurel délfico. En nuestros tiempos hallamos en su misma religión un fiel imitador y digno discípulo suyo, que es el R. P. M. Fray *Diego González*. Este aplicado religioso que, siguiendo sus pisadas no menos en la virtud que en los estudios, llegó á granjearse los principales grados y empleos de su religión, habiendo sido Secretario de la provincia de Castilla y de la Visita que de orden del Consejo y del Reverendísimo General se hizo en las provincias de Andalucía, mereció ser graduado de maestro en sagrada Teología, prior de Salamanca y actualmente de Pamplona. El fruto de su estudio é imitación ha sido salir un buen orador y poeta de exquisito gusto» (1).

(1) Son suyos varios tercetos que faltaban en la *Exposición de Job*, hecha por Fr. Luis de León, y los ha suplido con tanta propiedad, que apenas se distinguen del original.

DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.

NOTICIA BIOGRÁFICA Y JUICIO CRÍTICO.

El descuido y abandono de los escritores en consignar las noticias históricas de los hombres distinguidos de su tiempo, es para los sucesores causa de justa reconvención, sin hacerse cargo de que ellos mismos suelen usar con sus contemporáneos de igual injusticia, que les será igualmente echada en cara por los que vendrán después.

Y este abandono, y esta dificultad de averiguar los sucesos, se hace sentir tanto más, cuanto más cercanos están á nuestros días; de suerte que, tratándose de formar artículos ó noticias biográficas, nos es más fácil escribir uno de Cervantes ó de Lope, que otros de Iriarte ó de Cienfuegos, que murieron ayer. No parece sino que los hombres están convenidos en negar su atención y desdeñar el estudio de los que vieron y trataron, para consagrar sus vigilias y diligencia en busca de tradiciones y recuerdos vagos de los que los siglos anteriores miraron con igual desdén.

Estas reflexiones nos han venido naturalmente á la pluma al tiempo de querer trazar este ligero bos-

quejo de uno de los autores privilegiados del siglo anterior: del crítico audaz, cuyo carácter turbulento excitó á la vez el entusiasmo del público y el encono de los escritores; del autor patriota, que por un exceso de celo se dejó arrastrar á los más violentos extravíos en defensa de una causa noble y justa: la causa de la antigua poesía nacional.

Todos los libros que hemos tenido á la vista para trazar estas líneas, las obras de los Sres. Sempere, Signorelli, Bouterveck, Sismondi, Bourgoing, Laborde, Martínez de la Rosa y Quintana, nos suministran diversidad de juicios críticos, más ó menos extensos y razonados, acerca de *García de la Huerta* como autor; pero todos son harto escasos en proporcionarnos datos del hombre; es decir, de aquellas circunstancias en que le colocó la suerte, y que pudieron influir en su desmedido orgullo, su altiva independencia y su animosidad contra todo lo que le rodeaba. Faltos, pues, de estos datos, hemos recurrido á buscarlos á otras personas y á otros documentos más allegados á este escritor; pero desgraciadamente, tampoco han podido satisfacernos tan cumplidamente como deseábamos, y únicamente hemos podido reunir algunas breves indicaciones biográficas, que expondremos, juntamente con nuestro propio juicio, sobre el carácter y obras del autor.

Don Vicente Antonio García de la Huerta nació en la villa de Zafra, obispado de Badajoz, en 9 de Marzo de 1734, y fué hijo legítimo de D. Juan Francisco

García de la Huerta y de D.ª María Muñoz, personas ambas de calificada nobleza. Hizo sus estudios en la Universidad de Salamanca, y antes de concluirlos vino á Madrid, donde contrajo matrimonio, en 10 de Abril de 1757, con D.ª Gertrudis Carrera y Larrea, natural de aquella ciudad.

Desde sus primeros años demostró con repetidas obras su inclinación á la poesía; y entre otras de las primeras que contribuyeron á darle celebridad, puede citarse la *Égloga de los pescadores*, leída el 28 de Agosto de 1760, en la distribución de los premios de la Academia de San Fernando. Estos versos, y otra multitud de composiciones que diariamente salían de su pluma; la arrogancia y osadía con que desde un principio se anunció como el restaurador del gusto nacional, fuertemente atacado en las obras de los Luzanes, Montianos y otros preceptistas á la francesa; su juventud, su belleza personal, el desenfado de sus modales, y la brillante posición social en que muy luego se colocó, como bibliotecario de la Real, oficial de la Secretaría de Estado é individuo de la Academia Española, de la de la Historia y de la de San Fernando, atrajeron á *Huerta* el favor del público y el fácil acceso á la más elegante sociedad, á par que la envidia y encono de casi todos los escritores de su tiempo.

Pero *Huerta*, en vez de desarmar á éstos, y hacerse más y más digno de aquéllos con su estudio y adelantamientos, prefirió envolverse en la nube

del incienso que quemaba en sus aras el vulgo admirador, y lanzar desde allí rayos acerados, continuos, indiscretos, contra todos los que osaban negarle el tributo de adoración; protestando audazmente contra toda regla que no fuese su capricho, y convirtiendo en absurda una causa cuyo origen era loable, á fuerza de indocilidad, de acrimonia y de jactancia.

Una desgracia doméstica, de la cual no tenemos datos suficientes para consignarlos aquí, pero que podemos atribuir también á la extravagancia y fiereza de su genio, le hizo decaer rápidamente del favor de la corte, hasta el extremo de ser privado de sus empleos, y confinado á la plaza de Orán, donde permaneció algunos años. Pero *Huerta* no por eso se desanimó ni cedió un punto de sus arrogantes pretensiones; y el público, interesado más y más por él á causa de su adversidad, continuó recibiendo con entusiasmo sus producciones líricas, en todas las cuales parecía afirmarse en sus extravíos, su obstinación y su independencia.

Regresado después á Madrid, no quiso volver á sus antiguos empleos, por no querer hacer para ello solicitudes que le parecían incompatibles con su honor ofendido y su inocencia; y creemos que por entonces estuvo únicamente ocupado en la casa del Duque de Alba, uno de sus más decididos favorecedores.

Durante su larga ausencia, las nuevas doctrinas

literarias se habían desarrollado notablemente; el gusto del público, dirigido por hombres tan aventajados como Jovellanos, Iriarte, Forner y Moratín, había cambiado casi del todo; y *Huerta*, en lo más vital de su carrera, en lo más encumbrado de sus manías, se veía atacado continuamente por hombres á quienes él había mirado con desdén, y que ahora volaban ya á su altura, á impulsos del aura popular.

No era hombre *Huerta* de ceder un punto en su sistema por este contratiempo. Á las apreciables obras de sus contrarios respondía con amargas sátiras y afectado desdén; á los punzantes epigramas que aquéllos le devolvían, contestaba con denuestos, y tratándoles poco menos que de traidores á la patria por su manía en imitar las obras extranjeras. No contento con esta lucha interior, ni bastándole á desfogar su carácter procaz, promovió otra no menos acre con los escritores franceses, italianos y de todas las naciones, que no confesasen y sostuviesen la infalibilidad de Calderón y de Góngora.

En sus escritos críticos, que por fortuna son hoy apenas leídos, se ve lo que puede extraviarse la razón de un hombre de talento cuando echa por el camino del orgullo y de la intolerancia. Allí se trata nada menos que de imbéciles á Racine y á Corneille, se proclama altamente ignorante al público francés, se dicen mil desatinos de los escritores italianos y hasta la figura colosal de Voltaire, que por entonces llenaba la Europa, queda acribillada á impulsos

de los fieros dardos de nuestro poeta extremeño.

Deseando probar sus asertos en favor de la excelencia del antiguo teatro español, emprendió *Huerta*, en 1785, la publicación de una colección de comedias de las que él creyó más perfectas de Calderón, Solís y otros autores; pero desgraciadamente, ni su gusto propio ni el de la época eran para hacer con buen juicio esta elección; por manera que si fuera posible achacar monotonía al magnífico y aun ignorado tesoro de nuestro antiguo repertorio dramático, seria buen documento la colección de *Huerta*, en que dió casi exclusivamente preferencia á las comedias de intriga, descuidando completamente los otros géneros, y mostrando parcialidad exclusiva con unos autores, al paso que afecta olvidar á otros, y entre éstos, nada menos que á Lope, Tirso de Molina, etc.—Los juicios que hace de aquéllos y de sus comedias son igualmente apasionados, escasos de criterio; de suerte que esta colección ha llegado á desaparecer justamente, y únicamente hallamos de apreciable el tomo último, en que inserta un catálogo de más de seis mil títulos de comedias españolas.

Pero lo que hay que observar con sorpresa es que este mismo hombre, que proclamaba tan alto su sistema, y que negaba á su siglo la facultad de tener un gusto distinto del anterior; que anatematizaba á los clásicos de allende y á sus imitadores de aquende hasta el extremo de ponerlos fuera de la

ley del sentido común, cediese luego insensiblemente á la fuerza del gusto dominante, y se dejase arrastrar, á su pesar, en la práctica por un camino tan distinto del que trazaba en teoría.

Con efecto, las obras dramáticas de *Huerta* (las más notables y mejores de las varias que escribió) vienen de todo punto á dar razón á sus contrarios, y demuestran bien á las claras que su talento era capaz de convencerse, aunque sin confesar ni creer él mismo en su convicción.

Esta circunstancia envuelve tal contradicción, y da tal carácter de extravagancia al personaje, que apenas podemos comprenderle los hombres de este siglo, cuando, después de saber que ocupó la mayor parte de su vida en atroces diatribas contra los preceptistas y galomanos, vemos luego en sus obras dramáticas una obra griega (*Agamenón vengado*), una traducción del francés de ese mismo Voltaire, blanco de sus tiros (*Jaira*), y una tragedia española con las formas clásicas (*Raquel*).

Esta última, la más importante de las producciones de *Huerta*, y la única que hoy hace recordar su nombre con aprecio, en medio de su sujeción á los preceptos de Horacio, es, sin embargo, la expresión del pensamiento, noble en sí, aunque exagerado, que inspiró á *Huerta* toda su vida: el de restaurar la pompa, originalidad y bizarría de nuestro teatro nacional, contra el amanerado disfraz de que pretendían vestirle los críticos transpirenáicos. Y ¡ojalá que,

más afirmado en su juicio, hubiera prescindido en su obra de ciertas reglas, que ahora se tienen ya por inútiles, como las unidades de tiempo y lugar! Entonces hubiera demostrado más y más la verdad que, ciego de pasión, acometía, y no adoleciera de los mismos defectos que pretendía combatir.

Esto no obstante, y aunque aprisionado en la complicada red que los críticos preceptistas se complacían por entonces en extender sobre toda obra del genio; aunque dominado, á su pesar, por la fatal condición que el público de la época imponía con pesado hierro á su mano, ¡cuánto no campea en la *Raquel* el altivo pensamiento, la generosa independencia, la lozana imaginación de aquel paladín de nuestras antiguas glorias literarias, de aquel imprudente defensor hasta de los extravíos del genio español!

Por muchos que sean los años transcurridos, por mucho que los sucesos y las alteraciones de la época hayan influído en nuestro modo de ver y juzgar las obras literarias, todavía no hemos perdido del todo el gusto español, y un cierto orientalismo en las ideas, que nos hace simpatizar con aquellos talentos que se nos revelan con cierto aparato de formas, pompa y magnificencia en la expresión.

La aparición de *Raquel* en el teatro español, en 1778, fué para *Huerta* el apogeo de su triunfo; no de estos triunfos momentáneos y desabridos que hoy están en uso, y consisten en que cuatro amigos

pidan á voz en grito que se les saque á las tablas al autor, sino triunfo tan espontáneo, inmenso y verdaderamente *nacional*, que acaso no tiene otro semejante en los fastos de nuestra gloria literaria. Baste decir que todos los teatros de España la pusieron simultáneamente en escena; que mientras el autor preparaba su impresión, fueron sacadas á mano más de dos mil copias para las Américas, y que, reproducida después por la prensa hasta once veces en vida de su autor, llegó á poco tiempo á ser tan popular, que desde el Rey hasta el último manolo de Lavapiés repetían de coro aquellos magníficos versos de la exposición:

Toda júbilo es hoy la gran Toledo; etc.

Ocasión era ésta para juzgar desapasionada y concienzudamente, á más de sesenta años de distancia, esta célebre y singular producción; pero sería de nuestra parte sobrado atrevimiento, después del exquisito análisis de ella que, con la suma de conocimientos, gusto y buena fe que le distinguen, consignó en sus obras críticas el Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa.

Las nuevas doctrinas literarias (que parece haber anticipado *Huerta* más de medio siglo) han venido, sin embargo, á justificarle, en términos que hoy los críticos más juiciosos, y entre ellos los Sres. Martínez de la Rosa y Quintana, parecen echarle en cara su docilidad á plegarse á las unidades de tiempo y

lugar; docilidad involuntaria, que le fué impuesta, como queda dicho, por su época, y que realmente constituye el defecto principal de la *Raquel;* pues es bien seguro que con mayor amplitud para explayar su argumento que el angustioso término de un día y el escaso espacio de un salón, hubiera *Huerta* podido desplegar más medios en la conducción de la intriga y más verosimilitud en la catástrofe.

Pero, sea de esto lo que quiera, y disculpado de antemano por aquellos inconvenientes, todavía la *Raquel* es, á nuestro modo de ver, la tragedia más altamente española, en su esencia y conjunto, que ostenta nuestro teatro moderno; su expresión la más noble y espontánea, y su versificación la más rica y armoniosa que jamás se oyó en nuestra escena.

Todavía hoy, después de tantos y tan apreciables autores como han enriquecido ésta, es imposible desentenderse del encanto que produce su lectura; todavía, una vez leída, es imposible olvidarla ni confundirla con otra alguna. Y decimos leída, porque los hombres del siglo actual no hemos podido tener el placer de verla representada en nuestros teatros; pues unas veces por causas políticas, fáciles de adivinar, y otras por los diferentes gustos literarios, no recordamos que haya sido ejecutada en nuestro tiempo; injusticia notoria con la primera joya de nuestra escena trágica, que estamos seguros sería vengada, en el día, de aquel desdén, por el entusiasmo del público espectador.

Nueve años después de su ostentoso triunfo, víctima siempre de los continuados tiros de sus adversarios, aunque repeliéndolos con igual fuerza, murió *D. Vicente García de la Huerta* en Madrid, el día 12 de Marzo de 1787, en la calle del Lobo, núm. 25, siendo sepultado en la parroquia de San Sebastián. Dejó un hijo, llamado D. Luis, teniente de artillería.

La saña literaria (la más apasionada y duradera de todas), que tanto le había molestado en vida, no perdonó siquiera su tumba, y todavía la tradición nos conserva un burlesco epitafio, que se atribuye á Iriarte.

La posteridad, empero, exenta de la animosidad que inspiraba á sus contemporáneos por su carácter díscolo y altanero, debe apreciar justamente al gran poeta, sin hacer alto en las debilidades del hombre.

RAMÓN MESONERO ROMANOS.

El siguiente antiguo apunte, sacado de documentos fidedignos, puede servir de ampliación, y en parte de rectificación, de la anterior noticia biográfica:

«El Sr. Conde de Aranda, insultado el año de 1766, siendo Presidente del Consejo, en unos versos rústicos, mandó proceder á la averiguación al Gobernador del Consejo, y con lo que resultó, se condenó en sumario, después de recibida su declaración, á D. Vicente García de la Huerta, que se creyó ser autor de ellos, aunque estuvo negativo. Después de

haberle concedido libertad del presidio á que fué condenado, se sospechó que había sido el autor de una carta anónima escrita á D. Almerico Pini, injuriosa al mismo Conde de Aranda, quien mandó con ella proceder contra Huerta, que estaba en Granada, y ocupar sus papeles. Con la declaración negativa del procesado, con la comparación de letras y la conformidad de las marcas y cortado del papel, fué condenado Huerta por el Gobernador y el Consejo Extraordinario, sin concluir la causa, al presidio del Peñón. De estas particularidades, que se comprobaron en el proceso, hace memoria el Sr. Conde de Floridablanca, que entonces era Fiscal del Consejo, y lo fué en aquella causa; y como tal fué instruído por el Sr. Conde de Aranda de todo lo conveniente, de las marcas y cortes del papel, y de unos versos interceptados, atribuídos á Huerta, aunque bajo de nombre supuesto: «*Defensa legal* por el Excmo. señor Conde de Floridablanca en la causa contra el Marqués de Manca, D. Vicente Saluci, D. Luis Timoni y D. Juan del Turco, como reos indiciados de ciertos papeles anónimos, satíricos, infamatorios y calumniosos al Ministro.»

En las actas de la Academia Española consta que salió precipitadamente para París el año de 1766 por Junio; que por Febrero de 1767 estaba en Madrid de vuelta; que el 15 de Septiembre del mismo año se dió cuenta de haberse terminado la causa que se le seguía, y que había salido á cumplir la pena im-

puesta sin limitación de tiempo; que desde 1.° de Enero de 1778 volvió á asistir á las juntas, y que se le declararon abonables los gajes que había dejado de percibir como antiguo, así como que el 27 de Febrero de 1755 fué elegido por aclamación académico supernumerario.

DON JOSÉ CADALSO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

Quien examine con crítica é imparcialidad la historia literaria de nuestra nación durante el período que corrió desde el reinado de Felipe III hasta mediado el siglo XVIII, verá envueltos en la ruina del imperio español los conocimientos científicos, el buen gusto en la literatura y poesía, y la elegancia de la hermosa lengua castellana, que en los tiempos anteriores había elevado la nación al mayor grado de gloria y prosperidad. Ni podrá verse sin dolor y asombro tan lastimosa y precipitada decadencia, ni dejar de mirar con cierto linaje de gratitud y respeto el celo ilustrado y la constante laboriosidad de los sabios que procuraron restaurar los buenos estudios, combatiendo errores y preocupaciones ya muy arraigadas y envejecidas.

Después de D. Ignacio de Luzán, que con su *Poética* señaló el camino, y con sus obras propias dió un ejemplo del buen gusto en nuestra poesía, pocos han tenido mayor influjo en tan feliz revolución como *D. José Cadalso*. Si en los *Eruditos á la violeta* ridiculizó con graciosa ironía la hipocresía literaria de aquellos hombres presuntuosos y charlatanes que pretenden alucinar con una erudición universal, tan superficial y vana como dañosa al progreso de las ciencias; si en las *Cartas marruecas* censuró con suma discreción los vicios de nuestra literatura, de nuestra descuidada educación y de nuestras desarregladas y perniciosas costumbres; si en otros escritos lució siempre el ingenio, la gracia y la delicada ironía para corregir las preocupaciones dominantes en su tiempo, en sus poesías se vió renacer el gusto anacreóntico de Villegas, la ternura de Garcilaso, la sublimidad de Herrera y la agudeza satírica de Quevedo y de Góngora.

Á dotes tan singulares unió *Cadalso* un carácter franco y afable, un genio festivo y ameno, y un conocimiento singular de los principales idiomas vivos de las naciones cultas; y esto contribuyó á extender y estrechar sus relaciones de amistad y correspondencia con los más floridos ingenios de su edad, dirigiéndolos por los buenos principios al templo de la gloria, sin aquellas rivalidades y enconos que, por desgracia, suelen ser tan comunes entre los literatos. Justo será, pues, que procuremos honrar la memo-

ria de este célebre escritor con algunas noticias de su vida, ilustrando de este modo un período muy principal de nuestra historia literaria.

Nació *D. José Cadalso* en la ciudad de Cádiz, á 8 de Octubre de 1741, y fué bautizado el martes 10 del mismo mes, en la catedral de aquella ciudad. Era originario de una familia antigua y solariega de Vizcaya, y por eso él mismo, en algunas partes de sus poesías, llama á este país su patria (1). Sus padres, D. José de Cadalso y D.ª Josefa Vázquez de Andrade, después de haberle dado una educación doméstica muy esmerada, bajo la dirección de los jesuítas, le enviaron á París, donde estudió con mucho aprovechamiento las humanidades, las ciencias exactas y naturales, y las lenguas latina, francesa, inglesa, alemana, italiana y portuguesa; en cuyos conocimientos se perfeccionó durante los viajes que emprendió seguidamente por Inglaterra, Francia, Alemania, Roma, Nápoles y Portugal.

Volvió á España á la edad de veinte años, cuando se había declarado la guerra con Portugal; y habiendo tomado en Diciembre de 1761 el hábito de la Orden militar de Santiago en la iglesia de clérigos agonizantes de la calle de Fuencarral de Madrid, entró á servir de cadete, en 4 de Agosto de 1762, en el regimiento de caballería de Borbón, que ya estaba

---

(1) Al fiero de Cantabria, patria mía.
(*Tercetos á la Fortuna.*)

en campaña. En ella hizo importantes servicios, hallándose en el destacamento de Villa-Bella cuando los enemigos pasaron el Tajo, y en el sitio y rendición de Almeida. Es notable la ocurrencia que tuvo estando de centinela en una gran guardia, situada á la orilla de un río. Hablando con mucha propiedad en inglés con un oficial de esta nación, logró persuadirle era paisano suyo, y con este conocimiento pudo adquirir noticias importantes y prestar particulares servicios al General en jefe del ejército, Conde de Aranda, que le nombró edecán suyo y le manifestó desde entonces el mayor aprecio.

En 22 de Junio de 1764 recibió, en premio de estos servicios, el grado de capitán en el mismo regimiento de Borbón; en 13 de Septiembre de 1772 se le nombró capitán efectivo; sargento mayor en 11 de Enero de 1776, y comandante de escuadrón en 21 de Abril de 1777.

Siguiendo á su regimiento, fué á Zaragoza, en donde, según él mismo refiere, empezó á aficionarse á la poesía (1). Trasladado desde allí á Madrid, estuvo en 1767 en Alcalá de Henares, donde conoció al Sr. D. Gaspar de Jovellanos, todavía muy joven, recién llegado de Asturias al colegio mayor de San

(1) Con pecho humilde y reverente paso
Llegué á la sacra falda del Parnaso,
Y, como en sueños, vi que me llamaban
Desde la sacra cumbre y me alentaban
Ovidio y Tasso. . . . .

Ildefonso. Á su ejemplo, y acaso con sus consejos, Jovellanos cultivó después la poesía con mucho esplendor, según lo declara él mismo en una epístola en que describe á *Mireo* (el religioso de San Agustín Fr. Miguel de Miras) los sucesos de su vida (1).

Por estos años estuvo *Cadalso* embarcado, con tropas á sus órdenes, en la escuadrilla de jabeques que mandaba D. Juan de Araoz en las aguas de Gibraltar. También estuvo *Cadalso* en Salamanca desde 1771 hasta principios de 1774, donde mereció la mayor estimación de los sabios y literatos de aquella célebre Universidad, contribuyendo particularmente, con su natural afabilidad, á que los jóvenes que se distinguían por su talento y favorables disposiciones, recibiesen aquella instrucción y delicado gusto que tanto había de influir después en la mejora de los estudios y en el restablecimiento de nuestra literatura y poesía. Así sucedió con D. Juan Meléndez Valdés. *Cadalso* encontró en este joven prendas bastantes para presagiar que podía ser uno de los más insignes poetas de nuestro Parnaso. Tratóle con amistad, y llegó á amarle con tal ternura, que se lo llevó á vivir en su compañía, instruyéndole, no sólo con los buenos libros de la literatura extranjera, sino indicándole los excelentes modelos que debía seguir é imitar en sus composi-

(1) Véase el t. XLVI de la *Biblioteca de Autores españoles*, pág. 6.

ciones poéticas. El mismo Meléndez confesaba sinceramente cuánto debía á la compañía, trato y ejemplos de *Cadalso*, sin los cuales acaso hubiera seguido el mal gusto de otros copleros y versificadores despreciables (1).

Los que sepan apreciar el alto mérito de Meléndez, y conozcan que ha fijado en la poesía castellana una nueva época, por el fondo de doctrina, por el carácter ameno y agradable, por los principios y estudio de la naturaleza, y cuánto influyó en los poetas de aquella edad, podrán calificar lo mucho que se debe á *Cadalso* en esta ventajosa reforma, y la justicia con que alababa á su joven discípulo. Por estos mismos años mantenía con D. Tomás de Iriarte, que le dedicó su traducción del *Arte poètica* de Horacio, una correspondencia epistolar en verso, como se infiere de las cartas que éste le escribió en 1774, 1776 y 1777, y se hallan publicadas en la colección de sus

(1) «Si las musas salmantinas no tuvieran una justa vergüenza de parecer ante las hispalenses, yo osaría remitir á Usía algunas composiciones menos imperfectas que las que producía este desapacible terreno antes de la venida de *Dalmiro* (*Cadalso*). Este ingenio, á todas luces grande, me animó á la poesía, y á él debo el tal cual gusto que tengo en ella.»—(*Carta autógrafa de Meléndez Valdés.*—Salamanca, 30 de Marzo de 1776.—Es la primera que escribió á Jovellanos, sin conocerle personalmente y movido únicamente por las alabanzas que tributaba á este hombre insigne Fr. Diego González, amigo íntimo de Meléndez. Tenía éste á la sazón veintidós años.—VALMAR.

obras (1). Con igual franqueza y amistad trataba á D. Vicente García de la Huerta, á D. Nicolás Fernández de Moratín, al maestro Fr. Diego González, al Marqués del Mérito, á D. José Iglesias, todos insignes poetas de su tiempo, celebrando sus obras y estimulándolos siempre á cultivar la buena poesía y la pureza y hermosura del idioma.

La primera obra que publicó fué la tragedia original intitulada *D. Sancho García, Conde de Castilla*, impresa en 1771 con el seudónimo de *Juan del Valle*, y reimpresa ya con el verdadero nombre del autor en 1784. Esta tragedia se representó en el mismo año de 1771, y de ella hizo entonces honorífica mención el Sr. D. Pedro Napoli Signorelli en su *Historia crítica del teatro* (2), diciendo que el argumento es trágico, que está tratado con juicio y buen estilo, y bien expresada la pasión de la Condesa, si bien nota y le desagrada la perpetua consonancia de los versos pareados, y el estar poco preparada la violenta propuesta del moro, que pretende de una madre, como prueba de su amor, la muerte de su hijo. Esta tragedia, que (según Signorelli) es digna de alabanza en su conjunto, no debió ser objeto de la sátira de los copleros, y los cómicos no debían haber dejado de representarla. El mismo escritor nos da noticia de otra tragedia, inédita, de *Cadalso*, intitulada *Nu-*

(1) Epístolas I, II, V y XI.
(2) *Storia critica dei teatri ant. e mod.*, lib. III, cap. VI.

mancia, que era muy aplaudida de los pocos que la habían leído (1). Este juicio, sin duda, recibirá algunas modificaciones en el tiempo presente, en que, apreciando el mérito de *Cadalso* como uno de los restauradores del teatro en esta difícil y sublime composición, se han visto otros dramas del mismo argumento con mejor desempeño y mayor aceptación. En el *Sancho García* de *Cadalso* se ha celebrado, entre otras, la pintura de las obligaciones de la grandeza, puesta en boca de D. Gonzalo en la escena II del acto IV (2).

Al año siguiente de 1772 publicó los *Eruditos á la violeta*, sátira ingeniosa contra los que con cortos estudios y superficial doctrina aparentan saberlo todo; vicio que halló muy propagado en España, y que conoció era una de las causas de que progresasen tan poco entre nosotros los conocimientos útiles, que tanto adelantaban en las naciones extranjeras. Publicó esta obra con el nombre de D. José Vázquez, y la aceptación con que fué recibida del público ilustrado le estimuló á dar á luz en el mismo año el *Suplemento*, en el cual insertó varias traducciones de los poetas latinos, franceses é ingleses que

---

(1) Sempere, *Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, t. II, pág. 22.

(2) Conoció *Cadalso* á Signorelli en la célebre tertulia literaria de la antigua fonda de San Sebastián, á donde le presentó D. Nicolás de Moratín, y en la cual leyó sus *Cartas marruecas*.—VALMAR.

había citado en la lección de poética de sus *Eruditos*, entre ellas la de la famosa relación de la *Fedra*, de Racine, y la del *Funus Passeris*, de Catulo. Entre las cartas de sus discípulos, todas llenas de instrucción saludable, de excelente doctrina, del más puro y ardiente patriotismo, resalta la de *un erudito viajante á la violeta, á su catedrático*, porque conocía bien *Cadalso* que de los viajes hechos por jóvenes superficiales, que no conocen todavía su país nativo, se introducen en él todos los vicios de fuera, y se propagan y autorizan las preocupaciones contra la propia nación. En las *Cartas marruecas*, que dejó inéditas, y se han impreso después tantas veces, campean el mismo amor patrio y los deseos eficaces de purificar á su nación de aquellos vicios y preocupaciones que con sobrada malignidad sirven de ocasión y apoyo á las invectivas de los extranjeros.

Bajo el mismo nombre de D. José Vázquez publicó, en 1773, sus poesías líricas, con el título de *Ocios de mi juventud*, agradecido á la aceptación con que el público recibió las obras anteriores. Había pensado publicar otros escritos sobre diversos ramos de literatura, y comenzó por la poesía, dando un modelo de ser en las materias amorosas modesto y afectuoso, sublime en lo heroico, agudo y ameno en lo satírico, y presentando un dechado de la fluidez y armonía de la versificación, y de toda la gala, la gracia y el colorido de la poesía, sin que para ello se valiese de las transposiciones forzadas, ni del uso

de palabras anticuadas, ni de aquel estilo cortado que obliga á veces á perder la fluidez y armonía; defectos, por desgracia, harto comunes en algunos de los que últimamente han enriquecido nuestro Parnaso. Esta fué la última de las obras que vió publicadas durante su vida.

Entretanto siguió los cuarteles y marchas de su regimiento, sin que las ocupaciones literarias le distrajesen de atender preferentemente al buen desempeño de sus obligaciones militares. Hallándose en el Montijo, el año de 1774, enseñó la táctica del célebre Inspector de caballería D. Antonio Ricardos Carrillo, á quien debió siempre singular distinción y aprecio; especialmente después que habiendo pasado revista al regimiento de Borbón en el Casar de Cáceres, lo encontró en el mejor estado de instrucción y de disciplina, bien provisto de armas y caballos, y con mucho orden y claridad en las cuentas de la caja. Á este concepto de los jefes superiores correspondía el amor con que le miraban los subalternos y la tropa, que veían en él un padre, que sabía reunir la franqueza y dulzura de su buen trato al interés de corregir sus faltas, de mejorar sus costumbres y administrarles justicia. El mismo Sr. Ricardos (cuyo voto es de mucho peso en el asunto) decía, á fines de 1776, en uno de sus informes, hablando de *Cadalso:* «Este oficial tiene valor sobresaliente, ilustrado talento; ha demostrado suma aplicación en el desempeño de la sargentía mayor

que obtiene, y remediada su conducta de las vivezas de mozo (1), se puede esperar mucha utilidad de su servicio.»

Así hubiera sido si los sucesos de su noble carrera no hubieran frustrado tan lisonjeras esperanzas. La guerra declarada á los ingleses en 1779 llevó á *Cadalso* con su regimiento al ejército que se formó para el bloqueo y sitio de Gibraltar. La nombradía y buen concepto de este sabio militar le captó la confianza y distinción del General en jefe, D. Martín Álvarez de Sotomayor, después Conde de Colomera, quien le nombró desde luego su edecán ó ayudante de campo, y recompensó su mérito proporcionándole, á fines de 1781, el grado de coronel; pero hallándose, por orden del mismo General, en una batería de cañones muy avanzada, llamada San Martín, frente á Gibraltar, en la noche del 27 al 28 de Febrero de 1782, á las nueve y media se vió una granada, disparada de la batería enemiga denominada Ulises, que se dirigía al paraje donde se hallaba *Cadalso*. Advirtiéronle del riesgo que corría; pero despreciando el aviso con serenidad, y creyendo algunos que pasaba la granada por encima, un casco de ella, que le hirió de rechazo en la sien derecha, le llevó parte de la frente y acabó con su

(1) Probablemente aludía aquí el Inspector á los ruidosos amores de *Cadalso* con la comedianta María Ignacia Ibáñez.—VALMAR.

temprana vida. Su pérdida causó un sentimiento general en todo el ejército y en cuantos le conocían y trataban. El Gobernador mismo de Gibraltar, que desde antes de la guerra le apreciaba como su amigo, y muchos oficiales ingleses que habían experimentado su buen trato, noble carácter y varia erudición, hicieron un duelo muy honorífico en esta ocasión á la memoria de este digno militar español. Pocos sucesos desgraciados han lamentado las musas castellanas con versos más dulces y afectuosos. Don Juan Meléndez Valdés (1), D. José Vaca de Guzmán, el maestro Fr. Diego González, el Conde de Noroña (2), y cuantos eran favorecidos é inspirados de Apolo, entristecieron con acentos lúgubres nuestro Parnaso (3). Todos le reconocían por su maestro y por su modelo y amigo, y bajo estos títulos es difícil encontrar otro que, exento de emulaciones y rivalidades pueriles, haya sabido unir más

---

(1) Sempere, en su *Biblioteca*, artículo *Meléndez*, t. IV, página 61, publicó algunas estrofas de esta canción fúnebre.

(2) Elegía MS.

(3) Quintana escribe de *Cadalso*: «Él hizo revivir la anacreóntica, que estaba enterrada con Villegas siglo y medio había.» En seguida aplaude algunas de sus odas eróticas, los bellos rasgos que se encuentran en su elegía *Á la Fortuna*, y en general sus versos cortos.

El abate Marchena, á pesar de la intolerancia de su crítica, dice de *Cadalso*: «Este autor era indispensablemente hombre de talento.»—VALMAR.

á los grandes ingenios de su tiempo, dirigir sus pasos á la gloria de la nacion y á los progresos de la literatura, y abrir en España un nuevo campo á la poesía (1).

ADICIÓN Á LA NOTICIA BIOGRÁFICA DE CADALSO.

Sólo una tradición confusa, y en el día casi enteramente perdida, conservaba hasta ahora la memoria de la peregrina resolución que tomó *Cadalso* de hacer desenterrar el cadáver de la interesante actriz Ignacia Ibáñez, que llegó á inspirarle una pasión frenética. Aun más que acto de amorosa demencia, la exhumación hubo de parecer en aquel tiempo criminal profanación. Apenas bastó la influencia del Conde de Aranda para acallar el escándalo producido entonces. El tiempo y el silencio de los escritores han desvanecido la impresión y hasta la memoria del hecho. Á él alude indudablemente Quintana en estas palabras: «Un lance funesto en los afectos juveniles de *Cadalso* le dió ocasión á exhalar su dolor en sus *Noches lúgubres.*» Quintana conocía

---

(1) Esta noticia, salvo algunas adiciones y modificaciones que hemos juzgado indispensables, es la misma que se publicó en Madrid al frente de las obras de *Cadalso* (1803), escrita indudablemente por un contemporáneo del poeta.—La edición de 1818 es más completa que la de 1803, y contiene todas las obras del autor.—VALMAR.

las circunstancias del *lance funesto;* pero siguió la costumbre de ocultarlas por miramientos que hoy día fueran intempestivos.

Una feliz casualidad ha traído á nuestras manos la carta, que á continuación publicamos, escrita, en 1791, por un amigo de *Cadalso*, la cual contiene explicaciones y pormenores curiosos. Esta carta fué copiada en Cádiz, el año 1824, por D. Bartolomé José Gallardo. Tenemos á la vista la copia autógrafa de este eminente bibliógrafo. Su original existía entonces en la biblioteca del lectoral Trianes.

Don Leandro Fernández de Moratín, en la *Vida* de su padre, da algunas noticias de las conexiones que existieron entre *Cadalso* y la mencionada actriz. Creemos oportuno reproducirlas aquí:

«Cultivaba por entonces D. Nicolás Fernández de Moratín la amistad del célebre *Cadalso.* Juntos frecuentaban la casa de María Ignacia Ibáñez, sensible, modesta, hermosa, joven actriz, á quien el segundo de ellos amaba con la mayor ternura, y para honor de las que pisan el teatro, era igualmente correspondido. La celebró en sus versos con el nombre de *Filis*, y apenas empezó á llamarse dichoso, lloró su muerte. No quiso *Dalmiro* que su amiga representase la tragedia de *Sancho García* hasta que Moratín la hiciese recomendable al público en el papel de *Hormesinda.*

»Esta tragedia hubo menester toda la protección del Conde de Aranda para darla al teatro: tal era la

oposición que tenía la mayor parte de los cómicos á lo que llamaban *estilo francés*..... Leyóse la tragedia en el vestuario del teatro del Príncipe. María Ignacia no opuso otra dificultad que la de creerse poco hábil para el desempeño de su papel. Vicente Merino, á quien llamaron *el Abogado*, galán de aquella compañía y amigo íntimo del poeta, repitió lo que había dicho la divina *Filis;* los demás dijeron despropósitos, ó callaron entonces para murmurar después.»

La *Hormesinda* fué representada en 1770. Al ver *Cadalso* el feliz éxito de la representación, y los aplausos que recibía María Ignacia, ya no titubeó en dar al teatro su tragedia. «En el año siguiente de 1771 se representó el *Sancho García*, y D. Nicolás Fernández de Moratín celebró en elegantes versos el mérito del autor y el de la interesante actriz que desempeñó, menos tímida con los aplausos de *Hormesinda*, el papel de la Condesa de Castilla.»

VALMAR.

CARTA DE UN AMIGO DE CADALSO SOBRE LA EXHUMACIÓN CLANDESTINA DEL CADÁVER DE LA ACTRIZ MARÍA IGNACIA IBÁÑEZ.

Amigo mío: Su curiosidad de usted me ha puesto en la precisión de indagar vidas ajenas, pues aunque tan amigo de nuestro *Cadalso*, jamás me confió se-

mejante lance. Últimamente, con noticias de esta parte, presunciones de la otra, memorias de aquí, palabras de allá, y á costa de mucha impertinencia, he conseguido, atando inmensidad de cabos, poder informar á usted de toda la historia, para que, impuesto y hecho cargo del fundamento, pueda usted leer con más conocimiento y satisfacción ese apreciable manuscrito, inimitable aun al mismo autor, como usted verá.

Concluídas las guerras de Portugal, benefició *Cadalso* una compañía de caballería en el regimiento de Borbón, á expensas de una crecida herencia, la que desechó, como su genio prometía. Marchó á Madrid por disposición del Excmo. Sr. Conde de Aranda. Entre los encantos de la corte, no fué otro capaz de arrebatarle sino el de la Srta. Ibáñez, cómica en aquel teatro. No le fué dificultoso el logro de su pretensión, teniendo de su parte sus muchos talentos, y sobre todo, una buena prevención de doblones, opositores, á la verdad, insufribles. Al fin consiguió su deseo, y con su deseo concluir su dinero, quedando reducido á harta estrechez. Es de advertir que en este tiempo á madama Ibáñez la solicitaron el Conde de..... y otros de bastante suposición; circunstancias para que el desplumado *Cadalso* parase su vuelo; pero no sucedió así, pues, contra el carácter voluble de su sexo, y á pesar del interés que predomina á las de esta clase, se revistió aquella heroína de un entusiasmo impropio de su estado, y

singular en estos tiempos. Despreció los intereses y las interesantes ofertas de sus apasionados, manteniéndole una ejemplar constancia, y diciéndole que quien había disipado con ella todos sus bienes, no merecía una recompensa cual él se maliciaba; que se desimpresionase de semejante error, y que se convenciese de que siempre sería suya. Tanto enamoró esta inesperable acción el corazón de *Cadalso*, tanto cautivó su voluntad, y tanto obcecó sus claras luces, que determinó casarse con ella, sin reflexionar las consecuencias de semejante absurdo. Pero ¿á qué no arrastrará una pasión, obligada de un proceder tan fino? Cuasi no pudieran apartarlo de estas locuras las persuasiones de D. Juan de Iriarte y otros amigos, á no interponer su autoridad el Sr. Conde de Aranda. En esta crítica estación, de resultas de un resfriado, cayó en cama la Ibáñez, y su errada curación ó complicación de enfermedades, motivaron que al tercer día de cama expirase en los brazos de su amante. ¡Fuerte sentimiento para un pecho tan apasionado! (Ya da esta noticia en la *Primera noche.*) Le perturbó tanto este golpe, llegándole á embriagar de tal modo la reflexión, que casi terminó en demencia. Cierto que, en lo que cabe, admite disculpa su locura. La hermosura, gracia y buen proceder de la Ibáñez se unían á unos superiores talentos (pues parte de los *Ocios de mi juventud*, que intitula *Cadalso*, son escritos por ella) y á la fineza que le manifestó, esmerándose en manifestarla cuanto más

abatido le veía, y aun ayudándole infinito. En mucho tiempo no salía *Cadalso* de la iglesia, sin moverse de la losa que cubría su memoria, sino las horas que le precisaban los sacristanes á salir del templo. Su melancolía, poco alimento, miseria en que vivía á causa de sus muchos empeños, lo condujeron á unos términos deplorables, con indicios de seguir el mismo camino que madama, como deseaba. Últimamente paró su violento dolor en la extravagancia de desenterrar el cadáver; pasó al pie de la letra todo lo que describe en la *Primera noche*. En la *Segunda* diferencian bastante las noticias, pues aunque es evidente el lance de los asesinos y el reconocimiento de la justicia, no lo es la prisión que supone en la cárcel. En esto están unánimes los votos, con bastante fundamento, pues su graduación no permitía semejante tropelía. La *Tercera noche* de su capricho puso en ejecución el irreflexionado intento, pero no llegó á efecto por la vigilancia de varios espías que con esta mira puso el Conde de Aranda, por los muchos indicios que tenía. Últimamente lo encontraron en la parroquia de San Sebastián de esta corte (teatro de esta tragedia); con el mayor sigilo, según las instrucciones que tenían, lo sacaron, como también al sepulturero, de quien sólo he sabido que paró en un presidio, y que tanto á él como á su familia socorría *Cadalso* en todo lo necesario. Después de unas sabias y bien fundadas reconvenciones, lo desterró el Sr. Conde de la

corte (1), y recientes estos lances, compuso el papel que con tanto motivo usted aprecia. Un amigo de mi regimiento le estorbó que siguiese su composición, advirtiendo que tenía su memoria fija en aquel irremediable sentimiento, y que su salud en nada mejoraba; lo consiguió, y disipada la melancolía, quiso concluir, á instancia de varios amigos, su obra empezada; pero le fué imposible seguir el mismo estilo, confesando que aquella obra era sólo hija de su sentimiento. Corren varias conclusiones de la *Primera noche*, pero todas diferencian del primer sentido. Ha de advertir usted que *Virtelio* era su barbero; en las poesías, *Dalmiro* es D. Juan de Iriarte; muchos de los versos conocerá usted, por el asunto, se hicieron á la vida y muerte de la Ibáñez.

Hasta aquí he conseguido indagar. Me parece haber llenado mi encargo, y así solicito la recompensa de usted, que será proporcionándome ocasiones de servirle, y no dudando de la verdadera amistad de su amigo y seguro servidor.—M. A.ª—Ag.ª (*sic*) D.ª Ca.....

---

(1) El juez de la *Noche tercera* es el Conde de Aranda. —VALMAR.

DON JOSÉ MARÍA VACA DE GUZMÁN
Y MANRIQUE.

NOTICÍA BIOGRÁFICA.

Doctor en ambos derechos, del gremio y claustro de la Universidad de Alcalá, colegial por derecho de familia, llegó á ser Rector perpetuo del colegio de Santiago de los Caballeros Manriques de Alcalá. Su mayor título de gloria es el canto épico titulado *Las Naves de Cortès destruidas* (1). Fué premiado este canto por la Academia Española, en la junta que celebró el 13 de Agosto de 1778. Su incontestable mérito le granjeó el aplauso de nacionales y extranjeros. El *Journal de la Littèrature* tributó grandes alabanzas á esta obra poética, que fué traducida en francés por Mr. Mollien, abogado del Parlamento de París.

«El editor del canto de D. Nicolás Fernández Moratín sobre el mismo asunto, dice Sempere, dió á éste la preferencia, con cuyo motivo publicó el *Sr. Vaca* sus *Advertencias sobre el canto de Las Naves de Cortès destruidas.*»

En 1789 imprimió *Vaca de Guzmán* sus *Obras* en

(1) La *Biblioteca de Autores españoles* publicó este poema en el t. XXIX.

tres tomos, dedicándolas á la reina D.ª Luisa de Borbón. Contiene esta edición, entre otras muchas poesías, el romance endecasílabo *Granada rendida*, premiado también por la Academia Española en 1779, y *El Columbano*, égloga que alcanzó cierta fama, y fué impresa, con el seudónimo de *D. Miguel Cobo Mogollón*, en 1784.

Encubierto con este mismo seudónimo publicó tres cartas literarias, y con el de *D. José Rodríguez Cerezo* otra carta contra algunos «que habían intentado desacreditar sus poesías».

Así estas cartas como las *Advertencias sobre el canto de Las Naves de Cortés*, están comprendidas en la edición de 1789.

Son muy escasas nuestras noticias acerca de la vida de *Vaca de Guzmán*. Puede inferirse de sus propios versos que estudió en Alcalá de Henares, y pasó de allí á Andalucía con un cargo en la magistratura:

Elfino (1), que de Henares
Dejando las riberas,
Al golfo gaditano
Llamado fué de Astrea.....

También puede creerse que fué natural de Sevilla y que pasó allí una parte de su juventud, á juzgar por los siguientes versos de la *Vida de San Leandro:*

---

(1) Seudónimo poético de *Vaca de Guzmán*.—VALMAR.

Si el natural afecto
Ó el dulce amor que imprime
La patria en corazones
Preciados de sensibles,
En facundia del labio
Se trocara, y difícil
No fuera tanta empresa
De lira tan humilde,
Del sevillano reino
Sonara en los confines
Mi voz, engrandeciendo
Sus singulares timbres.
Metrópoli opulenta,
¿Cómo es posible olvide
Tu suelo, en que corrieron
Mis años juveniles?

En 1789 era del Consejo de S. M. y Ministro del Crimen de la Real Audiencia de Cataluña.

VALMAR.

DON FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

DEL SR. D. MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE.
(*Tesoro del Parnaso español.*)

Nació en la villa de La Guardia, en la Rioja, á 12 de Octubre de 1745. Fueron sus padres D. Félix Sánchez Samaniego y D.ª Juana María Zabala, na-

tural de Tolosa de Guipúzcoa. Como hijo mayor, heredó los mayorazgos de su casa y fué señor de las cinco villas del valle de Arraya. Recibió de sus padres la primera educación; estudió dos años de leyes en Valladolid; viajó por Francia con mucha utilidad, y pasó después á Vergara, donde adquirió importantes conocimientos con el frecuente trato del Conde de Peñaflorida (1) y del Marqués de Narros, sus parientes, y fundadores de la Sociedad Vascongada, la primera que se estableció en España, de la cual fué *Samaniego* uno de los primeros socios de número, desde el año de 1765, en que residía en La Guardia. Vivió después muchos años en Bilbao, por haber contraído allí matrimonio con D.ª Manuela Salcedo, de quien no tuvo sucesión. Como socio de número, concurría á las juntas generales que todos los años celebraba la Sociedad alternativamente en Vitoria, Vergara y Bilbao, amenizando con su agradable y chistosa conversación aquellas concurrencias. Residió también algunas temporadas en el Seminario de Vergara, como presidente de turno entre los socios de número, y entonces fué cuando comenzó á escribir sus *Fábulas*, acomodándolas á la capacidad de los niños. En 1782 le comisionó su provincia de Álava para evacuar en Madrid asuntos de la mayor importancia, que desempeñó completa-

---

(1) Su tío. Éste fué quien le estimuló á que escribiese las *Fábulas*.

mente, sin embargo de estar prevenido contra él y su provincia el Ministerio; habiendo llegado á captarse de tal modo la íntima confianza del Conde de Floridablanca, que éste tuvo empeño en darle algún destino importante, que rehusó constantemente. La provincia le regaló, á su regreso, una vajilla de plata, tasada en 400.000 reales, por no haber admitido dietas ni honorarios y haber hecho crecidos gastos; pero su desinterés le hizo rehusar este regalo, tomando una sola pieza en señal de agradecimiento.

Á instancia de su tío, el Conde de Peñaflorida, coordinó sus *Fábulas* para instrucción de los seminaristas; y aprovechándose de un viaje que hizo á Valencia, acompañando á la Marquesa de San Miguel, su cuñada, las imprimió allí en 1781. Al año siguiente presentó en las juntas de la Sociedad el tomo II, que se imprimió en Madrid, por Ibarra, en 1784. Entretanto publicó Iriarte sus *Fábulas literarias;* habíanse indispuesto los dos, y *Samaniego* imprimió un anónimo con el título de *Observaciones sobre las Fábulas literarias,* y otros folletos contra Iriarte; la parodia de su *Guzmán;* las *Memorias de Cosme Damián*, contra el prólogo del *Teatro*, de Huerta, etc. Poco cuidadoso de su fama literaria, miraba con indiferencia y poco aprecio sus producciones, que hizo quemar en su última enfermedad. Extremadamente aficionado á la música, tocaba con mucho gusto el violín y la vihuela. Era graciosísimo

en su conversación; improvisaba con chiste y oportunidad. Falleció en La Guardia, á 11 de Agosto de 1801.

Escribió además, entre otras cosas que han quedado inéditas, *El Desierto de Bilbao*, varias poesías familiares y no pocos cuentos festivos, cuyo desmedido desenfado no consiente darlos á la estampa (1).

II.

DEL SR. D. ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

(*Manual de Literatura.*)

En el mismo género (las fábulas) sobresalió, y aventajó á Iriarte, otro poeta que este escritor había contagiado con su prosaísmo. *Don Fèlix María Samaniego* publicó una colección de fábulas que han hecho su nombre popular en España. En otra clase de composiciones *Samaniego* hubiera sido el más infeliz de los poetas; en ésta se elevó á una altura á que nadie, antes ni después de él, ha llegado entre nosotros. No es un Lafontaine, pero tiene no pocas veces su naturalidad, su candor y amable filosofía. Su versificación, si bien con frecuencia harto humilde, no desdice, sin embargo, de sus asuntos; es fácil, fluída, y no deja de adquirir en ocasiones la

(1) Publicamos esta composición y otras varias de Samaniego en nuestra *Colección de Líricos del siglo* XVIII.—BIBLIOTECA de Rivadeneyra.—VALMAR.

armonía que le conviene. Todos sus contemporáneos están hoy más ó menos olvidados ó desatendidos; él solo conserva su reputación intacta, y ha merecido que sus obras, reimpresas infinitas veces, corran en manos de todos.

III.

DEL SR. D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

(*Historia de la Literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo* XVIII.—Lecciones pronunciadas en el Ateneo.)

..... En las fábulas del poeta latino (Fedro) sólo hay las prendas de estilo en grado extraordinario, señalado por su concisión elegante. No igualando en esto Iriarte á Fedro, se le acerca, con todo, hasta un punto no común, al paso que le excede en la invención y en la varieded y flexibilidad; pero de las dotes descriptivas, ensalzadas en el fabulista francés Lafontaine, carece, si no del todo, poco menos; teniendo en este punto, en lengua castellana, un superior en un rival, que vino á disputarle la palma en el género de las fábulas, y que, si por un lado le excedió, por otro no quedó en una superioridad conocida.....

Samaniego, rival de Iriarte, y en ciertos puntos su vencedor, dotado de algunas prendas poéticas como fabulista, pero de la escuela prosaica como

crítico, al elogiarle, celebrando su desemejanza con Góngora, para ambos objeto de odio, alaba en él que fuese

.... Por el llano,
Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales,
Y todas ellas tales,
Que aun aquel que no entiende poesía,
Dice: *Eso yo también me lo diría.*
. . . .

(Después de hablar de Iglesias y del Conde de Noroña.) Más crédito mereció *D. Félix María de Samaniego,* muy poeta en sus fábulas, así en las pocas que concibió originales, como en las muchas que tradujo ó imitó; chistoso, fácil y puro en general, aunque á menudo incorrecto, y en alguna otra obra suya, aunque no falta de mérito, muy desigual al que tiene como fabulista.

IV.

DEL SR. D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

(*Introducción á la poesía castellana del siglo* XVIII.)

PARALELO ENTRE SAMANIEGO É IRIARTE.

Samaniego no puso en sus apólogos igual cultura, igual limpieza de ejecución, igual mérito de invención y de oportunidad que el que luce en las *Fábulas literarias; Samaniego* procede con más abandono, y á veces con descuido y desaliño; pero ¡con cuánta

más gracia, con cuanta más poesía de estilo cuando el objeto lo requiere, con cuánto más jugo y flexibilidad! Iriarte cuenta bien, pero *Samaniego* pinta; el uno es ingenioso y discreto, el otro gracioso y natural. Las sales y los idiotismos que uno y otro esparcen en su obra, son igualmente oportunos y castizos; pero el uno los busca, y el otro los encuentra sin buscarlos, y parece que los produce por sí mismo; en fin, el colorido con que *Samaniego* viste sus pinturas y el ritmo y armonía con que las vigoriza y les da halago, en nada dañan jamás al donaire, á la sencillez, á la claridad ni al despejo. Si en él hubiera algo más de candor é ingenuidad, si descubriera menos malicia, si supiera elevarse á las profundas miras y grandes pensamientos morales á que sabe remontarse á veces Lafontaine, sin dejar de ser fabulista; si diera, en fin, más perfección á sus versos cortos, que no corren, cuando los escribe solos, con la misma gracia y fluidez que cuando los combina con los grandes, sería difícil negarle el primer lugar entre los más felices imitadores del fabulista francés. Aun así, ¿quién se lo podrá disputar?

DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

I.

Distinguióse el último tercio del siglo próximo pasado por el notable movimiento literario que se desarrolló, no sólo en la capital de la monarquía, sino también en otros puntos del reino, figurando entre ellos en primera línea la ilustre ciudad de Salamanca; que si es cierto que sus sabios no brillaban en los consejos de Europa, por haber descendido España del elevado rango que alcanzó en tiempos mejores, cuando era árbitra de los destinos del mundo, no lo es menos que desde los últimos albores del siglo de oro de nuestra literatura, nunca hasta entonces habían resonado en las riberas del Tormes acentos tan dignos del Parnaso castellano, y que recordaban sus días más venturosos. Huella profundísima ha dejado en la historia del siglo XVIII la célebre escuela poética salmantina, de la que fué fundador el coronel D. José Cadalso, muerto gloriosamente en Gibraltar, y memorable, más que por el valor de sus escritos, por ser docto y feliz maestro de Meléndez Valdés, que á su vez lo fué del grandi-

locuente Quintana y del elegante y castizo Gallego, principal ornamento los tres de su escuela, y á cuyo lado figuran, entre otros, aunque con diferentes merecimientos, Fr. Diego González, D. Nicasio Álvarez de Cienfuegos y *D. José Iglesias de la Casa*, objeto de este artículo.

Pocas líneas consagró á su biografía el primer editor de sus obras; y esta sensible brevedad ha motivado que hasta hoy no se haya sabido con seguridad más que el lugar de su naturaleza y la fecha de su muerte, pues también se ha incurrido en error en la que se fijó el año de su nacimiento. Pero entre el riquísimo caudal de noticias y documentos inéditos que para escribir la historia de Salamanca reunió con admirable constancia el escribano *D. José Iglesias de la Casa*, hermano mayor del poeta, hemos tenido la fortuna de hallar unas ligeras, pero estimables noticias biográficas, escritas por el mismo diligentísimo compilador, que en tan ventajosa situación se encontraba para darlas verídicas. Ellas nos han servido de guía para hallar las partidas de bautismo y defunción de nuestro autor, como asimismo su testamento. Con tan fehacientes testimonios é irrecusables noticias, y las que nos suministren las mismas obras del moderno Marcial, trazaremos una breve reseña de su corta y no agitada existencia.

Nació *D. José Iglesias de la Casa* en Salamanca, el jueves 31 de Octubre de 1748, y el 17 de Noviembre fué bautizado en San Martín, por su párroco

D. José Rodrigo Tesso, siendo su padrino su tío segundo, D. José Alonso. Fueron sus padres José Iglesias Barrantes, natural de la parroquia de Santa María de la ciudad de Trujillo, y Teresa de la Casa, de la parroquia de San Julián y Santa Basilisa, de Salamanca; «ambos de noble linaje, aunque la pobreza les constituyó en estado humilde», como dice el hermano del poeta (1).

Según el mismo, estudió su ilustre hermano «humanidades y teología en esta Universidad, y se distinguió entre los profesores de su tiempo, que admiraban su raro y peregrino ingenio. Dedicóse á la poesía, y fué muy versado en las letras sagradas, en que hizo profundo estudio. Al mismo tiempo fué diestro músico, tuvo mucha invención en el dibujo, y fué buen escultor en plata, como lo demuestran varias obras que hizo, y entre ellas una pieza de la creación del mundo y pasajes principales de la Escritura, que consta de setenta y dos figuras de medio relieve y existía en poder del autor. En el año de 1783 se ordenó en Madrid de presbítero, y cono-

(1) Fueron sus abuelos paternos Francisco Iglesias, natural de Montehermoso, obispado de Coria, y María de Rivas, de la villa de Zarzaquemada, del mismo obispado; y sus abuelos maternos, Blas de la Casa, de la villa de Frías, en las montañas, y Antonia Alonso, natural de la parroquia de San Julián y Santa Basilisa, de Salamanca. (Véase el libro de bautizados de la parroquia de San Martín, folio 44, que principia el 1.º de Marzo de 1744 y concluye el 30 de Mayo de 1784.)

ciendo su mérito D. Felipe Bertrán, Obispo de Salamanca, Inquisidor general, le dió el beneficio de Larodrigo y Carabias, y después el de Carbajosa y Santa Marta, cuyas iglesias rigió como buen párroco, expendiendo con liberalidad la mayor parte de las rentas en alivio de sus feligreses. Las continuas enfermedades que padeció, ocasionadas del demasiado estudio, y su temprana muerte, privaron al público de muchas buenas producciones que se esperaban de su aplicación y talento.» Á esto se reducen las noticias del poeta, escritas por su hermano. Deducimos de ellas que su instrucción no fué tan escasa como supone Quintana (*Poesías selectas*, pág. 420; París, 1838). *Ingenioso* é *instruido* le llama D. Antonio Alcalá Galiano en la lección XXII de su *Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana*, página 381; Madrid, 1845; y Ticknor, en la *Historia de la literatura española*, pág. 93, tít. IV; Madrid, 1857, dice que recibió su educación bajo los más favorables auspicios.

Continuas fueron, como hemos visto, sus enfermedades, y ya le aquejaba la que acortó prematuramente su vida, cuando, pocos meses antes de su muerte, publicó el poema de *La Teología*, en cuyo prólogo disculpa el escaso mérito de la obra, «ya porque su talento no es de los más grandes, ya por lo poco que le favorece *su incómoda situación*». El editor salmantino dice que su última enfermedad fué larga y penosa, pero sin que nunca alterase la

serenidad de su ánimo. No hallándose todavía en cama, otorgó su testamento, el 19 de Agosto de 1791, ante Felipe Santiago Bartolomé, y el 26 del mismo mes murió, á los cuarenta y dos años y nueve meses de edad, en casa de su hermano don José. El mismo día fué enterrado en San Martín, según él había dispuesto, con el hábito de Nuestra Señora del Carmen, de cuya venerable Orden Tercera fué hermano profeso. Cuando acaeció su muerte era párroco de Carbajosa de la Sagrada, aldea á una legua escasa de Salamanca. Nombró por sus herederos á sus hermanos D. José, D.ª Rita y D.ª Juana, mujer aquélla del librero D. Francisco Tojar, y ésta del Dr. D. José Pando y Huelga, el cual casó después en segundas nupcias con una dama de elevada cuna. Legó á éste las obras que eligiese de entre sus libros, y á Tojar *unos manuscritos de diversos asuntos*, de que, según dice, ya estaba enterado; que indudablemente serían los de las poesías, cuya primera edición hizo en 1793, y repitió, considerablemente aumentada, en 1798. Y á su hermano D. José le legó *varios documentos de devoción, que él sabia*, como expresa el testador; cuyos manuscritos, según hemos oído, muerto que hubo el legatario, dió ó vendió, entre otros papeles, su sucesor á un confitero. Ignoramos si así fué; lo que sí es cierto, que de los referidos manuscritos hoy no tenemos noticia. Pérdida sensible, pues tal vez contendrían algunas obras originales del autor.

De entre estos manuscritos debieron tomarse los *Himnos*, sacados del *Rezo eclesiástico inédito* de *Iglesias*. Fueron publicados en el *Semanario de Salamanca*, en los números correspondientes al 24 de Diciembre de 1795, al de igual fecha de 1796 y al del 22 de Abril de 1797. Ignoramos si en dicho periódico se publicaron más, por hallarse incompleta la colección del *Semanario* que hemos visto.

¿Fué el padre de *Iglesias* artífice platero, como el de su célebre paisano el músico Doyagüe? Así lo creemos, no sólo porque la fortuna le constituyó en estado inferior á su noble linaje, sino también por la destreza que en tal arte alcanzó su hijo, superior á la que suele lograr un simple aficionado, y que acaso adquiriría al lado de su padre. ¿Y quién sabe si *Iglesias* ejercería esta profesión hasta los treinta y cinco años, época en que recibió las sagradas órdenes? Nosotros creemos que no tuvo carrera literaria con que poder atender á su subsistencia, pues aunque, según nos dice su hermano, estudió teología, no indica que recibiese en dicha facultad grado alguno; y él, en el poema de *La Teología*, sólo se titula *presbítero*, y en el de *La Niñez laureada*, que publicó cinco años antes que el anterior, se denomina *teólogo*, *presbítero*, y natural parece que si hubiese tenido algún grado académico en teología, lo expresase así. En el testamento no se le dan otros títulos que el de *presbítero*, *beneficiado*, *cura rector de Carbajosa de la Sagrada;* conjeturas más ó menos

fundadas, y á las que cada cual puede dar el valor que juzgue conveniente.

La casa en que falleció *Iglesias* se halla situada en la Plaza Mayor de Salamanca, señalada hoy con el número 19, y hace esquina al arco llamado del Toril; su puerta accesoria da salida á la plazuela de la Lonja, que ahora se denomina plazuela del poeta *Iglesias de la Casa*. Justo, aunque modesto homenaje rendido á su memoria.

No conservamos noticia que durante su vida publicase más obras que los dos poemas mencionados, no incluídos nunca en la colección de sus poesías; reducido el de *La Niñez laureada* (1) á un solo canto en loor del salmantino D. Juan Picornell y Obispo, que á la edad de tres años, seis meses y veinticuatro días fué examinado públicamente por los doctores y maestros de la Universidad de Salamanca, en una de sus aulas, el día 3 de Abril de 1785. Suceso tan extraordinario entusiasmó al *humilde cisne del Tormes*, que escribió el poema en el mes que se verificó el examen, como él mismo dice en la estrofa siguiente:

---

(1) Imprimióse, con las licencias necesarias, en Salamanca, año de 1785, en la oficina de la Santa Cruz, por Domingo Casero, precedido de un prólogo, y al fin con una curiosa nota biográfica del admirable niño, que en los días 7 y 11 de Marzo de 1787 volvió á sufrir otro examen, cuyo programa poseemos.

Antes que el rubio sol con rayos de oro
En este mismo Abril abra las flores,
Bañando de fecundos resplandores
Los bellos cuernos del celeste toro,
En su laúd sonoro
Saldrá á la margen de su patrio Tormes,
Con acentos conformes,
Su humilde cisne, que en ligera pluma
Hará de tus prodigios grata suma.

Hácese en el poema la descripción del examen, y está escrito con la corrección y pureza de lenguaje que eran habituales al autor; siendo, bajo otros conceptos, escaso su valor literario, como sucede al de *La Teología* (1), que compuso *por divertir unos ocios que tal vez no podria evitar de otra manera.* Consta de ocho discursos y uno de introducción; pensaba escribir una segunda parte, pero no pudo realizarlo por su temprana muerte. Es, si cabe, inferior al de *La Niñez laureada*, pues *Iglesias* generalmente es trivial y desmayado en las poesías serias, en las que carece de elevación y brío, como en sus églogas y romances, que, sobre ser monótonos, por no ofrecer novedad alguna, no hay en ellos cualidad que los haga estimables, llegando al colmo de la trivialidad sus canciones *Á la Soledad* y *Á la Vanidad terrena.*

Se ha dicho que *Iglesias* abandonó el género satí-

(1) Consta de un tomo en 8.° de 175 páginas; se imprimió por D. Francisco Tojar, en Salamanca, año de 1790.

rico desde que se ordenó de presbítero, ó sea durante los últimos siete años de su vida; así lo creemos, porque en este espacio de tiempo fué cuando publicó los poemas mencionados, y porque de sus mismas poesías se infiere que era muy joven cuando escribía aquellos epigramas y letrillas en que había de estribar su renombre literario. ¡Tan cierto es que las flores más espontáneas son las que en el Parnaso ostentan más lozanía! En comprobación de los pocos años que tenía cuando escribió varias de sus producciones, copiaremos los siguientes versos:

Cuando yo canto mis sales,
Muchacho ágil me resuelvo.

(EPIG. LXXVI.)

Óigame, que empiezo,
¡Hola! ¿Con quién hablo?
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.

(LET. I, SATÍRICAS.)

Musa, pues eres
De edad tan tierna,
Tú, que no puedes,
Llévame á cuestas.

(LET. X, SATÍR.)

Cúlpanme varios censores
Que *un muchacho* no es bien cante
En estilo mordicante
Ni acentos murmuradores.....

(LET. XXIII, SATÍR.)

Ticknor, en el lugar arriba citado, dice que, indignado *Iglesias* de la inmoralidad de su ciudad natal, se entregó á la sátira; afirmación completamente gratuita, que nada hemos hallado que la justifique; por el contrario, hemos visto un minucioso extracto, que abraza casi todo el siglo próximo pasado, de las relaciones manuscritas de Peñas y Núñez, en que día por día se apuntan los sucesos de nuestra ciudad, y aun muchos puramente privados; y aunque hallamos, sí, la variada trama de acontecimientos que constituyen la vida de un pueblo, no encontramos esa supuesta inmoralidad de que habla sin fundamento alguno el escritor angloamericano. Parécenos que *Iglesias* no hizo más que seguir la índole de su ingenio, y que el alcance de su sátira no se limitaba al estrecho recinto de su ciudad natal, como se patentiza con la lectura de algunos pasajes de sus letrillas:

Siglo frïolera,
Vi en atisbo ocioso;
Érase que se era
Un cuento gracioso.

(LET. IV, SATÍR.)

Este *siglo* es pasmo
De virtud extraña;
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.

(LET. VI, SATÍR.)

¡Qué enfermo y malo
Que se halla *el mundo!*

Quien no lo crea
Tómele el pulso.

(LET. IX, SATÍR.)

Una bola es este *mundo*,
Que harta está de mal rodar,
Y los dos hemos de andar
Á túndeme que te tundo.

(LET. XXV, SATÍR.)

Yo quiero que sepa *el mundo*
Quién soy, y se desengañe;
Que el que las sabe las tañe.

(LET. XXVIII, SATÍR.)

Diz que de este *inferior globo*
La máquina está trocada;
No sé nada.

(LET. XXXI, SATÍR.)

Quintana, en el artículo cuarto de su *Introducción á la poesía castellana del siglo* XVIII, hablando de *Iglesias*, dice en una nota: «Entre la confusión de papeles que dejó al morir, se encontraron centones de versos de diferentes poetas antiguos, unas veces descompuestos, otras literales, pero siempre combinados de manera que formasen un todo regular. De esta clase son algunas de sus odas, y la mayor parte de las villanescas de sus églogas y de sus idilios. Las principales fuentes donde bebía para este trabajo eran Balbuena y Quevedo. Ignórase el uso que pensaba hacer en adelante de estos estudios, y sus editores los publicaron conforme vinieron á sus manos. Lo más particular es que en ellos lo raro y

extraño de la ejecución no perjudica á la sencillez del pensamiento principal, ni á la regularidad del todo, ni á las gracias de las letrillas, ni al fuego y expresión melancólica de la oda y de los idilios.» Lo que prueba, no sólo el completo dominio que tenía de la lengua castellana, sino una prodigiosa facilidad para versificar. En las odas *Al Dia* y *Á la Noche*, y en el idilio *Al Desfallecimiento*, se hallan algunos versos de Balbuena, tomados de *El Bernardo*, copioso, aunque informe tesoro de poesía.

Como escritor epigramático, *D. José Iglesias de la Casa* no tiene rival en nuestra lengua, y hechiza, no sólo por lo agudo del pensamiento, sino por la inimitable facilidad y soltura en la expresión; cualidades que también resaltan en las letrillas satíricas, donde cada estrofa es un epigrama. Quintana le reconoce para estos géneros un mérito eminente, que no cede sino á Quevedo, de quien dice que, si no tiene el raudal y la vivacidad, tampoco presenta el mal gusto y las extravagancias. Es cierto que también carece de la acerba profundidad de Quevedo y la generosa abundancia de Góngora; pero no por eso deja de ser en ocasiones abundante y profundo. Profundísimo se manifiesta en el epigrama xx, cuyo último verso ha pasado á proverbio; verso admirable y que equivale á todo un poema, pues bajo aquel, al parecer chistoso y ligero pensamiento, se encierra la más profunda filosofía. ¡Quién, al leer aquella exclamación final, no re-

cuerda algunas de sus ilusiones más halagüeñas, desvanecidas al descender de las regiones del espíritu al mundo material que nos rodea! Hay poetas á quienes el dolor arranca carcajadas en lugar de gemidos, y nosotros, cuando leemos algún escrito satírico, á través de su sonrisa siempre creemos ver la huella de acerbísimos dolores. ¡Quién olvida á Quevedo y á Larra! Pero si fácil y festivo se muestra *Iglesias* en los epigramas y letrillas, es apasionado y melancólico en los idilios, en los que agrada hasta aquel amable abandono en la versificación. ¿Y á quién no enamora la cándida malicia de las villanescas? ¿Quién no se encanta con la vivacidad y galano donaire de *La Rosa de Abril*, *La Salida de Amarilis* y la hechicera entonación de la anacreóntica VIII, digna del lírico de Teyo?

Además de las ediciones de Salamanca, se han hecho otras muchas de las poesías de nuestro autor, siendo las más conocidas las de Barcelona, de 1820 y 1837; las de París, de 1821, y la de Madrid, de 1840, en cuatro tomos en 16.º; en el último tomo de ésta se publicó un entremés titulado *El Pleito del cuerno*, que no creemos escribiese *Iglesias*, y además unos epigramas tomados del *Semanario pintoresco*, que á todas luces parecen de nuestro autor, como asimismo las demás poesías incluídas en el tomo IV, y que ya lo habían sido en la edición de Salamanca de 1798. Por apócrifas las tienen Ticknor ó sus anotadores; nosotros creemos lo con-

trario, pues para convencerse de su autenticidad no se necesita un detenido examen; tan grande es su semejanza con las reconocidas como de *Iglesias*, que basta leer, por ejemplo, el melancólico idilio primero del apéndice, para que se agolpen á nuestra memoria los de los tomos anteriores. Atendiendo, además, á que Tojar fué el editor de este apéndice, como también de otras poesías con que aumentó la segunda edición, queda completamente justificada su autenticidad. En esta edición manifestó que las traducciones de Horacio, y otra de Safo, no eran de *Iglesias*, á quien se atribuyeron por haber sido halladas entre sus papeles. Confesamos que sería grande nuestra sorpresa si algún día se descubriese el verdadero autor de las poesías del apéndice, en cuyo caso no vacilaríamos un solo instante en considerarlas como la mejor imitación que existe en castellano. Que estas poesías no se incluyesen en la edición príncipe, nada tiene de extraño, no sólo porque no llegarían á manos del editor todas las que circularon manuscritas en vida de *Iglesias*, sino porque tales omisiones casi siempre son inevitables en ediciones póstumas.

No habiendo publicado *Iglesias*, durante su vida, ninguna poesía satírica, se libró de los inconvenientes que por lo regular ocasiona este género de escritos; pero no se libró, en verdad, de que la edición de 1798 fuese prohibida por la Inquisición en el índice expurgatorio de 1805. Don Bartolomé Gallardo

defendió en un folleto el libro prohibido; pero las especiales circunstancias del defensor, y lo violento de la defensa, fueron más bien perjudiciales que provechosas (1). Nosotros hemos oido, y lo reproducimos por lo que valer pueda, que la prohibición fué originada por un émulo de *Iglesias*, al que, si odió vivo, no perdonó muerto, ofendiéndole tal vez la gloria y popularidad que alcanzaban sus escritos. Tan cierto es que la envidia siempre sigue al genio, como la sombra al cuerpo.

Para completar cuantas noticias hemos podido adquirir acerca de *Iglesias* y sus obras, tenemos una verdadera satisfacción en anunciar que el excelentísimo Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, individuo de la Real Academia Española, va á publicar las poesías del escritor salmantino, con las de los poetas del siglo XVIII, en la *Biblioteca de Autores españoles*, glorioso monumento que el Sr. D. Manuel Rivadeneyra levanta con plausible perseverancia á la literatura nacional (2).

Salamanca, 1862.

MANUEL VILLAR Y MACÍAS.

---

(1) Un amigo nuestro recuerda haber visto en Zaragoza un folleto de más de 100 páginas en folio, publicado por Tojar, en defensa de la segunda edición. Por esta ú otras causas la prohibición parece que fué levantada. Si así sucedió, no creemos que este folleto sea el que escribió Gallardo, el cual fué rigurosamente prohibido.

(2) Fueron en efecto publicadas por nosotros con esmerada corrección.—VALMAR.

ADICIÓN Á LA ANTERIOR NOTICIA BIOGRÁFICA.

En la biografía de *D. José Iglesias de la Casa* hicimos mención de un folleto publicado por D. Francisco de Tojar, en defensa de las poesías póstumas de nuestro autor; vanas fueron nuestras diligencias para hacernos con el referido escrito, pero hoy podemos dar circunstanciadas noticias de él, gracias á la franca galantería de nuestro distinguido amigo y colaborador, Dr. D. Ramón Losada, pariente del poeta, que nos ha facilitado un ejemplar que perteneció al presbítero D. Arcadio Iglesias, sobrino del escritor objeto de nuestras investigaciones. Titúlase el mencionado folleto: *Memoria en defensa de las poesías póstumas de D. José Iglesias de la Casa, presbítero; dirigido al Santo Tribunal de Valladolid, por D. Francisco de Tojar*. Año de 1803. Está impreso por él mismo, con las licencias necesarias, y consta de 21 hojas en folio menor. Tojar comienza manifestando que el 24 de Mayo del expresado año se le notificó por el Sr. Lectoral de esta Iglesia de Salamanca, de orden del Santo Tribunal de Valladolid, suspendiese la tercera edición, que anunciaba en el prólogo de la segunda, de las poesías de *Iglesias*, y se le preguntaba quién era el dueño y editor de ellas. Por esta causa, Tojar presentó el escrito con que comienza el

folleto, manifestando ser él el dueño y editor de las poesías, y pidiendo al mismo tiempo al Tribunal la aprobación para publicarlas con las correcciones que éste hiciese, y expresó que no había dado principio á la nueva edición, por estar solicitando en el Supremo Consejo de Castilla el privilegio exclusivo para que otros no las pudiesen reimprimir, como lo habían intentado. En vista de este escrito, fechado el 31 de Mayo de 1803, fué llamado Tojar el 17 de Julio por el Sr. Lectoral, para decirle, de orden del Tribunal, que éste había tenido á bien darle vista de las tres censuras que se habían hecho de las poesías de *Iglesias*. La última de ellas está fechada en Madrid, á 28 de Abril de 1802; las otras carecen de esta circunstancia, y en todas se halla omitida la firma del respectivo censor, sin que ninguna se distinga por lo atinado de la crítica, patentizándose en ellas ser sus autores ajenos ó completamente extraños á los estudios literarios, por más que sólo les incumbiese considerarlas bajo el aspecto moral. Haremos un brevísimo extracto de las tres.

En la primera, después de decir el censor que *ha leido* y *releido* las poesías de *D. Pedro Iglesias de la Casa,* las calificó de torpes y obscenas, no sólo las satíricas, sino aun las puramente amatorias, hallando en ellas, además de estas faltas, la de gentilismo, por sus alusiones mitológicas, y á unas las llama lascivas, á otras vinosas, y venenosas á todas; y concluye citando dos reglas de Natal Alejandro, y *algo de lo*

mucho que trae en su confirmación (lib. IV, *Theolog. dogmatica*, cap. VIII, art. 2.°). El segundo censor dice que no halla en ellas ninguna proposición contra los dogmas de nuestra sagrada religión, pero sí contra las buenas costumbres, y que podría volverse á imprimir entresacando todo lo que se halle en este caso; por lo que juzga la obra comprendida en las reglas 7.ª y 16 del *Expurgatorio*. Finalmente, el tercer censor concede que es lícito tratar materias de amor (el primero las tiene por obscenas), pero no como lo hace *Iglesias*, quien deja á otro la gloria de versificar sobre otros asuntos, puesto que él *es muerto por cantar los chistes de sus muchachas;* y en otras poesías dice que *se deja ver claramente que el autor tiene entre cejas* ciertas personas, ciertos cuerpos, ciertos estados, sobre los que descarga su saña. Por estas causas, y atendida la índole de la obra, la considera harto peligrosa.

Á esto principalmente se reducen las censuras, y no deja de fijar nuestra atención que el autor de la primera llame á *Iglesias D. Pedro*, despues de haberle *leido* y *releido*. ¿Sería tal vez quien promoviese este asunto, y para evitar toda nota de parcialidad equivocase exprofeso el nombre, queriendo dar á entender con ello que no le movía pasión alguna personal al trazar la acerba censura que hizo de las poesías de un autor que le era completamente desconocido, puesto que así confundía su nombre? Cualquiera que lea original la primera censura, se convencerá de la

pasión que mueve la pluma de su autor. Por otra parte, causa verdadera sorpresa que el Tribunal dejara pasar sin oponer obstáculo alguno la primera edición de 1795, que contenía casi todas las poesías satíricas, pues apenas hay nada aumentado de este género en la segunda edición de 1798, que fué agotada antes de que nada se advirtiese al editor, esto es, durante cinco años, ó sea hasta 1803, en que se le mandó suspender la tercera edición anunciada en la segunda. ¿Cómo se dejó pasar tanto tiempo entre el anuncio y la orden de suspensión de un libro que, á juzgar por la censura, era tan pernicioso? Se nos dirá que, de haber suscitado la prohibición un émulo de *Iglesias*, no hubiera dejado pasar tantos años; pero ¿quién nos asegura que durante ese tiempo no trabajase para conseguirlo, aunque sin resultado alguno por entonces?

Á los escritos de censura sigue el de defensa, con que termina el folleto, y del que copiamos los siguientes párrafos:

«No están de acuerdo los censores en calificar las *poesías póstumas* del presbítero *Iglesias*. Para el uno, no solamente hay en todas ellas torpeza, lascivia y obscenidad, sino también en el primer tomo cosas contra la fe; el otro confiesa claramente que nada ha encontrado en ellas que se oponga á los dogmas de nuestra sagrada religión, y el tercero limita su censura al segundo tomo, que contiene las poesías del género epigramático.

»En defensa del autor, nos haremos cargo de todos los reparos propuestos por los censores, satisfaciendo á cada uno de ellos con el orden y claridad posible, y perdonando aquellas injurias y ultrajes hechos á la buena memoria del difunto *Iglesias*, pues conocemos que no los ha producido la malicia, sino el celo de la religión, aunque falso é indiscreto.

»Convengamos en que las *poesías póstumas* no son un libro de oración y meditación, ni del orden de las que compuso después. Pero, aunque sería lo mejor tener al hombre siempre ocupado en la contemplación de objetos santos, no lo permite la condición humana, ni ésta sola es bastante causa para prohibir los libros que tratan de otros asuntos. Tampoco basta que un libro contenga materias que se tienen por jocosas y picantes; que hable, por ejemplo, de la pasión del amor, de los celos, de la paciencia de los maridos, etc. Es necesario que enseñe, que dogmatice. Por esta razón se han prohibido tantas comedias y novelas en que se ve un sistema ordenado y seguido, donde se aprende el vicio por principios: y por la misma razón se permiten ó toleran muchos libros de agradable pasatiempo, especialmente de poesía, en que nada malo se enseña, en que el ánimo del autor no es dogmatizar, y en que, sin embargo, se encuentra alguna expresión poco decente, pero que no deja impresión alguna después de su lectura. Y he aquí también la razón porque el Santo Conci-

lio de Trento, como consta en la regla 7.ª del *Expurgatorio*, citado en las censuras, prohibe solamente aquellos libros en que *de propósito* se cuentan, tratan y enseñan materias lascivas y obscenas.

»Sobre todo, están muy lejos de incurrir en semejante censura las obras y tratados que pintan las pasiones y el vicio con los colores más negros, que exponen sus fatales consecuencias, y en una palabra, en que el autor se propone el fin moral de corregir satirizando.

»En esta inteligencia, no hizo *Iglesias* más que usar, y con no poca parsimonia, del privilegio que tiene la *sátira*, no sólo de retratar al vivo los abusos, resabios y extravagancias de los hombres, sino de cargar también la mano en la pintura del vicio para que resalte su fealdad. Ridiculizar, éste es el principal objeto de la *sátira;* para ello no usa de otras armas que la fina ironía, las burlas y donaires, y en los casos extremos la invectiva eficaz y acre, según que convenga dibujar el vicio, más como odioso que como ridículo. Los principios de este ramo utilísimo de poesía estriban en el íntimo conocimiento del corazón humano.»

Después de manifestar que el género satírico ha sido cultivado siempre, pasa á justificar el decoro y parsimonia que brilla en *Iglesias*, y dice que todos ó la mayor parte de los poetas satíricos castellanos que le han precedido, han usado mucha más desenvoltura y libertad que él; y para comprobarlo co-

pia versos del Arcipreste de Hita, de Quevedo, Góngora, Argensola y los Romanceros.

Cita á continuación un pasaje del profeta Ecequiel (cap. XXII), donde en estilo enérgico se expresan los desórdenes de la carne y las abominaciones de los pecadores. Rebate después las principales objeciones que se hacen á las poesías; y respecto á la inculpación del censor tercero, sobre tener *Iglesias* animadversión á ciertos cuerpos, dice: «Un cargo semejante se convence de injusto con la simple lectura de los lugares citados (varias estrofas de las letrillas) y de todas las poesías de *Iglesias*; y ésta es una justicia que V. S. I. no me podrá negar. De ella resultará, sin género de duda, la sinrazón con que se le censura y la pureza de intención de *Iglesias*, y ciertamente, de otro modo, y por los principios de los censores, no habría libro ni autor, en que se dijese algo contra la filosofía peripatética, contra el abuso del escolasticismo y el descuido ó desorden en que estuvieron antes nuestros estudios y universidades, que no pudiese ser tachado de mordacidad; y los primeros y más fuertes de los escritos mordaces (permítanos V. S. I. este desahogo) serían los planes de reforma de dichas universidades, en que se hallan enunciados con la mayor claridad sus antiguos defectos. En las sátiras de *Iglesias* no se reprende otra cosa que los abusos introducidos en las escuelas; y así es que las dos veces que han sido censuradas sus poesías para su publi-

cación, lo han sido por dos doctores y catedráticos de cánones y leyes de esta universidad, los únicos que podían ofenderse de los chistes de *Iglesias*, porque habla con ellos señaladamente en la última letrilla citada» (*es la* XLIII, *estrofa* 1.ª).

Dice, respecto al cargo de gentilismo que le hacen por sus alusiones mitológicas, que el mismo pudiera hacerse al Tasso, Camões, Fènèlon, Quevedo, Sannazaro y otros, aun cuando tratasen asuntos religiosos; y que incurren en error gravísimo los censores al confundir las voces *amatorio* y *obsceno*, que para ellos son sinónimas, siendo en realidad tan diferentes. Y concluye el autor de la defensa alegando, en comprobación de la acendrada piedad de *Iglesias*, no sólo los curatos que desempeñó, siendo el primero el del Guijuelo, que rigió por cinco meses, sino las numerosas poesías sagradas que escribió; diciendo que parafraseó todos los salmos de David, que compuso oficios en lengua castellana para todas las festividades del Señor, la Virgen, los Apóstoles, y para las demás fiestas principales del año, formando una *Lira sagrada*, superior á la de los Leones, Rebolledos y otros, y que en ella, siguiendo el autor la norma de la Iglesia en sus horas canónicas, adoptando muchos de sus himnos y antífonas, y poniendo otras de suyo, ha hecho una obra única en su línea, y un *Rezo eclesiástico con más de mil himnos*, en que todo respira unción y la más sólida piedad, y del cual se *formarán siete tomos en* 8.º,

que se están ya imprimiendo, cuya prueba se presenta á V. S. I., en los oficios al Criador y á Nuestra Señora, impresos separadamente, junto con el poema de *La Teologia* y las elegías ó *Llanto de Zaragoza.*»

Estas elegías las escribió *Iglesias* con motivo del incendio del teatro de aquella ciudad, y aun creemos que las imprimió entonces. No tenemos noticia que llegasen á publicarse los himnos anteriormente citados; tal vez el editor suspendería la impresión, disgustado con los entorpecimientos que le ocasionaría la denuncia de las poesías póstumas, y que después no podría llevar á cabo á causa de los sucesos de la gloriosa guerra de la Independencia, época en que la atención de los españoles todos se dirigía, como era preciso, más á las armas que á las letras.

Ignoramos si Tojar mismo escribió este folleto, aunque nos inclinamos á juzgarlo obra de ajena pluma, pues supone algunos conocimientos literarios, que no es probable reuniese el editor de las obras del poeta; pero, sea quien fuere el autor de esta defensa, no parece que obtuvo resultado alguno, si es cierto, como dice Ticknor, que las poesías fueron prohibidas en el *Índice expurgatorio* de 1805.

Para concluir, diremos que en la historia de nuestra literatura, y principalmente en la de la escuela salmantina, á que pertenece *Iglesias*, podemos considerarle como uno de los escritores en que casi sin alteración se conserva el espíritu y tradiciones de

los poetas que le precedieron, y como uno de los últimos y más celosos guardadores de la pureza de la lengua castellana, pues en sus obras brilla siempre limpia de extrañas voces y giros, con que después, y casi siempre sin razón, se ha enturbiado su caudal, y muchas veces empobrecido, creyendo tal vez enriquecerle. Entre los poetas de la misma escuela, iguales caracteres se observan en Fr. Diego González, nimio imitador del estilo de Fr. Luis de León, pero nunca de su alto vuelo, pues no era posible. Y además de los dos mencionados escritores, figura, como modelo de corrección y acendrada pureza, D. Juan Nicasio Gallego, aunque con más altas miras, mayores alientos y diferente espíritu. No es nuestro objeto hacer ahora el análisis de los poetas salmantinos, ni aun á grandes rasgos, como hoy se dice; pero sí indicaremos que si hubiesen sido tan castizos como los citados todos los escritores de nuestra escuela, no merecerían algunos de ellos la nota de *galo-sentimentales* (porque también afectaron y exageraron el sentimiento) que les dió un adusto crítico, ni Moratín, para comprobarlo, hubiera hallado donde copiar frases, giros y versos enteros de Meléndez, Cienfuegos y Quintana, en su epístola titulada *La Moderna Jerigonza*, donde traspasó visiblemente los límites de lo justo, como siempre acontece cuando se ponen los ojos más en las personas que en los objetos que se han de juzgar.

MANUEL VILLAR Y MACÍAS.

II.

CARTA ESCRITA AL EDITOR DE ESTAS POESÍAS (1).

Muy señor mío: Remito á usted el tomo manuscrito de *Poesías de Iglesias*, que me envió días pasados, y le doy mil gracias por el gusto que he tenido en su lectura.

Yo no había visto de este poeta más que tal cual epigrama y algunas letrillas satíricas. Habíanme parecido excelentes, y creía que su genio era propio solamente de estas composiciones. ¿Quién podría imaginar que la musa maligna, que azota con tanta libertad los vicios, preocupaciones y ridículas manías de los hombres, pintase también con ademán tan inocente los más delicados sentimientos del corazón humano? La diferencia de un género á otro es inmensa; pero aun es más grande la felicidad de la ejecución en ambos, y yo estoy pasmado al ver que quien ha igualado á Quevedo, Góngora y Alcázar, en soltura, libertad y donaires, haya podido sobrepujar á Garcilaso, Torre, Esquilache y otros buenos poetas, en gracia, delicadeza y sentimiento.

Bien veo que la condición del poeta era muy á

(1) Edición de Barcelona, imprenta de Oliva, año 1837.

propósito para ello. Destinado casi siempre á vivir en aldeas, tuvo oportunidad para observar y sentir la gracia que en ellas dan el desahogo del corazón, la simplicidad y la inocencia. Por el contrario, en las ciudades la corrupción de las costumbres y la complicación de intereses rebosan el pecho, y quitan á la naturaleza la ingenuidad de su expresión. Es verdad también que entre los paisanos parte de la gracia se pierde por la rusticidad y grosería; pero en la imaginación del poeta todo se hermosea, la corteza grosera se desvanece, quedando sólo la verdad del sentimiento, adornada con los encantos de la poesía.

Para dar un aire de ternura y delicadeza mayor á las composiciones de esta clase, *Iglesias* las pone casi siempre en boca del sexo más débil, y de consiguiente más interesante cuando sufre. La inocencia y simplicidad tienen su asiento propio en el corazón de la mujer; y ella es quien habla en la mayor parte de las letrillas pastoriles, de las églogas, de las cantinelas, y en todos los idilios.

La Esposa aldeana es un pensamiento original, y una colección de villanescas que no tiene igual en castellano. Su estilo es gracioso y ligero; las imágenes sencillas y naturales, tomadas de la naturaleza del asunto; la versificación fluida, sonora y armoniosa; cada coplita es un rasgo; cada letrilla un sentimiento.

El mismo fondo de imágenes y la misma frescura de colorido se advierte en las *Letrillas de estribillo*

que la siguen; ellas se están cantando; y *La Zagala que viene del campo* y *La Rosa de Abril* son las más graciosas composiciones que de su género hay en nuestra lengua.

No se puede decir lo mismo de los *Romances*, que no tienen la soltura graciosa de los de Esquilache, ni la amena riqueza de los de Góngora. Yo siento, señor editor, que *Iglesias* haya derramado en casi todos un aire de moralidad que no parece el más propio de semejantes composiciones: bien es verdad que él las ha adornado con una infinidad de imágenes bastante bellas y naturales, de que es un buen ejemplo el último romance, donde afea á una zagala el vicio de la vanidad; el cuarto, donde pinta la salida de Amarilis al Zurguen, no debe nada á los mejores, sea en la dulzura de los afectos, ó en la riqueza de la imaginación.

Las Delicias, de Villegas, son las primeras cantilenas que tuvieron crédito en castellano: nuestro poeta quiso ejercitarse en aquel género, y excedió á su modelo en la belleza y gusto de las imágenes, y principalmente en la dulzura y verdad de los sentimientos. Porque Villegas, si tuvo un corazón sensible, no supo derramarlo en sus versos.

Usted se espantará de verme tratar con tan poco respeto á un poeta de tanto crédito. Pero la fama de este autor es fama de tradición, como la de otros muchos; fama no fundada en su mérito verdadero, sino en la decisión de alguno que ha querido y sa-

bido fascinar los ojos del vulgo de los lectores. Esta proposición puede ser algo aventurada, si se atiende al tiempo en que D. Vicente de los Ríos publicó y elogió á Villegas: entonces acaso las poesías de éste eran un modelo de buen gusto; pero en tal caso, ¡cómo estaría nuestra literatura! ¿Qué se diría de un poeta cuyos versos estuviesen llenos de transposiciones ridículas, metáforas obscuras ó hinchadas, palabras y expresiones bajas, de alusiones importunas, y de erudición pedantesca, que fuesen escasos de imágenes, y faltos enteramente de afectos? Estos vicios están bullendo por todas partes en las obras de Villegas; y á pesar del nombre griego que tienen al frente, jamás se escucha en ellas el lenguaje del amor. Pero de nada sirve, amigo mío, saber griego y latín cuando falta el buen gusto. Yo apelo á los hombres que lo tienen: y que éstos digan si encuentran placer alguno en la lectura de sus odas mayores, de sus sonetos, de sus elegías y de sus idilios. Compárese á Villegas con él mismo cuando el gusto le sostiene: compárese la oda XIV del libro I, hecha en alabanza de Garcilaso, y la bellísima oda sáfica *Al Céfiro*, con las demás composiciones suyas, y se palpará la inmensa diferencia que hay entre ellas, y la justicia de esta censura. Desengañémonos: Villegas estuviera ya olvidado, sin la cadencia, número y armonía de sus versos cortos, y sin los graciosos remates de sus cantilenas: en estas prendas es excelente.

Disimule usted esta digresión, y volvamos á *Iglesias*, cuyas *Anacreónticas*, aunque no me atrevo á decir que sean las mejores de nuestra lengua, diré, sin embargo, que tienen toda la gracia y ligereza propias de este género de poesía. Una anacreóntica no es una égloga; y he aquí la causa por qué las más de las que han salido últimamente con este nombre no lo son. El genio de Anacreonte era muy diverso del de Theócrito; sus obras no son largas, y jamás se aplomó sobre las descripciones de la vida pastoril: un sentimiento risueño, vestido con algunas imágenes alegres y ligeras, es la materia de su poesía. Cualquiera, pues, que la saca de aquí, la estropea.

Rasgos de una sensibilidad profunda y exquisita, imágenes fuertes y atrevidas, hijas del delirio, y muchos versos felices, son las buenas prendas de los *Idilios* de nuestro poeta, muy superiores á los de Quevedo, donde no hay más que confusión y afectación.

Las *Églogas* no son tan buenas; aunque tienen mucha belleza de estilo y muy buenos versos, la poca novedad en su objeto y disposición les quita mucha parte de su mérito. Sólo advertiré de paso que aunque se ha dicho que la pesca, por ser una ocupación poco aseada y muy laboriosa, no era buena materia para las églogas, *Iglesias*, sin embargo, ha escrito una égloga piscatoria, donde todo es noble y aseado. Yo creo, amigo mío, que la poesía es como el amor, que hermosea todos sus objetos.

Hay bellísimas odas de todos géneros en castellano. Las sublimes de Herrera y Rioja, las morales de Fr. Luis de León, y las amatorias de Torre, Lope de Vega y otros poetas, son iguales á lo mejor que tienen los antiguos y modernos. Las dos primeras y la última de nuestro autor honran igualmente que ellas la lengua española. Su expresión es enérgica y pintoresca, su dicción rica y poética, sus versos robustos y llenos, las imágenes valientes y nuevas, y el fuego del sentimiento siempre vivo. ¡Cuánta riqueza de imaginación no brilla en la primera! El sol rodeado de las ninfas, que le desembarazan de los pertrechos de su lumbre; la noche cortejada de las estrellas, de las horas, de las sombras y del silencio; el sueño cubriendo con sus alas toda la tierra, y negándose á la compasiva plegaria del poeta:

Salen las negras horas, que en beleño
Ciñen la sien severa,
Vertiendo espanto y derramando sueño
Por toda su carrera.

Esto se llama pintar poéticamente. ¡Cuán majestuosa y brillante no es también la salida del sol en la oda II!

Sale el sol con radiante señorío;
Toda la mar se altera;
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío
Que bate su ribera.
Los rayos crecen de la luz febea
Con más pujante aliento;

El bajo suelo en derredor humea,
Y arder se mira el viento.

El objeto que pinta el poeta no es nuevo; pero el colorido, la expresión y el giro, todo es suyo, todo bellísimo. Los remates de sus estancias son por lo común muy graciosos; éste, por ejemplo, de la oda III, *A la Fuente:*

Admíranla las aves,
La admira el sol, admíranla las flores,
Y en acentos suaves
Los tiernos ruiseñores
Al son de su raudal cantan amores.

¡Qué inmensa diferencia de este tono animado y gracioso, á este otro, soberbio, lleno de fuerza y de entusiasmo!

¿No es éste el reino del sangriento Marte?
¿No oigo de sus inquietas
Cajas el son, y horrísonas trompetas?
Sobre un carro agilísimo, rodante,
Descubro al dios horrendo,
Sus feroces cuadrigas impeliendo;
De pie á cabeza armado de diamante,
Tras la lanza el membrudo
Brazo, blandiendo el fulminante escudo.

Así los buenos poetas saben dar el estilo conveniente á la diversidad de los asuntos que cantan; y es una lección insigne para aquellos que olvidan que la variedad es una de las primeras fuentes de la belleza y del placer.

Recorriendo, pues, ahora todo lo dicho hasta aquí, se ve que *Iglesias* sabe plegarse perfectamente

al nivel de todos los géneros que emprende, y que su genio domina todas las materias. Su imaginación es siempre fértil, su expresión rica, su estilo animado y pintoresco. Es verdad que en sus *Romances* se advierte alguna sequedad, y poca novedad en las *Églogas;* pero esto se compensa con la gracia inocente, armonía y dulzura de sus *Letrillas*, con la riqueza, afectos y rotundidad de sus *Cantilenas* é *Idilios*, y con la expresión valiente de sus *Odas*. He notado también, en parte, alguna negligencia en los versos y varias violencias de sentido; pero me hago cargo de que éstas son unas poesías póstumas, y de consiguiente, que no pueden tener aquella corrección que tendrían si su autor las hubiera preparado para la prensa.

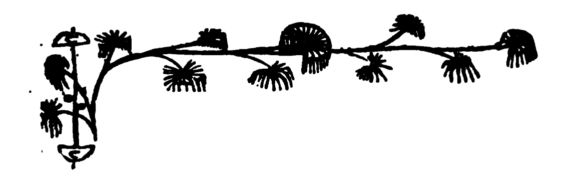
He ejecutado, señor editor, su encargo del mejor modo que me ha sido posible, y le he dicho ingenuamente mi sentir sobre los varios géneros de poesía contenidos en este tomo de *Iglesias*. No dudo que en siendo publicado, los austeros filósofos y los mentecatos que los remedan, lo mirarán con ceño y acaso con desprecio, por no contener, según su estilo, más que miserables bagatelas. Pero usted dirá, y tendrá razón en decirlo, que estas bagatelas no se escribieron para ellos. Si entretienen los ratos perdidos y merecen la aprobación de un hombre de gusto, si disipan el mal humor de otro, y si alguna dama las aprende ó las canta, la gloria del autor será satisfecha y la intención de los editores cumplida.

Mas la prenda más apreciable de esta obra es la pureza y lo castizo del lenguaje. Usted me dice, y yo lo sabía, que *Iglesias* no leia ningún libro extranjero y que apenas sabía las lenguas italiana y francesa. Si la falta de lectura en los libros escritos en ellas le privó de unos conocimientos que hubieran adornado mucho sus composiciones, también le preservó, por otra parte, del contagio universal de no hablar ni escribir ni pensar de otro modo que en francés. Éste es ya un mal irremediable, y estoy por decir que necesario, porque quien no tiene lumbre en su casa, va por ella á la del vecino. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que *Iglesias*, que había estudiado su lengua en los autores de nuestro siglo de oro, y que no manejó otros en toda su vida, no pudo viciar su estilo con la frase extranjera, y que su libro debe ser tenido y citado como un modelo puro de lenguaje; prenda que falta á los más, por no decir á todos los versos escritos de diez años á esta parte.

Ánimo, pues, amigo mío. Yo, en nombre de todos los hombres de gusto, le doy las gracias y el parabién por la publicación de esta obra, y le animo á que se ocupe en tareas igualmente útiles y gloriosas á la literatura española.

Queda de usted, etc.—A. (Aribau?)

FIN DEL TOMO II.



ÍNDICE.

Páginas.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS

Y DOCUMENTOS LITERARIOS RELATIVOS Á LOS POETAS LÍRICOS DEL SIGLO XVIII.



Alarcón (D. P. A. de). Obras: diez y seis tomos, 55 pesetas.
Balaguer (D. Víctor). *Las ruinas de Poblet:* un tomo, 4 pesetas.
Barrionuevo de Peralta (D. Jerónimo). *Relaciones de los sucesos de la monarquía española desde 1654 á 1658:* tomos I y II, 10 pesetas.
Bello (D. Andrés). *Poesías.* (Agotada la edición ordinaria, hay ejemplares de lujo de 6 pesetas en adelante.)—*Derecho internacional:* dos tomos, 8 pesetas.—*Tratados gramaticales:* dos tomos, 8 pesetas.
Berwick (Duque de). *Viaje á Rusia y Relación de la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia:* un tomo, 5 pesetas.
Byron. *Poemas dramáticos,* traducidos en verso por D. J. Alcalá Galiano: un tomo, 4 pesetas.
Calvete de Estrella. *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca:* dos tomos, 10 pesetas.
Cánovas del Castillo (D. Antonio). *El Solitario y su tiempo:* dos tomos, 8 pesetas.—*Problemas contemporáneos:* tres tomos, 15 pesetas.—*Artes y Letras:* un tomo, 5 pesetas.—*Obras poéticas:* un tomo, 4 pesetas.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* dos tomos, 10 pesetas.
Cañete (D. Manuel). *Escritores españoles é hispano-americanos:* tomo I, 4 pesetas.—*Teatro español del siglo XVI:* tomo I, 4 pesetas.
Caro (D. José Eusebio).—*Poesías:* un tomo, 4 pesetas.
Castellanos (Juan).—*Historia del nuevo reino de Granada:* dos tomos, 10 pts.
Catalina (D. Severo). *Obras.*—Tomo I, *La Mujer:* 4 pesetas.
Estébanez Calderón (D. Serafín: El Solitario). *Escenas andaluzas:* un tomo, 4 pesetas.—*De la conquista y pérdida de Portugal:* dos tomos, 8 pts. —*Poesías:* un tomo, 4 pesetas.
Fernández Duro (D. Cesáreo). *Estudios históricos del reinado de Felipe II:* un tomo, 5 pesetas.
Fuente (D. Vicente de la). *Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* tres series, 13 pesetas.
Gómez Manrique. *Cancionero:* dos tomos, 8 pesetas.
Guillén Robles. *Leyendas moriscas:* tres tomos, 12 pesetas.
Hartzenbusch. *Obras.*—Tomo I, *Poesías:* 5 pts.—Tomo II, *Fábulas:* 5 pts. —Tomo III: *Teatro,* I, 5 pesetas.—Tomo IV: *Teatro,* II, 5 pesetas.—Tomo V: *Teatro,* 5 pesetas.
Leonardo de Argensola (Lupercio y Bartolomé).—*Obras sueltas:* dos tomos, 10 pesetas.
López de Ayala (D. Adelardo).—Obras completas.—Siete tomos, 29 pesetas.
Menéndez y Pelayo (D. Marcelino). *Obras:* diez y ocho tomos, 82 pesetas.
Paz y Melia. *Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional:* un tomo, 5 pesetas.
Pidal (D. Pedro José). *Estudio literarios:* dos tomos, 8 pesetas.
Pidal y Mon (D. Alejandro). *Discursos y artículos literarios:* un tomo, 5 pts.
Pérez de Guzmán (D. Juan). *Cancionero de la Rosa:* dos tomos, 10 pesetas.
Querol (D. Vicente H.). *Rimas:* un tomo, 4 pesetas.
Ros de Olano (D. Antonio). *Poesías:* un tomo, 4 pesetas.
Saavedra (D. Enrique R. de). *Poesías:* un tomo, 4 pesetas.
Schack (A. F.) *Historia de la literatura y del arte dramático en España:* cinco tomos, 25 pesetas.
Silvela (D. Manuel). *Obras literarias:* un tomo, 5 pesetas.
Suárez (M. F.). *Estudios gramaticales:* un tomo, 5 pesetas.
Valdivielso (El M. Josef de). *Romancero Espiritual:* un tomo, 4 pesetas.
Valera (D. Juan). *Obras:* siete tomos, 35 pesetas.
Velarde (D. José). *Voces del alma:* un tomo, 4 pesetas.
Valmar (Marqués de). *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo* XVIII: tomo I, 5 pesetas.
Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

Obras completas del Duque de Rivas.
Obras completas de Fernán Caballero.
Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII, por el Marqués de Valmar, tomo III.

Los pedidos de ejemplares ó suscripciones se harán directamente á la librería de D. Mariano Murillo, calle de Alcalá, 7.




UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 03029 9872

